





DE LA BIBLIOTHEQUE  
NATIONALE  
FRANCOISE  
MUSEUM  
NATIONAL  
HISTORICAL  
MUSEUM



D  
623

D  
623

# EL BACHILLER

DE

## SALAMANCA,

ó

### AVENTURAS DE DON QUERUBIN DE LA RONDA;

que sacó de un manuscrito español, y publicó en francés M. Le Sage.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. ESTEBAN ALDEBERT DUPONT,

y reimpresso sobre la edicion de 1792.



*Ateneo de Madrid*  
LEGADO M. DE LA FUENTE

MADRID:

OFICINA PROVISIONAL DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA,  
CALLE DEL FOMENTO, NÚMERO 7.

1845.





EL BACHILLER

DE

SAZARZUEGA

AVENIDAS DE LOS QUINIENTOS DE LA RIBERA

que se venden en el establecimiento de la imprenta de la calle de San Mateo, número 10.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

1802

D. ESTEBAN ALDEBUIRO IMPRESOR

en la imprenta de la calle de San Mateo, número 10.

ESTADO

MADRID

Imprenta de la Real Academia de Ciencias y Artes de San Fernando, calle de San Mateo, número 10.

1802





---

## ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

---

*Las obras de Mr. Le Sage no son de aquellas que caducan con el tiempo: antes por el contrario, cuando un gran número de las obras modernas yacen escondidas y olvidadas entre la multitud de publicaciones que aparecen cada día, vemos reproducirse con frecuencia y siempre con un éxito seguro las reimpresiones del GIL BLAS DE SANTILLANA Y DEL DIABLO COJUELO.*

*La que ahora tenemos la honra de ofrecer al público, sin poder, en nuestra opinion, rivalizar con aquellas, no por esto deja de participar de los chistes y agudezas que engalanan todas las obras de su autor.*

*Para reimprimir el BACHILLER DE SALAMANCA hemos elegido la edicion de 1792, por hallarse hecha la traduccion directamente de la segunda edicion francesa que vió la luz pública con posterioridad á la muerte de Mr. Le Sage, y con sujecion á las correcciones hechas por el mismo autor.*



AVVERTENZA DE' GLI EDITORI.

Le opere di Mr. La Sage non son de quelle que  
redigent con el tempo: anzi per el contrario, quando  
un gran numero de las obras andavan guera con  
y otocadas entre la multitud de publicaciones que  
vienen cada dia, como reprocherse con frecuencia y  
siempre con un éxito seguro las impresiones del  
MÁS DE SEXTILLA Y DEL DIABLO COBREDO.

En que ahora tenemos la honra de ofrecer al público  
las obras de nuestro autor, y publicar con ellas, no  
por esto deja de participar de los elogios y aplausos que  
expulsaron todas las obras de su autor.

Para reimprimir el ARCHIVO DE SAN ANTONIO  
eligió la edición de 1792 por hallarse hecha la traducción  
con directamente de la segunda edición francesa que  
la vez pública con posterioridad á la muerte de Mr. La  
Sage, y con sujeción á las correcciones hechas por el  
mismo autor.



---

---

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

---

---

Entre las muchas obras que así en prosa como en verso escribió Mr. Le Sage, es una la presente, intitulada: *El Bachiller de Salamanca ó Aventuras de D. Querubin de la Ronda*, en la cual, así como en la de Gil Blas de Santillana, ya traducida igualmente del francés al castellano, y que tan bien admitida ha sido del público, reinan naturalidad y verosimilitud en las aventuras, viveza y propiedad en las pinturas con que nos representa varios vicios y ridiculeces de la sociedad, un enlace no afectado ni violento para unir y trabar los sucesos, y finalmente, una fina ironía y delicada crítica, acompañada no de frias é insulsas bufonadas y chocarrerías, de que gustan y con que rien los necios, sino de conceptos agudos é ingeniosos, nacidos del donaire y gracia que eran geniales en este autor, notándose igualmente en todos sus escritos, y con que divertía su conversacion, la cual era por eso tan gustosa y apetecible, que en cualquier concurrencia se llevaba las atenciones de todos.

Se aplicó mucho á la lengua castellana, y no pudo menos de enamorarse de su sonoridad, magestad y fecundidad para explicarse en los asuntos graves, familiares y festivos. Admiró tambien el espíritu inventivo, travesura, y florida y amena imaginacion de los autores españoles, así poetas, como prosistas, muchos de los cuales, aunque reimpresos de pocos años á esta parte por algunos buenos patricios, todavía experimentan la desgracia de no ser leídos sino por cierto número de sugetos de gusto, quienes los estiman como alhajas preciosas, suerte contraria á la que tuvieron en otra edad, nacida de la novedad de la lectura casi esclusiva de los libros modernos; y poseído de esta afición, quiso inspirarla en la na-



cion francesa, traduciendo ó bien imitando en su lengua varias de nuestras novelas escogidas, una de las clases de escritos en que los extranjeros nos hacen la justicia de confesar habernos distinguido, acomodándolas al género y usos de sus paisanos, y sazónándolas con su humor festivo.

De ellas es una la del Bachiller de Salamanca, impresa la primera vez en París en 1735, un año despues de haber salido á luz el cuarto y último tomo de las Aventuras de Gil Blas de Santillana, y en su portada advirtió Le Sage haberla sacado de un manuscrito español. Sobre este punto, pues, no cabe la menor duda á vista de su misma confesion; pero lo que yo presumo es, que segun denota la voz *sacado*, lo que hizo fue embeberse en la idea del original, penetrar sus pensamientos, y verterlos despues á su modo, añadiendo otros y diversas aventuras puestas de su propio caudal, ó tomadas de autores, ya de su misma nacion, ó ya de otras, moviéndome á formar esta conjetura el ver palpablemente por un lado, en la historia de don Andrés de Alvarado y doña Cintia de la Carrera la descripcion del baile que nuestro autor cómico Moreto introduce en la comedia tan conocida é ingeniosa *del Desden con el Desden*, y por otro, el que sin embargo de que Mr. Le Sage sabe enlazar con tal arte los pasajes unos con otros en la obra del bachiller, que parecen nacer unos de otros, y formar un tejido sin mezcla alguna, con todo eso no deja de traslucirse, atendida su inconexion esencial, que son fruto de distintos ingenios: porque á la verdad, ¿qué coherencia tienen, por ejemplo, los sucesos que cuenta de Nápoles y América, con el tema principal de la obra, reducido á pintar la vida de un preceptor, y con esta ocasion las buenas y malas cualidades y extravagancias de sus discípulos, y de los parientes de estos? Contribuye eficazmente á causar esta sospecha, y aun casi á convertirla en certeza, el ejemplar que tenemos á la vista en la obra de Gil Blas, que lejos de ser parto de un solo ingenio, es un agregado de varios fragmentos, que se hallan en distintos autores nuestros, que andan en manos de todos, y escribieron en diversos tiempos, como son el maestro Vicente Espi-



nel, en su libro intitulado : *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*, de quien son los pasajes de los dos estudiantes, que yendo á Salamanca encontraron aquella lápida, en que estaban esculpidas estas palabras (1): *Aquí está encerrada el alma del licenciado Pedro García*; del (2) mancebo de barbero, Diego de la Fuente, en que se habla de doña Mergelina, mujer del médico, el doctor Oloroso, y de Marcos de Obregon su escudero; de lo ocurrido á Gil Blas cuando cenó en la posada de Peñaflor (3); del arriero en el lugar de Cacabelos (4); del cautiverio en la isla de la Cabrera (5); de la sortija que usurpó á Gil Blas la señora Camila (6); del remedo de los maullidos de un gato (7). Los episodios que forman las novelas de *doña Aurora de Guzman*, *del casamiento por venganza*, *de don Alfonso* y *de la bella Serafina*, están tomados el primero de la comedia: *Todo es enredos amor*, y *diablos son las mujeres*, de don Agustín Moreto; el segundo de la que escribió don Francisco de Rojas, con el título: *casarse por vengarse*; y el tercero de la novela: *mas puede amor que la sangre*, que trae don Alonso de Castillo Solorzano en una de las obras que compuso y tituló: *Sala de recreacion*. Finalmente, si me detuviese á especular el origen de lo demás de la obra de Gil Blas, quizá encontraría otros plágios; bien que presentados con igual variedad y gracia que los anteriores.

De los muchos escritos, que como dije arriba, dió á la prensa Mr. Le Sage, el presente del Bachiller de Salamanca es uno de aquellos que consideraba de los mejores que habia trabajado, mas apreciaba, y cuya lectura le divertia tanto como el *Gil Blas*, y el *Diablo Cojuelo* (8).

(1) Prólogo de Vicente Espinél.

(2) Descanso 1 y 2 de la relacion primera.

(3) Descanso 9, ibidem.

(4) Descanso 10, ibidem.

(5) Descanso 7 y 8 de la relacion tercera.

(6) Descanso 8 y 9, ibidem.

(7) Descanso 24 de la relacion primera.

(8) La idea de este libro y ciertos pensamientos, los tomó del que con igual título escribió en un volumen nuestro Luis Velez de Gueva-



Hacía muchas veces conversacion de él con sus amigos, manifestándoles que habia procurado esmerarse en componerlo. Despues de publicado el primer tomo, contento el público de haberlo leído, estuvo esperando con impaciencia el segundo, el cual le confirmó en el buen concepto que habia formado del autor en vista del primero.

Quando murió este en 1747 se encontró entre sus papeles el manuscrito original, escrito de su mano; pero habiéndose cotejado con la primera impresion, se advirtió que él mismo habia corregido esta graciosa novela, con el cuidado de un autor enamorado de su obra, ó por mejor decir, de un padre que mira con cariño á su hijo, no omitiendo cosa alguna para perfeccionar la nueva edicion que queria hacer, y que con efecto se hizo despues de fallecido, y es de la que me he servido para esta traduccion.

Al pie del manuscrito referido estaba escrita de la misma letra la siguiente nota: «si Dios me llama á juicio antes de que yo pueda hacer reimprimir este libro que acabo de corregir y adicionar, suplico muy encarecidamente á las personas á cuyas manos vaya á parar este manuscrito, que lo hagan imprimir inmediatamente que se acabe la primera impresion, pues de hacerse antes se causaría perjuicio al librero.»

Con estas palabras dió á entender su honradez, y tambien el grande afecto que tenia á esta novela. Fue preciso aguardar algun tiempo para poner en ejecucion su vivo deseo, esperando se apurase la primera edicion conforme á lo que habia dejado prevenido.

En su principio decia Mr. Le Sage, que habia hecho mucho ruido en Francia esta novela, y tenido muchos censores. Es verdad que él no los temió, ni jamás se dignó responder á nada de cuanto le criticaron; pero lo hicieron

ra; pero en lo demás lo mudó enteramente poniendo otras novelas y muchos pasages, en que con una sátira muy graciosa, fina y solapada intentó recrear á los lectores, y corregir diferentes vicios y extravagancias aumentándolo muchísimo; de manera, que compuso dos tomos, é hizo una obra casi nueva, la cual por esta razon ha puesto en castellano el traductor de la presente, y se publicará en breve.



varios protectores que se pusieron de su parte. Los Mercurios, los Diarios y todas las obras periódicas de aquel tiempo la elogiaron altamente.

Yo pudiera traducir aquí varios pasajes sacados de los juiciosos y nada contemplativos críticos Sabatier (1), Goujet (2), de los autores del nuevo Diccionario de los hombres ilustres en idioma francés, y otros apologistas del mérito no común del autor; pero me contento por ahora con expresar lo que dicen de él el Diario de los Sabios de París (3), y el abate des Fontaines (4).

Aquellos diaristas se explican de esta suerte en loor suyo: «Las novelas de Le Sage llevan consigo la marca del ingenio, con la que pasarán á la posteridad. Son siempre entretenidas, y siempre nuevas, aun para aquellos que ya las han leído: enseñan y divierten; estan escritas con aquella decencia propia de las buenas costumbres, y que permite su lectura á todo el mundo, habiendo llegado á ser por estos títulos el recreo de las concurrencias, y lo que llaman obras de surtido.»

El abate des Fontaines, hablando del libro del Bachiller, lo juzga en estos términos: «Esta obra está bien escrita; la crítica que hace de las malas costumbres, es verdadera, y se halla manejada con mucho arte y delicadeza. En una palabra, es digna de la reputacion de Mr. Le Sage, que ha escrito tantas lindas é ingeniosas novelas. En esta no se encuentra un monton de reflexiones sutiles que sofocan al lector, ni tristes análisis de afectos: es una série de hechos naturales, curiosos é interesantes, adornados de cuentos y de cuerdas consideraciones que nacen del asunto. Sus retratos son todos verdaderos, sacados del natural, y que se encuentran todos los dias entre los hombres. Este autor no se aparta jamás de lo verosimil; no trasfiere á sus lectores á un mun-

(1) En su obra intitulada: *Les trois siecles de la liltterature françoise*, tomo 3, pág. (Los tres siglos de la literatura francesa.)

(2) *Bibliothèque Françoise*, tomo 23. (Biblioteca francesa).

(3) *Journal des Sçavans*, mes de mayo de 1784, pág. 939.

(4) *Observations sur quelques écrits*, tomo 4, pág. 346. (Observaciones sobre algunos escritos).



»do imaginario; finalmente, los divierte, mas para instruir-  
»los, que para entretenerlos.»

Diré, por último, que los ingleses tienen además del  
Gil Blas y el Diablo Cojuelo, traducido el Bachiller de  
Salamanca, é impreso en Lóndres en dos tomos en  
octavo, con el título de *Bachelor of Salamanca*: ejemplo  
que al paso que contribuye á acreditar la obra, ha sido  
para mí un nuevo estímulo para comunicarla á mi na-  
cion, debiendo prevenir haberme parecido conveniente  
omitir en su traduccion ciertos pasages del original, que  
verdaderamente tampoco hacen falta, y llenando los hue-  
cos con otros pensamientos, que guardan analogía con  
los inmediatos y sostienen el enlace.





---

---

## PARTE PRIMERA.

---

### CAPITULO PRIMERO.

*De la familia y crianza de don Querubin. Muerto su padre, un pariente le recibe en su casa. Sus adelantamientos en los estudios. Marcha á Madrid, donde hace conocimiento con un cura. Conversacion que le tuvo éste sobre la carrera que queria tomar.*

Fué mi padre don Roberto de la Ronda, quien de las cercanías de Málaga en donde habia nacido, pasó á vivir al reino de Leon, y alli llegó á ser secretario de don Sebastian de Céspedes, corregidor de Salamanca, que le hizo alcalde de Mollodiro, villa grande inmediata á esta ciudad.

Mi padre tomó de su propia autoridad, en virtud de su empleo, el título de *don*, y tuvo la fortuna de que nadie le armase pleito sobre ello. Como habia sido siempre amigo de divertirse y muy desinteresado, fué tan poco el caudal que juntó, que, cuando una temprana muerte se lo arrebató á su familia, apenas dejó de qué mantenerse á su viuda, y á tres hijos de que quedó cargada. Yo y mi hermano mayor don César, estábamos entonces estudiando en la Universidad de Salamanca, y no sé como hubiéramos podido continuar á no ser por el amparo del señor corregidor; pero este generoso caballero cuidó de nosotros, sin que nos faltase nada. Era mucho lo que nos queria, y siempre que íbamos



á verle , nos decia que nos miraba como á hijos suyos. Quién sabe si lo eramos en la realidad, bien que no lo creo, aunque mi madre habia tenido la fama de ser algo alegre.

Quiso la mala ventura que nuestro favorecedor muriese antes de que concluyésemos los estudios ; de suerte que, viéndonos reducidos á vivir de nuestra hacienda, que no daba bastante para mantenernos, tuvimos precision de ponernos en manos de la Providencia. Don César, que era inclinado á las armas , sentó plaza en un regimiento de caballería que la corte enviaba á Milan , y valiéndome yo del cariño que me profesaba un pariente mio ya anciano doctor de la Universidad, admití la oferta que me hizo de alojarme de valde en su casa y darme de comer. De este modo, no quedándola ya á mi madre mas que Frasquita mi hermana, que entonces solo tenia siete años, pudo ir pasando tal cual con ella.

Fué tanto lo que adelanté en la Universidad, que en ella no se hablaba sino de don Querubin de la Ronda. Me aventajaba especialmente en la filosofía por el talento extraordinario que en mí se conocia para el *ergo*. Finalmente, me atareé de manera, que tuve la honra de recibir el grado de bachiller.

En este estado, mi viejo doctor, que tal vez empezaba ya á cansarse de mantenerme, pues es de saber que el buen señor era algo cicatero, me habló en estos términos: Amigo querubin, ya estás en edad de pensar en colocarte, y en disposicion de buscar el sustento por ti mismo, poniéndote á preceptor, que es el mejor partido que puedes abrazar. No hagas mas que ir á Madrid, que alli encontrarás con facilidad alguna buena casa, de la que, despues de haber enseñado al señorito, te retirarás con una renta para toda tu vida, á lo menos con un beneficio. Tú eres muchacho hábil, tienes cara de hombre de juicio, y por lo mismo has nacido para ejercer el ministerio de preceptor.

Como yo veia en Salamanca dos ó tres preceptores, que mostraban estar contentos con su suerte, se me puso en la cabeza que en su empleo se gozaban muchas conveniencias. Por eso mi viejo doctor logró con poca



dificultad el persuadirme. Díjele estaba pronto á marchar, y dándole gracias por sus favores, me puse con efecto en camino para Madrid con los arrieros, llevando conmigo una arca en que iba todo mi equipaje, el cual se reducía á alguna ropa interior, los hábitos de estudiante, y unos cuantos doblones que el viejo había soltado y dádome á pesar de su codicia.

Fuí á apearme en una posada, en la que tambien daban de comer decentemente, y estaban hospedados varios sugetos de forma. Hice conocimiento con ellos, y tomé amistad con algunos, entre los cuales fué uno el cura de Leganés, á quien cierto asunto de importancia habia traído á Madrid. Confióme el motivo de su venida, y yo le declaré el de la mia.

No bien le dije que mi deseo era ser preceptor, cuando puso un gesto tan extraño, que me rio siempre que me acuerdo: Lástima os tengo, señor bachiller, exclamó: ¿qué vais á hacer? ¿qué género de vida vais á abrazar? ¿sabeis en qué empeño os meteis? En sacrificar vuestra libertad, vuestras diversiones y los años floridos de vuestra mocedad, á unas ocupaciones penosas, ignoradas y fastidiosas. Tomareis á vuestro cargo el enseñar á un niño, que por mas bien nacido que sea, no le faltarán nunca defectos. Es preciso que os dediqueis sin descanso á instruir su entendimiento, y encaminar su voluntad á la virtud: tendreis que domar sus antojos, que vencer su pereza, y que corregir su mal humor. No quedareis libre, prosiguió, con los sinsabores que os hará sufrir vuestro discípulo; antes bien, habreis de experimentar de parte de sus padres malos procederes, y aun á veces tragar bochornos muy amargos. Y así, no discurreis que el empleo de preceptor sea cosa tan apetecible; y pensad, sí, que es una esclavitud que para reducirse á ella, es preciso ser algo mas ó menos que hombre.

Acercas de esto, añadió el cura de Leganés, podeis darme crédito, pues yo he hecho el oficio que teneis gana de hacer. Exceptuando el de capellan de obispo, es el mas miserable que yo sepa. Yo enseñé al hijo de un alcalde de corte, y aunque á la verdad no perdí del todo mis afanes, pues produjeron el curato que obtengo,



os protesto que este me está bien caro. Pasé ocho años en un cautiverio mas trabajoso que el de los cristianos en Argel. Mi discípulo, que de todos los niños del mundo era quizá el menos capaz de recibir una perfecta crianza, aborrecia enteramente toda sujecion y deber; de manera, que por mas que sudase y me esmerase en doctrinarle, era lo mismo que hacer rayas en el agua. Sin embargo, lo hubiera llevado con paciencia, si el señor alcalde, menos ciego del amor de padre, se hubiera hecho cargo de lo que era su hijo; pero no pudiendo persuadirse á que fuese tan rudo, como lo era en realidad, la tomaba conmigo, echándome la culpa del ningun fruto de mi enseñanza, y yo sentia tanto esta sin razon, como los malos modos con que me lo decia.

De esta suerte, continuó el cura, tenia que aguantar asi al padre como al hijo, á cada uno por su término; y ademas de eso los criados eran otros tantos tiranos de mi sosiego, unos espías vigilantes, y unos inferiores dispuestos siempre á faltarme al respeto. ¡Oh qué mala casa! le dije yo entonces al cura. Aun os tengo por muy dichoso, pues no salió usted de ella sin premio. Asi es, me respondió; pero habeis de saber tambien, si os parece, que se me están debiendo cerca de ochocientos ducados de mi sueldo, y que el señor alcalde no piensa en dármelos, ó por mejor decir, cree haberme pagado bien con haberme hecho lograr el curato de un lugar. ¿Y el discípulo, repliqué yo, no se muestra agradecido con vos de los malos ratos que os costó? ¿No se manifiesta muy cariñoso cuando os encontrais? No le veo, ni le oigo, replicó el cura; lo mismo ha sido verse en el mundo, que ha olvidado la gramática y á su maestro.

Tales fueron las razones que me dijo el cura de Leganés para quitarme la gana de ser preceptor. Sin embargo de lo juiciosas que eran, me hicieron tan poca impresion como las que se dicen á una muchacha inclinada al amor, para disgustarla del matrimonio. Lo conoció, y discurriendo que perderia el tiempo en querer hacerme desistir de mi intento, prosiguió de esta manera: Veo claramente ser en vano querer disuadiros de vuestra determinacion. ¿Con que quereis absolutamente probar á



qué sabe el empleo de preceptor? Sea enhorabuena, pero ya que mi elocuencia no alcanza á haceros mudar de opinion, acordaos á lo menos de un consejo que quiero aquí daros: vivid muy alerta, si estais en casa donde haya mujeres, porque mirad que el diablo gusta de tentar á los preceptores, y por poco lindo que sea el instrumento de que se vale, pocas veces se libran de la tentacion.

Dí palabra al cura de Leganés de seguir puntualmente su consejo, siendo con efecto el sexo femenino un escollo temible para mí, pues veía demasiado que la naturaleza me habia dado una complexion, contra la cual tendria mucho que batallar mi virtud.

## CAPÍTULO II.

*De la primer casa en que entró de preceptor don Querubin, carácter de los niños sus discípulos, é imprudencia de su padre.*

Viendome resuelto el cura de Leganés á seguir la carrera de preceptor, me dió conocimiento con el R. P. Fr. Tomás de Villarreal, religioso de la órden de la Merced, el cual tenia singular habilidad para descubrir las casas en que se necesitaban preceptores. Este buen religioso me dió pronto noticia de una, ó por mejor decir, me llevó consigo á la del señor Isidoro Montanos, vecino rico de Madrid, quien en fuerza de los buenos informes que su reverencia le dió de mi persona, me recibió señalándome trescientos ducados al año. Nuestro Montanos habia sido mercader y retiradose del comercio, así para pulirse, como para pasar una vida mas tranquila. Tenia dos hijos, el uno de diez y seis años, y el otro de quince, los que me hizo ver, y cuyo aire no me cuadró. El mayor era tartamudo, y jorobado el menor. Híceles algunas preguntas con la mira de tantear su capacidad, y de sus respuestas colegí, que solo consistiría en ellos el aprovecharse de mis lecciones.

Mi primer cuidado en aquella casa fué ir observando á todos desde el amo hasta el último criado, é hice ánimo de manejar me de modo que no me notasen defecto alguno, lo cual venía á ser tan difícil como el no tener



absolutamente ninguno. En poco tiempo conocí los genios, y este conocimiento me causó pesadumbre. El buen señor Isidoro era un pobre hombre, que queriendo parecer gracioso, siempre tenia algun dicho majadero que decir. Ufano de verse con diez mil ducados de renta, hinchaba de vanidad los carrillos, y hacía de persona. Finalmente, era grosero, extravagante, aspero y caprichoso. Sus hijos por otro lado tenian malísimas inclinaciones; y aunque segun sus años no habian llegado todavía á ser hombres, lo eran ya por sus vicios, habiendoles concedido la naturaleza dispensa de edad, digamoslo así, para ser viciosos. Serviales un lacayo favorito suyo, que era como ayuda de cámara, el cual lograba de su confianza, y les hacía iguales servicios, que si hubieran sido ya hombres barbados. Yo á lo menos así me lo discurrí; y los motivos que tuve para creerlo, me hicieron tanta fuerza, que no pude menos de decirselo á su padre.

Yo entendia, que dandole semejante noticia, conocería lo importante de ella, y se enardecería, como á cualquier otro padre le hubiera sucedido en igual caso. Sin embargo me engañé, pues en vez de mostrarse sentido al oirlo, se me puso á reir, y me dijo: Vaya vd., vaya vd., señor bachiller, déjelos vd. que ya se cansarán como yo. Cuando mozo, era yo vivo como una pimienta, y me tenian miedo los padres y maridos de mi vecindad; y no es mi animo que mis hijos vivan de otro modo que yo. No le doy á vd. los trescientos ducados para que los haga ningunos santos. Enseñeles vd. la Gramática y la Historia, y juntamente inspíreles vd. el espíritu del mundo, que es lo único que quiero.

Cuando ví que el señor Montanos tomaba con tanta frescura é indiferencia la mala crianza de sus hijos, dejé de cansarme en observar las acciones de estos, y conteniéndome dentro de los límites prescriptos, me contenté con desempeñar las demas obligaciones. Empleabame en hacer construir en castellano á mis discípulos los autores latinos, y poner en latin buenos autores castellanos. Léales la historia de las guerras de Granada ú otras obras históricas; y además de eso, con el fin de instru-



irlos, hacía varias reflexiones sobre aquello mismo que había leído. Fuera de eso, cuando se les soltaba decir, ó hacían algo opuesto á la decencia ó á la caridad, jamás dejaba yo de reprenderse; pero mis correcciones de nada les servían, porque su padre las inutilizaba con sus conversaciones imprudentes y peligrosas. Cuando estaba de buen humor, se alababa de haber sido disoluto en sus mocedades. A la verdad que al oírle, parecía que les contaba expresamente sus liviandades, á fin de estimularlos á que siguiesen su ejemplo. A igual de éste hay algunos padres, que no guardan recato delante de sus hijos, y ellos mismos les distraen del camino de la virtud.

Fuera de eso, si el señor Isidoro no hubiese tenido mas defecto que aquel, nos hubieramos avenido bien los dos mucho tiempo, y aun le hubiera sufrido todavía otros muchos que tenía, excepto su mal humor. No había aguante cuando reinaba este en él, que era con sobrada frecuencia; y entonces, sin costarle dificultad alguna, profería palabras duras y sensibles, llegando á tanto su sinrazon, que me echaba la culpa de las faltas de sus hijos. ¿Por qué, me decía, no enseña vd. al grande, que era el tartamudo, á hablar claro? ¿En qué consiste, que el chico, que era el jorobado, no anda derecho? ¿por qué el uno está tan descolorido? ¿por qué el otro tiene llenos de manchas y polvo los vestidos?

¿Cómo era posible no alterarse al oír hacerse semejantes cargos? Una mañana me faltó la paciencia, y me salí de casa de Montanos, resuelto á no poner mas en ella los pies, despues de haberle dicho, que no me acomodaba un sugeto, que queria que el preceptor de sus hijos fuese su médico, su maestro de baile, y su ayuda de cámara, todo en una pieza.

### CAPITULO III.

*Pretende D. Querubin entrar de preceptor en casa de un consejero, conversacion extraña que éste tuvo, y respuesta de D. Querubin.*

Aquel mismo dia fuí á buscar á mi fraile de la Mer-

:



ced, que no llevó á mal que hubiese yo dejado al señor Isidoro; antes bien me dijo, sentia haberme colocado en una casa tan mala. Señor bachiller, prosiguió, volved de aquí á tres dias, que en ellos habré tal vez descubierto otra conveniencia mejor.

Con efecto, luego que nos volvimos á ver, me expresó tenia una que proponerme. Un señor consejero, me dijo, busca un preceptor para su hijo único; id de mi parte á presentaros á este magistrado, á quien ya le tengo hablado de vos; y me parece que os avendreis bien. Solo os prevengo que es un hombre soberbio; pero fuera de eso, es afable y de un genio muy bueno, segun me han dicho. Me alegraré que os vaya mejor con él que con el señor Montanos.

Fuí á su casa, y me encontré que iba á tomar el coche para ir al consejo. Lleguéme á él con muchísimo acatamiento, y le dije, que yo era el bachiller, de quien le habia hablado el P. Fr. Tomás de Villarreal. A mal tiempo venis, me dijo con aspecto sério y desabrido, ahora no puedo escucharos; volved á la tarde á las seis.

Hallándome con esta cita, no falté de comparecer á su presencia, aun antes de la hora señalada. Entráronle recado de estar yo allí; y despues de haberme hecho esperar en la antecámara dos horas largas por lo menos, me recibió en su estudio, en donde estaba sentado en una silla poltrona: hícele una reverencia tan profunda, que por poco no pego con las narices en el suelo, á la que correspondió bajando un poco la cabeza; y mostrándome con el dedo un taburete chico, que semejaba bastante á un banquillo, me hizo señal de que me sentase.

En mi vida he visto persona de aspecto mas orgulloso. Me estuvo mirando con cierta atencion crítica, digámoslo asi; y disponiéndose á hacerme un interrogatorio, me habló de esta manera: ¿sois hidalgo? Yo no creia, señor, le respondí, que fuese necesario serlo para ejercer el ministerio de preceptor. Enhorabuena, me replicó, que esta circunstancia no sea precisamente necesaria; pero ademas de que no daña de ninguna manera, me parece que la doctrina tiene mas eficacia en boca de un maestro noble, que no en la de un plebeyo.



El respeto que yo debía guardarle á un consejero, me contuvo para que no diese una carcajada de risa, así que oí estas últimas palabras, por tan ridículas como me parecieron. No obstante, siguió, aun cuando no fueseis hidalgo, no quiero insistir sobre este punto, con tal que por otra parte os asistan todas las cualidades del preceptor que busco para mi hijo, quien con el tiempo podrá quizá obtener, como yo, plaza en el consejo.

Preguntéle entonces, de qué circunstancias queria estuviese adornado aquel preceptor, y me respondió: yo busco un sugeto, que sea hombre grande, hombre docto, hombre de Dios, y hombre del mundo al mismo tiempo: ha de saber de todo, y poseer todas las ciencias divinas y humanas, desde el catecismo de la doctrina cristiana hasta la teología mística, y desde el blason hasta el álgebra. Este es el preceptor que quiero; y siendo puesto en razon recompensar liberalmente á una persona de semejante mérito, le daré trescientos ducados al año, y de comer. No está ahí el todo, añadió, pues al fin de la enseñanza podré con mi valimiento hacerle conferir un beneficio, ó bien gratificarle con alguna corta pensión para mientras viva.

Quedé admirado de la generosidad de aquel magistrado; y conociendo yo en mi interior que no era el pedagogo de quien él habia formado una idea tan perfecta, me levanté de la cáncana, y al despedirme le dije: beso á V. S. la mano; ojalá encuentre V. S. el sugeto que busca; pero hablando francamente, me parece que es tan difícil hallarlo como el orador de Ciceron.

#### CAPITULO IV.

*El padre fray Tomás acomoda al bachiller en casa del marqués de Buendia. Carácter de su nuevo discípulo. Sálese de allí, y por qué.*

Fuí á contar esta conversacion al P. Fr. Tomás, y ambos nos reimos un poco á costa del consejero, á quien calificamos de hombre extravagante. No estaré contento,



me dijo despues el religioso, hasta haberos acomodado bien, pues quanto mas os veo, mas afecto os tengo. Voy á practicar nuevas diligencias; y mucha será la desgracia, si al fin no os acomodo en alguna de aquellas buenas casas, en donde los preceptores son los que tienen la sarten por el mango.

Con efecto, al cabo de pocos dias, pensando este religioso haber hecho mi fortuna, fue á mi posada, y con un gozo, que realzaba el valor del servicio que me hacia, me dijo: en fin, mi querido bachiller, tengo una colocacion primorosa que ofreceros. El marqués de Buendia, uno de los señores principales de la corte, quiere fiar á vuestro cuidado la enseñanza de su hijo, en vista del buen informe que le he dado de vuestras apreciables cualidades. Venid mañana á buscarme; os llevaré á su casa, y vereis un señor de los mas atentos. Quedareis enamorado de la afabilidad con que os recibirá; y no pongo la menor duda en que estareis perfectamente con este cortesano.

Al dia siguiente por la mañana me acompañó el padre Fr. Tomás á casa del señor marqués, quien acababa de levantarse de la cama; recibíome con agradable semblante, diciéndome estaba persuadido de mi habilidad, una vez que su reverencia, que era amigo suyo, me habia elegido para enseñar al marquesito su hijo. Yo os admito á cierra ojos, prosiguió, de mano de su reverencia: tocante al sueldo, os daré cien doblones al año, y no saldreis de mi casa, sino recompensado dignamente de vuestro esmero, y con arreglo á mi agradecimiento.

Aquel mismo dia hice llevar allá mi cofre, y encontré un cuarto mueblado de intento para mí. Era mi discípulo un niño de siete años, bonito como un sol, y muy dócil. Estaba todavía al cuidado de un aya; pero inmediatamente que yo entré en la casa, lo pusieron al mio, y destinaron un ayuda de cámara y un lacayo para que nos sirviesen. Como los niños nacen comunmente con ciertas inclinaciones que necesitan de correccion, me dediqué á observar las suyas; pero no advertí en él cosa mala, pues el aya que le habia criado, no le habia consentido ningun defecto, extendiéndose á enseñarle á leer.



y escribir, de suerte que ya sabia medianamente las letras.

Compréle una gramática, y le empecé á enseñar los primeros rudimentos de la lengua latina; y queriendo irle formando el entendimiento, divirtiéndole al mismo tiempo, mezclaba yo en mi explicacion algunas fábulas propias para el caso, las cuales retenia él en la memoria con admirable facilidad; y cuando se las repetia á su padre, lo ejecutaba con tanta gracia, que el marqués lloraba de gozo. Es constante que aquel señorito daba muchas esperanzas, y yo estaba contentísimo de sus felices disposiciones, y ufano desde luego de la honra que me daria su enseñanza.

Me hallaba tan satisfecho de mi suerte, que no pude menos de ir á decírselo al fraile de la Merced. Mi reverendo padre, le dije, con una alegría tal, que por ella al instante adivinó el fin de mi visita, vengo lleno de agradecimiento á dar á V. R. las gracias que le debo, por haberme puesto en una casa, en donde me estiman y miran con atencion y respeto. Tengo por discípulo la criatura mas docil del mundo, sin que manifieste tampoco ningun defecto; no es un niño, sino un angelito. Fr. Tomás, que me oyó decir esto, me dió un abrazo de alegría, diciéndome: cuánto celebro saber que estais tan prendado de vuestro discípulo. No lo estoy menos de su padre, le repliqué con el mismo alborozo. El marqués de Buendia es un señor que se hace querer: es mucha su cortesía, y le debo atenciones que me tienen avergonzado. Siempre está de un mismo humor, sin notarse en él aquellos ratos de capricho, en que las personas de distincion dan á conocer su superioridad; y así nunca me habla sino para honrarme; y tambien ha mandado delante de mí á sus criados, que me obedezcan como á su misma persona, cuando les mande alguna cosa.

Os repito, me dijo el religioso, que me regocijo en oiros hablar de esa manera; y no hay que dudar, que hareis vuestra fortuna en casa de ese señor.

Yo estaba, pues, contentísimo con mi empleo, y deseaba que el cura de Leganés, que ya se habia ausentado de Madrid, supiese mi estado. En su opinion,



me decia yo á mí mismo , no hay preceptor que no esté miserable ; y sin embargo , yo gozo de una suerte digna de ser envidiada.

Logré tranquilamente de mi dicha , durante un año entero ; y aunque no percibia un maravedí de mi sueldo , esto no me daba ningun cuidado. Me hacía la cuenta , de que en acabándoseme el dinero , don Gabriel Pámpano , que asi se llamaba nuestro mayordomo , me suministraria , y de que con una palabra que le dijese , me daria al instante tanto quanto yo quisiese.

Confiado en esto , dejé correr aun seis meses sin impacientarme ; pero al fin , la necesidad en que insensiblemente me ví de algunos cuartos para vestirme , llegó á apretar tanto , que no admitiendo dilacion , hablé de ello al señor don Gabriel : hacedme el favor , le dije , de darme algunos doblones á cuenta de mi sueldo. Señor bachiller , me respondió fingiéndose afligido , me cogéis sin dinero , y lo siento muchísimo. Contad con que os daria cien doblones en vez de treinta , si me hallase con caudal ; pero os protesto que no hay cien reales en mi gaveta. Vaya , le dije yo , ese es un antiguo modo de hablar los mayordomos ; si tuvierais gana de servirme , no me negariais lo que os pido. Ya se me deben novecientos ducados , y me hace falta dinero : os suplico os hagais cargo de mi situacion. Mi ruego fue en vano ; y asi , por mas que dije , y por mas que le estreché á Pámpano para que me socorriese con diez doblones , no me fue posible ablandar á aquel tigre. Sépase que el corazon de un mayordomo está hecho de pedernal.

Entretanto , mis vestidos se iban usando á ojos vistas , sin saber yo como remediarlo. Un dia llamé á parte al maestro de baile que venia á enseñar á casa , y le pregunté si le pagaban corriente las lecciones. ¿ Qué pagar ! me respondió , hasta ahora no sé á que sabe el dinero del señor marqués , aunque hace ya seis meses que vengo aquí tres veces á la semana ; á vos puede ser , añadió , que os esté sucediendo lo mismo : así es , le dije ; pero quiere mi mala suerte , que no tengo vuestros arbitrios , pues enseñando á veinte discípulos , si



diez no pagan , á lo menos cobrais de los otros diez, con que comer , pagar la casa y vestiros. Yo soy , como veis , mas digno de lástima.

Despues de haber vuelto á hacer , bien que en vano, algunas tentativas para ablandar al cruel Pámpano, determiné exponer mis urgencias al marqués. Confieso que me costó mucha dificultad semejante resolucion; pero sin embargo , la necesidad me obligó á tomarla. Hice presente á aquel señor el apuro en que me veía, y los pasos dados en valde con don Gabriel , aunque le habia pedido una cortísima cantidad en comparacion de la que se me debia. El marqués se puso , ó por mejor decir , se fingió muy enfadado contra su mayordomo: dijo que le daria un buen jaban , y que su voluntad era que se me pagase puntualmente al fin de cada mes.

A vista de esto , ¿quién no hubiera creido que iba yo á coger unos trescientos ducados por lo menos? Sin embargo , nada adelanté con eso , ya fuese porque Pámpano y su amo estuviesen con efecto muy cortos de medios , ó ya fuese , que es lo mas verosimil , que ambos á dos se entendiesen entre sí para tratarme como á sus demas acreedores.

No pude menos en el estado violento en que me hallaba , de desear salir de allí. Valíme por la cuarta vez del P. Fr. Tomás , quien compadecido de mi desdicha, me colocó en casa de un contador. No obstante , antes de dejar al marqués , le escribí una carta , en que le exponia respetuosamente , que no siendo yo bastante rico para poderle servir sin interés , me veia en la precision de buscar otra casa que la suya , lo que le suplicaba muy humildemente no llevase á mal. Por justo motivo que tenga un sugeto de la clase comun para estar descontento con una persona de distincion , con todo está obligado á hilar delgado con ella.



CAPÍTULO V.

*Pasa el bachiller de Salamanca á ser preceptor del hijo de un contador. Su alegría de entrar en una casa tan buena. Páganle el sueldo adelantado. Enamórase de una criada joven; y su competidor es causa de que le despidan.*

Pasé de un extremo á otro. Aunque el contador no gastaba aquella urbanidad del marqués de Buendía, tenía en recompensa mucha mas moneda. ¡O qué famosa casa! Todo el dia desde por la mañana hasta la noche no se oía sino estar contando oro y plata, y aquel sonido armonioso me regalaba los oídos.

Era el contador uno de aquellos hombres que van al instante al grano; y así quiso saber, qué sueldo ganaba yo en casa del marqués de Buendía. Este señor, le dije, me asignó cien doblones al año; pero no ha sido puntual en cumplir su palabra. Sonrióse el contador al oirme decir estas últimas palabras, y me dijo: pues bien, yo os ofrezco ciento y cincuenta doblones, que cobraremos adelantados, si los quereis. Dicho esto, llamó á su tesorero, y le dijo: raposo, entregad al instante seis mil seiscientos reales al señor bachiller; y siempre que pida dinero, no dejeis de dárselo.

Semejantes palabras, confieso, que me ofuscaron. ¡Como diantre, dije yo para mí, un marqués y un contador son dos personas bien diversas! El uno no paga lo que debe, y el otro no aguarda á deber para pagar. Luego que el tesorero me hubo entregado aquella cantidad, envié á buscar un sastre, á quien mandé hacerme un vestido completo, y para imitar el estilo de los contadores, le adelanté veinte doblones.

Viendome de repente con dinero, recobré mi buen humor, que el marqués y su mayordomo me habian quitado, y empecé á ejercer con gusto el cargo de preceptor. Mi nuevo discípulo no estaba muy adelantado, pues aunque tenía ya diez años, todavía no sabia leer, y yo era su primer maestro. Señor bachiller, me dijo su



padre, yo os entrego mi hijo, y descanso en vos en cuanto á su enseñanza. No es mi ánimo que vaya á romper cátedras, y me contento con que aprenda algo de gramática. Enseñadle lo que se llama modales, y buscadle algun buen maestro de contar, que le explique el modo de hacer todo género de cuentas y cálculos. Ser-vios de hacer este encargo.

Dediquéme, pues, á contentar los deseos del conta-dor, y á acepillar aquel tronco, el cual querian tomase alguna forma. No fue poco el trabajo que me costó el hacer conocer á mi discípulo las letras de la cartilla. Tenia una disposicion para llegar á saber, igual á la del discí-pulo del cura de Leganés. Sin embargo, tantos fueron los medios de que me valí, que tuve la fortuna de en-señarle á leer de seguido toda clase de libros españoles. Di parte inmediatamente de esta importante novedad á mi señora su madre, que se puso muy gozosa de sa-berlo. Aunque queria con pasion á su hijo, no dejaba de conocer lo que él era; y considerando como cosa prodigiosa el fruto feliz de mis lecciones, me dió toda la gloria de él, con lo cual gané su estimacion y afecto.

Pórcia, que así se llamaba la esposa del contador, fue aficionándose poco á poco de mi talento; y escucha-ba con tanto gusto mi conversacion, que todas las tar-des despues de siesta, me hacia ir á su cuarto con el pretesto de ver á su hijo, que yo la llevaba agarrado de la mano. Su edad era la de treinta y cinco años á lo mas. Su entendimiento muy grande, y tanta su reserva, que quizá me engaño cuando pienso que me profesaba algu-na inclinacion. Con todo eso, no me fue posible dejarlo de creer; y el lector juzgará por lo que voy á referir, si fuí un simple en discurrirlo así.

Aunque Pórcia estaba todavía de buen parecer, y me miraba con ojos que me hacian sospechar llevaba algun fin conmigo, yo no correspondia de ninguna manera á las muestras de bondad que me daba. Yo tenia puesta enteramente la voluntad en su doncella llamada Nise, quien amándome tambien, me incitaba de un modo mas eficaz. Rindióme su semblante gracioso y atractivo, á pesar de las máximas de moral y de virtud, que cuan-



do yo estaba en la universidad , me habia propuesto seguir. Fueron tan expresivas las miradas que hubo entre los dos , que al instante entendimos su significado , y en breve se armó el galanteo.

Entre otras muchas habilidades , tenia Nise la de ser muy ingeniosa en inventar medios de hablar secretamente con sus amantes ; y necesitaba de semejante arte en una casa , en donde estaba temerosa del resentimiento de un galan á quien queria dejar por mí , ó á lo menos intentaba agregarle un compañero. Este galan sacrificado era precisamente el ayuda de cámara de mi discípulo , y no habiendo á la cuenta Nise hallado en sus obsequios nada que contentase su vanidad , pensó en aspirar á la conquista del señor preceptor.

Como quiera que sea , yo me hallaba victorioso de mi competidor , sin saber que lo tuviese , y gozaba en paz de una dicha , que no tardó él mucho en descubrir. Llegó á oler algo de mis conversaciones furtivas con su prenda amada ; y á fin de vengarse determinó perdernos á los dos. No manifestó desde luego su cólera , pues no podia servirse contra nosotros de armas mas fuertes , que meras sospechas que nada querian decir , y se manejó con mas prudencia. Fué atrayendo á su partido á todos los criados de la casa ; y esta canalla , que por lo comun es enemiga de los preceptores , entró sin dificultad en el proyecto de su venganza ; de manera , que acechados Nise y yo por tantas espías , no pudimos librarnos de la desgracia de que nos cogiesen hablando á solas.

Esta aventura causó terrible novedad en casa del contador , y todos los criados se rieron á cual mas pudo á mi costa. El amo , contra la costumbre de sus compañeros , á quienes se les da muy poco de que semejantes lances sucedan en sus casas , lo tomó por punto de honor , y se encolerizó furiosamente. La señora , mas escandalizada todavía que su pariente , dijo , que aquello no se debia perdonar. ¿Cómo se entiende , exclamaba , que un sugeto á quien yo reputaba por honesto y hombre de gusto , haya ido á cortejar á una criada ?

En resumidas cuentas , aquello paró en que la tempestad reventó sobre mí. Pórcia , que quería á su cria-



da , ó á la que quizá habia confiado secretos importantes , se contentó con reñirla , y á mí me echaron ignominiosamente como á seductor , á causa de no haber manifestado pensamientos mas nobles.

## CAPÍTULO VI.

*Á donde fué despues á parar el bachiller. Reflexiones que hace sobre su conducta. Su huesped le busca la casa de una señora viuda. Carácter de ésta. Llega don Querubin á ser director de sus negocios. Inclination que le tomó la misma , y conversacion que le tuvo doña Rodriguez, su asunto, y fruto.*

Habiendo salido de casa del contador , me guardé de ir á buscar al fraile de la Merced , quien me hubiera sin duda afeado , y con razon , la salida ; y mirándome quizá ya como á un hombre sin juicio , por el que no debía empeñarse mas , hubiera hecho escrúpulo de meterme en otra casa. Tampoco me atreví á volver á la posada, discurriendo que sabian en ella el lance ocurrido , porque cuando hacemos algun disparate , creemos que todo el mundo tiene noticia de él al instante. Fuíme , pues , á un barrio extraviado , donde me alojé en otra posada ; y como me hallaba con dinero , permanecí allí quince dias , pensando en lo que habia de hacer.

Me acordé no una vez sola del consejo del cura de Leganés , y me arrepentí de no haberlo seguido ; y reprendiéndome mi flaqueza , me avergonzaba siempre que pensaba en Nise. ¡O infame! me decia yo á mí propio : ¿con que te has metido á preceptor para enamorar criadas? Mas vale , que en lugar de ir dando escándalo por las casas , renuncies á un empleo que desempeñas tan mal , ó si quieres continuarlo , purifiques tus costumbres , y adquieras las virtudes que te faltan para ejercerlo debidamente. En una palabra , pesóme de mi culpa , y á fuerza de hacer propósito de enmendarme , concebí esperanzas de conseguirlo.

En esta temporada mi nuevo huesped me cobró ca-



riño, y deseoso de servirme, me dijo un día: señor bachiller, tengo gana de procuraros un buen destino, poniendoos en casa de una señora viuda, que hace criar á su vista á un nieto suyo. Esta voz de viuda me hizo temblar desde luego: ¿no habrá tal vez aquí, dije para mí, otro precipicio? ¿Si querrá el diablo armarme alguna zancadilla? pero me sosegué así que me hice cargo de que la señora propuesta era ya abuela, lo que suponía una edad capaz de servir de freno á mi genio. En consecuencia de esto, díjele al posadero, le agradecería muchísimo me hiciese el favor de que me había hablado.

Le doy á vd. palabra de ejecutarlo así, me dijo, y estoy cierto de que lo lograré, pues he sido criado de esa señora, y hace caso de lo que la digo; y así hoy mismo os propondré para preceptor de su nieto. Cumplió su promesa, me alabó mucho, y deseando verme la señora, me presenté á ella, la parecí bien, y quedé recibido al punto.

Doña Luisa de Padilla, que así se llamaba aquella señora, era viuda de un oficial general, que había perdido la vida en Flandes en una batalla con los franceses. Para ser abuela, me pareció estaba todavía de buen ver, sin que por eso temiese yo me expusiese este á ningún peligro. Tenía consigo, con astucia ú otro fin, dos criadas decrepitas, que la hacían parecer moza. Una de ellas, llamada doña Rodriguez, lograba de la confianza de su ama, y su influjo era grande para con ella. Alegréme entre mí, y di gracias al cielo de que en lugar de estas viejas confidentas, no tuviese doña Luisa en su compañía dos lindas sirvientas, que puede hubieran dado otra vez al traste con mi virtud.

Tomé, pues, posesion de mi empleo, y á los principios las cosas no podían ir mejor. Dedicuéme á enseñar á mi nuevo discípulo que, con su docilidad y feliz disposición, aprendía pasmosamente la lengua latina. No había cumplido aun ocho años. En menos de seis meses adelantó mas de lo que yo esperaba, por cuyo motivo conseguí que doña Luisa me regalase un reloj de oro, y á breve tiempo me enviase una gran pieza de rico lien-



zo para camisas, y paño de la lana mas fina de Segovia para vestirme; pero todos estos presentes, que yo creia ser efectos de pura generosidad, nacia de otra causa que voy á explicar.

Estando una mañana dando leccion á mi discípulo, vinieron á decirme que la señora me llamaba. Fui volando al instante á ver que me queria, y la ví sentada al tocador, y á las dos doncellas que hacian cuanto sabian, para remendar, digámoslo asi, sus gracias. Estaba en un traje bastante inmodesto; pero al mismo tiempo su edad era un preservativo de la tentacion.

Asi que acabaron de vestirla las doncellas, las hizo señal de que se fuesen; y habiéndome dicho con aire misterioso, que me quedase, me dijo luego: sentaos ahí; oidme lo que tengo pensado acerca de vos, y me alegro deciros. Yo no os miro como bueno únicamente para enseñar á niños, sino para otras muchas cosas. He determinado poner á vuestro cuidado el manejo de mis asuntos, y asimismo sucede, que Francisco Forteza mi administrador empieza á cargar de años: voy á despedirle, dejándole la racion, y á daros su empleo, que desempeñareis mejor que no él, sin que dejes por eso de ser preceptor de mi nieto. Podeis muy bien seguir á un mismo tiempo con ambos encargos.

Hícela presente á la señora, que como yo jamás habia ejercido el cargo de administrador, temia no desempeñarlo bien. Vos os chanceais, me dijo: no hay cosa mas fácil. No tengo pleitos ni debo á nadie un maravedí. Todo se reduce á cobrar mis rentas, y á correr con el gasto de mi casa. Vendreis, prosiguió, todas las mañanas á mi cuarto, donde trataremos una hora ó dos de mis asuntos, y en breve os enteraré de ellos. La aseguré que estaba pronto á hacer su voluntad, y con esto me retiré, aunque no sin notar que mi viuda tenia la cara encendida como una grana, y que echaba fuego por los ojos.

Mi mucha experiencia, ó por mejor decir, la demasiada presuncion de mi persona, me hicieron explicar estos síntomas en mi favor. Sospeché que la buena señora me miraba con buenos ojos, y mis sospechas tar-



daron poco en salir ciertas. La doña Rodriguez fue una mañana á mi cuarto , saludóme con semblante risueño, y me dijo : Dios os guarde , señor bachiller. ¿Qué me dareis por la buena nueva que os traigo ? ¿Pues qué tenéis que decirme , que tan bueno sea ? la respondí. Que sois el preceptor mas afortunado de todos los pasados, presentes y futuros. Mi ama está enamorada , perdida de vos , y me ha dado licencia para revelaros este importante secreto.

¡Pero cómo! prosiguió , al ver la poquísima impresion que me hacia la fortuna que me anunciaba , vos recibis esta noticia con un semblante bien indiferente. ¡Cuantos sugetos de forma se alegrarian muchísimo de estar en vuestro lugar! Aunque la señora no se halla en lo florido de su mocedad , no ha llegado todavía , á Dios gracias , al triste tiempo , en que deben las mujeres renunciar al trato con los hombres.

Asi es , doña Rodriguez , la respondí ; era preciso que yo hubiera perdido el juicio para pensar de otro modo que vos. Confieso son muchos los atractivos de doña Luisa ; y que se halla todo lo mas al principio , por decirlo asi , del otoño de su vida : con todo eso , hablandoos ingenuamente , por mucho honor que me haga su afecto , no puedo gozar de él , porque el papel de galan no es en manera alguna para un hombre de mi carácter. Aunque no estoy ordenado todavía , proseguí haciendo el hipócrita , me basta llevar hábitos clericales para guardar á este traje el decoro y respeto que le debo.

¡Qué os atreveis á decir ! exclamó con precipitacion la vieja doña Rodriguez , ¡Qué horrible mal juicio haceis de mi ama ! ¡Cómo habia de ser capaz de tener un cortejo , cuando la sombra misma del delito la espanta! Haced mas merced á doña Luisa. Si no pudiendo resistir , se ha dejado vencer del amor que os tiene , no discurreis que quiere contentarlo á costa de su virtud. Hablando claro , os digo , que está resuelta á ser vuestra esposa.

Alteráronme algo estas últimas palabras. Prudente y recatada doña Rodriguez , la dije á aquella doncella anciana , aun cuando la señora quisiese honrarme con



darme la mano, ¿creeis que sus parientes no estorbarian semejante casamiento? Mi ama, respondió la vieja, es dueña de sus acciones; y fuera de eso, vos sois, segun me parece, de noble sangre, además de que intenta volverse á casar tan de secreto, que nadie sepa nada. Asi que ví que la locura de mi viuda llegaba á punto de querer apretar tanto las cosas, no quise ser tan bobo que me opusiese á ello. Supliqué á la doña Rodriguez diese á su ama de mi parte las gracias por los favores que queria hacerme, y la asegurase, estaba pronto á corresponder á ellos.

Díla tiempo á la criada para que contase á su ama esta conversacion, y despues pasé yo en persona á confirmarla la relacion que la habria hecho. Señora, dije yo á mi afectuosa viuda echándome á sus pies: ¿es posible que hayais puesto los ojos en un sugeto tan poco digno de poseeros? No me atrevo á creerlo sin temblar. No me censureis vos mismo, respondió ella entonces, lo que quiero hacer por vos. Cuando yo cierro los ojos por no ver lo mas reprehensible que hay en mi intento, ¿os corresponde á vos el abrírmelos? En vez de desaprobar mi flaqueza, aprovechaos de ella. Tened por cierto cuanto os ha dicho doña Rodriguez; me habeis gustado; y dentro de poco unirá nuestra suerte un matrimonio secreto, siempre que seais tan reconocido á mis favores, como os toca serlo.

¡Ay señora! repliqué yo fuera de mí, asiendo una de sus manos acartonadas: ¿Creeis acaso, que quien piensa con estimacion, pueda pagar con ingratitud la venturosa suerte que le teneis guardada? No, no lo penseis así, antes bien, vivid persuadida á que mi gratitud igualará al exceso de mi felicidad.

Dije estas palabras con semblante y voz muy persuasiva; fingíme apasionado, y aunque es cierto que mis expresiones eran en parte afectadas, tenian con todo algo de ingenuas y naturales. Me sentia tan agradecido á los beneficios de la señora, que ya mis ojos comenzaban á perdonar á su vejéz.



CAPÍTULO VII.

*Estando ya don Querubin para casarse con doña Luisa, pierde de repente la esperanza de ello. Asáltanle, y le prenden unos espadachines. Descripción de la cena que tuvo, y de los convidados. Sale de noche de Madrid.*

Elena de gozo doña Luisa de ver como yo pensaba, dispuso secretamente los preparativos de la boda, mas quiso la mala ventura, que la noche antes del dia en que se habia de celebrar, ocurriese un inconveniente, que nos separó á los dos.

Al mismo tiempo que iba yo á entrar en casa, me asaltaron de improviso cuatro valentones, cuyos vigo-tes eran los mas espantosos que jamás se han visto en España, y me metieron con mal modo en un coche, en donde habia otros dos de su comitiva. Condujéron-me á lo último de un arrabal, me hicieron apearse á la puerta de una casa de bastante mala traza, y entrar en una sala que parecia una armería. Allí no se veian sino alabardas, espadas, alfanges, escopetas y pistolas. En otro tiempo me hubiera divertido el ir mirando una sala tan particular; pero me tenia muy pensativo el riesgo en que creia hallarme con unos espadachines, que de verlos se me helaba la sangre en las venas.

Viendo mi turbacion uno de aquellos guapetones, se echó á reir, y para animarme me dijo: no tengais miedo, señor bachiller, que aqui estais entre buena gente. Somos personas honradas, que hacemos profesion de mantener el buen órden en la sociedad, y de mirar por la tranquilidad de las familias. Nosotros somos los verdaderos ministros de la justicia. Los jueces se contentan con seguir escrupulosamente las leyes, al paso que nosotros las añadimos lo que no previenen. Las leyes, por ejemplo, no prohiben á una viuda distinguida que se case con un inferior á ella; pero como esto es cosa que disfama, no la aguantamos; y con el fin de evitar á la familia de doña Luisa de Padilla el justo sentimiento que la causaria el que fueseis su esposo, os hemos sa-



cado de casa á instancia de un sobrino suyo, que nos ha ofrecido cien doblones por apartaros de la presencia de ella. Escoged ahora, prosiguió el mismo guapo, lo que os parezca: si no quereis apartaros de esta viuda y salir de Madrid, traemos órden de mataros; pero se nos ha permitido no ejecutarlo, ni daros tampoco unos azotes, si abandonais gustoso la empresa. En vos está el elegir. ¿Qué es eso de elegir? respondí yo con prontitud. ¿Creeis acaso que soy yo tan tonto, que repugne un instante el dejar á Madrid, y á cuantas damas hay en el mundo? Ya quisiera estar bien lejos de aquí.

Bien lo creo, respondió mi maton con una risita falsa; y de esa suerte estamos conformes. Cenareis y pasareis la noche con nosotros á la mesa, y mañana al amanecer dos de mis camaradas os ocompañarán hasta Leganés, de donde ireis a Toledo; y allí os aconsejo que vivais, por ser una ciudad en que hay mucha nobleza, y hallareis plazas de preceptor en que escoger.

Era tan grande mi deseo de sacudirme de aquellos caballeros, que les propuse me diesen, si gustaban, licencia de ir á hospedarme á alguna posada, dándoles palabra, so pena de volver á caer en sus manos, de salir de Madrid antes de rayar el dia.

Al oír semejante propuesta, los espadachines dieron grandísimas carcajadas de risa, y tomando uno de ellos la palabra, me dijo: A lo que veo, señor bachiller, no os agrada nuestra compañía; pero tened paciencia, pues es preciso acomodarse, al tiempo. Disponeos á cenar alegremente, y contad con que comereis aqui mejor que en la posada; y entre las personas que seremos de mesa, quizá habrá alguna que os haga divertida la cena.

Viendo, pues, que no podia evadirme, me fué preciso hacer de necesidad virtud. Aparenté estar resuelto, y aun el reír con aquellos matones, cuyo buen humor despertó poco á poco el mio, ó á lo menos me desvaneció casi todo mi temor.

Llegada la hora de cenar, pasamos á otra sala, en donde habia un aparador guarnecido de vasos y botellas, y una gran mesa cubierta de todo género de manjares.

:



Sentámonos á ella con tres damas que llegaron , las cuales supe estaban casadas con algunos de los tales caballeros , lo que yo fingí tomar por dinero contante, aunque su descoco y familiaridad daban motivo á formar de ellas mal concepto.

Su trage airoso solo impedia ver lo que no se puede mostrar sin la mayor desvergüenza: ademas de eso, eran medianamente lindas. A una de ellas la llamaban la gitanilla , á causa sin duda de que venía de casta de gitanos. En mi vida he visto mujer mas chusca. Los ojos eran en ella tan lucientes , que deslumbraban ; y la viveza de su entendimiento competia con la de ellos. Su flujo de hablar era tal , que á veces la sacaba de sus casillas; pero se la hubiera podido perdonar por los muchos dichos chistosos y agudos que se la soltaban , si estos no hubiesen sido algo demasiado alegres. Finalmente , yo estaba admirado de oirla , y conocia que una criada de aquella especie hubiera sido para mí un terrible escollo en una casa.

Digamos que ya el señor bachiller empezaba á gustar de aquella compañía. Acalorado con las miradas de la gitanilla , y con el vino que se veia obligado á beber á cada instante para corresponder á los brindis con que todos le obsequiaban , iba poco á poco olvidando la casta de gentes con quien se estaba embriagando. Nos mantuvimos á la mesa casi hasta el amanecer ; y entonces , despidiéndome de los espadachines , y de sus ninfas , salí de la corte acompañado de dos de ellos , y tomamos el camino de Toledo.

## CAPITULO VIII.

*Que trata de la llegada de don Querubin á Toledo, de la casa en que entró á ser preceptor, de la mala índole de su discípulo que le tomó aversion, y del modo que le despidieron.*

Así que llegamos á Leganés , uno de mis compañeros me dijo : ahora bien , señor bachiller , con acompa-



ñaros hasta aquí, hemos cumplido la órden que nos dieron ; cuidado por vuestra parte con guardarnos la palabra y no dejaros ver en Madrid , porque si volveis á poner mas el pié en él , sois hombre muerto , como ya os lo hemos dicho. Señores, les respondí: podeis asegurar abiertamente en mi nombre á cuantos sobrinos y resobrinos tenga doña Luisa , que vos me declarais por apartado de ella para siempre jamás. Dicho esto, mis alguaciles me desearon un buen viage; y de esta manera nos separamos, haciéndonos varios cumplimientos.

Con esta separacion quedé libre de un gran susto , y me volvió el alma al cuerpo. Yo temia que aquellos guapetones al tiempo de la despedida me dejasen vacíos los bolsillos. Por eso, luego que los perdí á los dos de vista, saqué el reloj , y besándole, como una madre besa á un hijo que se ha salvado de un naufragio : ¡oh querido reloj mio, exclamé hablando con él , en gran peligro te has visto! Creia, te aseguro , que no llegaríamos juntos á Toledo , y que ibas á dar la vuelta á Madrid.

Con efecto, yo tenia razon de admirarme de que aquellos valentones no me hubiesen robado, pues semejantes bribones son regularmente tan honrados como los gitanos. Ademas del reloj llevaba yo conmigo una bolsa llena de doblones , que como administrador de doña Luisa habia el dia antes recibido de uno de sus deudores; de suerte, que los espadachines hubieran hecho mejor negocio con despojarme, que el que hicieron con sacarme de Madrid.

Viéndome en Leganés, no quise pasar de allí sin hacer antes una visita á mi amigo el cura, teniendo gusto en contarle mi última aventura , y en detenerme algunos dias en su casa, no dudando de que me haria instancias para ello ; pero me engañó el pensamiento, pues no encontré al buen sacerdote, quien me dijeron se habia marchado á Cuenca, sin saberse cuándo volveria.

Seguí andando hasta llegar á Móstoles, donde la fortuna me deparó un arriero de Toledo , que se volvia á esta ciudad con una mula de retorno. Se la alquilé , y continuamos nuestro camino. Cerca de la villa de Illescas se nos juntó un eclesiástico , que viniendo detras



montado en un buen caballo, habia apretado el paso para alcanzarnos con el deseo de ir en nuestra compañía. Saludámonos cortesmente, y tramamos conversacion. Mi curiosidad por saber quién era, me hizo tomar la libertad de preguntárselo. Soy, me respondió, para servir, un canónigo de la catedral de Toledo.

Al oír esta respuesta, lleno de respeto á su carácter, bajé el tono y empecé á medir mis palabras. No sé si lo echó de ver; pero lo cierto es que no se manifestó por eso mas vano ni orgulloso que antes. Quiso por su parte saber quien yo era, y le respondí que un bachiller de Salamanca, que iba de la corte, donde habia sido preceptor de un señorito, á ver si en Toledo podia colocarme para lo mismo. Eso lo conseguireis fácilmente, replicó el canónigo, siendo, como manifestais, un mozo de mérito.

Fuimos siempre en conversacion hasta llegar á Toledo, en donde, habiendo de separarnos, me dió la mano y me dijo: No me despido de usted, señor bachiller; yo me llamo el licenciado don Leandro. Venid á verme, pues me intereso por vos, y asi desde mañana haré mis diligencias para saber de alguna cosa donde os vaya bien. Díle gracias al canónigo por el favor que me hacia de mirar por mi beneficio, y fuí á parar á una posada que me ponderó el arriero.

Pasados cuatro dias, y habiéndome hecho hacer ropa nueva, fuí á casa del canónigo, quien me dijo: he hallado lo que buscaba. D. Gerónimo de Polán, caballero del hábito de Calatrava, é íntimo amigo mio, necesita de un sugeto hábil para que acabe de enseñar á don Luis, su hijo único, y de pocos años. Soy dueño de elegir á quien quiera; y asi, decidme si esto os acomoda. Respondí al licenciado, que yo no deseaba otra cosa, é inmediatamente me acompañó á casa de don Gerónimo de Polán.

Este caballero, no bien hubo visto á don Leandro, cuando se fué á él los brazos abiertos, con demostraciones de cariño, por las que inferí que los dos se profesaban la mas estrecha amistad. El canónigo, despues de haber recibido cinco ó seis abrazos, y correspondido con otros tantos, me presentó al señor don Gerónimo, diciéndole: He sabido que don Luis no tiene ahora pre-



ceptor, y aqui traigo uno, á quien yo fio. Es un docto bachiller de Salamanca, que viene de Madrid de haber enseñado á un caballerito de circunstancias.

D. Gerónimo, mientras le estaba el licenciado hablando en aquellos términos, me miraba atentamente, y á mí me parecia, sea dicho sin vanidad, que este exámen ocular producía buen efecto en mi favor. Tuve motivo de pensarlo así, á vista de las gracias que el caballero dió á don Leandro de haberle procurado un sugeto que traía consigo su recomendacion. Llevóme al aposento de su esposa, donde esta señora estaba con su hijo, quien me pareció tenía la pinta de tenáz, y con una criada que no me inquietó el ánimo, aunque apenas tenía veinte años. Todos ellos me examinaron de pies á cabeza, y me atrevo á decir que mi presencia les agradó.

Recibido, pues, en la casa, y mirado como persona venida de parte del licenciado don Leandro, logré quince dias de cuantas satisfacciones puede dar de sí el empleo de preceptor. D. Gerónimo y su parienta me trataban con distincion, respetábanme los criados, y yo vivia en la inteligencia de que mi discípulo me habia cobrado cariño; pero no estaba aun enterado de su genio. Servíale un ayuda de cámara, que habiéndose aficionado á mí, me habló un dia de esta manera: Señor bachiller, vos me pareceis hombre tan de bien, que no puedo menos de avisaros de una cosa que importa no ignoreis; y es que vuestro discípulo es malísima criatura. Sabed que don Luis es embustero, de maligno carácter, que tiene mala lengua y aborrece sobre todo á sus preceptores, y no los puede sufrir; y no hay enredo de que no se valga para quitárselos delante. Los dos últimos que ha tenido, eran sugetos de singular mérito; pero ha hecho de modo que los han despedido. Segun veo, le dije yo al ayuda de cámara, ¿el padre y la madre adoran en su hijo? Así es, me respondió; es un niño mal criado. Mucho trabajo os ha de costar hacerle aprender. Haré, le dije, cuanto dependa de mí, y si con todos mis afanes no puedo salir con ello, iré á otra parte á buscar un discípulo mas digno de mi esmero.

A fin de no tener nada que echarme en cara, comen-



cé á desempeñar mis obligaciones esenciales con una sujecion que tenia algo de esclavitud. Hice lo que pude para que el niño me amase, y temiese al mismo tiempo. Sin embargo de haber ya cumplido doce años, y tenido tres ó cuatro maestros, estaba tan poco adelantado en la gramática, que apenas sabia componer una oracion primera de activa. Yo le hablaba continuamente, y procuraba me escuchase, dedicándome igualmente á precaver sus faltas, en cuanto alcanzaban mis fuerzas. Si llegaba á caer en alguna, ó le castigaba sin acalorarme, ó se la perdonaba sin blandura.

Aunque me valí de estos medios suaves, y no obstante toda mi maña, vine á experimentar ser cierto lo que el ayuda de cámara me habia dicho. D. Luisito me tomó aversion, y creciendo su aborrecimiento á proporcion del mayor celo que yo mostraba en enseñarle, hizo que me despidiesen. Para salir con la suya, hablaba de mí á solas con sus padres, quejándose y acusándome de riguroso é inconsiderado; me pintaba como un hombre ridículo, y decia claramente que si no le libertaban de aquel tirano, no adelantaria nada en el estudio.

Ademas de esta amenaza se ponía á llorar fingidamente. Finalmente, hizo tan perfectamente el papel, que enternecidos sus padres de sus falsas lágrimas, le dieron la razon y plantaron en la calle al preceptor. De esta manera los padres y madres, por amor á sus hijos, despidrán alguna vez á un sugeto honrado, que se haya esmerado en cumplir con su obligacion.

Para aumento de mi pesar, fuí asi que salí de la casa, á ver al licenciado D. Leandro, é informarle de lo ocurrido. Hícele presente las malas cualidades de D. Luisito, y le conté menudamente el ardid de que se habia valido para que me despidiesen; pero el canónigo, que verosímilmente estaba ya hablado por D. Gerónimo, en vez de compadecerse, me escuchó con frialdad, y me volvió la espalda, despues de haberme dicho con desabrimiento, que no le aconteceria en adelante el empeñarse por ningun preceptor, sin conocerle bien antes.



## CAPITULO IX.

*Conversacion curiosa de don Querubin con un preceptor vizcaino amigo suyo, y fruto que saca de ella. Entra en casa de una marquesa. Capricho y extraña aficion de esta Señora á leer libros de caballerias. Apasionase con extremo de ella don Querubin. Efecto que produjo su amor. Con todo, la deja, y por qué motivos.*

Hice conocimiento con un licenciadillo vizcaino que ejercia como yo el oficio de preceptor, y se hallaba entonces desacomodado. Llamábase Carambola; y aunque su figura no fuese tan desgraciada, era tan pequeño, que pudieran equivocarle con un enano. En recompensa de esto, tenia mucho ingenio y un carácter muy festivo. Ocurríanle cosas chistosas; se explicaba con donaire, y la pronunciacion de su pais aumentaba la gracia de su conversacion.

Yo gustaba mucho de oirle, especialmente cuando tomaba algun enfado; y para excitarle á él, no habia mas que hablarle de los padres y madres. Bastaba tocar este punto para hacerle saltar. Los padres, decia él con enojo, casi todos son unos ingratos. Oid á un padre de familia: estoy contentísimo, os dirá, con el preceptor de mi hijo; y asi es mi ánimo procurarle un acomodo seguro; pero no corre prisa: será tiempo de pensar en ello cuando haya acabado de enseñarle. ¿No es esto, proseguia Carambola, lo mismo que decir: no quiero todavía favorecer á un hombre de bien, que actualmente me sirve, que se ha hecho ya acreedor á mis beneficios, y pensaré en su acomodo, cuando ya no le tenga delante, cuando no piense mas en él?

Con estas graciosas conversaciones me divertia algunas veces el vizcaino, y yo no dejaba de aprovecharme de ellas. Habiéndole encontrado en el paseo una tarde, se llegó á mí con semblante risueño. Amigo, ¿qué es eso? le dije: la alegría que mostrais dá á entender que habeis descubierto alguna conveniencia maravillosa. Algo hay de ello, me respondió, he hallado con efecto

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

6



una que me acomodaba muchísimo ; pero es tal mi desgracia , que no he parecido á propósito para ella. No os entiendo , repliqué , explicaos mas claro.

Sabreis , pues , continuó , que habiendo sabido ayer por la voz pública , que una señora buscaba un preceptor que empezase á enseñar á su hijo , de edad solo de cinco años , fuí á su casa esta mañana á ofrecerme á sus órdenes , y hacer mi pretension en el asunto , la que me ha sido negada , diciéndome que yo era demasiado pequeño. Pues , ¿qué , le dije yo al licenciado riéndome , para entrar en casa de esa señora es menester tener seis pies de alto ? Si señor , replicó Carambola. La señora quiere una persona de buena estatura , y ademas de eso muy jóven ; pues aunque yo no tengo mas que treinta y tres años , la he parecido muy viejo.

Soltóseme otra vez la risa al oír semejante cosa , y juzgué que aquella señora debia ser alguna extravagante ; y así se lo manifesté al licenciado , quien me dijo con seriedad : no , no creias tal ; antes bien es una mujer de muchísima reserva , una gazmoña que se divierte sin que lo sienta la tierra , ni padezca su buena opinion ; y su fin es tener un galan en el preceptor de su hijo. ¿Cómo es su nombre ? pregunté al vizcaino. Hace que la llamen , dijo , la señora marquesa. Su marido es un capitan que está ahora sirviendo en Lombardía , y esto es cuanto sé. Finalmente , lo que puedo aseguraros es , que es hermosa , y muestra ser muy entendida. ¿Teneis acaso curiosidad de verla ? Gana me dais de ello , repliqué , y soy de parecer de ir mañana á presentarme á la tal marquesa. Así os lo aconsejo , exclamó , y estoy cierto de que sois el preceptor que necesita.

No eché en olvido el ir al dia siguiente á casa de la mujer del capitan , presentándome bajo el título de bachiller de Salamanca. Una criada vieja , algo parecida á la doña Rodriguez , me condujo á un aposento , en donde su ama se entretenia en leer. La marquesa suspendió su lectura al verme , y me preguntó qué la queria. Señora , la dije , he sabido que V. S. buscaba un preceptor para su señor hijo , y me he tomado la licencia de venir á pretender el serlo , si V. S. me juzga digno de ello. Al



oir esto, puso en mí los ojos, y no con menos atención me miró la criada; de modo, que conocí que mi persona tenía en ellas dos votos en su favor. Les parecí un hombre muy distinto de Carambola.

Señor bachiller, me dijo la marquesa: ¿qué edad tenéis? Acordándome yo entonces que el licenciado Carambola la había parecido muy viejo de treinta y tres años, la respondí con descaro, que aun no había cumplido veinte y dos, aunque en la realidad tenía veinte y seis. Tanto mejor, replicó la marquesa; yo quiero un preceptor jóven, tengo esa manía; pero no me engañéis, prosiguió. ¿Sois mozo de buena conducta? porque habeis de saber que no me acomodaria una mala cabeza, que saliese todos los dias á divertirse fuera. Yo gusto de un hombre que se esté quieto en casa, y eduque á mi hijo á mi presencia.

Pues, señora, yo cabalmente soy lo que V. S. busca. Aunque estoy en la edad del bullicio de las pasiones, la razón, ayudada de los buenos principios que he estudiado, las sabe reprimir; de modo, que sus ímpetus me meten poco miedo, fuera de que no conozco á nadie en Toledo, y especialmente á ninguna mujer; y así, cifrando todos mis gustos en la enseñanza de su señor hijo, no me dedicaré sino á cultivar esta tierna planta, si me hiciese V. S. la honra de ponerla á mi cuidado.

Mucho me agradareis, replicó la capitana, si os portais con tanto juicio. Os elijo desde luego para enseñar y educar á mi hijo. En cuanto á vuestro salario, no os dé cuidado, pues yo sabré medirlo conforme á vuestro esmero y servicios. Profirió estas palabras con tal modestia y recato, que á pesar de mi vanidad no formé ningún mal juicio de su conducta, ni me lisongeeé con la esperanza de grangearme su atención.

Para contar las cosas como verdadero historiador, diré que las gracias y atractivos de la marquesa, que no había aun cumplido treinta y cinco años, me hicieron impresion. Quedé encantado de su hermosura, y sentí interiormente, sin saber por qué, cierta alegría de verme admitido en aquella casa, de donde salí acelerado á hacer traer á ella mis trastos. Encontré en la calle á Ca-

:



rambola , que estaba aguardándome por curiosidad. Y pues , amigo , me dijo : ¿Cómo os ha recibido la marquesa? Con el mayor agrado , le respondí , y pongo en vuestra noticia que soy preceptor de su hijo.

Al oír esto , Carambola dió una gran carcajada de risa. Bien me recelaba yo , exclamó , que vuestra mocedad y linda cara no podían dejar de obrar su efecto. ¡Qué vida tan gustosa pasareis en casa de esta señora ! Poco á poco con eso , señor licenciado , le interrumpí , habiendo penetrado el sentido de su expresion. Pensad de ella con mas caridad. Por mi parte , yo la tengo por mujer virtuosa , á lo menos su exterior es honesto. ¿Por qué se ha de achacar á hipocresía la modestia de su semblante? Aunque no hay que fiar de las bellas apariencias , con todo eso , tampoco se deben reprobar. Es verdad , repliqué , puedo engañarme ; pero apostaria cualquier cosa á que no me engaño.

De allí á pocas horas volví á casa de la marquesa con mis trastos , y tomé posesion de un cuarto dispuesto para mi discipulo y para mí. Pregunté por el niño , el que al instante me trajo aquella doncella vieja , que ya habia yo visto , y le servia de aya. Parecióme muy lindo. Llevábanle con andadores y empezaba á romper á hablar. ¡Oh qué discipulo para un bachiller de Salamanca ! Un preceptor altivo puesto en mi lugar , no hubiera querido bajarse hasta el punto de tener que enseñar las letras de la cartilla ; pero yo lo miraba esto de otro modo ; y asi como Aristóteles tuvo á mucho honor el ser el primer maestro de Alejandro , yo me glorié de serlo de un marqués.

Estando en conversacion con la vieja del aya , la cual se llamaba Séfora , me dijo esta : señor bachiller , me alegro mucho de que vuestra persona haya gustado á la señora. Solo un sugeto tan galan como vos podia agrada-la , porque tiene el paladar muy delicado. Veinte preceptores se han venido á presentar , y ninguno la ha parecido bien , no obstante que entre ellos habia algunos de bastante buen personal. No os pesará de haber entrado en esta casa , pues la señora marquesa es rica y generosa ; en una palabra , podeis dar por hecha vuestra



fortuna , con tal que la mostreis una ciega complacencia é infinitas atenciones. Este es su flaco , os lo advierto, aprovechaos de mi aviso , y especialmente acomodaos, si os es posible , al defecto que tiene de gustar con extremo de leer libros de caballerías. ¿Os creéis, decidme , capaz de seguirla el humor? Quién lo duda , la respondí ; no me costará dificultad lisongear su locura, porque tambien soy yo aficionado á semejante lectura. Pues de esa suerte, replicó la doncella , la tendreis contentísima , y de ello podeis estar cierto.

Con efecto , por la primera conversacion que tuve con la marquesa, conocí que tenia la cabeza atestada de aventuras caballerescas. Me habló solamente de Orlando el enamorado , del caballero del Febo, de Amadis de Gaula , de Amadis de Grecia , y principalmente del incomparable D. Quijote de la Mancha , y de otras muchas obras semejantes que eran su mayor diversion , y las únicas de que se componia su libreria. Aunque yo no era de su misma opinion , fingí lo contrario, encareciendo esta lectura sobre todas las demas del mundo. Quizá tambien que el burlado fuí yo , y que la señora aparentaba aficion á esta clase de libros para lograr sus intentos. Como quiera que sea, si hubiese contenido su locura en leer tales boberías, la hubiera complacido en alabarlas apesar de la sana razon ; pero su san dez pasó mas adelante.

Señor bachiller , me dijo un dia que entré en su cuarto á tiempo que estaba leyendo en D. Belianis de Grecia, hechizada estoy de un coloquio que acabo de leer. ¡Qué bien saben D. Belianis y Florisbella manejar el amor! ¡Cuán finos son sus afectos , y tiernas sus palabras! Todavía me dura la conmocion que me han causado.

Bien lo creo , señora , la respondí ; nada es mas propio para excitar las pasiones. Lo mismo me sucede á mí, pues experimento sumo gozo, cuando leo algunos coloquios en ciertos libros de caballería, que agitan y encantan mi corazon de suerte..... ¿Qué decis ? interrumpió á esta sazón con aire agitado la marquesa. ¿ Es posible que yo encuentre un hombre tan apasionado como yo á leer novelas , y que este seais vos? Crece mi alegría por el motivo de que deseo tener un amante que me rinda ob-



sequios , y me sirva como caballero andante. Yo os escojo para ello , mi caro bachiller. Transformémonos los dos, vos en héroe, y yo en heroína de caballería. Miradme como vuestra dama , y yo os tendré por mi caballero. Suspiremos el uno por el otro , y abrasémonos ambos en una llama tan viva, como la que consumia al príncipe de Grecia , y á su amada Florisbella.

Acompañó estas palabras con demostraciones tan expresivas , que el pobre D. Querubin, á quien ya la dama le parecia demasiado bien , llegó á enamorarse ciegamente de ella. En vez de huir de aquella mujer insensata , tuve la flaqueza de prestarme á todas sus locuras. El señor bachiller de Salamanca perdió el juicio , y se convirtió en caballero andante. Empezamos la marquesa y yo á hablarnos en lenguaje caballeresco. Yo tomé el estilo del caballero del Febo , y ella el de la princesa Lindabrides. Todos los dias teniamos nuestros coloquios en términos altisonantes ; pero á veces por desgracia sucedia , que la heroína se ablandaba algo demasiado, y el héroe se apasionaba con exceso.

Mientras vivia yo en casa de la marquesa , como Reinaldos en el palacio de Armida , supe una noticia que deshizo mi encanto. Dijéronme que el capitan Torbellinos, marido de mi princesa , llegaba pronto de Lombardía , y al mismo tiempo me avisaron ser de genio colérico y celoso. Por no meterme en historias , ni gustándome , aunque caballero andante, los combates singulares , tomé la prudente resolucion de ausentarme de Toledo, con tanto mayor motivo, cuanto habia en casa un criado antiguo , que siendo enteramente del partido de su amo, me hubiera expuesto con lo que podia contarle, á ser víctima del enojo del marido, despues de haber sido mártir del corazon tierno de la mujer.

#### CAPITULO X.

*Entra de preceptor nuestro bachiller en casa de un platero de Cuenca. Con sus diligencias y las del señor Diego Cintillo, consigue que su discípulo se meta fraile. Encuentro desagradable que tuvo. Vuelve á Madrid.*

Salí oculto de Toledo una mañana con un arriero que



iba á la ciudad de Cuenca, que es de las mas famosas de España. A pocos dias de mi llegada, el amo de la posada me dijo conocia á un sugeto ya anciano, que se empleaba en acomodar preceptores, mediante cierta retribucion que pedia en agradecimiento, la que era mayor ó menor, segun la clase de la conveniencia.

Informado de las señas de su casa, fuí á verle y le pregunté si habia algun puesto de preceptor vacante. Muchos hay, me respondió; y habiéndole yo dicho estar graduado de bachiller por Salamanca, exclamó: no es menester otro elogio: no necesito saber mas. Yo mismo os presentaré al señor Diego Cintillo, el mas rico y afamado platero que tiene Cuenca. Anda buscando un sugeto hábil y de buenas costumbres, para que enseñe á un sobrino, de quien es tutor; y me parece que llenareis la medida de su deseo.

El mismo me acompañó inmediatamente á casa de Cintillo, á quien respondió de mí sin conocerme, y quedé admitido sobre el pié de trescientos ducados al año, lo que tuve á bien aceptar, esperando mejor ocasion. Era el platero un hombre que fingia santidad, andaba siempre con el rosario en la mano, y parte del dia lo pasaba en la iglesia, y con esto conciliaba muy bien, á su parecer, el oficio de usurero, que ejercia con tanto secreto que nadie lo ignoraba en la ciudad.

Por dar gusto á mi platero, aparenté un exterior devoto, lo cual se acomodaba bien con su semblante hipócrita. Hizo llamar á su sobrino, que era un mozo de diez y siete á diez y ocho años, y me dijo: este es el discípulo que os encargo. Sabe ya leer y escribir; y aun entiende los Autores latinos: enseñadle la filosofía, y dedicaos, sobre todo, á encaminarle á la virtud, que es lo principal.

Mi nuevo discípulo se llamaba Crisóstomo, y era tan cerrado de mollera, que mis primeras lecciones de nada le sirvieron, por lo que no pude menos de decir á su tío, que no veia en él disposicion alguna para que le aprovechase mi enseñanza, y que en fin yo desesperaba de poderle sacar filósofo. No os aburrais, señor bachiller, me respondió, bien conozco que Crisóstomo es rudo,



y así no seré yo tan inconsiderado que me queje de vos si no conseguís instruirle.

Aquí entre nosotros, continuó, mi ánimo es meterle fraile, porque me parece le caerá bien la capilla. Yo interrumpí al platero, oyéndole hablar de aquella suerte. Guardaos, señor Diego, le dije, de forzar la inclinación de vuestro sobrino. ¿Qué es lo que decís? replicó admirado Cintillo; no quiera Dios que yo tenga pensamiento de violentar á Crisóstomo, y hacerle entrar religioso contra su voluntad. Hacedme mas justicia, pues yo solamente quiero su bien, no pareciéndome propio para el siglo, y por lo mismo desearia que abrazase gustoso el estado de religioso. Ayudadme, os pido, á inclinarle á esto. Os doblo el sueldo para estimularos mas á coadyuvar mi designio. Unámonos los dos para hacerle que tome este partido, que en la realidad es el mejor. ¡Cuánto me alegraré de ver á mi sobrino vivir santamente en un convento!

El bueno del platero no decia todo lo que sentia, pues además del contento que le causaba el que su sobrino abrazase este estado, no le pesaba que entrase fraile, porque como era rico, su herencia recaia en él en tal caso. Seguí, pues, con sus ideas, habiendo de ser pagado por ello, y con esta mira me metí á predicador. Empecé á declamar contra el mundo, y á alabar á mi discípulo las dulzuras del estado religioso. Cintillo por su parte le predicaba continuamente lo mismo; de modo que, alucinando al pobre mozo que creia nuestras persuasiones al pie de la letra, conseguimos tomase el hábito al cabo de diez meses en un convento, en donde perseverando en su santo fervor, dió á su tío el platero el gusto de verle profeso y de heredar todos sus bienes. Entonces el señor Cintillo, no necesitando ya de mí, me pagó mi honorario, que yo habia bien ganado, pues todos los dias fuí á ver á Crisóstomo durante su noviciado para mantenerle en sus buenos pensamientos: con esto nos despedimos Cintillo y yo, igualmente satisfechos uno de otro.

De allí á poco tiempo dejé la mansion de Cuenca en fuerza de un aviso que tuve, el cual me parece no debo



dejar en el tintero. Yendo un dia pensativo por la calle, sentí que me dieron una palmadita en el hombro. Volví inmediatamente la cabeza, y vi á un hombre, al cual conocí por uno de los dos guapetones que me habian conducido de Madrid á Leganés. Temblé á la vista de aquel ave de mal agüero, y asustado lo dije: ¿qué es eso, señor espadachin? ¿Será otra vez tal mi desgracia que vengais en mi seguimiento? ¿He quebrantado acaso el destierro? No por cierto, me respondió riéndose; sois hombre de palabra, y ya no tenemos nada que hacer con vos: antes bien os digo que, si os da la gana, podeis volver á Madrid.

Ya os entiendo, repliqué: ¿con que segun parece doña Luisa ha muerto? No por cierto, prosiguió, todavía vive, y podeis renovar si quereis vuestra amistad con ella, pues nosotros no os lo estorbaremos, y os diré el por qué. Nuestra cuadrilla se ha deshecho con motivo de una pendencia que dos de ella armaron sobre querer galantear á la gitanilla, aquella morenita con quien cenásteis una noche y que os pareció tan linda; salieron á reñir desafiados para saber cuál de los dos habia de ser el solo, y tuvieron la desgracia de envasarse uno á otro. Este suceso ha sido la causa de separarnos todos, y cada uno de nosotros se ha ido por su lado.

Esta noticia me alegró infinito, y no dejé de volver á tomar bien pronto el camino de Madrid, pues era tanto mayor mi gana de volver á ver esta villa, cuanto me habian prohibido pena de la vida poner mas los pies en ella.

## CAPITULO XI.

*Vuelve don Querubin á Madrid, donde encuentra casualmente á uno que le da noticias de doña Luisa de Padilla. Esta señora le coloca en casa del duque de Cueda por segundo secretario. Conocimiento que hace con don Juan. Descripción de un baile á donde asistió don Querubin. Marcha á Nápoles en calidad de correo extraordinario del conde Eruña.*

No bien entré en Madrid, cuando me encontré por casualidad con Martin Cinquillo, mi antiguo huesped,  
**EL BACHILLER DE SALAMANCA.**



aquel que me habia acomodado en casa de doña Luisa de Padilla. Conocimonos uno á otro inmediatamente. Señor bachiller, me dijo con aire de admiracion, ¿es posible que yo os vuelva á ver sano y salvo despues del lance que os ha pasado? Yo creia, os lo confieso, que aquellos espadachines que cargaron con vos, os habian quitado la vida; y á la hora presente doña Luisa os cuenta entre los muertos. ¡Qué alegría voy á darla con decirla que vivis todavía! Id mañana á mi casa, y os diré como ha recibido la noticia.

Con la curiosidad de saber que impresion habia causado en aquella señora mi vuelta á Madrid, no falté al dia siguiente de ir á casa de Cinquillo, donde encontré á la señora Rodriguez, que me estaba esperando. Asi que esta buena vieja me vió, se vino hácia mí, y abrazándome con lágrimas en los ojos: seais bien venido, exclamó, señor don Querubin. ¡Ay! Mi ama y yo habiamos perdido la esperanza de volveros á ver. Nos imaginábamos que todos los Padillas, irritados contra vos, habian tenido la crueldad de sacrificaros á su enojo. Cuánto nos hemos afligido, metidas en este error! Cuántos lloros la habeis costado á doña Luisa! Juzgar por eso, que gozo no la ha causado la nueva de vuestra vuelta. Yo vengo de parte suya á manifestaroslo, y á aseguraros, que está en ánimo de contribuir á procuraros un destino gustoso.

Esto no es decir, prosiguió la Rodriguez, que la dura todavía la inclinacion á casarse con vos, pues, gracias al cielo, ha abierto los ojos para ver la extravagancia de semejante casamiento, y lo ridícula que se haria con él entre las gentes. En una palabra, ya no se acuerda de tal cosa; pero no obstante, quiere por afecto poner os en estado de hacer fortuna, colocándoos en casa del duque de Cueda, pariente suyo y valido del rey. Se li-songea de tener bastante valimiento para hacer os entrar por uno de los secretarios de este ministro. Ya os haceis cargo de lo importante de este puesto, y no dudo que os alegréis de ocuparlo, á no ser que tengais intencion de consagraros al servicio de la Iglesia. No, le respondí, no estoy de ese parecer; me siento con bas-



tante virtud para ser secretario, y no me hallo con la suficiente para llegar á ser un buen sacerdote.

Siendo esto así, replicó la señora Rodriguez, dejad prontamente los hábitos, y vestios de caballero. Eso os prometo hacer sin detencion, la dije: y á la verdad ya empieza á fastidiarme el oficio de preceptor, que solo por necesidad puede ejercer un hombre honrado. Quitéme, pues, los manteos, y de allí á poco entré en una secretaría del ministerio, no habiendo necesitado doña Luisa mas que decir una palabra á su sobrina doña María de Padilla, duquesa de Cueda.

Luego que ya me ví yo en posesion de mi empleo, manifesté á la señora Rodriguez, que me alegraria mucho de ir á ver á su ama, para dárla gracias; pero esta criada me dijo: doña Luisa os dispensa de ello. Despues de lo que ha pasado entre vosotros, tiene por conveniente privarse de vuestra vista, temerosa de exponeros otra vez á algun lance pesaroso. Tiene voluntad de protegeros sin volveros á ver, cosa que sus parientes no pueden llevar á mal; agradeced su prudencia. Nada tengo que responder á eso, la respondí, mi querida señora Rodriguez; y pues es fuerza el que yo renuncie al gusto de dar de viva voz á doña Luisa las gracias que la debo, aseguradla á lo menos de mi parte, que estoy agradecidísimo á sus favores. En la realidad no me pesaba de que mi protectora no quisiese verme, porque si me hubiese puesto yo en el pié de visitarla y obsequiarla, pudiera muy bien haber tenido que hacer con otros espadachines, los cuales me hubieran quizá dado mas mal trato que los primeros.

Como yo tenia buena letra, habiendo aprendido á escribir en Salamanca, me destinaron á una oficina para poner en limpio toda especie de papeles. Hice conocimiento con los oficiales, y aun tuve la fortuna de granjearme la amistad de don Juan de Salcedo, primer secretario del duque de Cueda. Este don Juan no carecia de entendimiento; pero tenia la falta de gustar tanto de la lengua latina, y de citar sobre cualquier cosa pasages de Horacio, de Ovidio ó de Petronio, que siempre

:



que me veía, me hablaba en latin, y yo le respondia en el mismo idioma por acomodarme á su flaco, y eso le tenia embelesado; lo que prueba bien, que para agradar á los hombres, no hay mas de prestarse á sus inclinaciones. Don Querubin, me dijo un dia: yo os quiero, y cuando encuentre ocasion de daros pruebas de ello, la aprovecharé *lubenti animo*. Dió la casualidad que dentro de poco se presentó esta; pero antes se necesita referir de donde nació.

Una noche que habia baile en casa de la duquesa de Cueda, que está cerca de la plaza grande donde se corren los toros, me dió gana de ir á él. Vi alli un numeroso concurso de señores, y las damas mas hermosas de la corte. Parecia que habian ido escogiendo las personas mas amables del Reino, para asistir á un festejo tan lucido.

Antes de empezarse el baile, las mujeres disputaron entre sí, sobre cual podia llevarse la atencion de los caballeros: pero luego que vieron bailar á doña Isabel de Sandoval, hija única del duque de Cueda, los ojos se emplearon solo en ella. Todos admiraron su gracia, la nobleza y magestad de su persona, la destreza y garbo de sus pasos, la correspondencia del cuerpo con el airoso manejo de los brazos, y lo fino de su oido; y asi fué que, luego que acabó de bailar, resonó la sala con el ruido de los aplausos. Un marqués decia: no tiene igual. ¡Qué no haya en nuestros teatros una mujer que baile tan bien! La protegeria á toda costa. Yo la suplicaria que me dejase por puertas, decia un conde. Yo la pediria me diese la preferencia, decia un duque. En una palabra, todos los señores quedaron encantados de aquella segunda Terpsicore, y no me sucedió menos á mí.

Bien se conoce que, á una heredera tan rica y tan ilustre, no la faltarian pretendientes. Entre los que aspiraban á lograr su mano, ninguno podia con mas fundamento lisongearse de esa esperanza, que don Juan Tellez, conde de Eruña, hijo único del conde de Nuaso, y el mas digno de ser dueño de Isabel. Este señorito servia en la corte el empleo de gentil-hombre de cá-



mara del rey, en lugar de su padre, ausente á la sazón en Nápoles, de donde era virey.

Mientras cada uno de los amantes de la hija del duque de Cueda, se esforzaba con sus obsequios por ser el preferido, este ministro envió á llamar al conde, á quien le dijo: señor don Juan, ya sabeis la estrecha amistad que nos une al duque vuestro padre y á mí, y lo que me interesan los asuntos de vuestra casa; he tenido por conveniente hablaros á solas, para haceros presente que debéis aprovecharos del tiempo, ahora que la fortuna os es propicia. El duque, vuestro padre, tiene al presente mas envidiosos y enemigos que nunca. Trabajan sin cesar en perderle, y puede suceder que lo consigan. Es preciso que mientras le dura el valimiento, penseis en tomar estado. Ya estais en edad de casaros, y aun de ejercer grandes empleos. Hace un año, prosiguió, que vuestro padre me escribió pidiéndome os buscase una esposa; le respondí que ya estaba hallada; pero como desde entonces no me ha vuelto á hablar del asunto, no sé si se mantiene del mismo parecer. No dejéis, añadió, de participarle lo que acabo de deciros; y de asegurarle que, si quiere una nuera escogida por mi mano, le tengo destinada una, cuya riqueza, hermosura y nobleza, son bastantes para hacerla digna de tener un suegro como él.

Oido este discurso, el conde conoció bien, que Isabel era la nuera de que se trataba, y dejó ver en su semblante una alegría, que el duque advirtió con placer. Sin embargo, este ministro no dió á entender que lo habia notado, y le dijo á don Juan: envidiad, pues, en diligencia un expreso á Nápoles, y la respuesta que os dé el virey, será la que decida acerca de vuestro matrimonio. El conde, para manifestar al duque el vivo deseo que tenia de ser su yerno, se despidió inmediatamente de él, y diciendo iba á escribir á su padre, fue á la hora á ver á Salcedo, á quien queria como antiguo criado de su casa, y sin consejo del cual no hacia nada. Dióle parte de la conversacion que acababa de tener con el ministro, y luego le dijo: yo no sé á quien enviar á Nápoles; necesito de un sugeto capaz, y de confianza,



que pueda informar á mi padre de mil cosas secretas, que no me atreveria á escribirle.

Entonces Salcedo pensando en mí, y creyendo procurarme un buen negocio, me propuso como una persona muy á propósito para desempeñar aquel encargo, y de quien él respondia. Resuelto el conde en vista de este informe á echar mano de mí, quiso hablarme. Tuve con él una conferencia privada, en la cual me dijo todo cuanto deseaba supiese su padre. Finalmente, despues de haber recibido de aquel señorito amplias instrucciones, y dos pliegos, uno para el duque, y otro para la duquesa su madre, con doscientos doblones en una bolsa, me dispuse para marchar á Italia; pero antes de mi partida fui á despedirme del secretario Salcedo, quien, abrazándome cariñosamente, me dijo: id, mi amado don Querubin; me regocijo de que hagais ese viaje: os valdrá buenos doblones, *et Lavina videbis litora*. Salí, pues, de Madrid, y siguiendo de cerca á un correo, que la corte enviaba á Nápoles, llegué á esta ciudad casi al mismo tiempo que él.

## CAPITULO XII.

*De qué modo recibió el virey de Nápoles á don Querubin y de las conversaciones que tuvieron. El duque y la duquesa le hacen grandes presentes, lo que le colmó de gozo. Restitúyese á Madrid.*

Ya habia tres años que el duque de Nuaso era virey del reino de Nápoles, despues de haber gobernado la Sicilia el espacio de cuatro. Fui á apearme al palacio real donde vivia, é hice avisar á S. E. que estaba allí un correo despachado por su hijo el conde de Eruña.

El virey que se hallaba entonces en su despacho, mandó que me hiciesen entrar. Presentéle el pliego que iba dirigido á S. E. Abriólo, y despues de haber leído su contenido: ved aquí, me dijo, una carta, que me es tanto mas agradable, cuanto me la trae un secretario mismo del duque de Cueda; pero hacedme el favor de decidme, prosiguió, si la hija de este ministro es de tan



singular mérito, como me escribe mi hijo. Yo desconfío un poco de los retratos que los enamorados hacen de sus queridas. Señor excelentísimo, le respondí entonces, por hermosos que sean los colores, con que el señor conde os haya pintado á doña Isabel, siempre la copia será inferior al original. En una palabra, vuestra imaginacion no puede engañaros, aunque os la represente hermosísima. Figúrese V. E. una señorita de quince años, en quien se juntan una extrema beldad, con un entendimiento perspicaz, y un juicio sentado, pues con todo eso, esta idea no encierra sino parte de sus bellas prendas. Es verdad, que no es de genio serio, ni gasta aquella gravedad que manifiestan ordinariamente las damas españolas; pero este defecto, que fuera de España no lo es, hallará perdon en V. E. Tienes razon, interrumpió sonriéndose el duque; aunque soy español, siempre preferiré un carácter festivo á un carácter grave.

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando la duquesa, que habia sabido la llegada de un correo, despachado por el señor don Juan, entró en el despacho con vivo deseo de tener noticias de este hijo querido. Señora, la dijo su esposo, se presenta un partido ventajoso al conde de Eruña. El duque de Cueda condesciende en admitirle por yerno suyo, con preferencia á muchos señores que pretenden á doña Isabel, su hija única. Yo entregué al instante á la señora vireina la carta que me habian dado para ella, en que se contenia lo mismo que en la otra. Habiéndola leído, empezaron los dos á tratar, no de si consentirian en aquel matrimonio, sino sobre lo que tenian que hacer en esta ocasion. Determinaron volviere á Madrid, para manifestar al duque y á la duquesa de Cueda su anhelo porque se efectuase el enlace entre las dos familias. Se resolvió tambien entre ellos el escribir al duque de Remal y á doña Isabel.

Ocuparon el dia en despachar las respuestas; y como don Juan escribia á su padre, que yo podria enterarle de muchos puntos, de que él gustaba informarle, tuve por la tarde con S. E. una conversacion mas larga que la primera. Hacedme, me dijo, una relacion puntual de



todo cuanto el conde mi hijo os ha encargado me digais. Sin duda me vais á hablar de la última carta que he escrito al rey, y á decirme que ha indignado á todos los grandes. Cabalmente, señor, le respondí, por ahí es por donde voy á empezar. La propuesta de V. E. de que se vendiesen en España ciertos empleos, ha sublevado contra vos al consejo; y los señores que le componen, no la han querido admitir; y lo mas sensible es que, no contentos con eso, murmuran de ello, y con medios ocultos se esfuerzan en haceros pasar por enemigo de la nacion. Se hallan apoyados por algunos señores de Nápoles, quienes de acuerdo con ellos, escriben continuamente á la corte cartas dirigidas á haceros sospechoso.

El duque no pudo al oír esto dejar de interrumpirme, exclamando con un suspiro: ¡mirad esos vasallos tan fieles y tan celosos, que protestan estar del todo prontos á dar su sangre y sus bienes por la gloria de su soberano! Si el rey hiciese comprar aquellos empleos que da gratuitamente, ¿qué casa perderia en ello mas que la mia? Yo sacrifico en beneficio del monarca á mis parientes y á mis aliados, y solo pienso en sus intereses. ¡Y sin embargo me acriminan! Ese es el premio de los servidores demasiado afectos.

Continuad, prosiguió; estoy contentísimo con la eleccion que ha hecho de vos mi hijo, para informarme de lo que pasa en la corte en perjuicio mio: desempeñais el encargo de una manera que me agrada. Pasad pues adelante. ¿Qué injusticia me hacen todavía? La mas formidable repliqué, y mas sensible que puede hacerse á un fiel vasallo del monarca: se dice que habeis formado el ambicioso designio de haceros rey de Nápoles.

El duque, al oír esta acusacion, cerró los ojos, alzó los hombros, y me preguntó, quien podia ser tan enemigo suyo, que le imputase un pensamiento tan culpable. Diferentes señores son los que esparcen esta voz, cuya falsedad parecen acreditarla vuestros armamentos, vuestras bellas acciones y vuestros grandes servicios. En vuestro modo de gobierno, de que estan envidiosos, dicen ellos que hay con que formaros causa. Soy culpa-



do, interrumpió otra vez S. E., lo soy, ahora conozco mi culpa. Yo debía imitar el ejemplo de otros vireyes de Nápoles y Sicilia; yo debía dejar que los turcos asolasen estos dos reinos, enriquecerme á costa del rey y de sus vasallos, y despues de esto volver á la corte para recibir en ella alabanzas de mi buen gobierno. ¡Desdichada la monarquía, añadió, alzando los ojos al cielo, en donde los que sirven con mas ardor, y que solo procuran aumentar su gloria, son tenidos por enemigos de ella!

Despues de esta exclamacion llena de sentimiento, me hizo el duque nuevas preguntas. Decidme, me dijo, ¿quienes son los señores que mas participan ahora de la confianza del heredero de la corona? Yo le nombré muchos, sin olvidar al conde de Vailores. Este último es el que parece que priva mas. Es verdad, que si se da crédito á lo que algunos dicen, se vale de un medio seguro, para ganarle la voluntad. ¿Y cuál es ese medio? replicó el duque. Es aquel, con que salen bien todas las empresas, el dinero. Hay quien dice, que el conde, que es dueño de grandes bienes, emplea buena parte de ellos en procurarle diversiones.

Quizá los que hablan así, proseguí, dicen la verdad; á lo menos yo sé que, cuando el príncipe va á caza, halla muchas veces soberbias meriendas, dispuestas y costeadas por el conde. Al oír esto, me dijo meneando la cabeza el duque: Vailores tiene buena traza de quitar el asiento al duque de Remal, y á su hijo. Yo deseo que salga falso mi pronóstico; pero si por desgracia llega á verificarse, échense á sí solos la culpa. ¿Por qué permiten al lado del heredero del reino un cortesano sutil y despejado, que se apodera á vista de ellos del timon de la monarquía?

Cuando el duque no tuvo ya mas que preguntarme, ni yo mas que decirle, me entregó sus cartas, diciéndome: id á descansar, y volved mañana á España; pero antes de marchar, estad con mi tesorero, á quien he dado órdenes tocantes á vos. Eso fué lo primero que hice el dia siguiente; víme con él, y me puso en la mano de parte de S. E. una letra de cambio de tres mil escudos, pagadera á la vista.



Ademas de esta expresion recibí otra que me envió la vireina, que fué una cadena de oro primorosamente trabajada, y doscientos doblones. Partí de Nápoles con todas estas riquezas, y volví á tomar el camino de Madrid, adonde llegué sin que me sucediese ningun contratiempo.

### CAPITULO XIII.

*Del casamiento de don Juan con doña Isabel, y sus resultados. Nuevo partido que tomó don Querubin.*

Mi primera diligencia fué ir á dar cuenta de mi comision al señor don Juan, quien, asi que acabó de leer la carta de su padre, lleno de gozo, me echó los brazos al cuello, y en señal de lo muy satisfecho que habia quedado de mí, ó por mejor decir, de las noticias que le traia, me regaló un bolsillo con doscientos doblones.

Marchó al instante á comunicar al duque de Cueda las cartas del virey, y de allí á dos dias se publicó su casamiento con la señora doña Isabel. Hiciéronse los preparativos de la boda con toda la magnificencia correspondiente á la ilustre calidad de los esposos; y el duque mostró porque se celebrase, un anhelo igual al vivo deseo que tenia de verla efectuada. Los deudos y amigos de las dos casas celebraron este enlace con grandes señales de regocijo; y á la verdad que himeneo no podia unir dos personas mas adaptadas una á otra.

Apenas se concluyeron las fiestas de la boda, cuando escribió el virey al duque, que para llenar el colmo de sus deseos, solo le faltaba uno que cumplir, que era tener consigo á su nuera, por lo que le pedia se la enviase para hacerla ver la Italia; y finalmente, que para que fuese mas gustoso el viage á la novia, deseaba tambien la acompañase su esposo, si S. M. se lo permitia. Al duque le pareció bien la idea, y condescendiendo á sus deseos, alcanzó del rey la licencia de enviar á Nápoles á su hija, en compañía del conde de Eruña. Dispúsose en breve lo necesario para el viage de los recién casados, habiéndole el virey prohibido expresamente á su hijo llevar una numerosa y fastuosa comitiva. Pusiéronse con



efecto en camino para Barcelona, en donde les estaban esperando dos galeras enviadas por el duque para conducirlos á Génova, y allí habia de ir con ocho galeras don Octavio de Aragon para pasarlos á Nápoles.

Acontece rara vez el que á un descamisado, que se ve rico, deje de ofuscarle la posesion de sus riquezas; y semejante ofuscacion pasó por mí. Habiendo contado mi dinero, y visto era dueño de cerca de dos mil doblones, me disgusté de mi empleo de la secretaría. Parecióme que un mozo que se hallaba con tanto caudal, debia llevar una vida libre y holgazana, sin sujecion á nadie. Pues ya que yo puedo vivir, decia para mí, como un caballero noble y bizarro en el mundo, seria un gran mentecato si me mantuviese en las oficinas del ministerio, donde es preciso trabajar todo el dia. Mucho mas gustoso es no tener que hacer mas que pasearse y divertirse con sus amigos.

De esta suerte, dejándome llevar de mi inclinacion, empecé desde luego á darme al vicio, sin hacer caso de mi filosofía; antes al contrario, no quise escuchar ninguna advertencia de su parte; y así, al despedirme del secretario Salcedo, fué en valde cuanto me dijo para que no dejase su oficina, aunque me habló con juicio, y usando de muchas expresiones latinas. Tomé un cuarto en una posada, y me hice dos ricos vestidos, con los cuales, ya poniéndome un dia uno, y otro dia otro, me dejaba ver en palacio y en el prado.

#### CAPITULO XIV.

*Encuentra don Querubin al licenciadillo Carambola. Conversaciones que tuvieron. Paso gracioso que le sucedió al último, y sus resultas.*

Estando en el paseo una tarde, divertido en observar las damas que pasaban junto á mí, atisbé al licenciadillo vizcaino, á quien habia dejado en Toledo. No me conoció al pronto, viéndome en mi nuevo trage; pero habiéndole llamado, se llegó á mí, y nos dimos un abrazo. Me alegre infinito, amigo, le dije, de que la fortuna nos

:



haya aqui juntado. En vez de responderme Carambola, abrió tantos ojos, y se puso á mirarme desde los pies á la cabeza, y echándose luego á reir á carcajada tendida, exclamó: ¿qué transformacion es esa que veo? ¡Tú vestido de caballero! ¿Quién te ha hecho colgar la sotana y el manteo por ceñir la espada? Pero ya me lo discurro: es aquella linda marquesa, en cuya casa estuviste de preceptor en Toledo; esta es al parecer quien ha usurpado á la Iglesia al bachiller D. Querubin. Respondíle que no. ¿Tú te has metido, pues, en Madrid con alguna señora rica que parte contigo su caudal? Díme la verdad; tú has hecho aqui fortuna.

Si quieres, le dije al vizcaino, escucharme por un rato, satisfaré tu curiosidad. Dejóme decir, y entonces le conté lo que me habia sucedido desde nuestra separacion, rogándole me refiriese por su parte en qué se ocupaba entonces en Madrid. Siempre en el oficio de preceptor, me respondió; no puedo hacer otro. Estoy condenado á ser preceptor, ó por mejor decir, á galeras por toda mi vida.

Mientras estabas, prosiguió, en casa de la marquesa de Torbellinos, y pasabas allí el tiempo con mas gusto que yo, que me veía en la calle sin dinero, ó á lo menos, muy cerca de carecer de él, desamparé á Toledo, como una ciudad que cada dia me iba disgustando mas. Ví-neme á Madrid, en donde se me presentó ocasion de entrar con un particular, hombre rico, viudo, y que tenia un hijo de doce años. Este sugeto casi ningun dia comia con nosotros, yendo por lo regular á comer y cenar fuera, lo que no mejoraba en casa nuestra comida, la cual nos componia una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, que le servia de ama.

¡Oh qué maldita cocinera! Unas veces echaba demasiada sal en los guisados, y otras los cargaba de pimienta, clavo ó azafran. Por mas que yo me quejaba, la buena señora tenia la malicia de no enmendarse; y aun creo que lo hacia á propósito para que me disgustase de la casa, y obligarme á dejarla, habiéndome cobrado aversion, ignoro por qué, á no ser que fuese por mostrarla yo siempre un rostro sério como el de Caton.



Yo por mí , á fin de vengarme de aquella vieja bruja, me obstiné , á pesar de sus guisados atestados de especias , en no salir de la casa , donde permanecería á la hora de esta , si no hubiese ocurrido un lance , que quizá no le ha sucedido jamás á ningun preceptor. Habiendo recibido un dia veinte doblones á cuenta de mi sueldo , entré en un garito , adonde rabiaba por ir á jugar, así que me veía con un peso en el bolsillo. La fortuna, que mas á menudo me es contraria que favorable en el juego , se mostró entonces propicia conmigo : gané diez doblones, los que apenas estuvieron en mi faltriquera, cuando me dió la gana de convidar á cenar á dos damas con quien habia hecho conocimiento , y que vivian en la Puerta del Sol. Fui á su casa con esta loable intencion, despues de haber mandado componer una buena cena en una hostería.

Recibiéronme aquellas damas con tanto mayor gusto, cuanto yo solia convidarlas siempre que me sucedia ir á visitarlas. Empezamos á hablar alegremente ; y traída la cena que yo habia mandado disponer, nos pusimos á la mesa. Yo esperaba divertirme bien por mi dinero, cuando en esto oigo abrir la puerta del cuarto en que estábamos, y veo que el que entraba de pronto, era el sujeto de quien yo enseñaba el hijo, el padre de mi discípulo. Conocióme él tambien al momento, y sorprendidos igualmente los dos, nos quedamos suspensos y sin hablar palabra , mirándonos el uno al otro , como si dudásemos de lo mismo que estábamos viendo. Sin embargo, no duró mucho la turbacion en que estaban nuestros espíritus ; y perdiendo la vergüenza de habernos encontrado en aquel parage , nos pusimos los dos á dar tales carcajadas de risa, que las niñas aquellas nos tuvieron por dos amigos, que casualmente se hallaban allí.

Segun veo , caballeros , nos dijo una de las ninfas, ustedes son conocidos. Preciso es que nos conozcamos , la respondió el otro, pues todos los dias nos vemos , comemos juntos algunas veces, y dormimos debajo de un mismo techado. Solo nos faltaba tener amigas comunes , y así nada nos queda que desear. El aire chocarrero con que profirió estas palabras , me puso de humor de chan-



cearme tambien , lo que ejecuté á todo trance , y resuelto enteramente á romper con él , si daba en mortificarme acerca de nuestro encuentro en casa de aquellas niñas. Mas en vez de mostrarme el menor disgusto, se sentó á la mesa con nosotros , diciendo con aire despejado, que creia no estar allí de sobra. Es cierto que estuvo de tan buen humor , que me pareció hombre muy divertido. Brindó algunas veces á mi salud , y me hizo mil agasajos. Fuí poco á poco olvidando que estaba con el padre de mi discípulo , y los dos fuimos compañeros en la diversion.

Cuando ya fué tiempo de retirarnos , nos despedimos de aquellas damas , y volvimos á casa , donde , luego que entramos , me dijo : señor licenciado , yo no llevo á mal de que vaya vd. á ver á esas damas que acabamos de dejar ; pero , guardaos bien , os ruego , de llevar allá á mi hijo.

Carambola no pudo contener la risa al decir estas últimas palabras , y á mí me sucedió lo mismo. Hombre , le dije : ¡ o qué admirable padre y excelente casa para un preceptor ! Sin embargo , me he salido de ella , replicó el vizcaino , atendiendo al honor de mi carácter. Me ha parecido no convenia á un licenciado vicioso vivir en un parage donde era conocido. Estoy colocado en otra parte. Enseño al hijo natural de un caballero , y espero sacar de su enseñanza mayor utilidad , que de la de un hijo legítimo. Me alegraré , le dije á Carambola , de que no te salga vana esa esperanza , pero tú mismo me has dicho , que no habia que contar mucho con el agradecimiento de los padres. Demasiado cierto es eso , me replicó el licenciadillo ; no obstante , las personas con quienes tengo que hacer , me parecen tan generosas , que no puedo menos de fundar una gran confianza en ellas.



CAPITULO XV.

*Hace conocimiento don Querubin con un amable caballero, llamado don Manuel de Pedrilla. De que modo pasaban el tiempo juntos. De la gustosa novedad con que se halló don Querubin, cenando con unas damas. Quiénes eran estas, y de lo que hablaron.*

Interrumpió nuestra conversacion un caballero, con quien poco antes habia hecho yo conocimiento, y que vino á buscarme al paseo. No me despidió, me dijo al instante el vizcaino, pues nos hemos de volver á ver; y con esto se marchó, dejándome con mi nuevo amigo, el cual se llamaba don Manuel de Pedrilla. Era este un hidalgo de la ciudad de Alcaráz, situada en los confines de Castilla la Nueva, casi de mi edad, y de agradable aspecto, que habia ido á Madrid con el deseo de ver la corte. Vivía en mi misma posada; comiamos juntos, y todos los dias íbamos á la comedia, ó á pasearnos. Finalmente, nos cobramos tanta amistad uno á otro, que no nos separábamos jamás.

Una mañana, que estabamos hablando en su cuarto, llegó un criado mocito, y le entregó una carta, y habiéndola leído el don Manuel, le dijo: muchacho, dile á tu ama que está bien, y que iré sin falta. Dicho esto, se volvió á mi, y me dijo: señor don Querubin, esta noche voy á cenar con dos damas, y tengo permiso de llevar un amigo, ¿quereis venir? Admití la oferta, y le respondí sonriéndome, que le agradecia la preferencia. Teneis razon, replicó, sonriéndose tambien; pues la diversion que os propongo, es digna de agradecerse. Sabed que cenareis con dos de las mas amables y divertidas damas, y de un trato despejado. Son una casta de mujeres de forma, que viven y se mantienen juntas á la francesa, pagando el gasto á medias. Su casa está abierta para las personas decentes; allí se juega, y se cena. Sin duda se mantienen, dije yo riendome, del provecho del juego. Eso es lo que yo no sé, me respondió; quizá hay por medio algunos favorecedores, que hacen la costa



secretamente, pero no se advierte que los tengan; en su casa no se ve cosa que haga sospechar nada malo de ellas.

Preguntéle á mi amigo como se llamaban, y me dijo, que la una Ismenia y la otra Basilisa. Dícense viudas de dos caballeros de Granada; y segun ellas cuentan, han venido á Madrid solo por curiosidad. ¿Y á cuál de las dos, le dije, estais inclinado? Ismenia, me respondió don Manuel, es la que me agrada; y aunque tengo motivo para creer que no suspiro por una ingrata, con todo no me ama como yo quisiera. Muy deseoso estoy, exclamé, por ver á esa Ismenia, y tambien á su compañera. Pues vereis, me dijo, dos personas, que me dareis las gracias de haberoslas hecho conocer.

Llegó la noche, y don Manuel me llevó á casa de aquellas damas, que vivian en un cuarto bastante hermoso, y muy bien alhajado. Señoras, las dijo, creo no tomarán vds. á mal, que las traiga á mi mayor amigo, que es un caballero del reino de Leon, y además de eso, sugeto de mérito: ellas respondieron, que mi presencia confirmaba el bien que podia decir de mí, y me recibieron con el mas atento agasajo.

No me detengo en hacer el retrato de aquellas damas, solo diré, que me admiró su belleza, y que al cuarto de hora de conversacion, quedé hechizado de las dos, aunque eran de genio diverso, siendo sério el de Ismenia, y muy alegre el de Basilisa. La primera se explicaba con magestad y elegancia, y pensaba antes lo que habia de decir, y la segunda se aventuraba á decir sin reparo lo que la ocurría, pero casi siempre eran cosas acertadas. Como don Manuel notó la gran complacencia con que yo las oía, me dijo: ¿no es verdad don Querubin, que no estais enfadado conmigo por haberos traído aquí?

Al oír Basilisa el nombre de don Querubin, se puso á mirarme con mucha atencion, y me preguntó de qué parage era de España. Señora, la dije, yo soy natural del reino de Leon. ¿Por qué me hace vd. esa pregunta? Pareció turbarse ella con mi respuesta, y me replicó de esta manera: no sin causa la hago, pues conozco algunas gentes de Salamanca, donde tal vez habreis nacido.



Allí no , la respondí , sino en sus cercanias ; esto es , en Mollorido , villa grande , de la que mi padre era alcalde. ¿ Como se llamaba ? dijo Basilisa . Se llamaba don Roberto de la Ronda . ¡ Ay hermano ! exclamó ella , levantándose para abrazarme . ¡ Querido Querubin , ¡ eres tú ! ¡ Es posible que la fortuna te restituya hoy á tu hermana Frasquita ! Esa misma soy , y con ella estás hablando , habiéndome yo mudado el nombre en el de Basilisa .

La sangre hizo en mí igualmente lo que debia . Fué tanto el gozo que sentí de haber vuelto á hallar á mi hermana , que la estreché entre mis brazos con tal alborozo , que en un rato no pude articular palabra . Enternecida ella de ver el extremo de mi cariño , enmudeció tambien ; de suerte , que desde luego no pudimos explicarnos , sino con lágrimas . Ismenia y don Manuel experimentaron igual ternura á vista del suceso , y llenos de contentó nos dieron muchísimos abrazos , en prueba de lo que les interesaba aquel feliz encuentro á los dos .

Despues de tantos abrazos , nos sentamos otra vez á la mesa , y volvimos á seguir hablando con la misma alegría que antes .

La conversacion no siempre era entre los cuatro , porque de cuando en cuando Basilisa , á quien en adelante solo llamaré Frasquita , me hacia en voz baja varias preguntas acerca de nuestra familia ; y entretanto don Manuel hablaba del mismo modo con Ismenia . Nos despedimos de ellas ya muy entrada la noche , y mi hermana me dijo : Querubin : mañana te espero á comer conmigo sola , pues muero de deseo de saber tus aventuras , y no será menos el tuyo de saber las mias .

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

9



Alto, la respuesta, sino en sus certezas; esto es, en el fondo, ella grande, de la que mi padre era alcalde. Como se llama? dice Basilio. Se llama don Rodrigo de la Horda. ¡Ay hermano! exclama ella, levántate para que yo te enseñe. ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto!

La sangre hizo en mí un ruido que me parecía que el grito que se oía de haber vuelto a hallar a mi hermano, que se oía entre mis brazos con tal efervescencia que en un rato se pudo articular palabras. En seguida ella dejó el extremo de mi brazo, cuando yo también; de suerte, que desde luego me quedé en silencio con ella. Jamás y don Manuel exclamó: ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto!

La conversación no estuvo en el punto que yo esperaba. Cuando Basilio, a quien en adelante solo llamaré Basilio, me habló en voz baja varias palabras acerca de nuestra familia; y en seguida don Manuel dijo: ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto!

...



---

---

## PARTE SEGUNDA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Va dou Querubin de la Ronda á comer con su hermana, y se cuentan lo que les habia sucedido despues de su separacion. Historia y aventuras amorosas de doña Francisca.*

Vuelto á mi posada, por mas que hice por dormir algunas horas, estaban tan agitados mis espíritus, que no pude lograr el conciliar el sueño en toda la noche.

No era poca mi curiosidad de oír contar á mi hermana los sucesos de su vida, aunque yo no ponía la menor duda en que me haría una relacion truncada. Por su parte, teniendo igual gana de volverme á ver, que yo de hablarla, tampoco pudo sosegar aquella noche; de tal suerte, que habiendo ido á su casa, discurriendo estaría solo despierta sin haberse levantado, hallé que me esperaba ya vestida en su cuarto. Ven hermano, me dijo, ven á satisfacer mi curiosidad, que luego contentaré yo la tuya. Dime qué ha sido de tu vida despues que dejaste la universidad de Salamanca. Querida hermana, la respondí, bien pronto te enteraré de todo; y dicho esto la conté punto por punto mis buenas y malas aventuras; y así que acabé mi narracion, me dió la enhorabuena del actual estado de mi fortuna, y se puso á contarme su historia en estos términos.

Despues de la muerte de D. Roberto mi padre, ó por mejor decir, del corregidor de Salamanca, tú y César, nuestro hermano, escogísteis cada uno distinta carrera, y yo me quedé con nuestra madre, la cual, no pudiendo darme una buena educacion, por no alcanzar los habe-



res de la casa, tomó tal pesadumbre, que murió de ella. Quiso mi buena fortuna que doña Melancia, mi madrina, y D. Baltasar de Favanela, su esposo, luego que lo supieron, fueron por mí á Mollorido, y como no tenían hijos, me llevaron á Salamanca con intencion de criarme en su casa. Encontré en mi madrina y su marido unos segundos padres, que dándome cada día nuevas señales de cariño, no me daban lugar á que sintiese la desgracia de ser huérfana.

Aunque yo entonces apenas tenia diez años, estaba tan adelantada para mi edad, que me llevé la atencion de D. Fernando de Gamboa, caballero jóven y vecino nuestro. Iba muchas veces á casa con su padre, que era amigo tan estrecho de D. Baltasar, que casi siempre estaban juntos. Con el favor de esta intimidad tenia D. Fernando la libertad de verme y hablarme cuando queria, y como solo me llevaba dos ó tres años, no discurrían fuese necesario todavía ponerse á escuchar nuestras conversaciones de niños; aunque, á decir la verdad, ya merecíamos nos acechasen; y quizá pronto lo hubieran llegado á conocer, á no haberme, todo de un golpe, quitado de delante á D. Fernando, llevándoselo su padre apresuradamente á la corte para ponerle en la Guardia española, en donde, con el valimiento de sus amigos, habia logrado una bandera.

Dos ó tres dias estuve muy apesadumbrada de haber perdido á mi amante; pero al fin me consolé como una muchacha grande.

Poco despues de que se habia ausentado el jóven Gamboa, puso en mí los ojos D. Baltasar, que aunque ya era hombre de cincuenta y mas años, me cobró amor, al cual correspondí yo desde luego, sin conocerlo, admitiendo las caricias que me hacía como señales inocentes del cariño de un padrino, pues así le llamaba. Aquel rancio pecador me hubiera infaliblemente engañado, si por fortuna mi madrina no hubiese penetrado y frustrado sus intentos, enviándome prontamente á Cartagena á un colegio, del que era rectora una parienta suya. Habéndome librado de estos peligrosos escollos, entré en aquel colegio, como en un puerto donde verosímilmente



debía estar al abrigo de las flechas de Cupido; pero este Dios, deseoso de aprisionarme, había resuelto perseguirme en todas partes, y creo que no hay asilo en que él no pueda entrar.

La señora rectora, á quien doña Melancia me había recomendado con eficacia, me tomó inclinacion; y así me puso en el número de las pensionistas, de que se componía su corte, entre las cuales algunas había de extremada belleza, y todas ellas se esmeraban á porfía en divertirla con sus habilidades. Las que tenían buena voz, formaban conciertos con las que sabían tocar algun instrumento; y las que bailaban con gracia, contribuían también á divertir á la rectora, la que rodeada de aquellas lindas doncellas, parecía á Diana en medio de sus ninfas. Yo miraba con ojos envidiosos el anhelo con que aquellas jóvenes procuraban contentarla, y hubiera querido juntar en mí todas sus gracias para mas agradarla. Aunque ya tenía yo algunos principios de baile, y no me faltaba voz, era una ignorante, ó á lo menos no era bastante capaz todavía para ayudar á divertir á nuestra rectora, la cual, viendo mi buena voluntad, me buscó dos famosísimos maestros que me enseñasen á cantar y bailar.

Poco trabajó les costó el perfeccionarme en estos dos artes; tanta era mi buena disposición para aprenderlos. En menos de un año, me sacaron la mejor cantarina, y mas diestra bailarina del colegio. Aprendí también á puntear un laud con delicadeza; de manera, que poco á poco me fuí haciendo una persona hábil en todo, y admirable. Todas las señoras de Cartagena que concurrían á nuestras diversiones, me llenaban de enhorabuenas, sin olvidarse de dárselas á la señora rectora de tener en su compañía una muchacha de mérito tan singular. La misma superiora tenía por honor mis habilidades, porque las consideraba en algun modo como obra suya. Sin embargo, en vez de alabarse en habérmelas hecho aprender, debía mas bien vituperarlo; y así fué que en breve tuvo motivo para arrepentirse de ello. Un sobrino suyo, á quien amaba tiernamente, llamado D. Gregorio de Clevillente, hizo expresamente un viaje á Cartagena por



verla, y pasar allí quince dias, lo que acostumbraba hacer una vez todos los años. Era este caballero mozo, hermoso, y bien plantado. Cenaba todas las noches en el locutorio con su tia y sus pensionistas queridas; una de las cuales tenia yo la dicha de ser. Las mas entendidas tenian, durante la cena, varias conversaciones alegres, y acabada esta, todas las personas á propósito para formar un concierto, se juntaban, y concluia siempre con baile la funcion.

Desde el primer dia noté, que hechizado Clévillente de ver aquellas bellas pensionistas, las miraba indeciso á todas, sin saber á cual de ellas inclinarse. Si le halagaba la voz melodiosa de la una, la otra le encantaba bailando con muchísima gracia; de manera, que con esto se mantenía perplejo. Con todo, ya se resolvió, y enamoró de mi cara, en perjuicio de muchas compañeras mas bien parecidas que yo, lo que me dió á entender bastante con sus miradas desde el segundo dia; de suerte que ya no miró sino á tu hermana.

Yo fingí no hacer caso, y no correspondí á sus demostraciones; pero no por eso perdió nada el diablo. Inmediatamente que conocí haber conquistado la voluntad de D. Gregorio, empecé á sentir en mí cierta inclinacion á él, siendo así que antes le habia mirado con indiferencia. ¡Qué gozo para él si hubiese podido leer en mi semblante lo que pasaba en mi corazon! pero supe disimular de tal manera mi reciente afecto, que no llegó á sospechar nada; antes bien, discurriendo que yo no habia hecho ninguna atencion á sus miradas, se resolvió á declararme formalmente su pensamiento, y el medio de que se valió para lograr su intento, fué de esta suerte.

Hizo confianza de su amor á un criado jóven que tenia, el cual era muy diestro, diciéndole despues: Dime Brabonel; ¿sabrás tú hacer entregar secretamente un papel á doña Francisca? ¿Y por qué no? le respondió Brabonel; otras cosas he hecho mucho mas dificultosas. He hecho conocimiento con una portera de ese colegio, y puedo asegurarle á vd., que conseguiré fácilmente de ella ese corto servicio. No tiene vd. mas que darme el papel, que lo demas queda á mi cargo.



No sin motivo se preciaba Brabonel de ser uno de los amigos de la portera, pues, con efecto, aquel mismo dia me dijo ella, introduciéndome en la mano con disimulo un papel de Clevillente: tomad, hermosa Francisca, leed esa carta, que en ella hallareis cosa que os servirá de gusto. Preguntéla lo que era, pero en vez de responderme, se marchó precipitadamente, lo que me hizo entrar en sospecha de que aquella buena portera era algo demasiado officiosa.

Don Gregorio me expresaba en él su amor con el mayor afecto, estrechándome con las mas elocuentes instancias, le permitiese hablarme á solas. Yo debia, lo confieso, haber llevado aquel papel á la señora rectora; pero cabalmente, ni lo hice, ni aun tuve semejante pensamiento, pues una muchacha de trece años no tiene tanta prudencia. Mas ufana de haber conquistado un amante, que no me disgustaba, que enojada de su atrevimiento, tomé el partido de disimular, y ver si seguiria en amarme, ó por mejor decir, en querer seducirme, pues no era otra su intencion. Don Gregorio me dió á entender por otro billete estar resuelto á casarse conmigo; pero que para conseguirlo, era necesario robarme, puesto que su tia no consentiria, me decia, en nuestro matrimonio.

Costóle poco trabajo el persuadirme á ello; é imaginando yo que iba en compañía de un esposo, me dejé docilmente llevar vestida de hombre al alcázar de Clevillente, en donde por espacio de dos meses me obsequió mucho mi robador; pero esto disminuyó en adelante, y por último se resfrió su cariño. Trájele á la memoria la palabra que me habia dado de casamiento, y le insté á que me la cumpliese; mas él me pagó con frívolas excusas. Disgustóme esto; y ofendida de su engaño, comencé á mirarle con desprecio, de este pasé al aborrecimiento, y en este estado, en breve resolví dejar á aquel fementido, lo que ejecuté animosamente. Habiendo ido él un dia á caza hácia Alicante, me escapé disfrazada en mi traje de hombre, y tomando el camino de Orihuela, llegué á esta ciudad al anochecer. Metíme en una posada, de que era dueña una buena viuda, la



cual juzgando por mi aspecto que yo seria algun hijo de familia , que andaba vagando por aquella tierra , me dijo : caballerito mio , ¿qué venis á hacer á Orihuela? Vengo , la respondí , á buscar acomodo. En Murcia he estado sirviendo de paje á una señora , y descontento de ella , me he salido de su casa , y es mi ánimo ir de ciudad en ciudad hasta encontrar otra ama , ó algun señor á quien servir.

Un buen mozo como vos , me dijo , mezclándose en nuestra conversacion la hija de la posadera , no tardará mucho en hallar una buena conveniencia en el pueblo. Correspondí á este agradable cumplimiento con hacerla una cortesía , y advertí que la misma persona me miraba con suma atencion , y ademas de eso , que su edad podia ser la de veinte y cinco á treinta años , que era de bastante buen parecer , y de muy buen talle ; observacion que un caballero , puesto en mi lugar , hubiera hecho quizá con mas gusto que no yo.

Sintiéndome rendida de haber caminado todo el dia , y con deseo de descansar , pedí me diesen un cuarto. Juanita , dijo entonces la huespeda á su hija , lleva á ese caballerito al cuarto chico , que cae á la huerta , donde hay una buena cama. Condújome inmediatamente á él la Juanita , y luego que estuvimos allí , me dijo : señor paje , aquí estareis como un príncipe ; cuando algun sugeto de importancia viene á hospedarse á esta posada , este es el aposento que le damos.

Para representar mejor á un caballero que se ve en igual lance , parecióme del caso mostrarme enamorado , y decirla muchos requiebros , lo que hice sin embargo con mucha prudencia , temiendo encender un fuego que yo no podia apagar ; pero por mas reserva que yo afectase en explicarme , todas las expresiones alhagüeñas que proferia , eran otras tantas flechas , que la atravesaban el corazon , y se retiró acelerada del cuarto.

Alegréme muchísimo de que se fuese , y habiéndome acostado , de allí á poco me quedé dormida. Desperté á media noche , y sintiendo pasos en mi estancia , pregunté quien era. Inmediatamente oí que respondieron en voz baja y cariñosa : lindo paje , que gozais del descanso



que quitais á los demas , despertad , y sabreis la victoria que habeis ganado en inflamar el corazon de Juanita, la cual morirá de pena , y no tendrá consuelo, si no admitis su voluntad y su mano.

Fingí para entretenerla, el manifestarla que estimaba su inclinacion , discurriéndome que cumpliria con decirle algunas expresiones afectuosas ; pero acercándose á mí , me volvió á instar de tal manera sobre ello , que no me fue posible tenerla engañada mas tiempo. Querida Juanita , la dije , ¡cuanto me pesa el no poder corresponder á vuestro cariño por medio del casamiento! A nadie en este mundo se lo hubiera tenido mayor , si el cielo me hubiese hecho nacer hombre en vez de mujer , como vos.

Si las tinieblas de la noche no me hubiesen ocultado su rostro , estoy cierta de que la habria visto mudar de color al oír semejantes palabras. No obstante , tomando como muchacha de juicio el partido de reirse de su engaño , se sujetó gustosa á la necesidad. A la verdad , exclamó , que soy mas dichosa que prudente , y me es preciso confesar que he hecho un disparate. Cuando pienso en la inclinacion que os habia tomado , me asusto del peligro en que no me he visto.

Viendo yo entonces que Juanita lo tomaba de aquel modo , hice lo mismo , y despues de haber hablado sobre aquel lance , nos prometimos una á otra una eterna amistad. Para obligarme á que la contase mis asuntos , me confió los suyos , y su narracion no me dejó dudar , que no siempre habia encontrado mujeres vestidas de hombre. La franqueza de Juanita movió la mia , y así la referí punto por punto , que habia sido robada , y la conté la causa de haberme separado de mi robador. Alabó el valor que habia yo tenido en dejar á aquel indigno y pérfido seductor , y me aconsejó no volviese á disfrazarme , para que , añadió sonriéndose , otras muchachas no padeciesen igual engaño.

Mi intencion , la dije , es ponerme á servir á alguna señora distinguida , y tengo con que comprar ropas de mujer , deshaciéndome de una sortija de un brillante grande que me dió don Gregorio. Guardad vuestro dia-

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

10





mante., interrumpió Juanita, y dejadme seguir una idea que me ha ocurrido. Una señora rica y virtuosa vive aquí en Orihuela desde la muerte de su marido, gobernador que fue de Mallorca; esta me conoce, y aun me atrevo á decir que me estima. Quiero hablarla no mas de un instante de vos, y no dudo de que deseará veros.

Dejé hacer á Juanita, la cual al dia siguiente me dijo: ya he hablado á la condesa de Santaní, y en atencion á los buenos informes que la he dado de vuestra persona, ha manifestado esta señora, que tendria gusto en recibiros. La he contado, lo confieso, vuestra desgracia, perdonadme esta imprudencia; pero con esto os he servido mejor. Esta condesa es la mujer del mas buen genio que he conocido en mi vida; una doncella que ha sido engañada, es en su concepto mas digna de lástima que de desprecio; en una palabra, se compadece de vuestra desventura, y no imputa vuestra culpa, sino al traidor que os la ha hecho cometer.

Ya sois, pues, criada de esta señora, continuó la hija de mi huespeda; id desde ahora, que quiere veros vestida de paje, que despues os hará poner el vuestro de mujer. Dí gracias á la Juanita del servicio que me habia hecho, y tomando las señas de la casa, fuí allí inmediatamente.

## CAPITULO II.

*Entra á servir doña Francisca á la condesa de Santaní, quien la recibe con agrado, y conversacion que tuvieron. Genio de la condesa. Hereda mil doblones doña Francisca. Sentimiento de la muerte de su ama. Determinacion que toman ella y Damiana.*

Bien te imaginas, hermano, prosiguió mi hermana, que no pude parecer sin rubor á presencia de una señora que sabia lo que me habia pasado. Sucedióme mas, pues me turbé; y aunque soy naturalmente bastante atrevida, llegué temblando á la condesa, quien, echando de ver mi agitacion, y penetrando la causa, anímate, me dijo, despues de haber hecho salir del cuarto á una criada. Juanita me ha informado de todo, y te tengo lásti-



ma. Ya que tu juventud, y tu vergüenza y arrepentimiento no pueden excusar tu culpa, me mueven á lo menos á compasion.

Al oír esto, me arrojé á los pies de la condesa, y no la respondí de otro modo que derramando un mar de lágrimas, las cuales no pude contener. Mis lloros produjeron un efecto admirable, pues enternecieron á la señora, la cual alzándome con cariño: no te desconsueles, hija mia, me dijo; es inútil que te aflijas ahora, haz mas bien un firme propósito de guardarte siempre en adelante de los hombres. Ninguna desconfianza sobra contra ellos; ahora apenas estás en la primavera de tu vida, y tienes que temer que otros te engañen.

Aquella señora siguió diciéndome otras iguales expresiones para encaminarme á la virtud; y despues, deseosa de saber quien era yo, y de oírme discurrir, me preguntó acerca de mis padres; y como mi nacimiento no es tan bajo, que me avergüence de decirlo, no fingí ser de una familia superior á la mia, y respondí sinceramente á todas sus preguntas. Y con efecto, por mas oscuro que sea nuestro origen, se debe declarar, pues la calidad no dá virtudes.

Mostróse bastante contenta de mi comprension; y despues de una larga conversacion, me habló de esta manera: Francisca, me alegro muchísimo de que la fortuna te haya encaminado á mí, te he cobrado inclinacion, y quiero servirte de madre. Díla, como era debido, las gracias á una señora tan generosa; y sin perder tiempo en aprovecharme de sus finezas, entré en su casa al otro dia, no tanto en clase de criada, como de una muchacha, á quien amaba la señora, y queria tratar con particular cuidado.

Hice estudio desde luego en conocer á fondo á mi ama: ¡oh, y cuántas buenas prendas descubrí en ella por este medio! Conocí que era de condicion suave, y afable y benigna, y al mismo tiempo entendida, prudente, virtuosa, y aun devota sin aparentar el serlo. Un ama de un genio tan singular no pueden menos de adorar en ella los que la sirven; y con efecto, la condesa era el ídolo de sus criados. Yo por mi parte estaba tan prendada de



ella, que me parecia no era capaz de poner bastante cuidado en agradarla. Supe con la maña que tengo, obsequiarla de modo que en pocos dias gané su confianza, ó á lo menos fuí compañera en ella de una antigua doncella de la casa, llamada Damiana, que ya habia veinte años que la servia.

Es menester saber que esta señora iba á cumplir nueve lustros, ó en otros términos cuarenta y cinco años. Habia tenido fama de ser una beldad cuando moza, y aun todavía era muy hermosa; pero sus atractivos empezaban á ceder al poder del tiempo. Admirada una mañana de oirla suspirar tristemente estando al tocador, y de ver sus ojos bañados de lágrimas, me tomé la licencia de preguntarla respetuosamente, si la afligia algun pesar oculto, y no me dió otra respuesta, que el despedir un ay profundo: instéla á que me declarase la causa de su pena, y mis instancias fueron tan eficaces, que no pudo resistir á ellas. Sabe, querida Francisca, me dijo, mirándome con semblante afligido, sabe que me atormenta un pesar tanto mas vivo, cuanto me veo obligada á encerrarlo en lo íntimo del corazon.

No os detengais, señora, la repliqué, viendo que habia cesado de hablar, y abridme vuestro pecho; no me oculteis el motivo de vuestro sentimiento. Ya os acompaño en él sin saberlo, y hallareis consuelo con manifestármelo. No me atrevo á revelártele, respondió mi ama. Es ridículo mi tormento, y no te lo puedo confiar sin avergonzarme. Vos me lo explicareis, no obstante, mi amada señora, la dije echándome á sus pies, pues no puedo vivir, si no lo sé. ¿Cómo me lo habeis de callar á mí, que os soy enteramente afecta? Os suplico, pues, no me hagais un misterio de lo que os aflige. Si no fuese posible aliviarnos, á lo menos dejadme que yo me entristezca con vos.

Yo mostré interesarme tanto en la situacion en que se hallaba aquella señora, que al fin la hice descubrirme el secreto. Hija mia, me dijo, ya no puedo resistir mas á tu cariño y amistad, y asi es preciso confesarte mi flaqueza. Has de saber, que mi sentimiento nace de ver que mis atractivos se marchitan; veo que se van poco á po-



co arruinando, á pesar de los auxilios que me presta el arte para conservarlos, y esto me acongoja, qué digo, me sepulta en una melancolía tan grande algunas veces, que temo perder el juicio. Esto te causa admiracion, prosiguió, viéndome efectivamente atónita de oirla hablar de aquella manera; pero esta es una flaqueza que tengo, y que mi razon no sabe vencer.

Permitidme, señora, os haga presente, que no veis lo que creéis ver. ¿Por qué os apesadumbrais tan fácilmente, y os figurais no ser lo que sois siempre? Miraos con mejores ojos, ó mas bien fiaos en los míos, los cuales advierten que el tiempo no ha marchitado todavía vuestros atractivos, y que conservais toda vuestra belleza. A estas palabras, que suspendieron por un instante su dolor, respondió sonriéndose la condesa: ¡qué lisonjera eres! Francisca: mi espejo es mas verdadero que tú. Cada dia me anuncia este alguna mutacion en mi rostro, y mis ojos no le pueden sacar por embustero.

Despues que la condésa de Santañi me hizo esta confianza extraña, no tuvo ya empacho conmigo; y prorumpiendo libremente en quejas, repetia en el tocador todas las mañanas delante de mí la misma comedia. Yo hacia conversacion muchas veces de su flaqueza con Damiana, quien no podia menos de reirse. Si la señora, me decia, fuese una mujer aficionada á cortejos, no era de extrañar su sentimiento, porque una vieja de esta clase ha contraido un hábito tan agradable de tener quien la quiera, que estará desesperada cuando ya ninguno la diga nada; pero el ama ha huido siempre de amores, y lo que la hace sentir tanto los ultrajes de los años, es el interés de su propia persona; y en verdad, que es menester quererse bien á sí misma para envejecer con ese disgusto.

Mi ama no tenia mas que este defecto, del cual por desgracia no se podia esperar que se corrigiese; antes bien, viéndose cada dia, segun iba creciendo en edad, de menos buen parecer, al cabo de dos ó tres años pensó estaba tan mudada, que no se atrevió mas á mirarse al espejo. Francisca, me dijo una mañana como con



gran pesar: yo soy una vieja decrépita, espantaré á quien me mire, y ya no puedo presentarme delante de las gentes. Es preciso esconderme en lo interior de un claustro; mas quiero estar allí encerrada lo que me queda de vida, que mostrar á la vista del público un objeto que da miedo.

Por mas que hicimos Damiana y yo para que recobrase el juicio, y obligarla á que considerase su cara con mas cariño; pues en efecto, aunque era vieja, conservaba restos de belleza, de que una dama presumida de hermosa no se hubiera desdeñado, no pudimos disuadirla de retirarse á un convento. Antes de poner por obra su determinacion, me preguntó si iria gustosa con ella. Si dudaseis de ello, señora, la dije, me haríais una grande injusticia. Confieso que el convento por sí mismo no me agrada; pero estando allí en vuestra compañía, será para mí una morada gustosa. Quedó tan pagada de mi respuesta la señora, que me abrazó, diciendo que mi inclinacion á ella era todo su consuelo.

Mi ama, fué, pues, á sepultarse en un convento; y nosotras, Damiana y yo, nos encerramos tambien con ella. Hubiéramos podido vivir allí sin fastidio, si por espacio de seis meses cabales no nos hubiese sido preciso estar exhortando continuamente á nuestra ama, á que llevase con mas valor la decadencia de su belleza. Eran en balde nuestros consejos. Por fortuna que el cielo tomó la mano en ello, y aquella señora volvió poco á poco en sí misma, y venció insensiblemente su flaqueza. Hubo tal mutacion en ella, que la que antes tenia tanto cuidado de su hermosura, nada sintió luego el perderla, y se dejó de su manía.

Dos años solamente fueron los que aquella buena viuda vivió retirada, al cabo de los cuales cayó enferma, y murió, habiendo hecho su testamento, en el que no se olvidó de sus criadas. Nos dejó una manda de mil doblones á cada una, para que pudiésemos pasarlo decentemente lo restante de nuestra vida, sin necesidad de volvernos á poner á servir. Nuestro modo de pensar se halló conforme con corta diferencia con la intencion de la condesa; y Damiana me hizo esta propuesta: ya



estoy cansada , me dijo , de andar sirviendo , y quiero hacer en el mundo el papel de señora ; haz como yo , cariño mio , y no nos separemos. Juntemos nuestros haberes , y vámonos á vivir á alguna ciudad grande de España , en donde diciendo que somos mujeres de un nacimiento ilustre , haremos de ese modo buenos conocimientos , y pasaremos una vida muy gustosa. Si hubiese sido entonces mayor mi experiencia , me hubiera indignado de oír semejante propuesta , porque penetrando los designios de Damiana , la habria dejado como á una bribona , que tenia gana de perderme ; pero pareciéndome cosa inocente lo que me proponia , uní de buena voluntad mi suerte con la suya. Tratamos de lo que habiamos de hacer ; y de nuestra conferencia resultó lo que se dirá adelante.

### CAPITULO III.

*A que ciudad determinaron ir á vivir Francisca y Damiana; y de las aventuras que allí la sucedieron. Llevan robada á doña Francisca , y resultas de aquel robo.*

Escogimos para morada nuestra la ciudad de Sevilla , pues segun decia Damiana , la Andalucía era el pais mas divertido de toda España. Determinamos pasar allá por mar , despues que nos hubiesen pagado las mandas , que nuestra ama la condesa nos habia dejado.

Con efecto , asi que las cobramos , pasamos á embarcarnos á Cartagena en un navio de Málaga , que se volvia. Incomodónos un poco el mar ; pero como tuvimos siempre el viento favorable , llegamos en breve al puerto ; y despues de habernos detenido algunos dias en la ciudad , resolvimos concluir nuestro viaje por tierra para Sevilla , yendo con unos arrieros , y tuvimos la fortuna de que en el camino no nos aconteciese el mas leve contratiempo de cuantos teniamos que temer.

Tomamos casa junto á la lonja , hicimosla alhajar decentemente , y recibimos una cocinera y un lacayo , que



como no nos conocian, no podian decir quienes éramos. Tia, la dije yo á Damiana, porque habiamos compuesto entre las dos que yo pasaria por sobrina suya, me parece que es demasiado porte el nuestro. ¿Podremos acaso representar siempre el papel que quereis que hagamos? Calla, sobrina, me respondió, y no te dé eso pena; deja á mi cuidado todo el gasto, y verás como no tenemos necesidad de disminuir el número de criados; antes sí podremos aumentarlo en adelante.

La buena de mi tia llevaba en este modo de explicarse sus miras, las cuales se proponia efectuar sin darme noticia de ellas. Lisongéabase de que hariamos conocimientos útiles en una ciudad, adonde arriban las flotas y galeones de las Indias Occidentales cargados de pesos duros, de tejos de oro, y barras de plata; contaba con que yo encenderia el corazon de algun negociante rico, y que no dejariamos de enriquecernos con sus despojos. Sobre esta bella esperanza fundaba la duracion de nuestra brillante suerte.

Damiana, como ves, creia tener una gran finca en mi gracejo, y en mi docilidad, y el tiempo descubrió que no se engañaba. Estando una vez un mejicano en la Iglesia de San Salvador, adonde yo iba todos los dias á oír misa, se quedó suspenso de ver la lindeza de mi talle, y mucho mas un par de ojos negros grandes, que yo volvia hácia él de cuando en cuando como por casualidad, y él con sus miradas me manifestó que le habia enamorado. Aunque no lo hubiese yo advertido, no se la hubiera escapado á mi tia, que estaba en acecho, y todo lo notaba. Ambas á dos, pues, reparamos en ello, y juzgamos que aquel galan del Nuevo Mundo haria dentro de poco por introducirse en nuestra casa.

No salió falso nuestro pronóstico. Escribió á mi tia, suplicándola el favor de hablarla, lo cual ella le concedió. Fué á casa, y entre ellos pasó una larga conversacion, en la que, despues de haberla declarado que me amaba, la propuso, se casaria conmigo, y me llevaria á Méjico, donde era dueño, decia, de un caudal inmenso. Damiana le contestó, diciendo, me noticiaria el ho-



nor que queria hacerme , y que de allí á tres dias le volveria de mi parte una respuesta positiva.

Habiéndome informado mi tia de esta conversacion, me preguntó si tenia curiosidad de ver el pais de Motezuma. No por cierto , la respondí ; para consentir en ese viaje, era necesario que mirase á mi nuevo amante con los mismos ojos con que miraba á don Gregorio, de lo que estoy muy lejos ; y antes bien he cobrado aversion al tal Indiano , sin saber por qué : hallo en él un aire de cara tenebroso, digámoslo así , que se me resiste. Pues no hablemos mas sobre el asunto , replicó Damiana ; tampoco yo tengo gana de ir á Indias ; y asi cuando nuestro Mejicano venga á saber la respuesta prometida , le daré su licencia.

Lo hizo como lo dijo , manifestándole que nuestras voluntades no se conformaban con las suyas, y le suplicó no volviese á poner mas los pies en casa. No mostró mucho sentimiento al oír este cumplido ; y segun el modo con que se retiró , parecia le daba poca pesadumbre el ver negada su pretension ; pero las dos nos engañábamos. Sentido otro tanto mas , cuanto menos lo daba á entender , en vez de pensar en olvidarme , se puso á discurrir el modo de poseerme contra mi voluntad ; y para conseguirlo , se valió de igual medio que Rómulo ; esto es , determinó robarme ; y ahora diré el éxito que tuvo su intento.

Una tarde , despues de habernos paseado Damiana y yo en la huerta del rey , junto á la cual viviamos , nos retirábamos á casa , cuando me sentí asida por tres hombres , cuya intencion era llevarme en un coche. Los gritos que dimos mi tia y yo antes que pudiesen dar el golpe , fueron causa de que lo errasen. Dió la casualidad de hallarse allí dos caballeritos , los cuales , viendo aquella violencia , no se detuvieron en tomar mi defensa , y sacando las espadas , acometieron denodadamente á los robadores , que perdiendo la esperanza de conservar la presa , la soltaron y echaron á huir.

Mis libertadores no hicieron las cosas á medias , pues me fueron acompañando á casa , donde Damiana y yo les dimos las debidas gracias , y los convidamos á cenar



tambien, lo que admitieron de muy buena gana. Durante la cena, no se habló de otra cosa, que del lance que acababa de sucederme; y uno de ellos me preguntó, si sabía quien era el autor de aquel atentado. Yo respondí, que me recelaba hubiese sido un mejicano, por vengarse de no haber querido casarme con él. No digais mas, dijo el otro caballero; antes de tres dias estaremos plenamente informados de todo. Mi padre, don Iñigo de Mayrena, es juez de esta ciudad, y todas las mañanas van á casa alguaciles; á uno de ellos le encargaré me dé noticias del caso. No basta, añadió, el haber desbaratado esta empresa, sino que es necesario castigar al temerario que la ha intentado. A ello me obligo yo, y eso dejenlo vds. á mi cuidado.

Pronunció estas palabras con la expresion de una persona, cuya voluntad empieza ya á prendarse, y su compañero no mostró menos actividad en tomar á su cargo mi venganza.

El caballero, hijo del juez, se llamaba don José, y el otro, don Felix de Mendoza. Ambos parecian despejados y gastaban buen porte; yo aguardaba á cada instante, que iban á declararme sin rebozo y de mano armada su amor. Sin embargo, aquella noche se contentaron con estarme mirando; pero con tal semblante, que llegué á persuadirme de que un tiro habia herido el corazon de los dos. Retiráronse á su casa, asegurándonos de nuevo que le haran al Mejicano darnos satisfaccion de su osadía.

Despues de idos, la dije á Damiana: ¿qué os parecen esos caballeritos? Yo me temo que me han de querer hacer pagar bien caro el servicio que me han hecho. Lo mismo recelo yo, me respondió Damiana; ó yo no lo entiendo, ó así uno como otro estan embelesados de tí. No querrán suspirar por una ingrata, y ya ves que esto nos embaraza. Podemos engañarnos, querida, dije yo, y quizá nos asustamos sin tener por qué.

Al dia siguiente no supimos nada de mis libertadores, porque estuvieron ocupados en buscar al indiano, de quien deseaban tener noticias que darme; pero al segundo dia volvió á mi casa el hijo del juez, y me dijo:



señora, ya quedais vengada; el atrevido que quiso robaros, se halla á la hora de esta en la carcel, como tambien los tres malvados que tuvieron la osadia de poner en vos las manos. Se les va á formar causa, y pronto vereis el celo con que os he servido. Yo le respondí, que estimaba con el mayor agradecimiento el favor que me habia hecho, y que deseaba se presentase ocasion de manifestarselo. Ya se ha presentado esta, me replicó, y así, corresponded al afecto que os he cobrado, y de esta suerte, me pagareis con demasía todo cuanto yo he hecho por vos.

Estas palabras no fueron mas que principios de una infinidad de otras que me dijo, acompañándolas con las mas vivas muestras de ternura. Apenas se marchó, cuando don Felix, su compañero, vino á ocupar su lugar, y decirme las mismas cosas. Segun decia, no habia hombre mas apasionado de mí. Solo queria vivir para adorarme, y dedicar todo su tiempo en servirme. Es preciso añadir á esto, que don Felix se explicaba con mas persuasiva, y era además mejor mozo que don José; con todo, no causó en mí mayor impresion que este, por lo muy difícil de persuadir que yo me habia hecho.

Aunque yo no hubiese dado esperanza alguna á aquellos dos caballeros, sin embargo los recibia con agasajo, no permitiéndome proceder de otra suerte la obligacion que les debia. Estos rivales empezaron á disputar entre sí mi voluntad, obsequiandome con anhelo, sin que por eso se notase alteracion en su amistad; pero poco á poco se fué resfriando esta, y por último, los zelos suscitaron entre ellos un ódio, que vino á parar en un desafio, en el cual quedó muerto don José, y herido peligrosamente don Felix. Enterado de la causa de esta pendencia el señor juez, mandó prender á la tia y á la sobrina, y en los primeros impulsos de su ira, las hizo encerrar en la casa de las mujeres penitentes, como dos bribonas aventureras.

Sin embargo, de allí á dos dias, haciendose cargo de que todo mi delito consistia en haber parecido bien á aquellos dos caballeros, pudo mas con él su equidad que su enfado, y así nos mandó soltar de la prision co



orden de salir cuanto antes de Sevilla. Nos hubieramos consolado de esto, si cuando estuvimos fuera, hubiesemos encontrado en casa los bienes que teniamos, pero nuestros dos criados los habian robado y cargado con ellos, de manera que, no nos quedaban mas que unos sesenta doblones y el diamante de mi sortija, con lo cual nos pusimos en camino para Córdoba con un arriero, siguiendo á lo largo la orilla del rio Guadalquivir.

#### CAPITULO IV.

*De los nuevos apasionados que tuvo en Córdoba. Es infiel á su primer amante, por irse á Granada con un criado fingido de un comendador.*

No pudiendo hacer en Córdoba sino una figura muy mediana, por ser tan cortas como eran nuestras facultades, tomamos un cuarto en una posada, y empezamos á vivir con circunspeccion. Saliamos por la mañana á oír misa, y pasabamos lo demas del dia en casa, sin buscar el hacer conocimientos. Damiana se imaginaba que una vida tan retirada se haria notable, y nos agenciaria alguna visita de provecho, como con efecto el suceso siguiente verificó su conjetura.

Fué un dia á vernos una vieja decentemente vestida, llamada la señora Camila, y nos dijo: Señoras, dadme vuestra licencia, para que una vecina, que al ver vuestro aire, juzga que sois personas de mucho modo, venga á manifestaros el deseo que tiene de entablar con vos un tratito de amistad. Nosotras la respondimos cortesmente que la agradeciamos su honra, y el gusto que en esto nos daba. Hablamos despues sobre las costumbres de Córdoba: no hay ciudad en el mundo, nos dijo aquella señora, donde el obsequio á las damas esté mas introducido. Aun los viejos dan en eso, y además son galantes y generosos con exceso; y acerca de esto nos contó varias historias de muchachas forasteras, que habian hecho allí fortuna, lo que nosotras estuvimos escuchando con atencion, por donde vino á conocer bastante que sus relaciones nos agradaban. Pero si ella echó de ver que



picábamos en el anzuelo, nosotras por nuestra parte advertimos que la vecina tenía toda la traza de andar uniendo voluntades.

No era errado nuestro juicio, porque ello era, que andaba haciendo casamientos clandestinos; y principalmente sabía unir á barbones con niñas de menor edad, y á viudas ya rancias con hombres mozos. Su fuerte era ese. En la segunda visita que nos hizo, nos ofreció su habilidad y servicios, diciendo á mi tía á solas que tenía en la mano un partido muy ventajoso para mí: es, añadió, el comendador de Montereal, de la casa de Fonseca. Verdad es que no es joven; pero quitado eso, no hay señor mas amable; á lo menos, no hay ninguno que sepa querer mejor que él. Os puedo decir además, que es un sujeto espléndido, y tiene grandes rentas, pues sin contar sus demas bienes, la encomienda le vale diez mil ducados al año.

Esta ranqueza de corazon no la disgustó á mi tía, quien, no queriendo otra cosa mas que ayudar á desplumar un pájaro de tan rica pluma, se acomodó sin detencion á las ideas de la señora Camila; y estas dos buenas piezas se encargaron, la una de alabar mis gracias al comendador, y la otra, de prepararme á que le pusiese buena cara.

La primera vez que ví á este caballero anciano, fue en la iglesia donde estaba yo con Damiana; la cual, mirando con muchísima atencion á todos los caballeros que junto á nosotras estaban, atisbó á uno, que juzgó ser el comendador. Hizomelo advertir, y á mi me pareció como á ella, que era él, en el cuidado que ponía de darme ciertas miradas afectuosas, de las que no se me escapaba ninguna, aunque yo hacía estudio de evitarlas todas. Estuve examinando con disimulo á este amante, que habiéndose vestido galanamente, me pareció todavia mozo, bien que ya pasaba de sesenta años.

¿Qué te parece nuestro comendador? me dijo mi tía, cuando estuvimos en casa: á mí no se me figura tan viejo, que no merezca llevarse la atencion de una dama; y sobre tener buen personal, es aseado, lo que puede suplir por la juventud. ¿Qué dices á eso, hermosa Francis-



ca? ¿No le contemplas digno de alguna complacencia? Por cierto que sí, la respondí yo: me parece que todavía puede pasar; pero no sabemos, si el sugeto de que hablamos, es el comendador de Montereal. Pronto saldremos de la duda, replicó mi tia. La vieja, nuestra vecina, vendrá hoy á vernos, y nos dirá, si nos hemos engañado.

Con efecto, aquel mismo dia vino á visitarnos la señora Camila, y nos dijo, que el comendador consabido nos habia visto en la iglesia, y por las señas que nos dió de él, vinimos en conocimiento de que habiamos acertado. Este señor, añadió, está ya muy apasionado de doña Francisca. Me ha hecho grandes elogios de ella, expresándome que tenia un aire señor, un porte magestuoso, y que si á esto correspondia la hermosura de su cara, era mujer á quien amaria toda su vida; y en seguida me ha hecho las mas vivas instancias para que le proporcionase la satisfaccion de tener un ratito de conversacion con ella, lo que le he ofrecido, y esta noche os le he de traer aquí.

Imaginándose Damiana, al oir estas últimas palabras, que era ya dueña de las rentas de la Encomienda de Montereal, no pudo contenerse en mostrar su gozo: y para no callarte nada, á mi me sucedió lo mismo, lo que se me podia tanto mas perdonar, cuanto empezábamos ya á vernos cerca del estado de la miseria; y oyendo yo continuamente las exhortaciones de mi tia postiza, para que sacase yo provecho de mis atractivos, tuve por preciso el dar oidos al comendador.

Púseme, pues, petimetra para recibir su visita. Pasé en el tocador algunas horas consultando con el espejo, y mucho mas con Damiana, la cual me decia, habiendo sido en otro tiempo cortejada, que habia descubierto en mi cara ciertos aires vencedores de corazones. Pero puedo asegurarte, que todo mi cuidado era enteramente inútil, pues para hacer la conquista que yo meditaba, no necesitaba mas que presentarme cual yo naturalmente era, pues mis pocos años bastaban para inflamar á un hombre del carácter de aquel señor anciano. Luego que me vió sin manto, creyó ver el cielo abierto, y manifestó una



extrema admiracion. Parecia que nunca habia visto cosa mas hermosa. ¡Ah! Camila, exclamó como con entusiasmo, hablando con su introductora: no me habeis añadido nada. ¡Qué digo! Me habeis disminuido las gracias de la incomparable doña Francisca, muy lejos de haberme las exagerado. ¡Qué amable! No hay dicha igual á la de lograr su corazon.

Como yo tenia ya cansados los oidos de oir requiebros, escuché con serenidad al señor comendador, quien, haciéndose bien cargo de que era menester hablar en otro lenguaje mas persuasivo para conseguir su intento, prosiguió en estos términos dirigidos á Damiana: Señora; yo imploro vuestra proteccion; usar, os suplico, del poder que teneis en vuestra sobrina, para que permita mis obsequios. Mi ánimo es quererla y mudar el estado de su fortuna, el cual no me parece conveniente á lo que se merece.

Aquí se detuvo, esperando mi respuesta; pero yo dejé á mi tia que respondiese por mí. No me contenté solo con guardar silencio, sino que me fingí avergonzada y confusa, lo que no hizo mal efecto. Damiana fué la que tomó la palabra, y se portó como mujer de entendimiento. Al tiempo de dar gracias al comendador del buen afecto que me manifestaba, le expresó que yo lo merecia. Le alabó mi crianza, mis habilidades, y le refirió una novela tan bella del juicio con que yo siempre habia vivido, que el viejo me miró como el mejor conocimiento, que pudiera jamás haber hecho.

Para entablarlo bajo de un venturoso auspicio, nos hizo dejar nuestra posada, éir á ocupar una casa que tomó, é hizo mueblar en forma. Recibió criados que nos sirviesen, y se encargó de hacer el gasto. Nos llenó ademas de regalos; de manera, que en breve nos vimos sobre un buen pié. Puedes hacerte cargo, que yo no pagué con ingratitud un modo de portarse tan galante y generoso; pero no adivinarás, cual fué mi agradecimiento.

Desde la primera conversacion que tuvimos, conocí como me habia de manejar con él. Hermosa doña Francisca, me dijo: no ignoro que en un hombre de mi edad



sería locura pensar inspiraros amor. Yo me hago justicia; y así no espero de vos más que una mera estimación y afecto. No obstante, permitidme os diga, que es tal la pasión que os tengo, que moriría de celos, si viese queriais á otro.

Yo os abro mi pecho, añadió; y quizá el vuestro se irritará al oír el sacrificio que voy á pedir, y que podrá pareceros una tiranía.

¿Pues qué sacrificio es ese? le dije: es preciso que sea un imposible, para que yo no os lo conceda: decidme sin temor, cuál es. No es otro, respondió el comendador, que el que no penseis sino en mí, y que para acomodaros á mi delicadeza, no deis oídos á ninguno. ¿Os sentís capaz de hacer un favor tan grande, á quien no tiene sino un tierno afecto para merecerlo?

Yo fingí reirme al oírle hablar de aquella manera, aunque en la realidad, lo que aquel señor viejo me pedía, no fuese cosa de mi gusto; y después, poniéndome circunspecta; señor comendador, le dije: ¿es ese el esfuerzo penoso que esperais de mi gratitud en pago de los favores que me haceis? ¡Ah! Contad con que me costará poco trabajo el sacrificaros cuantos hombres hay en el mundo, pues tanta es la indiferencia con que los miro. Mi viejo pensó morir de alegría de oírme; y cogiéndome gozoso la mano, me dijo, que yo había nacido para hacerle dichoso.

Prometíle, pues, no escuchar á nadie más que á él, y esta oferta se la hice sinceramente. Determiné cumplirle la palabra en cuanto me fuese posible; y prueba de lo que digo es, que desde aquella singular conversación, me dediqué á no darle ningún motivo de recelo. Si estaba en paseo, en vez de emplearme en mirar á los caballeros, ponía mucho cuidado en taparme el rostro, de suerte que eran en vano sus miradas. Si el amo de la casa llevaba á comer consigo algunos amigos, lo que sucedía algunas veces, lejos de provocarlos con miradas graciosas, desviaba de ellos la vista con un cuidado de que se pagaba mucho el comendador, y estaba cierta de recibir de él algún buen regalo.

Poco era, pues, lo que me costaba el hacer feliz á mi



viejo, quien por su parte, nada omitía para que yo lo fuese enteramente, pero el amor vino á turbar nuestra inocente amistad. Al comendador le dió la gana de recibir por lacayo á un mozo de bella estatura, llamado Pompeyo, á quien hizo en breve el criado favorito. Era bien proporcionado, y tenia toda la traza de ser hijo de padres decentes. Su entendimiento correspondia á su buen parecer; y la elegancia con que se explicaba, daba á entender, le habian dado buena crianza. Todas las mañanas iba á llevarme un papel de parte de su amo, y las mas veces me entretenia yo en hablar con él. Al principio, no advertí que gustaba de mi conversacion, aunque en mí sola consistia el echarlo de ver, pues siempre que el señor Pompeyo me hablaba, me miraba con un semblante tan afectuoso, que no era culpa suya, si yo no lo notaba. No obstante, abrí al fin los ojos, y ví lo que yo había hecho.

Aquí interrumpí á Francisca, exclamando: ¡ Santos cielos! ¿qué vas á decirme, hermana? ¿Pues qué, pudo aquel lacayo llevarse tu atencion? Llegué á estar loca por él, me respondió, y loca de atar. Sin embargo, hermano, prosiguió, suspende la reprehension que esta confusion mia parece te da derecho á darme, y escúchame hasta el fin.

Así que conocí el estado de mi corazon, me avergonzé de haberme prendado de un criado, aunque yo habia oido decir, que mujeres de mejor nacimiento que el mio, no se desdeñaban algunas veces de abrazarse en igual fuego. Apellidé en mi auxilio mi altivez, y con ánimo de ahogar en su principio un indigno amor, no volví á dar conversacion á Pompeyo. Recibia con frialdad de su mano las cartas que me llevaba, sin decirle una palabra, y aun me privaba del gusto de mirarle á la cara.

El pobre mozo se apesadumbró mucho de ver en mí esta mudanza, cuya causa no penetraba. Creyó que yo habria leido en sus ojos su temeridad; que estaba indignada de ella; y que por castigarle, habia dejado de hablarle. Fue tanto el pesar que tomó, que me dió lástima, y volví á tener conversacion con él. Mas hice, pues le moví á que me descubriese su corazon, ó á lo menos, yo



me lo imaginé así. Pompeyo, le dije un dia, ¿me quereis? Esta pregunta que él no esperaba, le turbó; y para darle lugar de que se serenase, proseguí de esta suerte: si me quereis, pienso me confiareis un secreto, que yo os doy palabra de callar. Yo sospecho que no sois el que pareceis, pues vuestros buenos modales os descubren. Confesad que sois un sugeto distinguido, y que meditais algun designio que no podeis ejecutar, sino disfrazándoos de lacayo.

Se quedó tan suspenso Pompeyo de oirme, que estuvo un rato sin hablar. Vuestra turbacion y silencio, le dije entonces, me hacen ver que os he conocido. Reveladme todo, y contad con que os guardaré el secreto. Señora, me respondió Pompeyo, algo recobrado de su turbacion: si quereis absolutamente que yo satisfaga vuestro deseo, os obedeceré; pero os advierto, que así que acabe de contentarlo, os enfadareis conmigo. No importa, le repliqué acelerada: hablad, pues callando no haceis mas que aumentar mi curiosidad.

Entonces el lacayo del comendador, puesta una rodilla en tierra delante de mí, como un príncipe de comedia delante de su princesa, me dijo en tono teatral: pues bien, señora, pues bien; voy á descubrirme, una vez que lo mandais. Es cierto que no soy un desdichado á quien la pobreza ha reducido á servir, sino un hombre ilustre encubierto. Me llamo D. Pompeyo de la Cueva, que al pasar por esta ciudad, donde nadie me conoce, hizo la casualidad que os viese, y me dejasteis hechizado. Supe que el comendador os amaba, y no pudiendo yo persuadirme á que vos le quisieseis, intenté agradaros, animado mas de sus muchos años, que de presuncion de mi persona. Tuve maña para que me recibiese por criado, y con semejante ardid, me he introducido en vuestra casa.

Sí, divina Francisca. El amor, prosiguió con voz afectuosa, es el que me ha inspirado esta stratagemata para declararos mi pasion. Si no os dais por ofendida de ella, no habrá dicha que iguale á la mia; pero si por guardar demasiada fidelidad á mi competidor, no quereis escuchar á otro ninguno, aunque es grande el fuego en que



siento abrazarme por vos , voy á ausentarme de Córdoba para siempre.

Si mi corazon no hubiese estado ya dispuesto en favor de aquel caballero jóven, me hubiera recelado de sus palabras, y del aire persuasivo con que las sazonaba, y acordado de que D. Gregorio de Clevillente me habia hablado del mismo modo; pero como yo estaba aficionada á D. Pompeyo de la Cueva , no dudé un punto de que procedia sencillamente. Adelanté todavía el asunto , pues ademas de la flaqueza de creerle , tuve la de confesarle que me era grato su cariño.

Fué extrema la alegría que mostró , luego que supo la victoria que habia conseguido , y no fué menor la mia de verle tan contento. De esta manera, es como le cumplí á mi comendador la promesa, que le habia hecho de no enamorarme de otro. Mas ¿cómo se han de guardar semejantes palabras á un señor viejo? Esto es cuanto se puede hacer por los galanes mas jóvenes, y mas perfectos. Con todo eso diré en elogio mio , que no dejé de sentir remordimiento de faltarle á la fidelidad que le habia prometido. Tuve compasion de él, é hice, lo que una bribona viéndose en mi lugar no hubiera hecho, que fué dejarle, porque tuve escrúpulo de continuar en admitir sus dádivas , y tener dos suspirantes á un tiempo.

Mi tia , que no era tan escrupulosa como yo, me aconsejaba, viendo que el comendador era un parroquiano de mas provecho que el lacayo, que prefiriese al primero , ó á lo menos, estuviese bien con los dos; con el uno por la utilidad, y con el otro por el agrado, cosa que no hubiera carecido de ejemplo; pero yo quise mas seguir los consejos del amor , que no los suyos, y marcharme con D. Pompeyo , quien me instaba á cumplirle el deseo que tenia de llevarme á Granada , donde nos esperaba una suerte llena de delicias. Dejé, pues, allí á mi viejo enamorado, como tambien á mi fingida tia, á quien abandoné todos nuestros efectos, para que se consolase de nuestra separacion , y rodase hasta tener otra sobrina; y no llevando conmigo sino mi juventud y mis atractivos, salí de secreto de Córdoba una mañana con don Pompeyo , y el dia siguiente llegamos á Granada.



CAPITULO V.

*Qué sugeto era don Pompeyo. De la sincera declaracion, y de la propuesta que hizo á doña Francisca despues de casado con ella, la cual se consuela fácilmente del engaño de su marido, y consiente en lo que le propone.*

No tuve necesidad de instar á D. Pompeyo á que nos casásemos, pues estaba tan impaciente porque se verificase, que luego que estuvo en Granada, no se ocupó mas que en hacer las diligencias para ello. Casámonos en fin, y al otro dia de la boda, tuvimos una graciosa conversacion.

Querida Francisca, me dijo, abrazándome cariñosamente, ya estamos unidos los dos con los dulces lazos del matrimonio. Ahora es, chusca mia, cuando nos hemos de hablar sin rebozo. Solo los amantes tienen licencia de mentir; pero los maridos, es preciso que sean sinceros. Voy á mudar de estilo, y á no disimularte nada. Cuando en Córdoba te conté que era un lacayo fingido, y que el amor me habia dictado semejante ardid para introducirme en tu casa, te dije la verdad; pero cuando tomé el nombre de D. Pompeyo de la Cueva, te confieso que te engañé, y que me condecoré con este illustre apellido para hacer mas disculpable mi temeridad. Sin embargo, si no soy de sangre noble, tampoco desciendo de gente baja. Me llamo Bartolomé Mortero, y mi padre fué un venerable boticario de la insigne ciudad de Zaragoza. Este es, reina mia, un ligero chasco que te he dado, el cual debe bien perdonarme la hija de un alcalde de lugar.

Te lo perdono gustosa, le dije yo sonriéndome. La casualidad no siempre iguala tan bien á los esposos; pero dime: ¿ejerces la farmacia? Al principio me empleé en ella, me respondió: hice varios cocimientos, lo que me disgustó del ejercicio. Conocí haber nacido para cosas mas altas. Me he hecho príncipe; unas veces soy un héroe moro, y otras un rey cristiano. Por aquí vendrás en conocimiento que soy comediante; hago el papel de primer galan, y este es mi empleo.



Muchísimo dudo, le repliqué, que las rentas de tus monarquías sean crecidas. Es verdad, me respondió, que son algo cortas, á menos que nuestras comedias nuevas, buenas ó malas, deslumbrando al público, nos procuren grandes entradas dos meses seguidos, lo que, te digo la verdad, es cosa muy casual. En cuanto á nuestras princesas, prosiguió, tienen mucha mas fortuna que nosotros. Que el teatro las valga ó deje de valerlas, viven siempre cómodamente y con abundancia: es preciso ver su dicha para creerlo. Los señores de todas las ciudades por donde pasamos, se desviven por ellas. Por ejemplo, las cómicas de la compañía que está representando ahora en esta capital del reino de Granada, tienen todas con que mantenerse perfectamente, desde la mas bonita hasta la mas fea. Parece que las mujeres de teatro tienen algun secreto, para agradar á los hombres distinguidos por su nacimiento ó por sus riquezas.

Despues de haberme alabado de esta suerte mi marido la vida afortunada de las comediantas de Granada, me propuso entrase en su número, diciéndome: Francisca, créeme, abraza mi ejercicio. Siendo, como eres, moza y bien parecida, no te servirá sino de diversion. Tú te estás burlando de mí, le respondí; es menester habilidad para el teatro, y yo no la tengo. Te sobra, me dijo; yo me acuerdo de haberte oido cantar varias veces algunos romances delante del comendador, y no menos me embelasaba á mí que á él la dulzura y fuerza de tu voz. No hay canario que cante mas lindamente que tú.

¡ Es creible, exclamé riéndome, que mi voz hiciese en tí tanta impresion! ¡ Pues qué dirias, si me hubieras visto bailar? Me persuado que te habrian gustado mas mis pasos, que mi cantar. ¡ De veras! me dijo con admiracion. Pues, reina mia, vaya, hazme el gusto de bailar un poco para ver cómo te portas. Púseme inmediatamente, por contentarle, á bailar una zarabanda, lo que ejecuté de modo, que le dejé suspenso. Mujer de mi vida, exclamó en la fuga de su regocijo: ¡ qué tesoro tengo en una esposa que posee dos habilidades, que se pueden llamar hoy en el dia dos minas de oro y de diamantes! No dilatemos el aprovecharnos de ellas. Desde mañana haré que



se junten los cómicos, y te presentaré á ellos como una persona capaz de enriquecer á la compañía.

Por lo que á mí toca, añadió, basta que me vean estos señores, para que me reciban por compañero. Conocen de reputacion á Bartolomé Mortero, y se alegrarán de tenerme por compañero. Cuando pasé por Córdoba, en donde me detuvo tu belleza, volvía de Sevilla, en cuyo teatro he lucido tres años, y estaria luciendo todavía, si no me hubiese visto obligado á desaparecer de allí prontamente por la noticia que me dieron, de que mis acreedores perdian la paciencia.

Finalmente, mi marido me pintó tantas ventajas, comodidades y placeres en la vida cómica, y me hizo tantas instancias para que abrazase el ejercicio del teatro, que por último lo consiguió.

#### CAPITULO VI.

*Entra doña Francisca en la compañía de los cómicos de Granada. Cómo le pareció al público. De los muchos señores que se prendaron de su habilidad y gracias. Su marido la busca al conde de Piedrallana, para que la corteje, y ella, por obedecer á su esposo, admite sus visitas.*

Aunque mi marido me habia animado algo con los exagerados elogios que de mí habia hecho, sin embargo, me presenté al dia siguiente temblando delante de la compañía de cómicos, en que no faltaba ninguno, porque todos tenian curiosidad de verme. Las mujeres, entre quienes habia algunas bastante lindas, me miraron con una atencion crítica, por decirlo así, y hallaron en mí mas faltas de las que tenia, y á los hombres les parecí mas bonita, de lo que yo era realmente.

Hicímonos unos á otros mil cumplidos, y no hubo tasa en los abrazos, como si todos hubiésemos sido los mayores amigos del mundo. Tratóse despues del partido que me habian de dar. Señores, dijo entonces mi marido, mi mujer canta y baila que es un pasmo. Creo que con dos habilidades como estas, no será la menos útil de la



compañía. En cuanto á representar, no está aun formada; pero además de la buena disposición que conozco tiene para llegar á hacer bien los papeles de amor, su maestro será Bartolomé Mortero, que os da su palabra de sacar de ella en seis meses una excelente cómica.

Todos fueron de parecer, que si yo era cual aseguraba Bartolomé, les seria de mucho auxilio, pues tenían una infinidad de comedias y entremeses divertidos, que no podían representar, por no tener entre las mujeres, quien cantase y quien bailase. Hiciéronme en seguida cantar, y al acabar, me aplaudieron todos, á cual mas pudo.

Eso no es nada, señores, exclamó mi marido, regocijado de ver alabar mi voz; ahora vereis, que mi mujer sabe aun mejor encantar los ojos, que los oídos. Con efecto, después de haber bailado, la compañía me honró con un palmoteo general, y me hicieron cumplimientos excesivos. Así es como se debe bailar, decía uno; eso se llama hacer bien los pasos, decía otro; tiene mucho señorío y naturalidad. ¡Ah! picaronazo, le dijo en voz baja á mi marido otro comediante: ¿adonde has ido á pescar una mujer semejante? ¡qué lluvia de pesos va á caer en tu casa! En una palabra, cada uno manifestó que la compañía habia hecho una buena adquisición conmigo, y quedé recibida con consentimiento unánime, como tambien admitieron á Bartolomé, quien, sin disputa alguna, era un representante muy bueno.

Desde entonces no pensamos sino en disponernos para salir á las tablas, lo que no dejaba de sernos embarazoso, por hallarnos sin ajuar, sin vestidos y sin ropa blanca; y aun estábamos tan mal de dinero, que apenas teníamos con que pagar el cuarto de la posada. Mucho trabajo, pues, nos hubiera costado el poder presentarnos por la primera vez en aquella escena, si no hubiese yo tenido la sortija de un diamante que me regaló don Gregorio; pero por fortuna la guardaba conmigo: vendímosla, y el dinero que sacamos, se lo dimos á cuenta á los artesanos, que nos hicieron á cada uno un vestido de teatro, igualmente rico que airoso.

Habiendo llegado, en fin, el dia de nuestra salida, los cómicos, que están siempre prontos para coger la oca-



sion de tener mayor entrada, no dejaron escapar esta; y así pusieron un cartel, anunciándonos en él con elogio al público, diciendo, que dos sin iguales personas, recién llegadas á Granada, harían papel en el *Fenix de Alemania*, comedia de don Juan de Matos Fragoso, que tiempo había no se representaba. El público que en todas partes ama la novedad, acudió de tropel á la casa de comedias, y salió muy contento de mi marido, que hizo el papel de Ricardo: y yo que hacía el de una cantora en la primera jornada, así que empecé á cantar, resonó el teatro con el ruido de los aplausos de todo el concurso. Mas aplaudida fui en la tercera jornada, en cuyo fin tuve que bailar. ¡Cuánto me palmetearon! aquello fué una locura: no puedo decirte hasta que punto agradé á los espectadores, quienes estuvieron una hora cabal, después de acabada la comedia, hablando de mi habilidad. Unos decían, que cantaba mejor que bailaba, otros pensaban lo contrario; pero de lo que todos se admiraban, era de ver unidas en mí dos habilidades, que tan rara vez se encuentran juntas. Hubo también varios, á quienes suspendió mi juventud y mi palmito; y de estos, algunos quisieron dedicarse á obsequiarme.

La segunda vez que representamos la misma función, acudió también muchísima gente; y como ya tenía menos temor, canté y bailé mejor que el primer día. En la ciudad no se habló ya de otra cosa que de la cómica nueva. Unos á otros se preguntaban, si habían visto aquel prodigio. Los caballeros granadinos empezaron á quererme ganar la voluntad con regalos. Todas las mañanas, cuando estaba en el tocador, recibía algunas alhajas que me enviaban, sin decirme de qué parte. Ya era un reloj de oro, ya un collar de perlas con pendientes iguales; ó ya una pieza de estofa rica, ó una canastilla llena de guantes, de encajes, de medias de seda, y de cintas.

Los caballeros que me hacían estos regalitos sin manifestar su nombre, se descubrieron bien pronto, y dieron en perseguirme. Uno me estaba acechando para hablarme al paso entre bastidores, y decirme algún requiebro; otro me escribía todos los días billetes afec-



tuosos, y queria enamorarme con palabras, creyendo el tonto llegar á lograr su intento por ese medio; y otro finalmente, que lo entendia mejor, se valia de una cómica vieja, de sus amigas, para que me convidase á cenar en su casa, en donde no dejaba él de hallarse; pero todos estos galanes no sacaban el gasto que hacian. Además de ir yo poniéndome mas vana conforme me veia mas aplaudida del público, mi esposo, á quien yo no le callaba nada, me estaba continuamente diciendo, que no hiciese caso, sino de algun sugeto que tuviese muchos miles de pesos, de un gran señor.

Parecia que adivinaba la buena fortuna que me estaba esperando. Llegó á Granada el conde de Piedrallana, y al instante quiso ir á la comedia, movido de lo bien que le habian hablado de la compañía, y de mí especialmente. Aquella tarde me tocó salir; canté una tonadilla, pero no tuve que bailar. Sin embargo, bastó mi voz para llevarse de calles á aquel señor; y así me lo declaró Bartolomé de allí á dos dias. Sabe, me dijo, que has cautivado al conde de Piedrallana; no podias haber logrado un apasionado de mayor provecho para tí, pues es un hombre, que además de ciento y tantos mil ducados de renta, tiene un modo noble de gastarlos. Es tan generoso, que empieza por hacer rica á la que le gusta, antes de hablarla. Finalmente, es un señor de cuarenta años á lo mas, y de muy buen parecer.

¿Cómo sabes tú, le dije á mi marido, que el conde de Piedrallana se ha prendado de mí? Tú tal vez lo crees, porque lo deseas. No, no, me respondió: lo sé de su misma boca; y te participo, que actualmente estan alhajando por orden suya una hermosa casa que ha hecho tomar para tí, á doscientos pasos de la comedia. Yo no hice mas que reirme de sus palabras, no pudiendo imaginarme que las decia de veras. Sin embargo, no hablaba de chanza.

Te diré asimismo, prosiguió, que tendremos cocinero, un ayudante, y un mozo de cocina, asalariados por este señor; y que sin necesidad de cuidar de nada de nosotros, correrán con todo el gasto de casa, y



nos mantendrán una mesa para seis personas : item , no piensa incomodarte , y así no pondrá á tu lado una dueña que vigile sobre tus acciones , y te ande observando. Como sabe tanto lo que es querer , no intenta mostrar una desconfianza , que siempre es odiosa á la persona amada , aunque esta no tenga gana de engañar. Descansará en tu fidelidad , fundado en las atenciones que tendrá contigo : item , sin perjuicio de los presentes que te enviará todos los dias , te mantendrá un buen coche , en que irás magníficamente al teatro , aunque las pese á tus compañeras , que no pueden ir á él sino á pié , ó en coche de alquiler.

Cualquiera que te oyese , le dije á Bartolomé , creería que no te daría pesar , que yo admitiese al señor de quien hablas. El que lo creyese , tendría razon , me respondió ; y en la realidad , más quisiera yo que te visitase un sugeto tan rico y noble , que verte tontamente encaprichada de algun comediante , ó de algun autor. Vuelvo á repetir que sí , que me alegraré muchísimo. Si pensase de otra manera , me silvarian todos los maridos de nuestra compañía.

Púseme seria al oírle decir esto , como si mi virtud se hubiese fortalecido en la comedia , y afeé á mi marido el querer él mismo que tomase yo una amistad ; pero él se burló de mis escrúpulos , y me dijo para quitármelos , que la cómica que no tenia mas de un amigo , se hallaba en igual grado de honradez , que otra mujer que estaba sin ninguno : pues en ese supuesto , le dije á Bartolomé riéndome , elijo por el mio al conde de Piedrallana , que me propones tan gustoso , y ratifico con mi consentimiento el tratado de alianza que has hecho con él.

Aunque yo mostrase no pronunciar estas palabras en tono serio , no obstante él las tomó al pié de la letra. Aseguró al conde que yo estaba en la disposicion que él deseaba , lo que agradó tanto á este señor , que me envió mas de diez mil ducados en joyas de diamantes , pidiéndome permiso de ir á visitarme á la posada , interin me mudaba á mi nuevo alojamiento. Recibí , pues , su visita , no pudiendo sin groseria excusarme á ello,



despues de haber admitido su regalo. Una mañana, que yo estaba en el tocador, llegó acompañado de Bartolomé, el que, para dejar que tuviésemos mayor libertad de hablar, desapareció de allí á un instante, como marido que sabia las reglas.

Señora, me dijo el conde. Yo no me disculparé con vos, de venir inconsideradamente á ofreceros mis rendimientos, cuando estais al tocador. Bien se, que era mala ocasion esta para ir á ver á las mas de vuestras compañeras; pero en cuanto á vos, hermosa Francisca, no hay tiempo en que parezcáis mejor que en este. Despues de un cumplimiento tan lisonjero, empezó á hablar de un modo, que no lo era menos. Parecióme tan cortés como el comendador de Montereal; bien que de mas gracioso rostro, y me hubiera gloriado de que un señor semejante me hubiese querido, aun cuándo no hubiese tenido las riquezas que tenia.

Despues de una conversacion bastante larga y muy expresiva, se retiró contentísimo, á lo que me pareció, de mi visita, lo que me confirmó Bartolomé, quien, habiendo vuelto inmediatamente de haberse marchado aquel señor, me dijo: el conde va hechizado de tu entendimiento, y de tus buenos modales; ahora me lo acaba de decir, y yo apostaria de buena gana, que por tu lado, no has quedado mal inclinada á él. Muy bien me ha parecido, le respondí. Ese es uno de aquellos señores, con quienes una mujer hace agradablemente su fortuna. Asi es verdad, replicó mi marido, porque hay otros tan tontos y fastidiosos, que sus amigas pueden decir con razon, que ganan bien su dinero.

## CAPITULO VII.

*De otros varios regalos que el conde de Piedrallana hizo á doña Francisca, y de las atenciones que le mereció. Otro apasionado la regala diferentes joyas preciosas de diamantes, y ella no las admite, de lo que agradecido el conde la hace donacion de una magnifica casa de campo. Cómo acabó una amistad tan cariñosa.*

Fuimos á habitar la casa nueva, asi que estuvo com-



puesta. Aun cuando se hubiese amueblado para una princesa, no podia estar mas magnificamente adornada. Reinaban en ella á la par la riqueza y el buen gusto. Habia dos habitaciones separadas, una para mi marido y otra para mí, habiéndolo dispuesto asi por escrupulosidad el conde. La mia deslumbraba con el oro y la plata que resplandecia por todas partes, y la de Bartolomé, aunque mucho mas modestamente puesta, hubiera hecho honor á un caballero.

Anduvimos viendo la casa de arriba abajo, y advertimos no sin gusto en una cocina, pertrechada de todos los utensilios necesarios, tres hombres ocupados en disponernos la cena; es á saber, un cocinero, un ayudante y un mozo. Yo me imaginaba, al considerar los muchos manjares que estaban aderezando, que seriamos una docena de personas á la mesa; creia á lo menos que el conde, que para darnos la posesion de nuestra nueva vivienda, habia de ir á cenar con nosotros, llevaria consigo algunos amigos. Con todo, fué solo, y tuve con él la segunda conversacion, en la que apreté, digámoslo asi, sus cadenas, valiéndome de todos los encantos de mi voz: quiero decir, cantando los pasos mas expresivos de nuestras comedias, que yo le aplicaba, mirándole con semblante afectuoso, con que le penetraba hasta lo íntimo del corazon.

Si estuvo divertido este rato aquel señor, lo mismo le sucedió mientras la cena. Hícele mil zalamerias para aumentar su inclinacion, y lo desempeñé con tan buen efecto, que al dia siguiente me envió una porcion de plata labrada, que valía mil doblones. De allí á tres dias, me llevaron de su parte dos magníficos vestidos de teatro. ¿Qué te diré? Era cosa de nunca acabar, pues no pasaba dia, que no recibiese de él algun regalo.

Con todas estas dádivas juntas, y con lo que nos valia á mi marido y á mí la comedia, la que, gracias á nuestra primer salida, era muy concurrida entonces, lo pasabamos tan bien, que empezamos á echar un porte mas lucido. Tomamos dos criados y una doncella, y yo no iba ya al teatro, sino en un coche magnífico de que era dueña, y no me costaba nada.



Esta mutacion, luego que se notó, fué motivo de diversion á los bufones de la compañía, y suscitó la envidia de muchas: pero en breve dejaron de hablar, y se acostumbraron á ella. Mas yo, que en esto no encontraba sino comodidad, imitaba á aquellas compañeras mias, que se hallaban en igual caso: muy lejos de tener la menor vergüenza, ningun cuidado se me daba de las habladurías, y de las miradas malignas del público; y en la realidad, si el llevar coche era ridiculez, esta no recaia sobre nosotros.

Yo no trataba en el teatro con otra ninguna cómica, mas que con la llamada Manuela, que arrastraba como yo un coche de señor. Obsequiábala don García de Padul, caballero granadino, que gozaba de una gran renta, la cual gastaba noblemente con ella. Esta muchacha quiso tomar amistad conmigo, y la consiguió, haciéndome dueña de la suya. Nos cobramos una á otra tanto cariño, que apenas nos separábamos, cuando moriamos de deseo de volvernos á juntar. Yo no sé, si nos gustaba mas el estar juntas, que con nuestros caballeros. De esta estrechez tan fuerte, nació el que don García y el conde tuviesen gana de conocerse; y ya hecho el conocimiento, formamos entre los cuatro una compañía, en la que reinaban la alegría y los placeres, y se comia grandementé. Todas las noches cenábamos, ó bien en casa de mi amiga, ó en la mia; no pensábamos mas que en divertirnos, y viviamos todos con tanta familiaridad, que no se hubiera podido decir, si aquellos señores se humillaban hasta nosotras, ó si nosotras eramos las que nos elevábamos hasta ellos.

Mientras gozábamos de una vida tan divertida, hacia yo infelices á otros. Llamo asi á algunos mozuelos, que no perdian dia de comedia por verme, y se abrasaban en un fuego oculto, ó si me lo llegaban á declarar, no sacaban fruto alguno. Habia entre ellos uno que se hacia distinguir por su nacimiento, y mas aun, por el mérito de su persona. Era este don Gutierre de Albuñuelas, hijo mayor del gobernador de Granada, y el mas bello mozo de su tiempo. Volvia de concluir sus estudios en Salamanca. No tenia ya ni ayo, ni preceptor, y



empezaba á gozar del placer de ser dueño de sus acciones.

Este caballerito no faltaba á ninguna comedia, en que yo hacia papel; y como un enamorado mira distintamente que otro que no lo está, me hizo advertir en sus ojos su pasion. Se contentó mucho tiempo con fijar en mí la vista, y aplaudirme cuando representaba, ya lo hiciese por timidez, ó ya porque desesperase de desbancar á un rival tan temible como el conde de Piedrallana. Sin embargo, cansado de guardar silencio, y no resolviéndose á hablarme, tomó la determinacion de explicarme su tormento en una carta, que tuvo maña para que llegase secretamente á mis manos, y á la que, bien te haces cargo, no dí respuesta alguna; antes bien, con el fin de quitarle toda esperanza, afecté el mirar á otro lado, siempre que se encontraban casualmente sus ojos con los míos.

Tanto rigor no le desanimó, y discurriendo que las dádivas me harian mayor fuerza que su amor y buena cara, me envió un cofrecito, que contenia mas de cuatro mil doblones en alhajas de todo género de pedrería, que habia hallado modo de hurtar á la señora gobernadora, su madre. Tomé parecer de Bartolomé, sobre qué debia ejecutar en un caso tan delicado. No tienes que hacer mas, me dijo, despues de haberlo estado pensando un rato, que devolver precisamente, y sin dilacion esas alhajas á don Gutierre: perderiamos los dos infaliblemente nuestra reputacion, si fuésemos tan imprudentes, que las guardásemos. La señora gobernadora, porque yo no tengo la menor duda de que él se las ha quitado, no tardará mucho en ver que la faltan; indagará quien se las ha llevado, y á fuerza de averiguaciones, llegará á descubrirlo. El señor corregidor tomará la mano en el asunto, querrá apurarlo todo, y esto te indispondrá con él. Creo, añadió, no es necesario decirte mas: tu sabes que las mujeres de teatro, por muchas habilidades que tengan, arriesgan mucho, cuando llegan á enfadar á los sugetos que gozan de autoridad. En vista del modo con que te trató el juez de Sevilla, debes temer á estos señores.



Tu consejo es tan prudente, le respondí á Bartolomé, que no puedo menos de tomarlo. He reflexionado todos los inconvenientes que acabas de exponerme; y así no me detengo en volver las alhajas, y aun estoy persuadida, á que el lance hará el mayor efecto del mundo en el ánimo del conde. No lo dudes, replicó mi marido; te agradecerá el sacrificio que le hagas de don Gutierre, y ganarás tal vez con eso, mas que perderás. No pudiendo, pues, guardar sin riesgo aquel regalo, se lo hice entregar al hijo del gobernador, enviándole á decir cortesmente, que se lo devolvía, por no contemplarme yo capaz del agradecimiento con que era preciso pagarlo.

No íbamos errados Bartolomé y yo, en pensar que el conde apreciaria el sacrificio que yo le hiciese de un competidor tan peligroso. Luego que lo supo, lleno de gozo me dijo: vos me preferís al caballero mas gallardo de Granada. ¡Ah, peregrina Francisca, si pudieras ver ahora lo íntimo de mi corazón! Advertirías, cuanto agradezco una preferencia tan gloriosa. Conde, le respondí mirándole con aire alhagüeno, yo no quiero alegaros esto por mérito. ¿Cómo puede una voluntad de que sois dueño, dejar de seros leal? No, conde, añadí con semblante tierno; estad seguro, de que ni don Gutierre, ni todos los hombres juntos son capaces de robárosela.

El conde, que oyó estas palabras cariñosas, se arrojó, enagenado de gozo, á mis pies, y me dijo mil expresiones tiernas y de gratitud. Luego este señor usó de otro estilo, que me gustó mas que el lenguaje comun de los enamorados. Para resarcirte, me dijo, de las alhajas que por amor de mí, no habeis querido recibir, os doy una casa de campo, que tengo á orillas del Guadalquivir, entre Jaen y Ubeda. Aunque no rinde mucho, es un sitio muy deleitoso. Díle gracias á aquel señor generoso del nuevo presente que me hacia, y en aquel mismo dia me entregaron la escritura de donacion en buena y debida forma.

Nada es comparable con el regocijo que sintió Bartolomé, cuando le noticié la nueva adquisicion que mis atractivos acababan de hacer. Bien sabia yo, exclamó, que no harías en valde el sacrificio de don Gutierre.



¡Diantre! ¡Una casa de campo! ¡Como quien no dice nada! Es cierto que el conde tiene bellos modales. En fin, mi marido no podia contener su gozo, y dejándose vencer del vivo deseo que tenia de ver aquella hacienda que nos habia costado tan poco, marchó allá con diligencia, y tomó la posesion; y á su vuelta al cabo de pocos dias, el conde de Piedrallana, me dijo; te ha hecho un regalo mas hermoso aun de lo que tú piensas. Has de saber que tu casa de campo, parece la fabricaron las hadas: y en seguida me hizo una descripcion tan magnífica de ella, que yo no pude menos de interrumpirle cinco ó seis veces para reprocharle que hablaba con exageracion. Todo al contrario, me respondia él siempre, en lugar de hermoséarla con mis expresiones, disminuyo sus conveniencias, pues es un primor del arte y de la naturaleza.

Además de encantar la vista, prosiguió, pasa de tres mil ducados lo que da su arrendador, que es el mas rico labrador de aquella comarca. He leído la escritura de arrendamiento, y no hay duda en ello. Añade á esto, que tú y yo somos señores de un lugar junto á Cazalla, y que tendremos el paso antes que todos sus hidalgos, lo que no deja de ser una bella prerogativa. Es verdad, que al principio se reirán un poco las gentes á costa nuestra por causa de nuestro ejercicio; pero con esto quedaremos libres, y á buena cuenta gozaremos nuestra renta, y todos nuestros derechos de señores. Salgan ahora los asuntos del teatro á arbitrio de la fortuna, tengan nuestras comedias nuevas el éxito que Dios quiera, nosotros ya tenemos un abrigo inaccesible al hambre.

De esta suerte se regocijaba mi esposo de vernos ya dueños seguros de un retiro, que aun rarísima vez, es el fruto tardío de las largas tareas de nuestros iguales. Yo estaba tan contenta como él, pero lo comenzó en breve el público á padecer. Empecé á ponerme en el pié de salir con menos frecuencia á las tablas, é insensiblemente llegué á no parecer en ellas jamás, siguiendo el ejemplo de algunos famosos actores, que con pretesto de conservar la salud, se dispensaban de cumplir con



su obligacion. Me pareció que una dama, que poseia un señorío de mas de tres mil ducados de renta, podia hacer lo mismo. Bartolomé no quiso, imitándome en eso, representar sino rara vez. Este proceder nuestro desagradó á los compañeros, los cuales se unieron contra nosotros, y se introdujo la discordia en la compañía.

Veme aquí llegada á la época de un suceso bastante triste para mí. El conde de Piedrallana recibió entonces despachos de la corte. El duque de Remal, que le estimaba, le decia se pusiese al instante en camino para Madrid, porque este ministro habia puesto en él los ojos para colocarle en la plaza de un consejero de Estado que acababa de morir. Aunque el conde recibió de esta noticia otro tanto mas gozo, quanto su amor se empezaba ya á entibiar, sin embargo no dejó de manifestarme que lo sentia en el alma, y que poco le faltaba para no admitir el empleo; pero al mismo tiempo me hizo presente, que si no lo aceptaba, se malquistaría con todos sus parientes, y perdería para siempre la amistad del duque de Remal. Finalmente, para dorar la píldora, me protestó que se acordaría siempre de su amada Francisca. Yo hice como que creía por ciertas sus protestas; y como las lágrimas fingidas nada la cuestan á una buena cómica, yo las vertí en abundancia al despedirnos.

### CAPITULO VIII.

*De lo que hizo doña Francisca despues de ido el conde de Piedrallana. Va con su marido á tomar posesion de su quinta. Lance extraño que le sucedió, y quién la obsequió.*

Ya has oido de qué modo nos separamos el conde y yo. A Manuela tambien la dejó al mismo tiempo don García, porque los señores no son mas constantes unos que otros. Padul, con la excusa de ir á ver á un tio que estaba enfermo en Badajoz, se apartó de ella, y marchó de Granada. Por fortuna las dos estábamos bien equipadas, y en edad de podernos consolar de la pérdida de nuestros inconstantes apasionados.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

14



Apenas nos hubieron dejado , cuando se presentaron otros á ocupar su lugar ; pero además de que nos hubiéramos visto perplejas sobre á quién escoger, las disensiones que habia en la compañía, fueron creciendo de modo que nos disgustaron del ejercicio cómico, é hicieron tomar la determinacion de renunciar á él. Querida Manuela , la dije á mi amiga ; estoy cansada de ponerme á la vista en un teatro , y de divertir al público. Quiero retirarme á mi quinta de Cazalla , y hacer allí la señora del lugar. ¿ Puedo yo lisonjearme de que tu cariño sea tal , que quieras venirte á vivir allá conmigo? Esa duda me ofende , respondió Manuela , pues sabes que en este mundo nada estimo tanto como tu amistad, la que no merecería, si me negase á ir á participar contigo de las comodidades de tu retiro. Marchemos, Francisca , marchemos : yo estoy pronta á sacrificar por tí á todos los galanes de Granada. Salímonos , pues , una y otra de la compañía , como tambien Bartolomé , quien, prefiriendo el papel de señor de lugar al de príncipe de teatro , nos acompañó gustoso á Cazalla , adonde llegamos alegremente los tres en un coche , comprado con nuestro propio dinero , ó si se quiere , con el del conde. Seguía una calesa , en que iban mi criada y la Manuela , y seis criados á pié , que conducian otras tantas acémilas cargadas de nuestro equipaje , y detrás caminaban nuestro cocinero y el criado de Bartolomé , montados en caballos bastante buenos , lo cual formaba una comitiva digna de la admiracion de los aldeanos , y de la envidia de los *hidalgos*.

La casa de campo la hallé ni mas ni menos que mi marido me la habia pintado ; y me pareció bien construida , bien amueblada , y aun conservada con tanto cuidado , como si el conde hubiera vivido de asiento en ella. Maravillóme especialmente la hermosura de los jardines y de los espaciosos prados , que se extienden por la parte del septentrion hasta las orillas del Guadalquivir. No contemplé con menos placer los bosques que hay por el lado del mediodia. Viéndome Bartolomé tan embelesada de aquel sitio , me dijo muy satisfecho : Y pues , hija , ¿ te he engañado acaso en ponderarte esta



¿casa de campo? ¿Hay por ventura otra ninguna en España, donde se respire aire mas puro, y que ofrezca á la vista objetos mas placenteros? No hay duda, exclamó mi amiga, mas encantada que yo de las bellezas de mi retiro; y es preciso confesar que este es un verdadero presente de señor. Aquí pasaremos una vida divertida, siempre que la nobleza del pais sea tratable.

Es verdad, dijo Bartolomé, que los hidalgos son una gente algo altiva: cuando el señor que tienen, es un sujeto ordinario, no debe aguardar que le respeten, y miren con atencion. No obstante, todos los dias vemos mercaderes ricos, que despues de haber hecho bancarota, se retiran á una hacienda que compran á costa de sus acreedores; y aun gentes de oficio, así como nosotros: pero siendo nuestro arte el de ser buenos representantes, sabremos acomodarnos á su necia altanería. Esto no nos costará mucho, y podremos, adulando su orgullo, reirnos de sus varias ridiculeces. Mejor opinion tengo yo de esos caballeros, dije entonces; yo creo que entre ellos, los hay de buen carácter. Finalmente, sean como quieran, nosotros los obligaremos con buenos modales y atractivos, á que nos tributen el obsequio que nos deben.

Es cierto, que nuestro modo de pensar no favorecia á estos nobles, de los cuales la mayor parte vivia en chozas. Nos figurábamos que eran gente rústica é ignorante; pero nos quedamos bastante admirados. cuando vinieron á visitarnos, de ver lo que estaban civilizados, pues así nos parecieron. Sus mujeres especialmente nos dieron á conocer en sus cumplimientos, que no les faltaba discrecion; y entre ellas advertí algunas que tenian un arte muy lindo. Recibimoslos á todos con un modo tan afable, que esto les movió á gustar de nosotros; y así nos lo manifestaron, asegurándonos, estaban gozosos de tener unos señores, que sabian agasajar tan bien á la nobleza.

Fuimos á pagarle á cada uno la visita, y pusimos todo nuestro cuidado en no decir ni hacer allí, cosa de que se pudiese ofender su vanidad. Con semejante circunspeccion, que era indispensable para vivir con ellos en bue-



na armonía , granjeamos su estimacion. Despues de esto , no se pensó sino en diversiones y banquetes ; casi todas las noches iban á casa á cenar cuatro ó cinco hidalgos con sus mujeres y hermanas , y sobre cena armábamos baile , que muchas veces duraba hasta el amanecer. Yo pasaba regularmente el dia en mi caza de campo en jugar á los náipes , ó en hablar con las mujeres , mientras mi esposo estaba con los hombres , cazando por aquellas cercanías. Estos eran nuestros pasatiempos , y dentro de poco , en mí consistió solamente el no lograr de otros.

Entre aquellos hidalgos , habia uno llamado D. Domingo Rifador , que acreditaba puntualmente con su genio lo bien aplicado que le estaba el apellido. A todo se oponia groseramente ; era un disputador acalorado , un pendenciero , un bárbaro , y sobre eso , tenia una soberbia inaguantable. Ninguna dama habia podido hasta entonces domar su orgullo , y una victoria tan difícil estaba guardada para mí. Gustéle , y declaróme su pasion con toda la confianza de un galan , que discurre que su amor honra á la persona amada. Aunque era grande la aversion que yo le habia tomado , sin embargo no me irrité al oírle ; pero le manifesté serenamente con palabras lisas y llanas , que no me sentia de ninguna manera dispuesta á corresponderle , y así , que me hiciese el favor de no poner mas los pies en mi casa.

Tu quizá creerás , que pesaroso del mal recibo que tuvo su propuesta , se retiró lleno de cólera , y convirtió su amor en ódio : nada de eso. Lo que hizo , fué ponerse á reír á los hocicos , diciéndome , que aunque me pesase , queria persistir en amarme. Yo no me aburro , prosiguió , tan fácilmente ; conozco el carácter de las mujeres , y no tengo sus melindres por señales de virtud. Vamos , reina mia , añadió , hacedme el favor de mudar de language ; no os hagais de pencas , que eso os cae mas mal á vos , que á otra.

No pude contener la cólera al oír semejante insolencia , y en mi primer impulso le puse á Rifador como un trapo ; pero él se burló de mis invectivas , y se fué sin darme otra respuesta que reírse , con lo que me irritó.



mas; de manera, que lloraba de coraje, y todavía tenía los ojos bañados de lágrimas, cuando entró la Manuela. ¿Qué tienes? me dijo, viendome de aquella suerte. ¿Qué es lo que puede afligirte en un paraje, donde todo el mundo no piensa sino en darte gusto?

Contéla lo que me acababa de suceder con don Domingo, y luego que la hube referido todo, en vez de aprobar mi enfado, no hizo mas que reirse de él. No tienes razon, me dijo, para ofenderte de la desatencion y ridiculez de un amante grosero, y antes bien, eso te ha de servir de diversion, pues el desprecio con que tratas su afecto, es suficiente venganza de su descortesía. Hablas con juicio, la respondí á mi amiga: de aquí adelante, muy lejos de mostrarme séria con él, hago ánimo de divertirme con sus extravagancias.

#### CAPITULO IX.

*De la desgracia que sucedió en la quinta de Cazalla, y sus resultas. Determina doña Francisca ir á Madrid con doña Manuela, su compañera de teatro; y allí se dieron á conocer por mujeres de forma.*

Yo estaba resuelta, como se ha visto, á sufrir todavía las visitas de don Domingo Rifador, sin mudar en nada mi modo de pensar acerca de él; pero no volvió á parecer por mi casa. Sublevada finalmente su altivez contra mis rigores, le hizo formar para castigarme, el designio de no honrarme mas con su presencia.

No paró aquí su venganza, sino que se desvergonzó con Bartolomé, el cual, como tenia mas humos de espadachin que no él, le hizo sacar la espada, é hirió peligrosamente. Sin embargo, no murió; y pareció que este lance se habia ido poco á poco olvidando, pues se dejó de hablar de él; pero al cabo de seis meses, estando mi marido cazando solo en un bosque, se encontró con don Domingo, quien le disparó á traicion un carabinazo, y le dejó muerto en el suelo. Aunque este asesinato se cometió sin testigos, persuadido su vil autor, á que yo me sospecharía de él, y podria hacerle prender, huyó para evitar el castigo de la justicia.



Lloré amargamente la muerte de Bartolomé, afligiéndome tanto mas, cuanto yo no podia vengarla. Me consolé no obstante con el ayuda de la Manuela, quien pronta siempre á ofrecirme su asistencia, tenia el secreto de aliviar mis penas. Con este funesto acaecimiento cesaron nuestras diversiones, ó por mejor decir, nos fastidiamos de vivir en soledad. No sé, la dije un dia á mi amiga, si piensas como yo: á mí empieza á cansarme la compañía de los nobles campesinos, y de sus mujeres. Tampoco sé, si la causa de esta mudanza es la inconstancia de mi genio, ó la muerte de mi marido. A tu delicadez hay que atribuirlo solamente, respondió la Manuela, porque una muchacha que está enseñada á oír los requiebros de los señores, pronto se ha de disgustar del trato de las gentes que vemos en esta tierra.

No pienses, prosiguió, que yo soy mas propia que tu para vivir en soledad; y también te diré ingenuamente, que me fastidio en esta quinta, y no tengo otro gusto que el de estar en tu compañía. Ya no me divierten los varios sugetos extravagantes que vienen á vernos. Lo ridículo entretiene al principio; pero despues cansa, y es inaguantable. Si quieres creerme, añadió, seguiremos una idea que me ha ocurrido, y no te he comunicado hasta ahora.

Preguntéla á mi amiga, qué idea era aquella. Es, respondió, la de dejar por algunos años esta morada, é irnos á establecer otra vez á Madrid. Bastante ricos estamos para vivir allí con lucimiento, y pasaremos sin dificultad por mujeres de distincion, pues tenemos todos los modales de ellas. ¿Qué te parece este pensamiento? ¿No merece tu aprobacion? Si, la dije, me gusta infinito. ¿Qué risueñas imágenes ofrece á mi imaginacion! No tardemos en ponerlo por obra. Me alegro mucho, dijo la Manuela, de que aplaudas este viage; preveo que no ha de ser desgraciado. Deja el cuidado de la quinta á tu arrendador, con órden de remitirte la renta á Madrid. Con esto juntaré yo los despojos de don García, para sostener mejor la figura que queremos hacer en aquella capital de la monarquía.

Desde entonces, ya no pensamos sino en disponer nues-



tra marcha ; y así que estuvo hecho , nos pusimos en camino con nuestras criadas , acompañándonos tambien dos criados montados en mulas , y bien armados. Después de una tirada tan larga como penosa , llegamos con felicidad á esta villa , donde nos pareció conveniente mudarnos el nombre. La Manuela tomó el de Ismenia , y yo el de Basilisa , y con el título de dos señoras , viudas de dos caballeros granadinos , alquilamos esta casa , donde empezamos á recibir gentes ; y con nuestro afable trato atrajimos personas de modo , y nos hicimos querer por nuestra buena conducta.

Vienen á vernos bastantes caballeros distinguidos , y ninguno de ellos deja de mirarnos con estimacion y respeto , como lo puedes juzgar por don Manuel de Pedrilla , tu amigo. Ignoro lo que te habrá dicho de nosotras ; pero sé que no ha debido informarte mal. Aunque le permitimos venga á visitarnos cuando guste , no tememos lo que puede decir , pues no ha notado en nosotras , cosa que desdiga de la honestidad. Si no seguimos la costumbre austera de las damas que se abstienen de la conversacion de los hombres , no por eso somos menos recatadas.

## CAPITULO X.

*De la conversacion que tuvo doña Francisca con don Querubin despues de haberle contado su historia. Propónesele que vaya á vivir con ellas , y él lo admite.*

Aquí dió fin mi hermana á la historia de sus aventuras , y luego sonriéndose , me dijo : ¿Qué te parece , pues , hermano , de la viuda de Bartolomé ? ¿No la tienes por una señora de importancia ? Sí , á la verdad , la respondí ; en poco tiempo has hecho tu carrera ; te doy la enhorabuena , y al cielo gracias de tener una hermana tan bien acomodada , pero una cosa recelo. Nosotros estamos sujetos en nuestra familia á ofrecer sacrificios á Cupido , y me temo que entre los caballeros que vienen á tu casa , no haya algun tunante buen mozo , que te haga perder la quinta del modo que la has ganado. No tengas miedo ,



me replicó mi hermana, mas capaz soy de adquirir aun otra, que dar la mia al mismo precio que me costó.

Pero mudemos de conversacion, prosiguió, y pues he tenido el gusto de haber vuelto á ver á mi hermano, no nos separemos de aquí adelante: te ofrezco cuarto en esta casa, ven á vivir con nosotras. Ismenia se alegrará tanto como yo; nos ayudarás con tus buenos consejos; podrán ocurrir lances críticos, en que tu prudencia nos será de gran auxilio, y nos librarás de dar ningun paso errado: debámoste esta obligacion.

Confieso que la propuesta no me gustó al principio, porque hice escrúpulo de ser el consultor y director de dos lindas mozas, cuyo recato no dejaba yo de creer equívoco, por mas que dijese mi hermana. Sin embargo no pude resistirme, y abracé el partido á costa de quien hubiese lugar, reservándome finalmente el derecho de dejarlas, siempre que me desagradase su compañía.

## CAPITULO XI.

*Va don Querubin á vivir con su hermana. De los nuevos conocimientos que allí hizo, y del mucho aprecio que les debió, así que supieron, tenía la dicha de ser hermano de Basilisa. Procura don Andrés hacerse amigo de don Querubin, y lo consigue, y motivos que tenía para ello.*

Me fué, pues, preciso, ir á vivir con mi hermana y su buena amiga, las cuales me dieron un cuartito muy aseado, que tenían de reserva en su casa. Aquella misma noche fuí allá con don Manuel de Pedrilla. Venid, amigo, le dije: venid á ponerme en posesion de mi nuevo domicilio, en el que os aseguro, será mi mayor gusto estar á mano para hablar á Ismenia en favor vuestro. No desecho vuestros buenos oficios, me respondió; pero no sé, si por eso seré mas dichoso. Aunque Ismenia parece está inclinada á mí, no quiere coronar mi felicidad; y dudo que vuestra amistad tenga mas fuerza que mi amor.

Fueron aquella noche á cenar con estas damas dos ca-



balleros de la Orden de Santiago , los cuales me dieron mil abrazos, cuando supieron que yo era hermano de Basalisa. Dejadme abrazaros , caballero mio , me decia el uno, por amor de vuestra peregrina hermana. Es el vivo retrato vuestro, decia el otro á la viuda de Bartolomé. ¡Cuánto gozo habreis tenido de haberos vuelto á ver! Me alegro de vuestra recíproca satisfaccion.

A estas expresiones siguió una infinidad de cumplimientos que me fué preciso aguantar , y á los que respondí en estilo de personas de buena crianza, para hacer ver á aquellos caballeros que no me hallaba atado en semejante ocasion. Y asi se manifestaron muy contentos de las muestras de entendimiento que les dí, y mas lo estuvieron al oirme algunas agudezas que felizmente me ocurrieron durante la cena , las cuales realzaron ellos con elogio.

Estos caballeros, llamado el uno don Dionisio Languaruto y el otro don Antonio Peleador, se diferenciaban en genio y figura. Era don Dionisio alto y seco, y don Antonio pequeñuelo y gordo. El primero, haciendo el erudito, no hablaba sino de ciencias; y el segundo , dando por lo guerrero , nos molia contándonos sucesos militares. Iban á cual mas podia fastidiarnos. Cuando el uno acababa de citar algun autor, el otro, tomando de pronto la palabra, empezaba á hacer la relacion de una batalla. Durante este tiempo, don Manuel y la bella Ismenia se daban uno á otro varias miradas, con que se consolaban de la conversacion pesada de aquellos dos convidados, ó por mejor decir, con que les libraban de la mortificacion de oirla. Mi hermana y yo tuvimos la política de escucharla con la mayor atencion, y aun de mostrar que nos daba mucho gusto.

En desquite , luego que mis dos caballeros se marcharon, no les perdoné , y asi la dije á mi hermana: si todos los señores que vienen á verte, no son mas divertidos que estos, no creo que habiendo dejado á tus hidalgos de Cazalla, hayas ganado en el cambio. Es verdad, dijo Francisca, que son un par de sugetos que muelen la sangre , pero verás otros de que quedarás mas satisfecho. Sin embargo, menos me gustaron dos oficiales de



Las secretarías del duque de Remal que cenaron con nosotros la noche siguiente.

Queriendo estos que se les tuviese igual respeto que á los ministros , afectaban una presuntuosa gravedad. Cuando se les dijo que yo era hermano de Basilisa , no dieron en elogiarme como habian hecho los caballeros de la Orden de Santiago , y se contentaron con honrarme con una mera inclinación de cabeza. Aunque estaban apasionados de nuestras damas, no manifestaban por eso ninguna mutacion en el semblante , y muy lejos de decir las expresiones de afecto , guardaban un profundo silencio ; y si alguna vez lo interrumpian, era para decir palabras de pocas sílabas.

Yo discurría entre mí, que cuando estarían á la mesa, bajarían el punto de su gravedad; allí los aguardaba yo para verlos mudar poco á poco de continente , y alegrarse, como hacen en igual caso todas las personas graves; pero ni mi humor festivo, ni la conversacion de las damas pudieron hacerles mudar aquel entono de secretaría , y ni siquiera sonreír. En mi vida he visto gentes que tanto me hayan fastidiado.

Y así, despues que se fueron , volví á pegar con mi hermana. ¿Cómo, la dije, tú que eres mujer de entendimiento y de gusto, haces tan malos conocimientos? Estos oficiales son todavía mas enfadosos que tus caballeros de ayer. En verdad, hermana, que ya que gustas de recibir gentes en tu casa , me parece debias hacer mejor eleccion. Ten paciencia, me respondió, que verás aquí mas de un caballero, de quien no te pesará granjear la amistad.

Con efecto, ví concurrir en adelante muchos que podían pasar por la flor de los galanes, y á los que consideraba como otros tantos cuñados míos, aunque mi hermana me aseguraba todos los dias que tenia siempre el palo levantado contra ellos. Entre los cuales, habia uno llamado don Andrés de Carvajal y Zamora, en quien concurrían todas las buenas prendas de que los hombres mas bien nacidos no tienen por lo comun sino una parte. No bien supo este caballero que era yo hermano de Basilisa, quando hizo lo posible por ganarme la voluntad, lo que



no le costó mucho, pues era uno de aquellos sujetos afables que se hacen querer al instante. Luego que fué mi amigo, queriendo ser algo mas, me confió un secreto: señor don Querubin, me dijo, yo estoy enamorado de vuestra hermana, y nada deseo tanto como el casarme con ella: poseyendo bastantes bienes, y siendo de una familia distinguida, me lisonjeo de que no desechará mi pretension; pero advierto está inclinada á otro caballero, y tengo motivo suficiente para temer á este competidor.

Pregunté á don Andrés, quien era el pretendiente de que tanto recelo manifestaba. No lo adivinariais jamas, me respondió, y cuando os lo nombre, os costará trabajo creerme, porque en fin no es don Félix de Mondejar, ni don Vicente de Cifuentes, sino don Pedro Retortillo. ¡Eso es imposible! exclamé con admiracion. ¡Don Pedro, el peor mozo de todos los pretendientes de mi hermana, un caprichoso, un fátuo! No, no me puedo persuadir á que su gusto sea tan depravado que le prefiera á vos. Direis de ese caballero lo que gustéis, replicó Carvajal; pero lo cierto es que doña Basilisa le quiere, y está tan ciega que no ve sus faltas: la parece muy buen mozo, y por mas que él hable á tontas y á locas, ella está admirada de su entendimiento.

Yo le prometí á don Andrés que haria cuanto pudiese para impedir el casamiento de don Pedro, y en cumplimiento de la palabra, tuve al otro dia con mi hermana una larga conversacion, cuyas resultas verá el lector en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XII.

*Del desgraciado éxito que tuvo el servicio que don Querubin quiso hacer á su amigo don Andrés. Sale de casa de su hermana con ánimo de no volverla jamas á ver. Doña Francisca se casa con don Pedro. Quien era este.*

No sé si haces memoria, la dije á mi hermana, de que me rogaste te ayudase con mis consejos. Con efecto, asi es, hermano, me respondió, y te lo suplico segunda





vez. Pues bien, repliqué, ya que lo quieres, voy á hacer de consejero ; pero antes me has de confesar sinceramente si estás apasionada de don Pedro Retortillo.

Al oír esto, se puso mi señora hermana mas encarnada que la grana, y se inmutó. Tú te turbas, Francisca, proseguí, y á lo que veo no necesito me respondas para saber lo que debo pensar, pues demasiado me lo declara tu agitacion. ¿Con que no hay duda en que amas á don Pedro? ¡Oh cielos! Precisamente has ido á poner los ojos entre los que te pretenden, en aquel que me parece el menos digno de tu persona.

¿Quién puede, me respondió, haberte informado de un afecto que yo no creia haber demostrado? Es, la repliqué, un rival de don Pedro que lo ha trascendido: y ese rival tan perspicaz, continuó alterada mi hermana, ¿es á la cuenta Carvajal, por quien tú te interesas? En horabuena, prosiguió, ya que ha conocido mi inclinacion, no la disimulo. Sí, don Pedro ha logrado agrardarme, y no te lo callo: siento que no estimes á este caballero, pero has de saber que me parece tan bien, que le prefiero asi á Carvajal como á todos sus demas competidores.

Sobre ese punto, hermana, dije algo enfadado, no voy de acuerdo contigo. Yo en don Pedro no veo sino un conjunto de malas propiedades, pues tiene mala condicion, es colérico, está lleno de caprichos, y ademas de eso le creo de genio muy zeloso. Sea lo que tú quieras, me dijo con despejo y enfado; por mas males que digas de él, será mi marido; y es quererse malquistar conmigo para siempre el intentar apartarme de él.

Mi hermana pronunció estas palabras con un tono de voz que me hizo callar, y asi no me atreví á oponerme mas á su loca aficion á Retortillo, ni hablar por Carvajal, quien se vió obligado con todo su mérito á ceder el puesto á su rival, que no lo merecia, lo que me desazonó tanto mas, cuanto yo conocia que cada dia iba creciendo mi amistad con el uno y mi aversion al otro. Llevé muy á mal el antojo de Francisca, y empecé á temer que nuestra union no duraria mucho.

Con efecto, desde aquella conversacion se mostró mi



hermana ya de distinto semblante conmigo. Disminuyó mucho de las atenciones de que usaba, y del respeto que me tenia. Hacia estudio de evitar mi conversacion, y cuando no podia, me hablaba con frialdad. Finalmente, no pudiendo perdonarme el que yo no aprobase su intencion de casarse con un sugeto aborrecible, ya no veia en mí sino un fiscal incómodo y molesto, de que era preciso desprenderse. Al instante que lo conocí, tomé mi determinacion; salí de su casa, de la que hice llevar mi equipaje á la posada donde me habia alojado antes, y volví con mi amigo don Manuel. A vista de esto, que me vengan á ponderar la fuerza de la sangre. Por gran cariño que haya entre hermanos, se necesita poco para alterarlo.

Despues de nuestra separacion, no ví mas á mi hermana, quien no tardó mucho en hacer su boda con don Pedro, la cual no la produjo sino frutos muy amargos, pues en lugar de encontrar en su segundo marido el genio cómodo y complaciente del primero, conoció que habia caido en poder del hombre mas zeloso de este mundo. Al dia siguiente de haberse casado, todo varió de semblante en la casa, cerrando el marido la entrada á los galanes, quitando el juego y las cenas, y mudando de criados; y puso al lado de su mujer la dueña mas indigesta de España. En una palabra, hizo una mujer infeliz de la viuda mas dichosa. Poco despues supe que la habia llevado á un lugar con Ismenia, de modo que don Manuel se vió precisado á consolarse de la ausencia de esta, asi como yo de la de mi hermana.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.



firmans y de distinto semblante conuigo. Diamante  
 mucho de las acciones de que usaba, y del respeto  
 que me tenia. Hacía estudio de evitar mi conversacion,  
 y cuando no podia, me hablaba con frialdad. Finalmente  
 no pude yo permanecer el que yo no quedase en la  
 funcion de estas con un sueldo aborrecible, ya no veia  
 en mi vida un fiscal mediano y turbado, de que era  
 preciso responderse. Al instante que lo conocí, tomé mi  
 determinacion; salí de su casa, de la que hice llevar una  
 carpeta a la posada donde me habia alojado antes, y  
 volví con mi amigo don Manuel. A vista de esto, que  
 me venia a perturbar la paz de la casa, por gran  
 cariño que por tanto hermano, se me halla poco para  
 alboroto.

Después de nuestra separacion, me vi mas a mi her-  
 mano, quien me iba mucho en hacer en boca con don  
 Pedro, en cual no le prohibo sino pocas rayas, aunque  
 pues en lugar de encontrar en su segundo marido el que  
 me encontraba y completamente del punto, como que  
 habia caído en poder del hombre mas zeloso de esta  
 vida. Al día siguiente de haberse casado, todo volvió  
 de repente en la casa, cerrando el marido la entrada  
 a los salones, pidiendo el juego y las cenas, y mandando  
 de oraciones, y puso al lado de su mujer la gran mesa  
 indigna de España. En una palabra, hizo una mujer  
 amiga de la vida mas dichosa. Pero después que que  
 la habia heredado a un lugar con lametas, de modo que  
 don Manuel se vio precisado a consolarse de la ausencia  
 de esta, así como yo de la de mi hermano.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.



## PARTE TERCERA.

### CAPITULO PRIMERO.

*Viéndose don Manuel de Pedrilla en la precision de volver á su tierra, consigue que su amigo don Querubin se vaya con él. De su llegada á Alcaráz.*

Como mas facilmente se olvida á una hermana, que á una querida, no pensé mas en doña Francisca, al cabo de veinte y cuatro horas que me separé de ella; pero no le sucedió así á don Manuel, quien necesitó de ocho dias para desechar de la memoria á su amada Ismenia. En fin, ya no nos acordábamos de estas señoras, cuando mi amigo recibió una carta de Alcaráz, en que don José, su padre, le decia, que hallándose afligido de una enfermedad, de la cual no podia sanar, deseaba morir en sus brazos.

Muy apesadumbrado don Manuel con aquella noticia, dispuso inmediatamente su marcha, para obedecer á su padre; pero queriendo al mismo tiempo conciliar con su obligacion la amistad que tenia conmigo, me pidió le acompañase, á lo que no pude resistirme.

Salimos de Madrid acompañados de un criado, montados todos tres en buenas mulas, y tomamos el camino de Alcaráz, adonde llegamos en menos de seis dias, y nos hallamos con el buen hombre don José, próximo á hacer el viaje de este mundo al otro. Estaban en su alcoba dos médicos, los cuales saludaron á don Manuel, y con rostro alegre le dijeron: tres dias há que vuestro padre habia de haber muerto; pero, gracias á la virtud de



nuestros medicamentos y cuidado, le hemos alargado la vida hasta que volviereis: deseaba la satisfaccion de abrazaros, y se la hemos dado. Aun cuando estos doctores hubiesen curado á su enfermo, no podian haberse mostrado mas contentos. Sin embargo, el viejo que estaba acabando, al instante que vió á su querido hijo, espiró y llenó de tristeza la casa.

Dejaba una hermana vieja, una niña, y á don Manuel. Estas tres personas lloraron amargamente su muerte, y le hicieron un entierro, digno de un caballero que habia sido oficial general de los reales ejércitos en el reinado anterior. Luego que enjugaron las lágrimas, y don Manuel entró en posesion de los bienes de su padre, volvió á dejarse ver en el mundo, y no se negó mas á las diversiones de la sociedad. Su primer cuidado fué el presentarme á las gentes mas de forma del pueblo, en la clase de un caballero, amigo suyo. Tuve que representar el papel de tal, y me atrevo á decir que no lo desempeñé malamente. Como estaba muy bien pertrechado de ropa y dinero, no podia hacer una triste figura. Las tenia diversiones á las señoras, y sea dicho sin vanidad, no menos me llevaba yo sus atenciones, que mi amigo.

No es posible hacer frecuentes visitas á lindas damas, sin pagarlas el tributo que las es debido. Don Manuel llegó á enamorarse. Doña Clara de Palomar, jóven y hermosa, tomó en su corazon el lugar que Ismenia habia ocupado, y aun encendió en él una llama mas viva. Yo por mí obsequiaba á las damas en general, sin aficionarme en particular á ninguna, de lo cual estaba admirado mi amigo, y así me decia: don Querubin, ¿han de tener todas las damas de Alcaráz la vergonzosa desgracia de haber probado inútilmente en vos sus miradas? ¿Y no habrá alguna que vengue á las demás de vuestra injuriosa indiferencia?

Yo me reia de las amistosas reconvenciones de don Manuel; pero ¡ay, y que poco me las hubiera hecho, si hubiese visto mi interior! Muy lejos de vivir sin amor, me abrasaba en el fuego mas ardiente por doña Paula, su hermana. Yo la adoraba como si fuera una deidad, pero me guardaba de confiar á su hermano una pasion tan te-



meraria. Aunque era mucha la amistad que me manifestaba, yo me imaginaba, que si me declaraba con él, se enojaria de mi atrevimiento.

Disimulé, pues, con mucho cuidado mi inclinacion, y aun tomé la rigurosa resolucion de vencerla, victoria que no me pareció imposible; pues, á pesar de mi preocupacion, convenia en que doña Paula no era ninguna perfecta hermosura, y que era de esperar que, ausentándome de ella, conseguiría el olvidarla. Habiendo con efecto tomado el medio de la ausencia, siguiendo el consejo de Ovidio, le dije á Pedrilla, me permitiese volver á Madrid; pero él se opuso fuertemente á mi partida.

¿Sois vos, me dijo, aquel amigo que me aseguraba, queria pasar su vida conmigo? Don Querubin, añadió: á vos os disgusta estar aquí, ó sino decidme, si yo os he dado tal vez sin pensarlo algun motivo de descontento. No, le respondí, amigo don Manuel; jamás he estado mas satisfecho de vos, que ahora lo estoy. Pues ¿por qué me replicó, teneis gana de dejarme? Me hizo tan vivas instancias sobre ello para saber mi secreto, que yo se lo descubrí. Esto es lo que me obliga, proseguí, á marcharme de Alcaráz, y vos debeis aprobar mi resolucion.

Despues de haberme estado don Manuel escuchando con atencion, se quedó triste y pensativo. Yo creí que, sin embargo de nuestra amistad, el orgullo de aquel caballero se habia indignado contra un temerario que elevaba demasiado el pensamiento, y con esta equivocacion, añadí, que no debia ofenderse de la declaracion de una pasion, que yo habia sepultado en el silencio, y que él habria siempre ignorado, á no haberme puesto en la precision de descubrísela. No le hacía yo favor á don Manuel en pensar de aquella suerte. Don Querubin, me dijo: siento entrañablemente que no me hayais dado antes noticia de vuestra aficion á mi hermana: hace ocho dias que se la prometí á don Ambrosio de Lorca. ¿Por qué no os habeis anticipado? Entonces no hubiera yo dado mi palabra á este caballero, aunque este es quizá el partido mas ventajoso que pueda presentársela á mi hermana.



Afligióme en extremo aquella noticia, y don Manuel se manifestó muy compasivo de la alteracion que habia causado en mí; pero mudando de repente de semblante: amigo, me dijo en tono de consuelo, el mal no carece de remedio: yo me acuerdo, de que en mi convenio con Lorca hay una circunstancia que puede anularlo, pues mi promesa ha sido, con tal de que mi hermana venga en ello sin repugnancia. Sírvaos esto de gobierno, y obsequiad bien á doña Paula: yo os proporcionaré frecuentes ocasiones de verla, y hablarla á solas; haced por agradarla, que si lo conseguís, lo demás queda á mi cargo. Estas palabras me volvieron el alma al cuerpo, y empecé á lisongearme de que podria bien llegar á lograr la mano de doña Paula. Solo temia una cosa, y era, que esta señora estuviese aficionada á mi competidor, y con efecto, de eso dependia mi buena ó mala suerte; mas por fortuna, ya desde la primera conversacion que con ella tuve, se desvaneció mi temor: advertí así mismo que aborrecia á don Ambrosio, lo que tuve la vanidad de considerar como un presagio de afecto en mi favor.

## CAPITULO II.

*Don Querubin se hace querer de doña Paula. Don Ambrosio de Lorca, su rival, estrecha á don Manuel para que se efectúe la boda, á lo que se niega este. Funesta resulta de esta repugnancia. Don Manuel y Don Querubin salen á reñir con él, y quedan vencedores.*

Con efecto, no era engañosa mi esperanza. A fuerza de decir á doña Paula que me desvivía, que me moría, y que estaba ciego por ella, la obligué á confesarme que agradecia mi cariño. Es verdad que su hermano y tia no ayudaron poco á ello con los buenos informes que la daban de mí todos los dias; de manera, que en breve tiempo me ví en aquel delicioso estado en que se halla un amante querido, que está cerca de casarse con la persona amada.

Por otro lado, mi rival, tan enamorado como yo por lo menos, y contando con la oferta de Pedrilla, le estrecha-



ba fuertemente á que se la cumpliera; y un dia le dijo á don Manuel, que parecia habia perdido la gana de sersu cuñado, y que francamente le declarase, si habia mudado de parecer con desprecio de la palabra que le tenia dada. No por cierto, le respondió don Manuel; pero que se acordase, que al prometerle su hermana, le habia expresado que no intentaba casarla contra su voluntad: que ya podia entenderle, y sentia participarle que en su corazon no habian hecho impresion sus diligencias amorosas.

A mí no me vengais con eso, interrumpió D. Ambrosio, encendido el rostro de vergüenza y de despecho, porque era un noble de los mas arrogantes y presuntuosos: á mí no se me hará creer eso; mejor informado estoy de lo que pensais de cuanto pasa: todo lo sé. Vos quereis preferir á un sugeto de mi clase al hijo de un alcaidillo de lugar; un plebeyo, á quien yo haré dar una somanta en castigo de su osadía é insolencia: Ese plebeyo, le dijo Pedrilla, sabed que trae espada, y que el que le ofende, me ofende á mí. Pues en ese caso, replicó Lorca, hallaos los dos al salir el Sol á la entrada de los montes de Bogarra, y allí vereis un hombre dispuesto á enseñaros que no se le falta sin escarmiento á la palabra.

Habiendo pronunciado esto con aire amenazador, se retiró impaciente porque llegase el otro dia. Mi amigo fué á darme parte de la conversacion, y no me dió mucho gusto en anunciarme, que era necesario prepararnos para reñir. Por mas animoso que él se mostraba, mirando como un juguete aquel desafío, á mí se me representaba este con un semblante muy desagradable. Sin embargo, aunque me temblaban las carnes, no dejé de aparentar por puntillo que estaba pronto; y aun fingí una intrepidez, la cual estoy cierto engañó á mi amigo: pero nada de esto me hacia mas valiente, y en lo íntimo de mi corazon hubiera querido se hubiese deshecho el partido.

Mas diré: para componer las cosas, formé entre mí aquella noche un tratado de paz, en el cual cedía yo gustoso la doña Paula á mi competidor, pero es verdad que



deseché despues un pensamiento tan vil. Representárame en mi imaginacion el desprecio en que caeria si no mostraba valor en este lance; y por último, que junto con la honra, perderia la estimacion de mi amigo, y el objeto de mi amor. Estas reflexiones me acalararon poco á poco el espíritu, é infundieron en mí tal ánimo, que no anhelaba sino por entrar en la pelea.

Poseído de este impulso de valor, me levanté para ir volando al lugar señalado con D. Manuel, el que sin el auxilio del amor iba en igual disposicion que yo. Montamos en nuestros dos mejores caballos, y enderezamos hácia Bogarra. Ya estaba allí D. Ambrosio con otro caballero; llegamos á ellos, y habiéndonos saludado unos á otros, Lorca le dijo á D. Manuel: ¿os manteneis siempre firme en negarme vuestra hermana despues de habérmela prometido? Si señor, le respondió Pedrilla; y vuestras amenazas me han hecho confirmar esta resolucion en vez de apartarme de ella. Pues apeaos, replicó D. Ambrosio, vos y vuestro Querubin.

No necesitó decírnoslo dos veces, porque al instante echamos pie á tierra, lo que tambien hicieron nuestros contrarios. Atamos los caballos á unos árboles que á orilla del camino real estaban, y todos cuatro nos hicimos frente con semblante animoso. Don Ambrosio acometió á D. Manuel, y yo la hube con el otro caballero; el cual, ademas de la ventaja de saber bien esgrimir, tenia la de que daba con un hombre que en su vida habia manejado la espada. Con todo eso, sin saber como, ni como no, le pegué al tal espadachin tan terrible estocada, que le tendí en el suelo; y al mismo tiempo que mi caballero cayó á mis golpes, D. Manuel tuvo tambien la suerte de despachar al otro mundo al suyo; de suerte que quedamos dueños del campo de batalla.

### CAPITULO III.

*De lo que hicieron D. Manuel y D. Querubin despues de este lance. Perseguidos por los parientes de D. Ambrosio de Lorca, se ven precisados á retirarse á un convento. Retrato de su prelado.*

Lo primero que nos pareció del caso hacer despues de



aquel triste suceso , fué pensar en ponernos en salvo. Don Ambrosio era pariente del corregidor de Alcaráz, y podíamos contar con que este , luego que supiese la pendencia, mandaria ir tras de nosotros la santa hermandad. Añádase á esto, que el caballero á quien tocó la desgracia de estrenar mi mohosa espada, era de una familia que tenia tambien mucho valimiento. Por otro lado, en cualquier paraje del mundo á que nos diese la gana de retirarnos, necesitábamos de dinero. Habiendo reflexionado todo esto con madurez, determinamos volvernos á Alcaráz, antes que allí supiesen la muerte de Lorca, proveernos de oro y alhajas, y huir á Barcelona á embarcarnos en el primer navío que saliese para Italia.

Inmediatamente de tomada esta determinacion, volvimos con toda diligencia á casa, en donde sin perder tiempo cargamos con cuanto dinero y alhajas pudimos llevar. Despedímonos de doña Paula y de su tia, despues de haber acordado con ellas los medios de escribirnos secretamente. Pusímonos en camino para Barcelona con solo un criado, pero no habiendo encontrado á nuestra llegada á esta ciudad ocasion de pasar á Italia, nos fué preciso por esperarla detenernos allí algunos dias.

Nadie podrá imaginar lo que yo padecí en aquella temporada. Es necesario haber cometido un mal hecho para saber los sustos é inquietudes que turbaron mi sosiego. Aunque yo habia muerto á mi contrario como hombre de honor, no dejaba por eso de tener igual miedo de caer en manos de la justicia, que si lo hubiese hecho á traicion. Continuamente me parecia estar viendo cuadrilleros de la santa hermandad, que me iban á echar mano. Cuando advertia que alguno me miraba á la cara, creia era un espía pagado para seguirme. Finalmente, de dia me asaltaban mil terrores, y de noche soñaba cosas funestas.

Ademas de los temores continuos que me agitaban, sentia remordimientos siempre que me acordaba de lo que habia hecho. Me pesaba haber dado muerte á un caballero en vez de seguir el plan de pacificacion que me habia venido al pensamiento, la víspera del dia en que sucedió nuestro combate. Era mayor mi pena, porque me



parecía que ya no quería yo tanto á doña Paula , lo que era preciso atribuir á la horrible situacion en que me hallaba , pues el amor gusta reinar solo en un corazon , y no consiente mas sustos ni desasosiegos , que los que él causa á los amantes.

Mientras estábamos agitados D. Manuel y yo de todos los temores que afligen á aquel á quien persigue la justicia , Mileno , que así se llamaba nuestro criado , los aumentó una noche con venir á decirnos , acababa de ver aparecerse á la puerta de una posada , unas gentes que le parecían sospechosas ; y que asimismo creia haber conocido entre ellas á un alguacil de Alcaráz ; pero , añadió , puedo haberme equivocado. Para averiguar la verdad , voy á introducirme con maña en la tal posada.

Dejámosle hacer á este mozo , cuya habilidad sabíamos , y al cabo de dos horas volvió , y nos dijo : la noticia que os he dado , es mas que cierta. Un alguacil y varios soldados vienen en seguimiento vuestro , van á buscaros por las posadas , y no dudeis que vendrán á esta. No perdais tiempo , si os quereis libertar de ellos. Id al instante á retraeros á algun convento , que es el único paraje donde podeis estar seguros.

Nosotros juzgamos que Mileno tenia razon , y fuimos á refugiarnos al convento de PP. Carmelitas Descalzos , cuyo prior nos recibió con los brazos abiertos , así que le dijimos que éramos unos caballeros , á quienes un lance de honor obligaba á refugiarse. Quiso antes informarse de la aventura que nos reducía á la necesidad de buscar un asilo , y nosotros nada le ocultamos ; y despues de habersele contado todo , nos dijo : vuestro asunto puede componerse , atendiendo á que los caballeros que se rindieron á vuestros golpes , ellos mismos se acarrearón su desgracia. Dejaos de pensar en pasar á Italia ; no es menester que hagais ese viaje para estar al abrigo ; manteneos quietos en este convento , donde estareis á cubierto del enojo de vuestros enemigos , y espero sacaros con el valimiento de mis amistades del mal paso en que os hallais.

Dimos gracias á su reverendísima del favor que nos hacia de abrazar así nuestros intereses , y en la realidad



era esta una gran fortuna para nosotros. Este prior confesaba á las principales personas de la ciudad, y entre ellas al gobernador D. Gutierre de Terrasa, que hacia muchísimo aprecio de él. Nombrar al P. Teodoro en Barcelona, era lo mismo que hablar de un hombre de bien, ó por mejor decir, de un hombre de Dios. Este P. carmelita juntaba á esto mucho entendimiento, y lo que mas habia que admirar en él, era su humor festivo, que él sabia conciliar con una vida austera y penitente. Estaba las tres cuartas partes de la noche rezando y meditando, empleaba la mañana en oír en confesion á los pecadores que querian convertirse por su ministerio, y por la tarde, en sus horas de recreo, tenia con los sujetos decentes, que iban á visitarle, varias conversaciones, en las cuales mostraba ingenio y agudeza.

El P. Teodoro, tal cual acabo de retratarle, nos hizo dar dos celdillas, donde habia dos camas pobres con un jergon y un colchon muy delgados en cada una, y que con todo de ser duras, podian pasar por camas blandas en comparacion de las de los religiosos del convento: caballeros, nos dijo, no penseis hallar en este asilo todas las comodidades que tendriais en el mundo. Ademas de que aqui no dormireis tan bien como en vuestra casa, solo se os servirá la racion de la comunidad, que es buena únicamente para quitar el hambre sin excitar la sensualidad: pero creo, añadió sonriéndose, que sufrireis con gusto esta ligera mortificacion para aplacar al cielo, al que habeis enojado con vuestra pendencia. Sujetámonos gustosos á esta leve penitencia, y aun diré, que en pocos dias nos acostumbramos á la dureza de nuestras camas y á la porcion frugal de los frailes, como si nunca hubiésemos estado acostados mas blandamente, ni mejor mantenidos.



CAPITULO IV.

*En qué paró el asunto de D. Querubin y de D. Manuel por la mediacion y empeños del P. Teodoro. De la determinacion que de repente tomó el primero, y como la ejecutó. Acompaña á un religioso que fué á agonizar á un enfermo, y queda edificado de oírle. Declara su resolucion á D. Manuel, y se separan.*

El P. Teodoro no echó en olvido nuestro asunto, y para componerlo, recurrió al valimiento del gobernador del principado de Cataluña, su penitente, quien, viendo que su reverendísima hacia en ello mucho empeño, no omitió diligencia alguna para terminarlo amigablemente. Este señor escribió con la mayor eficacia á los parientes de D. Ambrosio de Lorca, y entre ellos al corregidor de Alcaráz, de quien por fortuna era íntimo amigo.

Como don Ambrosio habia sido el agresor, sus parientes no estaban tan airados contra nosotros, como lo hubieran estado si hubiese tenido razon. Sacrificaron sin dificultad su resentimiento por la recomendacion de don Gutierre, y en virtud de las diligencias que la parentela del don Manuel hizo para aplacarlos. Dejaron de perseguirnos, y este negocio quedó enteramente fenecido al cabo de seis meses. No dudo que el lector se imaginará que despues de esto mi amigo y yo nos restituiamos contentos á Alcaráz á celebrar nuestras bodas, pero se engaña. Yo me quedé en Barcelona, donde me sucedió lo que voy á contar.

Mientras se daban los pasos para componer nuestro asunto, tenia yo frecuentes conversaciones con el padre Teodoro; y cuanto mas le trataba, mas me aficionaba á él. Mostraba en su semblante una serenidad de que yo me admiraba, y yo muchas veces se lo decia, y me respondia siempre, que si queria gozar de ella, no tenia mas que pasar mi vida en aquel convento. Mirad nuestros religiosos, me dijo en una ocasion, y advertireis en su rostro la tranquilidad que reina en su conciencia.



Vos estais tan ocupado en vuestros asuntos , que no lo habeis notado todavía, aunque esta sea una cosa digna de atencion.

Puse cuidado en ello, y con efecto, me sirvió de edificación. Suspendíame el ver tan contentos á aquellos padres con un método de vida tan austero. Empecé á tomar conversacion con ellos por curiosidad. Yo les excitaba á hablar para saber si era cierto que gozaban de una paz interior , á la cual no turbaba ningun pesar, y ví que sus palabras conformaban con su aspecto, lo que me dió motivo á pensar que vivian tan gustosos como lo manifestaban. Esto me movió á hacer reflexiones , que me agitaron terriblemente el ánimo. ¿Es posible , decia yo en mi interior, que haya mortales tan despegados de los bienes y placeres del mundo, que quieran preferir á ellos la soledad de los cláustros? ¡Oh, y qué envidiable es su felicidad!

Entre estos venerables religiosos habia uno que se distinguia por un talento tan raro como útil. Parecia no tener mas que un ministerio , el cual consistia en confesar á enfermos, y ayudarles á bien morir. Iban á buscarle á todas las horas del dia y de la noche para que fuese á disponer á los moribundos á tener una muerte cristiana. Habiendo oido decir que desempeñaba singularmente un empleo tan triste, me dió gana de ir con él una noche. Se trataba de hacer que se confesase un caballero catalan, ya viejo, el cual en cuarenta años habia llevado una vida estragada. Dos eclesiásticos habian ya desistido de la empresa , por no poder sufrir las injurias que les habia dicho con verlos solamente entrar en su alcoba.

Aquel pecador empedernido recibió desde luego con el mismo desagrado á nuestro carmelita. Vete de aquí, fraile , le gritó ; tu figura me enfada ; y á estas añadió otras mil palabras dichas con enojo , pero el religioso en vez de aburrirse , respondió con mansedumbre á sus airadas expresiones , y se armó de una paciencia infatigable , lo que suspendió al enfermo. ¿Qué venis á hacer aquí, Padre ? le dijo : idos. Un pecador tan grande como yo soy , no debe molestaros con referiros en vano sus



culpas. Son tantos mis pecados , que no puedo librarme de la justicia divina.

Entonces el padre Serafin , que asi se llamaba el religioso , alzó las manos , y dirigiendo al cielo esta oracion con una voz que enterneció á todos los circunstantes: ¡Oh divino Salvador, padre de misericordia! Aquí teneis á una de vuestras criaturas próxima á la desesperacion; concededle la gracia de preservarle de semejante desgracia por medio de mi ministerio. Miradle con ojos de piedad , y libbrele , señor , vuestra bondad de vuestra justicia. El enfermo se atemorizó de oir esta plegaria , y preguntó al religioso si podia concebir alguna esperanza de salvarse , habiendo cometido tantos pecados.

Nuestro virtuoso carmelita , arrebatado entonces de su celo , se acercó al caballero , y extendiéndose en hablar de la misericordia de Dios , le dijo razones tan tiernas , y de tanto consuelo , que hizo derretir en llanto á cuantos le escuchaban. Para que su exhortacion fuese aun mas afectuosa y mas eficaz , lloraba él tambien , y bañaba con sus lágrimas las mejillas del paciente , abrazándole á cada instante. El modo con que decia las cosas , era tan expresivo como ellas mismas; y asi fue que penetró de tal suerte el corazon del caballero , que volviendo sobre sí , se confesó , y arrepintió de sus culpas , y murió cristianamente.

De allí adelante miré siempre con admiracion al padre Serafin , busqué su amistad , la cual no pudo negar á un hombre , en quien traslució una disposicion cercana á ser bueno , como en efecto cada dia sentia en mi mayor aficion al retiro ; y las conversaciones que tenia , ya con este padre , y ya con el prelado , me inspiraron insensiblemente el deseo de pasar allí el resto de mi vida , y este deseo paró en breve en una formal determinacion. Confié este loable pensamiento al P. Teodoro , quien lo combatió , no tanto para desvanecérmelo , como para experimentar la constancia de mi inclinacion. Hijo mio , me dijo , cuando vuestro asunto esté acabado , quizá pensareis de otro modo que ahora. No , padre mio , le respondí , no ; yo quiero morir en este convento con vuestro hábito.



Durante esta disposicion mia , sucedió componerse nuestro negocio. El superior despues de haberme participado esta noticia con semblante risueño , me dijo : y bien, hijo mio , ¿quién reina ahora en vuestro corazon? ¿Es el mundo, ó la soledad, la abundancia , ó la pobreza? En vos únicamente consiste el volver á Alcaráz, donde os espera para daros la mano de esposa una persona hermosa y jóven. ¿Tendreis ánimo para preferir á una suerte tan deleitosa los ásperos trabajos de la penitencia? Pensadlo bien antes de determinaros.

Respondíle al padre Teodoro , que ya habia mirado cuanto habia que mirar , y que deseaba entrar en el número de sus religiosos.

Yo todavía no habia hablado de mi designio al don Manuel , que estaba muy ageno de penetrarlo. Bien notaba que por instantes me iba yo dando á la devocion; pero él no me creia hombre capaz de llegar á tanto, que quisiese meterme fraile, discurriendo que yo vivia siempre apasionado de su hermana , como él de doña Clara; y asi no se quedó poco suspenso , cuando finalizado ya nuestro asunto, le dí parte de la mutacion que habia habido en mí , y del ánimo que tenia de entrar en la órden de los carmelitas descalzos.

Yo estaba en la inteligencia, me dijo, que volveriamos los dos á Alcaráz, en donde os casariais con mi hermana; que no compondriamos mas que una familia; y que solo nos separaria la muerte. Lo mismo pensaba yo, le respondí, cuando vinimos á este convento, y me parecia una cosa deliciosa el vivir en vuestra compañía, y en la de doña Paula; pero el cielo lo dispone de otro modo. Me ha hablado con aquella expresion con que habla á los corazones que quiere arrancar de los deleites del mundo. Ya no considero como placeres aquellos que el mas dulce casamiento puede ofrecerme al pensamiento , ó por mejor decir, yo tengo por placer el sacrificarlos todos. ¡Dichoso de mí, si puedo con este sacrificio expiar los desórdenes de mi vida pasada!

Con semejantes palabras se aumentó la suspension del don Manuel. Si fuera lícito , replicó, quejarse de lo dispuesto por el cielo, le acusaria de haberme privado del

:



amigo á quien mas queria. En vez de lamentaros del cielo, le dije, temed mas bien el que cuente en el número de vuestras mayores culpas, la de no haberos aprovechado como yo de los buenos ejemplos que los religiosos de este convento nos han dado. Sin embargo, querido don Manuel, todavía estais á tiempo. Dejad la hacienda á vuestra hermana, y renunciad valerosamente á doña Clara. El amor no es una pasión invencible, y la memoria de una querida no se resistirá aquí mucho tiempo al auxilio que la gracia os prestará para salir victorioso. Vamos, continué, amigo, haced un esfuerzo para romper unos lazos que os atan al mundo. Vivid en este convento para participar en él conmigo de las dulzuras de un sosiego, que solo se encuentra en el retiro. ¡Cuál contento seria el mio si os viese tomar esta determinacion!

No lo esperéis, me dijo don Manuel: yo me admiro de vos sin intencion de imitaros; no todos hemos nacido para el claustro; es muy bueno para honra de la Religion cristiana, que haya personas desasidas de las cosas terrenas, y que vivan muy austeramente; pero en todos los estados de la vida nos podemos salvar, si cada uno cumple con las obligaciones del suyo. Quedaos, pues, añadió, en esta santa soledad, pues el cielo os detiene en ella; pero conmigo lleva otras miras: su voluntad es que yo dé la vuelta á Alcaráz, y guarde la fé que prometí á doña Clara.

Esta fue la última conversacion que tuve en Barcelona con mi amigo, y que se acabó con abrazos de una y otra parte. Adios don Querubin, me dijo enternecido: deseo que perseveréis siempre en el fervor que os anima. Yo sostuve con mas entereza que él nuestra despedida, y apenas marchó, cuando empecé á olvidarle, lo que me hizo creer que yo tenia disposicion para desnudarme de toda aficion terrena.



CAPITULO V.

*Como al cabo de seis meses de noviciado se entibió el fervor de don Querubin. Deja el hábito, y del nuevo partido que toma. Encuentra casualmente al licenciado Carambola. Conversacion que tuvieron. Determina volver á ser preceptor de algun niño, y qué fué lo que le hizo mudar de parecer.*

Llevé con gusto por espacio de seis meses el hábito de novicio, cumpliendo con fervor todas mis obligaciones, y contando sin dificultad, que pasaria el resto de mi vida en aquel convento. Quiso mi desgracia que el P. Teodoro tuvo precision de dejar á Barcelona, é ir á Madrid á ocupar el empleo de prior en el convento de su orden. Para mayor mortificacion mia sucedió, que me quedase al mismo tiempo sin el P. Serafin, que murió de un tabardillo, que cogió á fuerza de acalorarse en exhortar á un alguacil enfermo para que tuviese una buena muerte.

Me afligí amargamente de verme sin estos dos religiosos. Privado de semejantes guias, que me conducian seguramente por el camino de la salvacion, quedé entregado á mi mismo. Poco tardé en volver á sentir la tiranía de las pasiones, de que yo habia creido estar libre; y fueron tan vivos los golpes que dieron á mi vocacion, que esta no pudo siempre resistir á ellos. No obstante, antes de que se rindiese, hice todos mis esfuerzos para sostenerla. Busqué socorro contra mi flaqueza, y discurriendo hallarlo en el trato con algunos novicios que me parecian firmes en su propósito, le dije un dia á uno de ellos: ¡hermano, dichoso sois en haber olvidado el mundo, y continuar vuestra carrera con tanto aliento! ¡Ojalá pudiera yo semejaros!

El novicio me respondió: si vierais mi corazon, no envidiariais mi suerte. Mis parientes me han hecho por fuerza ser fraile, y estoy reducido á hacer de necesidad virtud: juzgad ahora si puedo estar tan gustoso con mi estado, como pensais. Otro novicio me expresó, que



habiendo tomado el hábito de sentimiento de la muerte de una dama á quien amaba, conocia bien que ya estaba consolado ; pero que habia ratos, en que le pesaba de no haberse valido de otro medio de olvidarla. Creo que si hubiese preguntado á todos los novicios, hubiera hallado mas de uno, poco satisfecho de su estado. Como quiera que sea, me disgusté de la vida religiosa, y volviendo á coger mi traje de seglar, salí del convento, gozoso de verme otra vez en libertad, aunque sin dinero.

No dejé de hallarme algo perplejo sin saber que determinar. No podia resolverme á volver á Alcaráz, porque ignoraba con que cara me miraria doña Paula. Mas queria renunciar al gusto de verla, que ponerme á riesgo de que me recibiese mal, fuera de que yo no estaba muy seguro de volver á encontrar un amigo en don Manuel, ya casado.

No sabia, pues, lo que habia de hacer, cuando de repente se me ofreció á la vista en la calle el licenciado Carambola, á quien no esperaba ver mas en mi vida. Ambos nos quedamos suspensos de encontrarnos en la capital de Cataluña. ¡ Vos en Barcelona! le dije dándole un abrazo. Pues vos tambien estais en ella, me respondió.

Contéle entonces punto por punto lo que me habia pasado, y para obligarle á que él me refiriese los sucesos de su vida desde nuestra separacion, le dije: ¿por qué dejasteis la villa de Madrid, y el niño bastardo confiado á vuestro cuidado? ¿Acaso su padre putativo os despidió por antojo? No, me respondió; antes bien yo fui el que me salí con fundamento de su casa, y ahora os diré el motivo.

Señor licenciado, me dijo un dia aquel letrado: yo estoy hecho á que me lean de noche algun libro para quedarme dormido, y sin esto no pudiera pegar los ojos. Mi lector ordinario ha caido malo: ¿quereis ocupar su lugar interin se pone bueno? Me complacereis en eso. Con muchísimo gusto, le dije, señor; no sabiendo yo el trabajo en que me metia: y desde aquella misma noche, así que se acostó, me senté á la cabece-



ra de su cama , teniendo delante de mí una mesita , sobre la cual habia un libro viejo en castellano , al que llamaban por excelencia en la casa , *La adormidera del amo* , una lonja de jamon , pan , un vaso y un jarro de vino , para que tomase fuerzas el lector.

Cogí mi libro , y apenas habia leído algunas hojas , cuando mi letrado se durmió. Creyendo que estaba bien dormido , suspendí la lectura para tomar aliento , ó por mejor decir , para echar un trago ; pero él despertó al instante , por lo que me puse prontamente otra vez á leer. ¡ Oh prodigio estupendo ! diez renglones de aquel libro admirable le sepultaron de nuevo en el sueño. Entonces , cogiendo con una mano el vaso y con la otra el jarro , me encajé un buen trago de vino de Lucena. Quise despues comer un poco de jamon , discurriendo tener lugar para ello ; pero me engañé , pues volvió á despertar tan pronto , que no pude satisfacer mi deseo.

Sigo inmediatamente la lectura , dejo dormido ya al letrado tercera vez , y para que su sueño fuese mas profundo , leí hasta tres ojas mortales. Despues de haberle hecho fragar una dosis tan fuerte de ópio , juzgué dormiria un buen rato ; mas no fué asi , pues despertó de nuevo al instante el desesperado , y viéndome con el vaso en la boca , prorumpió en decirme con aspereza : ¡ qué diablos , señor licenciado , uo haceis mas que beber ! Y vos , señor , le respondí , no haceis otra cosa que dormir , y despertar. Desde mañana podeis buscar otro que os lea ; yo no quiero emplear mas tan enfadosamente mis pulmones , aunque me doblaseis el sueldo. Pues no obstante , dijo , á eso os habeis de sujetar si quereis proseguir enseñando á mi hijo. Viendo yo que de esta suerte me ponía en la mano la respuesta ( ya sabeis la prontitud de genio de los vizcainos ) , le repliqué con altivez. Nos desazonamos , y al dia siguiente me fuí de su casa.

Pasados algunos dias , continuó el licenciado , un amigo mio me propuso la enseñanza del hijo de un caballero catalan , y yo acepté el partido. Me presentó á su padre , quien me recibió , y trajo de Madrid á Barcelona , en donde hace seis meses que estoy. ¡ Y os



hallais contento? le dije. Contentísimo me respondió. Los padres de mi discípulo son buena gente, y llevo traza de permanecer mucho tiempo en su casa. El niño ha entrado poquísimo há en ocho años, y el padre y la madre adoran en él, y le echan á perder por el ciego amor que le tienen. Haga la travesura que quiera, no hacen mas que reir, y le deján pasar todo. Me han prohibido no solamente el pegarle; pero ni reñirle, de miedo de que se ponga malo apesadumbrándole. Y así, lejos de corregirle cuando lo merece, alabo lo que hace. En una palabra, incienso al ídolo, y con eso me va bien: de esa manera me hago querer de mi discípulo y de sus padres, quienes me estiman infinito.

Dí la enhorabuena á Carambola de su venturosa suerte, y despues, habiéndonos dado un abrazo, nos separamos, ofreciéndonos volvernó á ver. Así que me aparté de él, me sepulté otra vez en mis reflexiones. ¿Qué partido tomaré, decia yo, para salir de la miseria en que me veo? Si tuviera mi manteo y mi sotana, volveria á ponerme á preceptor. ¿Pero por ventura no puedo yo en este traje que ahora llevo, hacer casi el mismo oficio? Para eso no tengo mas que buscar alguna casa de señor, donde se necesite de un ayo para gobernar á un señorito, que quieren vea mundo. Semejante ministerio lo desempeñaré tan bien como el de preceptor.

Determinéme á tomar esta ocupacion, luego que la ocasion se presentase. No obstante, el cielo que tenia otras miras conmigo, lo dispuso de distinto modo, y mudó de un golpe el semblante de mi fortuna con un suceso, que yo no podia jamás esperar, y á que precedió un sueño tan extraño, que no puedo menos de contarle.

## CAPITULO VI.

*Del sueño que tuvo don Querubin, y de la repentina mutacion que hubo en su fortuna. Hereda una grande hacienda. Su inclinacion á Narcisa.*

Soñé que estaba en la ciudad de Méjico en un cuarto magnífico, donde veia á mi hermano don César sentado.



en una sola poltrona, dictando su testamento á un escribano, que lo iba escribiendo. Habia junto á él un arca de hierro, de la que sacando talegos llenos de monedas de oro, me los enseñaba, diciéndome: mira, Querubín, querido hermano mio, este es el fruto de mi viaje, y de las diligencias que he hecho en Indias para enriquecerme. Todos estos bienes te los dejo á mi muerte; tuyos son. Despues me hacía manejar doblones, que yo tocaba con tanto gusto, que desperté de alegría, creyendo que tenia en la mano un puñado de ellos.

Este sueño hizo en mí tal impresion, que me sentí enteramente agitado cuando desperté. En vez de no creer en él como debia por ser una cosa fantástica, pensé seriamente que era un aviso secreto, que me daba mi buen genio de alguna fortuna cercana. Esto puede suceder, decia yo, pues me acuerdo de todos los casos que he oido contar semejantes á este; yo creo que hay sueños misteriosos, y si esto es así, el mio ha de ser ciertamente uno de ellos. Quizá mi hermano ha muerto, y dejádome riquezas. Hízome tal fuerza este pensamiento, que si me hubiese hallado con bastante dinero, me parece hubiera hecho la locura de ir á la Nueva-España á recoger su herencia. Finalmente, continuando en dar crédito á este sueño, me levanté lleno de gozo, y con el presentimiento de una buena fortuna fuí á pasearme por la ciudad.

Al tiempo de atravesar el mercado de nuestra señora del Mar, ví cerca de la puerta de la Iglesia del mismo nombre muchas personas que estaban leyendo con atencion un cartel, que acababan de fijar. Dióme tambien la gana de leerlo, y así, metiéndome por entre la gente para acercarme, no fué poco lo que me sorprendió el ver que decia. *Habiendo venido de las Indias Occidentales á Sevilla don César de la Ronda con dinero y géneros, ha muerto en aquella ciudad dos dias despues de su llegada, lo que se avisa al público, para los que tengan derecho á su herencia, acudan á Sevilla á presentar los documentos, y se les entregarán sus bienes con arreglo al inventario que se ha formado en virtud de providencia de los señores jueces del comercio.*



Leí hasta cuatro veces el papel, no atreviéndome á fiarme enteramente de la relacion de mis ojos. Sin embargo, no pudiendo ya dudar de mi dicha, entré en la Iglesia á dar gracias á Dios por ella, y en mi oracion no me olvidé de don César. Lloré su muerte; pero de manera, que no se hubiera podido distinguir, si mis lágrimas eran señales de sentimiento ó de gozo. Solo en mí consistiría el decir para alabar mi buen corazon, que lo que únicamente me movió á verterlas, fué el fallecimiento de mi hermano; pero además de que podrian dudar de mi sinceridad, yo no soy amigo de mentir, y así confesaré ingenuamente que lloré á don César, como un buen hermano menor llora al mayor que le deja rico.

Lo que me daba pesadumbre era, que necesitaba dinero para ir á tomar posesion de los bienes que el cielo me enviaba tan oportunamente, y me hallaba sin un cuarto. Habia salido del convento con los bolsillos vacíos, y viéndome sin recurso, era muy lastimosa mi situacion, no obstante de ser un heredero rico. A fuerza, sin embargo, de discurrir, me ocurrió un arbitrio, que me pareció seguro para tener con que hacer el viaje de Sevilla, que fué acudir á mi huesped Gerónimo Moreno, pintándole el apuro en que me veia; y como este era de buena índole, honrado, y amigo de hacer un gusto, me dijo: No os aflijais por eso don Querubin, que á Gerónimo Moreno no le falta, á Dios gracias, dinero que prestar á un hombre de bien. Si os bastan cincuenta doblones para ir á Sevilla, los tengo para serviros. Vos me pareceis un mozo de vergüenza, y os prestaré cuanto es mio, sin mas seguridad que vuestra palabra.

Dí gracias a mi huesped de la oferta que me hacía, y se la admití. Entregóme cincuenta doblones, de los que le firmé un vale; y de allí á dos dias, me embarqué en un navío Genovés, que iba á Sevilla. Habia á su bordo muchos pasajeros, y entre ellos un mercader de Tortosa, ya viejo, á quien el interés de su comercio llevaba á Andalucía. Tomé conocimiento con este catalan, y la simpatía que se halló entre los dos, ocasionó una amistad, que llegó á tal punto de estrechez, que cuando entramos á Sevilla, me dijo: no nos separemos; yo sé un



paraje donde estaremos bien, y los amos son bella gente. Condescendí en ello, y ambos fuimos á hospedarnos á la calle de la Lonja en la posada del papagayo.

El dueño de ella, su mujer y su hija me parecieron alegrarse tanto de volver á ver al mercader de Tortosa, que yo me hice bien cargo, de que se conocian mucho tiempo habia. Aquí teneis, les dijo, á un caballero, que os suplico mireis como á mi misma persona. Basta, le respondió muy cortesmente el huesped, que este caballero sea vuestro amigo, para que merezca todas nuestras atenciones. La huespeda, cuya edad sería de cuarenta años, y que no desmentia la fama, que las mujeres de Sevilla tienen de ser alhagüeñas, y amigas de que las quieran, no pudo menos de añadir á la respuesta de su marido, que un caballero tan gallardo como yo, debia estar cierto de que se le trataría con todo el cuidado posible.

Llegada la hora de la cena, el huesped, llamado el maestro Gaspar, nos preguntó si queriamos cenar solos. No, no, le respondió el viejo catalan: cenaremos con vos y vuestra amable familia, porque gustamos de compañía. Nos pusimos, pues, á la mesa con el huesped, la huespeda y la jóven Narcisa, su hija; la cual, ademas del bello resplandor de la mocedad, tenia unas facciones de rostro proporcionadas, el semblante risueño, y los ojos tan vivos, que convidaban á mirarla; y así fué que, durante la cena, tuve muchas veces puestos en ella los ojos. Por su parte no anduvo escasa en las miradas, echándome algunas que me dieron mucho en que pensar. Parecióme traslucir en ella un deseo de agradarme, que obró prontamente su efecto. Turbéme, me sentí agitado de un impulso afectuoso, y mi corazon se encendió todo de un golpe por la bella Narcisa.

El mercader de Tortosa, que quizá lo echó de ver, y quiso favorecer mi pasion reciente con fingir que yo era un hombre opulento, habló del asunto que me habia llevado á Sevilla. Con esto deslumbró al padre y á la madre, y fué causa de que la hija aumentase sus miradas propicias. El maestro Gaspar ofreció servirme, y me propuso el ir con él al otro dia á ver un letrado cono-

:



cido suyo, cuya principal ocupacion era hacer administrar justicia á los forasteros que iban á Sevilla á dependencias de comercio. Este sugeto, prosiguió, os dirá el modo con que os habeis de gobernar, para que no os engañen; ó por mejor decir, si quereis, él se encargará de practicar todas las diligencias necesarias en el asunto, y saldreis de ello, mediante una corta muestra de agradecimiento, porque es un hombre muy desinteresado.

El viejo mercader me aconsejó que admitiese la propuesta del huesped, lo que hice sin detencion; y despues, siendo ya tiempo de acostarse, nos retiramos el catalan y yo á los cuartos que nos habian dispuesto, que para ser de posada, eran bastante decentes. Metíme en la cama, en la que me ocupé desde luego en contemplar las gracias de Narcisa, antes que en la fortuna brillante que estaba inmediato á gozar, pero, borrándoseme despues la imagen de la hija de Gaspar con la consideracion de las riquezas, me quedé dormido, pensando en el oro y en la plata.

## CAPITULO VII.

*Va don Querubin á Salamanca, y vuelve á Sevilla con sus papeles. Entreganle la herencia de su hermano. De las honras que hace celebrar por su alma. Resultas de su inclinacion á Narcisa.*

La mañana siguiente, mi huesped, para hacerme ver que era hombre de palabra, me llevó á casa del jurisconsulto de que me habia hablado, y al presentarme á el, le dijo: señor don Mateo, este es un caballero que tengo en mi posada. No entiende muy bien de negocios, y necesita de vuestros consejos. Oido esto por el licenciado, me preguntó con gravedad, qué dependencia me llevaba á Sevilla, y habiendole enterado de ella, me dijo despues de tomar un polvo: Es preciso tener vuestra fé de bautismo en debida forma, y una certificacion de que sois hermano del dicho don Cesar de la Ronda, que poco ha murió en esta ciudad. No perdais tiempo; marchad al instante á Salamanca á buscar estos documentos; traedmelos, y contad con que yo haré os entreguen



inmediatamente la herencia de vuestro hermano, á pesar de cuantas trampas quieran hacer para dilatar su entrega.

El vivo deseo que yo tenia de hallarme provisto de los papeles necesarios, para sacar de entre las uñas de la justicia de Sevilla los bienes que me correspondian, no me dejó diferir mi marcha mas tiempo del preciso para disponerla, y me hizo andar tan diligente, que, al cabo de pocos dias, me vieron volver con mi fé de bautismo y certificaciones, así del corregidor como de los demás jueces de Salamanca; de manera, que nadie podia negar que yo era hijo de mi padre, y de consiguiente, hermano del mencionado don Cesar. Por eso, luego que don Mateo hubo examinado mis papelotes, exclamó como fuera de sí: ¡por vida mia que son estos unos instrumentos incontestables! Además, me dijo, os participó, que durante vuestra ausencia, he hablado á los jueces del comercio, los cuales me han dicho que vuestro hermano otorgó su testamento el dia antes de morir, y que en el os deja por heredero universal; de suerte que en breve sereis dueño de sus bienes, ó no quiero jamás tomar á mi cargo ningun asunto, por bueno que lo considere.

Pareciendome digno de mi confianza este letrado, me puse enteramente en sus manos; y no me pesó, pues en tres semanas me hizo entregar todos los efectos de don Cesar, los cuales consistian en barras de plata, en doblones de oro y en géneros de salida. Para decir las cosas como pasaron, no dejó de costarme mucho para arrancar estas riquezas de mano de los depositarios; y no se me entregaron sino despues de tantas formalidades, que se puede decir, que los dependientes de la justicia fueron mis coherederos. Sin embargo, á pesar del jugo que estos zánganos sacaron de mis mercancías, de haber recompensado decentemente á mi letrado, y de pagar una infinidad de derechos, todo contado, y todo deducido, me hallé con el valor líquido de mas de ochenta mil ducados.

¡Qué dicha la mia! El primer uso que hice de tan buena fortuna fué dar señales publicas de mi gratitud á la memoria de mi hermano: dispuse se celebrasen honras



por el descanso de su alma en todas las iglesias de Sevilla. Hice al clero, tanto secular, como regular, que rogasen á Dios por él. Finalmente, di á conocer que don Cesar de la Ronda no habia escogido por heredero un mal hermano. Luego que cumplí con lo que debia á sus cenizas, pensé en mis negocios. Vendí mis géneros, y deposité su importe por consejo del mercader de Tortosa, en poder del señor Abél, hacendado que tenia fama de ser el mas seguro cambista que habia entonces en Sevilla.

Mientras yo arreglaba así mi caudal, el maestro Gaspar, en cuya casa me mantenia siempre hospedado con el viejo catalan, me trataba con mucho agasajo, como tambien su mujer, y por su parte la bella Narcisa no cesaba de manifestarme con dulces miradas su afecto. El mercader por otro lado me ponderaba continuamente el mérito de esta muchacha, alabandome su entendimiento y buen genio, sin olvidar su virtud. Yo bien veía adonde queria ir á parar. Estaba deseando tanto como el huésped y la huéspeda, que me diese gana de casarme con esta amable persona, de quien era padrino, y tal vez algo mas. Yo me hallaba bastante dispuesto á hacer esta locura; y aun creo que la hubiera hecho, á no haber tenido la dicha de evitarla en fuerza de una noticia que me dieron, y que contaré en el capítulo siguiente.

#### CAPITULO VIII.

*Don Querubin encuentra á Mileno. Qué es lo que este le cuenta; y noticia que le impide casarse con la hija del maestro Gaspar, por cuyo motivo se marcha de Sevilla con tanta precipitacion, como si hubiera cometido algun delito.*

Es constante que yo me hallaba enamorado de Narcisa, y que discurriendo era el único á quien ella queria, estaba determinado á pedirsela inmediatamente á su padre; pero dió la casualidad de encontrar á Mileno, que yo creía estaba todavía sirviendo á Pedrilla. ¡Ola, le dije, tu por aquí, querido Mileno! ¿Está acaso en Sevilla don



Manuel? Ya no estoy con él, me respondió. Los dos nos separamos, por una desazon que tuve con su cocinero por la doncella de doña Paula. El cocinero y yo estábamos muy prendados de la mozuela, tomamos zelos uno de otro, reñimos, le sacudí una estocada, y puse al instante tierra por medio. He venido á Sevilla, donde tengo la honra de servir á un amo que, ayudado del ministerio de una oficiosa vieja y del mio, visita de secreto á la hija de un posadero.

Estas últimas palabras me hicieron temblar de pies á cabeza; y así, todo inmutado le pregunté á Mileno, si sabía el nombre del posadero. El maestro Gaspar, me respondió, y su hija se llama Narcisa. Vos á la cuenta la conoceis, añadió, pues mudais de color al oirla nombrar; ¿Os interesa algo esa mujer? Mas de lo que puedes pensar, Mileno, repliqué yo. Estoy enamorado de esa pérfida hermosura, y me haces un buen servicio en darme un aviso, del cual te aseguro me aprovecharé.

A haber sabido, me dijo, que teniais ánimo de dar la mano á Narcisa, me hubiera guardado bien de revelaros la inclinacion que tiene al licenciado D. Blas Mugerillo, mi amo. No debe causarse perjuicio á nadie, y sentiria que mi noticia os impidiese casaros con una muchacha preciosa, á quien no se le puede echar otra culpa que la de un leve galanteo. Mileno, repliqué yo, hazme el favor de no gastar conmigo esas malas chanzas, y sigue sirviendo tan honradamente á tu casto amo. Dame noticias de D. Manuel. ¿Se casó con doña Clara? No por cierto, respondió. Ya veo que no sabeis, que cuando volvió de Barcelona á Alcaráz, supo que esta señora estaba en un convento de religiosas en Ninaterra, y que allí habia tomado el hábito, de modo que segun todas las apariencias, ya la puede contar por perdida para él. ¿Y en qué estado, repliqué, has dejado á doña Paula? En el de una muchacha, me respondió, que se hubiera alegrado muchísimo de llevar con vos el yugo de himeneo, y que creyéndose precisada á renunciar á ésta esperanza, ha tomado aborrecimiento al matrimonio, y no quiere que le hablen mas de él.

Yo queria tener una conversacion mas larga con Mi-



leno, pero me fué imposible detenerle. Me dejó de repente diciendo: Adios, señor D. Querubin, perdonad, si no me estoy mas tiempo con vos; tengo prisa. Mi amo da esta noche de cenar á cinco ó seis amigos suyos, y voy á la pastelería para que dispongan una cena digna de su apetito.

Despues de haberse marchado Mileno, empecé á hacer muchas reflexiones: por vida mia, dije para mí, que hay fisonomías que engañan fuertemente. ¿Quién no hubiera creído como yo, que Narcisa era honesta y recatada? ¡ En verdad que me he escapado de buena! Despues volviendo el pensamiento á D. Manuel, y compadeciéndole de que hubiese perdido una novia tan apreciable como doña Clara, le acompañaba en su sentimiento. Si yo estuviera ahora, decia, en Alcaráz, le serviría de gran consuelo. ¿Pues quién me quita el ir allá? El consolar á un amigo, y el interés de mi sosiego, todo me estimula á hacer el viaje. Aunque Narcisa no merece mi cariño, conozco que me retienen sus atractivos, y para olvidarla necesito volver á ver á doña Paula. Finalmente, todas mis reflexiones vinieron á parar en determinarme á tomar cuanto antes el camino de Alcaráz. Salí de oculto de Sevilla, pero al marchar, escribí á la hija del maestro Gaspar un billete, en que le decia, que viéndome precisado á apartarme de ella por algun tiempo, habia dejado al licenciado Mugerillo el cuidado de consolarla durante mi ausencia.

### CAPÍTULO IX.

*Llega D. Querubin á Alcaráz, y en qué estado encontró á D. Manuel de Pedrilla y á doña Paula su hermana. De lo bien que le recibieron. Renuévase su amor á la hermana de D. Manuel.*

Despues de haber mal comido, tenido mala cama en las posadas del camino, y estado muy aburrido durante seis dias, llegué á Alcaráz. Fuí á apearme en casa de Pedrilla, quien, creyendo ver una fantasma, cuando parecí delante de él, ¿es acaso, exclamó, ilusion, ó es D. Querubin de la Ronda el que veo?



Sí, amigo, le respondí, el mismo es. Yo soy á quien dejasteis en Barcelona en un hábito que mi flaca virtud no me ha dejado llevar hasta el fin de mis dias. Con este motivo le conté de qué modo se habia entibiado mi fervor, y que no habia podido concluir el noviciado. No lleveis á mal, me dijo él entonces, que, pues somos amigos, os dé quejas de no haberme escrito el estado en que os hallabais. ¿No sabeis que entre españoles, es ofender á un amigo el no acudir á él, cuando se necesita de su bolsillo ó de su espada?

Para reparar vuestra culpa, lo que habeis de hacer es vivir siempre conmigo, y ser dueño de la mitad de mi hacienda. No os pido otra cosa en agradecimiento, sino el que esteis persuadido á que vuestro infeliz estado no cansará jamás mi amistad, y os diré además, que habiendoos prometido la mano de mi hermana, os renuevo la promesa. Conserva todavía el afecto que os profesaba antes de vuestra ida á Barcelona, porque no imaginéis que por haberos ausentado de ella, habeis perdido el lugar que ocupabais en su corazon. Ha llorado vuestra inconstancia, pero no se ha quejado de vos.

Yo no pude oír hablar de esta suerte á Pedrilla sin enternecerme, y estrechándole entre mis brazos, exclamé: ¡Ay, querido D. Manuel, qué dichoso soy en tener un amigo tan perfecto como vos! ¡Y cuánto me halaga el saber, que puedo aspirar todavía á casarme con doña Paula! Mi alegría es mayor, por cuanto no estoy en el estado de necesidad que pensais. Tengo mas de ochenta mil ducados que ofrecerla, juntamente con mi persona. ¿Cómo es eso, interrumpió D. Manuel, que la fortuna ha derramado sobre vos tantos bienes en tan poco tiempo?

Entonces referí á mi amigo lo que me habia sucedido despues de salir del convento, y mi relacion le causó tanto gusto, que me llevó inmediatamente al cuarto de su hermana, á la cual, al entrar, la dijo lleno de alborozo: ¡Paula, una grande noticia te traigo! Vé aquí á D. Querubin de la Ronda, que vuelve á tí mas enamorado que nunca. Así es, señora, la dije: el amor me conduce otra vez á vuestros pies. Contento el cielo de los es-



fuerzos que he hecho para desasirme de vuestros atractivos, os devuelve un amante, que él no ha querido quitaros. Yo os perdono esos esfuerzos, me respondió sonriéndose: no habeis ofendido por eso mi altivez, y respetando muchísimo la causa de vuestra mudanza, no hay en mí motivo de queja.

Uno y otro sois felices, expresó mi amigo, y llegais al punto de coronar vuestros deseos; pero yo, miserable juguete de la fortuna, he perdido la esperanza de que sea mia doña Clara. Acabo de saber que ha profesado, y que la cruel me deja el penoso trabajo de olvidarla. Querubin, añadió, vos no aguardabais semejante novedad. Ya la sabía, le respondí, pues Mileno, á quien encontré en Sevilla, me lo contó todo. He sentido amargamente vuestras penas; pero espero que acompañandoos en llevarlas, ayudaré á que se alivien.

Quedé, pues, encargado de dos cuidados, de consolar al hermano, y de festejar á la hermana, y desempeñé tan bien las dos cosas, que alivié el pesar del uno, y aumenté la pasion de la otra. Es verdad que se acrecentó la llama de doña Paula; ella por su lado resucitó la mia, y la volvió su primera actividad.

## CAPITULO X.

*Por qué casualidad tiene D. Querubin noticias de su hermana doña Francisca, y qué impresion le causaron. Cásase con doña Paula, y honras que le hacen.*

Yo pasaba muy divertido el tiempo con los mas gallardos mozos de Alcaráz, esperando llegase el momento de ser el feliz esposo de doña Paula, cuando estando una noche en una de las casas principales de la ciudad, ví entrar un hombre alto y seco, á quien los circunstantes hicieron al instante muchos cumplimientos. Reparé en él, y caí inmediatamente en que era D. Dionisio Langaruto, aquel caballero del hábito de Santiago, á quien yo habia visto en Madrid en casa de mi hermana. Conocióme él tambien al punto, y llegándose á mí con los brazos abiertos, me dijo: ¿Me permite el señor



D. Querubin que le dé un abrazo? Me alegro en el alma de volverle á ver. Por no quedarme atrás en materia de atencion con este caballero, le manifesté un regocijo igual al suyo, y Dios sabe no obstante hasta qué término nos era indiferente á ambos este encuentro.

Cenamos juntos en aquella casa, y como eramos diez ó doce de mesa, y la conversacion no siempre podia ser entre todos, cada convidado se ponía á hablar quando en quando con el desu lado. Como yo estaba junto á don Dionisio, nos hablabamos muchas veces en voz baja. Señor don Querubin, me dijo: os aseguro que me ha causado el mayor sentimiento la desgracia sucedida á don Pedro Retortillo, vuestro cuñado. Sorprendido de lo que me decia, le pregunté, qué desgracia era aquella. ¿Pues qué, replicó, no sabeis que estando don Pedro en la caza hace tres meses, cayó del caballo, y se lastimó de modo, que no vivió luego ni dos horas? Nada sabía, le respondí, y no os admireis de ello, pues estoy mal con mi hermana despues que se casó con don Pedro, y desde entonces no nos tratamos. Pero, señor don Dionisio, añadí: decidme, os suplico, si es cierto lo que acabais de contarme. No lo dudeis, me respondió: esta desgracia le sucedió á vuestro cuñado cerca de Cuenca, en su quinta de Villardesaz, adonde se habia retirado con su mujer, pasados algunos dias despues de casados.

Turbóme de tal manera semejante noticia, que no hice mas que pensar en ella lo restante de la noche hasta acostarme. Mi hermana, á quien yo no creía mirar sino con indiferencia, me ocurrió al pensamiento de un modo, por el que conocí que todavia la queria. Como el motivo de nuestra discordia habia ya cesado, la sangre recobró facilmente sus derechos.

Así que volví á ver á don Manuel, le informé del funesto suceso que me habia referido don Dionisio, y en seguida le manifesté mi deseo de saber en qué estado se hallaban entonces los asuntos de mi hermana. No tengo yo menos gana que vos de informarme do lo mismo, me respondió mi amigo. Iremos, si gustais, al alcázar de Villardesaz á consolar á aquella hermosa viuda de la muerte de su esposo, y al mismo tiempo volveremos á ver á

:





Ismenia, que creo se mantiene con ella: pero soy de parecer, añadió, que dejemos este viaje para despues de vuestra boda. Consentí en esta dilacion con tanto mayor gusto, quanto deseaba mucho ser cuñado de don Manuel de Pedrilla.

Hicieron, pues, magníficos preparativos para mi casamiento, y di la mano de esposo á doña Paula, que unió tan contenta su suerte con la mia, que hizo perfecta mi felicidad. Por espacio de quince dias, todo fué músicas, bailes y banquetes. Aun quando hubiese yo sido un gran señor, no creo que mi matrimonio se hubiera celebrado con mas fiestas y regocijos.

### CAPITULO XI.

*Con qué caballero hizo conocimiento don Querubin, y sus resultas. Marcha con don Manuel al alcázar de Clevillente, y lo que allí vió.*

Entre los caballeros mozos que asistieron á mi boda, hubo uno especialmente, que me llenó por su aspecto noble y agradable. Luego que le ví, pregunté á don Manuel, quién era aquel bizarro caballero. Se llama, me dijo, don Gregorio de Clevillente.

Al oír este nombre mudé de color, y me turbé, no dudando de ninguna manera que el tal caballero era el seductor de mi hermana Francisca. Sin embargo, disimulé mi agitacion delante de Pedrilla, quien prosiguió de esta suerte: Vuelve de Calatrava, y pasa por Alcaráz para restituirse á su alcázar, que está cerca de Alicante. Me alegro muchísimo de haber hecho conocimiento con él, pues me parece un caballero de todas prendas.

Si don Gregorio gustó á don Manuel, no agradó menos don Manuel á don Gregorio, quien se detuvo quince dias en Alcaráz, en los cuales se hicieron tan amigos estos dos caballeros, que al principio tuve mi poco de envidia; pero esta no pudo resistir á las demostraciones atentas con que se adelantó Clevillente para granjear mi amistad; de modo que olvidando yo quanto podia oponerse á ella, correspondí sinceramente á las muestras afectuosas que me manifestó. Este caballero, al expresarnos la vis-



pera de supartida el sentimiento que le causaba dejarnos, nos convidó á ir con él á su alcázar por algunos dias, y nos instó tan fuertemente, que admitimos la oferta. Marché, pues, al alcázar de Clevillente, no porque me fuese gustoso el ver un paraje, que el hermano de mi hermana no podia mirar sin pesadumbre, sino impelido de una secreta inspiracion del cielo, que queria por medio mio cumplir sus designios.

El primer objeto que se ofreció á mi vista, fué un muchacho de diez á doce años, que vino á arrojarse en los brazos de don Gregorio, quien, habiéndole hecho muchísimas caricias, nos le presentó diciendo: ved aqui el fruto de mis primeros amores. Nos pareció el niño muy lindo, abrazámosle don Manuel y yo, y dimos el parabien á su padre de tener un hijo de tan bella esperanza. Clevillente se mostró agradecido á nuestros cumplimientos, y nos dijo: este chico le quiero tanto mas, cuanto nació de una madre, de cuya pérdida no me puedo consolar.

Dicho esto, dió un suspiro que yo aprobé, con ánimo de moverle á que nos contase una historia, en la cual me recelaba tuviese parte mi hermana. Señor, le dije, es cosa bien triste el verse arrebatado por una muerte temprana un objeto amado. La persona de quien lloro la pérdida, interrumpió, no ha muerto; á lo menos no lo creo: pero hace diez años que desapareció repentinamente de este alcázar, y por mas averiguaciones que he hecho, no sé de su paradero.

Vos nos dais en lo que decís, dijo don Manuel, una grande idea de los atractivos de esa dama. Muy peregrina sería, cuando al cabo de diez años, os complacéis todavía en acordaros de ella. No era, respondió, una hermosura perfecta; pero lo cierto es, que tenia tanta gracia en su cara, que no se podia mirarla sin aficionarse á ella. Vosotros mismos lo juzgareis, añadió, si quereis venir conmigo. Despues de esto nos llevó á su cuarto, en donde, entre otros retratos, estaba el de mi hermana, tan parecido á ella, que lo conocí inmediatamente; y la única diferencia que en él encontré, fué que la copia manifestaba un vivo lustre de juventud, que el original empezaba ya á perder.



Este es, nos dijo Clevillente, señalando con el dedo el retrato, el rostro de la madre de Paquito. ¿No tengo razon para sentir la pérdida de una mujer tan hermosa? Yo disimulé que reconocia á mi hermana en aquel retrato; no obstante quedé persuadido á que Paquito era hechura suya. No puedo, decia yo para mí, dejar de creerlo, aunque ella no me habló palabra de este hijo bastardo, cuando me contó sus aventuras: juzgaria ella conveniente callar este pasaje, creyendo con semejante silencio hacer menos reprehensible su historia. Despues, mudando de pensamiento, puede ser, añadia yo, que este hijo natural sea de alguna otra dama, á quien Clevillente haya engañado como á doña Francisca.

Para saber mejor á qué atenerme haciéndole hablar á don Gregorio, le dije: teneis con efecto razon para estar afligido de haber perdido una belleza tan atractiva; pero decidme como pasó el caso. ¿Os dejó ella por inconstancia, ó la disteis motivo para estar quejosa de vos? ¡Ay! me respondió con tristeza, yo fuí la causa de nuestra separacion, yo soy el culpado, y así no encuentro consuelo. Si doña Francisca me hubiera abandonado por ligereza, mucho tiempo há que la hubiera olvidado; pero como conozco lo mal que procedí con ella, no puedo por eso borrarla de la memoria. Confieso, prosiguió, que no puedo imputar su culpa sino á mi falta de palabra. Cuando la saqué robada de un colegio en que estaba de pensionista, la prometí y juré ser su esposa, y ella se rindió, no tanto á la violencia de mi amor como á este juramento. Sin embargo, lejos de cumplirla esta palabra, la tuve entretenida, la engañé, y apuré en fin su paciencia. Despues de un año de estancia en este alcázar, huyó sin que bastase á detenerla un niño recién nacido que me dejó, para que su vista fuese un reprensor continuo de mi deslealtad.

Hice, prosiguió don Gregorio, buscar por todas partes á Francisca luego que supe su fuga; pero las personas á quien dí el encargo, lo desempeñaron tan mal, que no averiguaron cosa ninguna acerca de ella. Desde entonces vivo sin sosiego, y no se me aparta de la imaginacion Francisca, y su imágen vengativa me persiguedia



y noche. Me parece que la veo y que la oigo lamentarse de haberme creído, y hacer muchas imprecaciones contra mí. Puede ser, le dije á Clevillente, que no la pinteis cual es; puede ser que no acusándose ella sino á sí misma de su desgracia, la memoria del afecto que os tuvo, la haga prorumpir en lágrimas; y puede ser por último, que reineis todavía en su corazón, sin embargo de vuestra ingratitud.

¡Ah! si yo lo creyese así y supiese donde está, iría á detestar á sus pies la perfidia de que he usado con ella! No hay que hacer, iría á buscarla, aun cuando estuviese en la parte mas remota de la tierra. No necesitariais, le repliqué, de ir tan lejos, si estuvieseis verdaderamente dispuesto á reparar con el matrimonio la ofensa mortal que habeis hecho á su honra, y la afrenta causada á su familia. ¡Qué oigo, me dijo suspenso don Gregorio! ¿Será posible que conozcais á la dama representada en ese retrato? No lo dudeis, le respondí; y aun don Manuel tambien la conoce.

Oido esto por Pedrilla, se puso á mirar el retrato con mas cuidado, y descubriendo en él las facciones de mi hermana: ¿Qué es lo que veo? amigo, me dijo turbado. No me atrevo á declararos mi pensamiento, y mas quiero creer que los ojos me engañan en esta ocasion. No, no, le repliqué: lo que os dicen es cierto. Doña Francisca á quien conoceis con el nombre de Basilisa, es el original de esta pintura. Clevillente engañó á mi hermana, y él mismo me lo ha confesado. La robó en Cartagena de un colegio en que estaba de pensionista, y la condujo á este alcázar. El honor pide que yo tome satisfaccion de este atentado, pero una vez que doña Francisca está viuda, hay un medio mas suave para repararlo.

A vista de las muestras de honradez que acaba de dar don Gregorio, dijo entonces don Manuel, estoy persuadido á que su mas vivo deseo es el casarse con doña Francisca. No es otra mi intencion, exclamó Clevillente, y os deben servir de fiadores los remordimientos que hace diez años me atormentan. Decidme solamente en qué paraje de España reside esta dama, que voy volando en busca suya. Yo mismo quiero conducirlos allá, le



dije, para ser testigo del gozo que ambos tendreis en volveros á ver. Discurro que don Manuel no se negará á acompañarnos. Así es, respondió Pedrilla; yo tengo también mis motivos para hacer este viaje, además de la condescendencia que teneis derecho á esperar de mi amistad.

## CAPITULO XII.

*Del viaje que los tres caballeros hicieron al alcázar de Villar del Saz. Disfrázanse de peregrinos para entrar en él. De qué suerte fueron recibidos. Conversacion singular de un criado de doña Francisca. Sorpresa inesperada que experimentó ésta. Reconócense.*

Todos tres tomamos, pues, inmediatamente la determinacion de ir al alcázar de Villar del Saz, en donde juzgué que mi hermana estaria todavía. Dispusimos nuestra marcha acompañados de tres criados, montados igualmente que nosotros en mulas, y nos pusimos en camino para Cuenca, adonde llegamos en menos de seis dias.

Así que estuvimos en esta ciudad, nos pareció á propósito detenernos, á fin de informarnos de lo que deseabamos saber, esto es, de lo que pasaba en el alcázar de Villar del Saz, que solo está distante de allí tres cuartos de legua. Averiguamos ser verdad que el señor don Pedro Retortillo habia muerto de la caída del caballo en una cacería, y que apesadumbrada todavía su viuda de su muerte, pasaba una vida triste en el alcázar, sin tener mas consuelo que el de una señora amiga suya que habitaba en su compañía. D. Manuel se estremeció de gozo luego que oyó hablar de esta amiga, no dudando en manera alguna ser Ismenia, á quien no menor contento tenia de ver otra vez, que don Gregorio de volver á encontrar á su querida Francisca.

Estando todos tres formando consejo acerca del modo con que iriamos á presentarnos á aquellas dos damas, me ocurrió un pensamiento extravagante que mis compañeros aprobaron, y resolvimos poner por obra. Hicimos hacer tres vestidos de peregrinos, y en este traje,



despues de haber dejado á nuestros criados en Cuenca, llegamos á la entrada de la noche al alcázar de Villar del Saz. Llamamos á la puerta, y dijimos al criado que vino á abrirnos, que tres peregrinos aragoneses que iban á Santiago de Galicia, pedian licencia para dormir en la caballeriza. Volvió adentro el criado á avisar, y de allí á poco nos trajo la respuesta de que su ama consentia en ello, y en seguida habiéndonos hecho entrar, nos llevó hasta lo último de una sala baja, donde habia alguna paja, y un candil colgado en la pared en un rincon. Amigos, nos dijo: cuando pasan por aqui algunos peregrinos, lo que sucede con bastante frecuencia, los hacemos dormir en esta sala. No estareis aqui mal, y como discurro no os faltará gana de comer, voy á traer con que satisfacerla, por donde vereis que en este alcázar no se hacen las cosas á medias. Dicho esto se marchó, dejándonos la libertad que necesitábamos para ceder á la tentacion de risa que nos dió de notar el hospedaje que se nos daba. Con efecto, era cosa bastante graciosa el ver tratar así á unos peregrinos como nosotros, y esto nos divertia infinito. Estábamos esperando que volviese el mismo criado, y no era poca mi curiosidad de saber en qué consistiria la cena con que nos querian regalar, cuando al cabo de un cuarto de hora vino con una cesta llena de pan, queso y cebollas. Acompañábale otro criado con un jarro grande de vino de la Mancha, y llegándose á nosotros nos dijo con aire risueño: aqui os traigo que comer para que tomeis nuevas fuerzas. Llenad bien la barriga, porque tripas llevan piernas.

Pareciéndonos este un mozo despierto, que no deseaba sino hablar, le hicimos todos tres, cada uno á su vez, varias preguntas, á las cuales respondió como criado prudente, y afecto á su amo. Dímosle pie para que nos contase el desastre de D. Pedro, lo que hizo menudamente sin callar la mas leve circunstancia. ¿Y á la señora, su esposa, le dije despues, le ha sido muy sensible su muerte? Todavía la está sintiendo, me respondió. Nunca hubiera creido que una mujer pudiese llorar tanto tiempo á su marido. ¿Con que, segun parece, le dijo D. Gregorio, vuestro amo era una persona muy amable?

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

20



No mucho, replicó el criado, porque además de tener bastante mal genio, era zeloso, regañon, y estaba lleno de caprichos. Sin embargo, á pesar de todo esto, tenia un cierto no sé qué, con que se hacia querer de mi ama. ¿Y qué, no hay nadie que procure consolar á esta bella viuda? dijo D. Manuel. Sí señor, replicó el criado, pues además de que la señora Ismenia la espanta su pena, viene casi todos los dias á verla un caballero de Cuenca, que me parece á propósito para aliviar los pesares de la viudez. Se llama D. Simon de Romeral, y no dudo de que tiene gana de suceder al señor D. Pedro, lo cual no es ninguna cosa imposible. De unos dias á esta parte me parece que la señora no está tan afligida como acostumbra, ya sea porque hayan hecho efecto en ella las palabras de Ismenia, ó ya porque D. Simon empiece á parecerla bien.

La relacion de este criado me hizo recelar que hubiésemos llegado demasiado tarde, y que don Simon se hubiese hecho ya dueño de la voluntad de Francisca. Siendo esto así, decia yo interiormente, puede que mi hermana no lleve á bien el cuidado con que miro su honra. No la gustará volver á ver á su primer amante, si actualmente está prendada de otro. D. Gregorio hacia casi las mismas reflexiones, y uno y otro empezábamos á dudar del feliz éxito de nuestra peregrinacion.

A fuerza de preguntar al criado que no era lerdo, le dimos en qué sospechar de nosotros. Señores, nos dijo meneando la cabeza: vds. me tienen traza de ser unos sutiles peregrinos. Vds., pienso, no son ningunos vagabundos, como la mayor parte de los que visten ese traje, y vuestro aspecto denota enteramente que sois personas de forma, que os habeis disfrazado de esa suerte para representar alguna comedia, y quizá habeis escogido para teatro este alcázar. Si se necesita, añadió, un papel de cuarto en ella, os ofrezco mi habilidad.

Cogímosle la palabra, y viendo que podria sernos útil, nos descubrimos con él, y para moverle mas á servirnos, le dimos veinte doblones, por donde vino en conocimiento que no habia hecho un juicio equivocado de nosotros, y enamorado de nuestro proceder con él: Seño-



res , nos dijo , manden vds. á Clarin , su criado , que al instante serán obedecidos. ¿Cuál es vuestra intencion , y qué puedo yo hacer por vds.? Conocemos , le dije yo , al ama de este alcázar , y á su amiga. Hace ya mucho tiempo que no las hemos visto , y tenemos la humorada de presentarnos á ellas á ver si nos conocen en este disfraz. Id , proseguí , y decid en secreto á doña Francisca , que si desea saber noticias de D. Querubin de la Ronda , hay aqui un peregrino , que podrá contentar su curiosidad. Si no me pide vd. mas que eso , respondió Clarin , poca cosa es , y en breve haré el encargo. Con efecto , habiéndose marchado , volvió de alli á corto rato , diciéndome: Venga vd. conmigo , pues mi ama os quiere hablar. Acompañóme á un cuarto muy hermoso , en donde estaba mi hermana sola con Ismenia , y las dos me conocieron al punto. ¡Ay , hermano , exclamó ella , qué sorpresa tan gustosa es para mí el volverte á ver! Pero , ¿por qué te presentas á mí en esa vestimenta? Hermana , la respondí , tu admiracion de verme de esta forma cesará , cuando sepas el motivo de mi peregrinacion , pero déjame manifestarte antes lo que he sentido la desgracia del señor don Pedro. Como no ignoro la amarga pena que te causa la muerte de tus maridos , vengo á acompañarte en tu sentimiento.

Con estas palabras renové el dolor en la viuda , la cual echó á llorar. Creí que iba á dar nuevas muestras de afliccion , y contaba con tener que aguantar la tempestad ; pero por fortuna Ismenia la espantó , diciéndola á su amiga : hija , hartó has llorado ; ya es tiempo de que te consueles ; tu hermano ha venido á fin de contribuir á ello. Asi es verdad , dije , pues tal es mi designio , y me atrevo á pronosticarte que las cosas van á mudar de semblante en esta casa. Vienen conmigo dos buenos peregrinos , con ánimo de convertir en ella la tristeza en alegria. ¿Y quien son esos dos buenos peregrinos? preguntó doña Francisca. No quiero me los presentes sin saberlo antes. Permite , la dije que no te los nombre , para que te cause placer la novedad de verlos. Manda que los hagan entrar. Entonces llamó Ismenia á Clarin , y le dijo fuese á buscar á los otros dos pere-

:



grinos, que deseaban no con poca impaciencia el representar su papel.

Luego que se presentaron, conoció Ismenia á don Manuel; pero á mi hermana no le sucedió al instante lo mismo con don Gregorio, el que inmediatamente que la vió, fue acelerado á arrojarse á sus pies. Dadme licencia, señora, la dijo, para que un culpado, movido de sus remordimientos, venga á pedir os perdon. Doña Francisca, no tanto conmovida de estas palabras, quanto del eco de voz de Clevillente, le conoció y cayó al punto desmayada. Bien habia yo recelado, que la presencia del padre de Frasquito la inmutaria, pero no aguardaba que hiciese en ella una impresion tan viva.

Ismenia y yo acudimos prontamente á socorrerla, y vuelta en sí, estuvo callando un rato, y despues hablando conmigo, hermano, me dijo: ya ves el efecto de tu imprudencia. ¿No debias prevenirme antes de ponerme á la vista á don Gregorio? Bien sabes los motivos que tengo para evitar su presencia. Confieso mi culpa, hermana, la respondí; convengo en que debia prepararte de antemano para volver á ver á un amante, á quien puedes con fundamento decirle las cosas mas terribles; pero sin embargo, no es indigno de perdon. Ha conocido su culpa, y diez años hace que la llora. Déjale te refiera lo que ha padecido; dignate escucharle; que yo respondo de su sinceridad.

Sí, señora, exclamó Clevillente; oidme un rato os suplico; concededme este favor por los ruegos de mi amigo D. Querubin. Por muy preocupada que esteis contra mí, lo que os tengo que decir, desvanecerá vuestro resentimiento. ¿Y qué podeis alegar en descargo vuestro? le replicó la viuda de D. Pedro. ¡Pluguiera al cielo que no fueseis el mas fementido é ingrato de los hombres! Confieso desde luego mi deslealtad, la dijo D. Gregorio; ¿pero cuánto no he hecho para borrarla? Dicho esto, empezó á hacer una relacion individual de las penas que habia sentido; y nosotros, Ismenia y yo le dejamos hablar á solas con Francisca, lo que no dejó de producir su efecto, esto es, el enternecer á esta; de donde es preciso inferir, que si los primeros amores no resisten todos á la



prueba del tiempo, son á lo menos unas brasas mal apagadas, que pueden fácilmente volverse á encender.

Mientras aquellos dos amantes hablaban en voz baja, yo los estaba observando, y me parecia que la ira de mi hermana se iba aplacando por instantes. Creo que no se olvidaron en la conversacion de mi sobrino Frasquito, y que esto no dañó á su reconciliacion. En este intervalo, D. Manuel y yo contamos á Ismenia el modo con que habiamos hecho conocimiento con D. Gregorio, y cuanto habia pasado entre nosotros y este caballero en el alcázar de Clevillente.

Sumo contento me causais, nos dijo Ismenia, en participarme la enmienda de un perjuro, á quien mi amiga jamás ha podido apartar enteramente de la memoria; y es cierto que no podiais traerle aqui en mejor ocasion. Ya era tiempo, pues si aguardais un mes mas tarde, hubierais encontrado casada otra vez á doña Francisca. Principiaba á aficionarse de D. Simon de Romeral, y yo la veia en términos de darle la mano de esposa. Gracias al cielo, exclamé, hemos venido en un tiempo muy venturoso, si acaso mi hermana no piensa preferir al de primera fecha el último llegado. ¿Quién dice tal? replicó Ismenia; haced mas justicia á doña Francisca. Aun cuando su inclinacion la arrastrase hácia D. Simon, se declararia sin detencion en favor de Clevillente. Escogería no al amante que el amor la ofrece, sino al que el honor la ha traído.

Por mas que Ismenia me decia, no dejaba yo de temer que mi hermana pensaba diversamente que ella. Sin embargo, salió incierto mi recelo, pues siendo D. Gregorio un galan de primera clase, tenia la feliz habilidad de ganar con su persuasiva la voluntad de las damas; y así sucedió, que doña Francisca sintió renacer en sí todo el cariño que le habia profesado; y como ella por su lado no le era inferior en el arte de agradar, le inspiró mayor afecto que nunca. D. Manuel con haber vuelto á ver á Ismenia, recobró asimismo el amor con que la habia mirado en Madrid; y esta dama le dió á conocer bastante en el modo afable de recibirle, que su felicidad solo dependia de él, si la hacia consistir en el placer de casarse con ella.



CAPITULO XIII.

*Cenan los tres viajantes con doña Francisca y doña Ismenia. D. Querubin habla á solas con su hermana, la cual se casa con su primer querido D. Gregorio. Doña Ismenia se casa tambien con D. Manuel de Pedrilla. Don Querubin y D. Manuel se retiran del alcázar de Cleவில், y marchan con sus mujeres á Alcaráz. Convenio que hicieron.*

☞ A los dos peregrinos que no se cansaban de estar en compañía de sus novias, vino á interrumpirlos un criado que entró á avisar fuésemos, que estaba esperándonos la cena, lo que oido por la viuda de D. Pedro, nos llevó esta á una sala, en donde habia una mesa cubierta de todo género de manjares bien sazonados. A vista de un banquete, en que reinaban la abundancia junta con el aseo, me acordé del queso y las cebollas que Clarin nos habia llevado á la caballeriza. Díjele entonces á Pedrilla, ¿sabeis cuñado, que estos manjares son mejores que los que nos sirvieron poco hace? ¿Qué os parece?

Esta aprension excitó en todos una carcajada de risa, y nos puso de buen humor. Caballeros, nos dijo Ismenia, viendoos en ese hábito os tuvimos por tres aventureros; y nosotras acostumbramos á dar el hospedaje conforme á la traza de los huéspedes; pero unos peregrinos semejantes á vds., merecen los recibamos como personas de modo. Y así, mi amiga y yo estamos muy dispuestas á regalaros bien. No necesito asegurároslo, añadió sonriéndose y mirando á mis dos compañeros, pues ya podeis haberlo conocido. Finalmente, nuestra peregrinacion fué el asunto de la conversacion mientras la cena, y con este motivo nos ocurrieron mil chanzas, que nos tuvieron divertidos hasta media noche. Entonces vinieron muchos criados con luces para conducirnos á los cuartos que nos estaban destinados; y así los tres peregrinos, en vez de volver á la caballeriza á dormir en la paja, fueron como unos señores á descansar en colchones de pluma.

Al siguiente dia por la mañana, me envió á decir mi



hermana, tenia que hablar conmigo á solas. Fui á su cuarto, en donde habiéndome hecho sentar á la cabecera de su cama: hermano, me dijo, yo estoy contenta con don Gregorio, pues está arrepentido de la ofensa que me hizo; dice que hace diez años que se siente atormentado de remordimientos, que le persiguen á manera de furias; que me ha andado buscando por todas partes para reparar su mal proceder, casándose conmigo; y ahora que me ha encontrado, me ofrece la mano de esposo, y mas prendado de mí que nunca, me ha jurado un amor eterno, con lo cual ha vuelto á resucitar en mi pecho toda la llama que en él habia encendido en Cartagena, y he aceptado con sumo gozo su promesa.

Aplaudí este modo de pensar de mi hermana, diciéndola que hacía bien, que Clevilente era su primer vencedor, y que la prenda que tenia este de su cariño, debia moverla á casarse con él. Estas palabras hicieron poner colorada á doña Francisca, la cual me dijo: creo, hermano, que me harás la gracia de perdonarme el disimulo que guardé contigo sobre la prenda de que has hablado. Cuando una muchacha frágil refiere su historia, no se ha de llevar á mal que calle alguna circunstancia. Puedes creer, la respondí, querida hermana, que te lo perdono de buena gana; pero tambien me has de dejar que te hable ahora de Frasquito. No ha habido jamás niño mas amable; cuando le veas, le compadece-rás de haber carecido de tus caricias en su tierna niñez, y confesarás que merece bien que su padre y su madre le reconozcan por su legítimo heredero. Finalmente, yo defendí con tal eficacia la causa de mi sobrino, que enternecida de su suerte mi hermana, se puso á llorar. Frasquito, la dije, ya no es digno de lástima, pues el cielo ha reunido aquí á sus padres, los cuales van á unirse con el matrimonio. Fijarán el estado de este hijo, con lo que introducirán un nuevo individuo en la nobleza de Valencia.

Despues de haber conversado harto largo tiempo acerca de Frasquito, hablamos de la muerte de don César, nuestro hermano, y de la rica herencia que me habia de-



jado. Diré en debido elogio de mi hermana, que en vez de manifestar un codicioso sentimiento de no haber participado de ella, tuvo la gran generosidad de darme un sincero parabien. Es verdad que como estaba mas opulenta que yo, y en vísperas de casarse con un hombre de caudal, debía estar contenta con su suerte. Nuestra conversacion se acabó con varias preguntas que me hizo acerca de mi casamiento, y por mis respuestas no pudo menos de conocer, que no estaba pesaroso de él.

Concluida esta conversacion, tuve otra con don Gregorio, que sintiéndose por instantes mas apasionado, aguardaba con impaciencia la hora de la celebracion de su matrimonio con Francisca. A esta sazón llegó don Manuel, diciendo que acababa de separarse de Ismenia, por quien estaba, añadió, tan ciego, que deseaba con ansia casarse con ella. Pues bien, señores, les dije, ya que estais tan enamorados, es necesario no dilatar vuestra dicha, y eso queda á mi cuidado. Voy á buscar á las novias, y decirlas lo que os impacienta el que no se efectuen vuestras bodas; y no creo que tengan la crueldad de haceros padecer en esta esperanza. Con efecto, luego que ellas vieron que sus amantes se sometian con tanto gusto al yugo de Himenéo, se conformaron sin detencion con sus deseos.

Inmediatamente que advertí, que las cuatro partes interesadas estaban de acuerdo, tuvimos una gran junta sobre lo que convenia hacer, y se resolvió que las dos bodas se celebrasen en el alcazar de Clevillente por varias razones. Dispuesto esto así, hicimos venir de Cuenca á los criados con nuestro equipaje, y nos dispusimos para marchar, lo que en breve fué hecho. Quitámonos los vestidos de peregrinos para volver á tomar los que antes llevábamos; y habiendo encargado mi hermana el cuidado del alcazar de Villar del Saz al arrendador, siguió con nosotros y todos sus criados el camino de Alicante, adonde no llegamos sino al cabo de ocho dias, por no haber querido ir mas de prisa, temiendo incomodar á las señoras. Pasamos de largo por esta ciudad, y de allí á poco estuvimos en el alcazar de Clevillente, en donde



renovándosele á la viuda de don Pedro la memoria de los pesares, ó quizá de las satisfacciones que en él habia tenido, no pudo contener las lágrimas, las que se aumentaron con ver á Frasquito; pero este amable niño enjugó él mismo el llanto que causaba, é inspiró en su madre tanta ternura hácia él, que lo miraba como su ídolo. Además de ver en él un vivo retrato suyo, era hijo único, pues no habia tenido ninguno de sus dos maridos.

No se ocuparon en el alcázar en otra cosa, que en los preparativos de las bodas de mis cuñados, y entre tanto fuí yo á buscar á Alcaráz á doña Paula, mi mujer, sin la cual la fiesta no hubiera sido cumplida; y pasados seis dias volví allí con ella, y con su feliz llegada creció la alegría. Así Ismenia como doña Francisca la acariciaron á cual mas pudo, y notaron en ella una persona dispuesta á vivir en paz con sus cuñadas.

Don Manuel y don Gregorio hicieron tantas diligencias para apresurar el dia que habia de colmar sus deseos, que este llegó en breve. Los desposó un clérigo, pariente de Clevillente, que vino á este fin desde Orihuela con las facultades necesarias.

Hemos visto de qué modo Ismenia y mi hermana se casaron. Después de haberse divertido bien, tuvieron la fortuna de tener por maridos á dos caballeros que, llevados de una excesiva pasión á ellas, las pusieron en la clase de dos señoras de importancia. ¡Qué admirable es el amor! Echa la cortina para ocultar la vida pasada de una mujer que ha andado divertida, cuando quiere dársela por esposa á un hombre honrado.

Para celebrar los dos matrimonios, hubo después repetidas diversiones que duraron mas de tres semanas, al cabo de las cuales, don Manuel y yo suplicamos á don Gregorio y á su esposa nos diesen licencia para volvernos á Alcaráz, la que nos costó mucha dificultad alcanzar. Habia tanto tiempo que mi hermana vivia en estrecha amistad con Ismenia, que no podia determinarse á esta separacion. Con todo, cesó de oponerse á nuestra vuelta, con tal que para estar juntos la mitad del año, iríamos don Manuel y yo con nuestras mujeres á pasar



tres meses del verano al alcázar de Clevillente, y que don Gregorio y mi hermana volverían por el invierno á vivir otros tres meses en Alcaráz. Nos dieron en fin la libertad de dejarlos, debajo de la palabra que les dimos de guardar puntualmente el convenio.

CAPITULO XIV.

*De una aventura graciosa en que se halló don Querubin. Séria reflexion sobre su fortuna y la de su hermana. A don Manuel y á él les roba uno de sus criados. Reciben otro en su lugar. Declárase quien era este. Admiracion de don Querubin y de su amigo cuando le conocieron.*

Despues de habernos mostrado de una y otra parte con señales de afecto lo mucho que sentíamos separarnos, don Manuel y yo nos pusimos en marcha con nuestras peregrinas esposas, dejando á don Gregorio y á mi hermana muy tristes por nuestra ida. Pero á nosotros nos sirvió de consuelo el estar en posesion de lo que mas queríamos en el mundo, y nos divertimos infinito en nuestro corto viaje. Como nos precisaba hacer noche en el camino, nos detuvimos en un lugar, donde estuvimos entretenidos en ver representar por una compañía de volatines la comedia intitulada: *doña Inés de Castro*. Movidos de la fama que esta composicion poética habia cobrado en Madrid, quisimos que nuestras mujeres lograsen del gusto de verla; mas nos affligió en gran manera el ver parecer en un cuarto de meson que servia de teatro, á una mujer en dias de parir, la cual nos recitó una jerigonza que nadie entendió; despues salió otro actor que tendria unos sesenta años, y hacía el papel de *don Pedro*. Finalmente, la tal composicion que no puede llamarse cómica ni trágica, duró solo un cuarto de hora, y agradó mucho al concurso. Hubo luego danzas, saltos y voltetas; y por fin de fiesta, el que habia representado á don Pedro, se puso á esgrimir con el pie derecho y la cabeza abajo; y como lo ejecutó bastante bien, fué muy aplaudido: pero lo mas gracioso de l



caso fué que doña Inés, que estando representando habia hecho muchos gestos por los dolores que le causaba el preñado, parió la misma tarde en el teatro casi á nuestra presencia. Nos retiramos despues de semejante catástrofe, y la compañía nos pidió la disculpásemos, si no echaban un bailecito chinesco que habia hecho mucho ruido en Madrid; pero que el lance inopinado de la cómica parida se lo impedia. Mas alegres estuvimos en la cena. Al dia siguiente llegamos temprano á Alcaráz. Nuestras mujeres necesitaban de descanso, y lo mismo nos sucedia á nosotros. Gozábamos de la mas perfecta felicidad, y aunque habia tres meses que estábamos casados, queriamos á nuestras mujeres mas que nunca. ¡Demasiado afortunado hubiera sido yo, si la dicha de que gozaba hubiese durado toda la vida! pero estaba escrito en el libro de los destinos, que habian de sucederme trabajos mayores que los que habia ya experimentado. Las aventuras de mi hermana se me representaban continuamente á la imaginacion, y yo admiraba la Providencia que jamás nos ha desamparado. Es verdad, decia yo entre mí, que es felicidad en una mujer tan distraida gozar de la mas brillante fortuna, cuando echamos de ver en la miseria y en el oprobio otras personas de mayor mérito y virtud que ella. ¡Qué mundo este! ¡Una mujer licenciosa y comedianta llegar á casarse con un caballero! Esto no se ve á menudo. La honra de mi hermana se repara por este medio. Es rica, y su marido no lo es mucho, y así lo uno va por lo otro. Quiera la fortuna dejarnos lograr mucho tiempo de sus favores. Don Manuel acaba de coronar mi dicha con la donacion que me hace de la mitad de su alcazar; las personas mas distinguidas de Alcaráz nos honran con sus visitas, y tratamos con lo mejor del pueblo; y nuestras ocupaciones y entretenimientos son el paseo, la caza, la pesca, el juego y los libros.

Pero un contratiempo impensado vino á turbar nuestros placeres. Pegóse fuego por la noche al Alcázar, y quedó reducida á cenizas la mitad de nuestros bienes: por fortuna tuvimos tiempo de sacar lo mas precioso, y con algunas reparaciones volvieron las cosas al estado



de antes. Fácilmente nos hubiéramos consolado de esta pérdida, á no habernos hurtado mucha plata labrada, y las alhajas de nuestras mujeres que no dejaban de valer una suma considerable. No sospechamos de ninguno de los criados, y sin embargo, uno de ellos fué el del robo, y le descubrió el mercader á quien el bribon había ido á vender porcion de él. D. Manuel queria dar parte á la justicia, pero por atencion mia se contentó con echarle; mandóle, so pena de acusarle, saliese del reino en el término de cuarenta y ocho horas. Recompensamos liberalmente á nuestro honrado mercader, porque no siempre se encuentran de esos entre ellos.

De allí á unos dias se presentó para entrar á servirnos un mozo, cuya fisonomía y buen personal le recomendaban. Se interesaba por él un amigo nuestro, y aquel mismo dia le recibimos. Su apellido era Alvarez. Se granjeó nuestra estimacion con su afabilidad, complacencia y exactitud en el desempeño de su obligacion. Estaba dotado de un don de modestia y de humildad, con lo que se hacia querer de todos; pero á pesar de su admirable carácter, mostraba una profunda melancolía, y suspiraba continuamente. Yo me condolía de su suerte, y él que me manifestaba afecto, al que yo correspondia. Bastaba fuese desgraciado para que yo le cobrase inclinacion.

Era tanto lo que le queria, que me empeñé en saber la causa de su afliccion. Me daba pena verle triste y pensativo, y asi un dia le llamé á mi cuarto, para que me declarase el motivo de su pesar. Le empecé á preguntar si estaba descontento de la casa; que nosotros nos hallábamos gustosos con él; y que la tristeza que le consumia, daria con él tarde ó temprano en la sepultura. Me escuchaba y suspiraba sin decirle una palabra. Tú estás enamorado, continué, pero no correspondido. Dímelo; si la persona á quien quieres, depende de nosotros ó habita en nuestra vecindad, no tengas reparo en confesármelo. Abreme tu pecho, que la amistad que te profeso, es bastante para que te haga yo lograr el objeto por quien suspiras. Es cierto, me respondió Al-



varez, que estoy enamorado ; pero sin esperanza alguna , aunque me vea querido de la mas hermosa criatura que el cielo ha criado. Estas palabras en boca de un sirviente me admiraron. Son tan repetidos los favores que me haceis, prosiguió , que no tengo ninguna dificultad en confiarme de vos , y deciros quien soy.

D. Manuel que nos estaba escuchando desde su aposento, no pudo contener su curiosidad, y como no podia oír cómodamente, se vino al mio. Suspendióse Alvarez de verle allí tan cerca de nosotros , y quiso retirarse; pero don Manuel le hizo que se quedase , diciéndole que habia oido nuestra conversacion , y que el interés que tomaba en ella , le habia movido á salir de su estancia para oír lo demás , y que podia mirarnos como amigos. Confuso estoy, señores, nos dijo, de los beneficios que os debo.

Nací de padres nobles ; pero la nobleza vale bien poco , cuando no hay grandes riquezas para sostenerla. Tuve una madre que gustando del adorno y de ostentar grandeza , gastó de modo que arruinó á mi padre en muy breve tiempo ; pero por fortuna no tuvieron mas hijo que yo. Mi padre que se llamaba don Alvar del Sol , murió de la pesadumbre ; y no pudiendo mi madre resistir este golpe , falleció poco tiempo despues. ¿ Qué, sois vos, interrumpió don Manuel, el hijo del señor don Alvar del Sol ? ¡ Oh amigo don Carlos , repitió don Manuel, dejad que os abraze ! D. Manuel le echó los brazos al cuello y le hizo acordar de que habian estudiado juntos en Madrid. Yo me alegré muchísimo entre mí de este descubrimiento , y supliqué á don Carlos nos refiriese sus trabajos. Mi amigo le preguntó por don Lope , dueño de inmensas riquezas , y que vivia en Madrid. ¡ Ay de mí ! exclamó don Carlos, ese es la causa de todas mis desdichas , como ahora vereis.



CAPÍTULO XV.

*Historia trágica de don Carlos y de doña Sofía.*

Después de la muerte de mis padres, se encargó del cuidado de mi niñez don Lope de la Crusca, mi tío materno, y seguí mis estudios á su vista. A pesar de su extrema avaricia, me quería y llevó á su casa, donde yo vivia dichoso y sin inquietud; pero el amor vino á turbar mi sosiego. Mi tío me daba cuantos gustos pueden agradar á un muchacho que sale de un colegio; íbamos muchas veces juntos al Prado, y el paseo era nuestra principal diversion. Cansado de pasearse una tarde, se sentó, y yo por buena crianza no me aparté de él. En frente de nosotros estaba sentada la mas linda criatura que se podia ver, la cual de cuando en cuando ponía en mí los ojos; y estas miradas eran otras tantas flechas que el amor me disparaba. Sin embargo, la que le acompañaba, que yo creí era su madre, se levantó, y las dos se marcharon juntas; y viendo yo que se retiraban del paseo, y se encaminaban hácia donde nosotros vivíamos, fingí hallarme indispuerto para obligar á mi tío á volvernos tambien á casa, como así lo hizo, con lo que tuve el gusto de ir siguiendo de lejos á la persona del mundo, á que habia tomado mayor aficion. ¡Cuál fué mi admiracion al verlas entrar cabalmente enfrente de uestra casa! Preguntéle á mi tío, si conocia á las señoras que vivian en la casa de enfrente, á lo que me respondió, que no habiendo querido jamás visitar á sus vecinos, no deseaba conocerlos. Yo le dije, que sin embargo habia un tesoro en ella, pues encerraba en sí la mujer mas hermosa del mundo. Así será, me dijo; pero a mí nada me importa eso. Si vd., querido tío, me quisiera, repliqué yo, me llevaria á verla. No, sobrino mio, me dijo; hasta ahora he cuidado de tí, y no me pesa, pues siempre me has obedecido. Creeme, no vayas allá, yo tengo mis motivos para hablarte de esta suerte. Dicho esto, se retiró dejándome solo.



Causáronme sentimiento sus palabras ; pero vencíendome el amor , al dia siguiente fuí como vecino á visitar á los padres de la señorita , á quien habia visto el dia antes. Recibiéronme con grandísimo agasajo , y noté que al verme su hija , se habia puesto en extremo colorada ; y por mi parte creo no estaba muy tranquilo , pues sentí extenderse por todo mi cuerpo un ardor que hasta entonces no habia experimentado. El padre y la madre de doña Sofía , que así se llamaba aquella doncella , sabiendo que yo era el sobrino de don Lope de la Crusca , me dieron algunas leves quejas de haber estado hasta entonces sin pasar á verlos. Yo me disculpé lo mejor que pude , y les dije que mi tio era un hombre tan extraordinario , que no visitaba á nadie ; que por mi parte estaba enfadado contra mí mismo de no haberles hecho antes mi visita , y que podian contar conmigo en adelante una vez que me daban su permiso. Mientras yo hablaba , no cesaba de mirarme doña Sofía , de manera que salí de allí el hombre mas apasionado que puede pensarse. Continué mis visitas por espacio de seis meses cabales. No habia felicidad comparable con la mia ; amaba y era amado. En este estado tomé la determinacion de pedir á doña Sofía en casamiento á sus padres , los cuales me la concedieron sin detenerse , con tal que consintiera en ello mi tio , pues de lo contrario revocaban su palabra , atendiendo á que yo no podia esperar bienes algunos sino de mi tio. Fuí á dar parte de mi dicha á doña Sofía , la cual volvió á ponerse colorada ; y sus ojos me manifestaron que yo no la desagradaba para esposo. Puso fin á nuestra conversacion la entrada de sus padres , y yo me fuí á casa de mi tio ; y echándome á sus pies le confesé , que no obstante su prohibicion , habia ido á visitar á doña Sofía , de la que estaba ciegamente enamorado ; y que sus padres venian en dármele por esposa , siempre que él no se opusiese á mi felicidad. Sobrino mio , me dijo , yo no tengo ningun reparo ; casate con esa á quien quieres ; consiento en ello. Sé que hace seis meses que la visitas diariamente ; nunca te he hablado de ello ; tú me lo declaras ahora , sé dichoso ; pero mientras yo viva , no aguardes de mí



bienes ningunos. ¡Oh tío! exclamé yo; vuestro consentimiento me basta, y prefiero á doña Sofía á cuantas riquezas tiene el mundo. Al día siguiente noticié á mi novia la respuesta de mi tío, y ella la comunicó á sus padres, los cuales fueron inmediatamente á ver á don Lope con ánimo de arreglar las capitulaciones del casamiento. Dejéronme con su hija, y fueron á casa de mi tío, quien por su parte se quedó muy suspenso de su visita. Dejólos hablar cuanto quisieron, y respondió, que admitía con mucho gusto la honra que me hacían; pero que yo no tenía nada que esperar mientras él viviese, pues tal era su intención. Aunque le hicieron presente que yo no merecía semejante trato, aquel viejo implacable no quiso ceder, y les volvió las espaldas. Los padres de doña Sofía ofendidos gravemente de esto, vinieron á su casa, y me dijeron que, no queriendo mi tío hacer cosa ninguna por mí, me suplicaban no pusiese mas los pies en ella, y que prohibían á su hija el tratarme.

Un reo, á quien le leen la sentencia de muerte, no puede quedarse mas suspenso y turbado que me quedé yo, y no volví en mí sino de allí á un gran rato; y mi tío, á quien puedo llamar cruel, tuvo la inhumanidad de dejarme solo, y marcharse á su casa de campo. Pregunté por doña Sofía, y me dijeron, que sus padres la habían enviado á un convento de Cartagena, de que era abadesa una tía suya. Luego que pude salir, tomé el camino de esta ciudad; pero me fue imposible el ver á la que yo amaba. Hallándome sin esperanza, sin recurso y sin apoyo, no quise volver á entrar por las puertas de mi tío, ni verle mas. Anduve errante dos años de ciudad en ciudad, en donde no sabiendo que hacerme, he estado sirviendo hasta que quiera el cielo sacarme de la miseria. Solo la muerte puede poner fin á mis desgracias.

A este tiempo vinieron á interrumpirnos nuestras mujeres para darnos noticias de Madrid, diciéndonos que don Lope de la Crusca había muerto, y que habiendo dejado toda su hacienda á don Carlos del Sol, su sobrino, este tenía que legitimar su persona. D. Cár-



los lloró su muerte, en lo cual manifestaba su buena índole; y como nuestras mujeres ignoraban la mutación de su estado, estaban admiradas de verle llorar; y refiriéndolas nosotros el caso, le dieron la enhorabuena de su fortuna. Al cabo de un instante exclamó don Carlos: ¡Qué dichoso voy á ser! Mi tío ya no vive. Inmediatamente escribió la novedad á los padres de doña Sofía, y mientras venia la respuesta, nos dejó para ir á recoger la herencia. Despues de habernos dado gracias y un abrazo, marchó mas enamorado que nunca. Hicimos le fuese acompañando uno de nuestros criados, el cual pasado un mes en que nada supimos, volvió á darnos cuenta de la suerte de don Carlos, que era lo primero que deseábamos saber; pero considérese cual seria nuestra admiración al oírle decir que ya no vivia. Nos refirió que estando en la casa de campo de su tío para tomar posesion de ella, habia recibido allí el aviso que le concedian á doña Sofía en casamiento; que no tenia mas que presentarse en Madrid para efectuarlo, y que habian escrito á Cartagena á fin de que se restituyese del convento. Causóle tan viva impresion esta noticia, y fué tan violenta su alegría, que despues de hacer mil demostraciones y extravagancias, causadas de su arrebatado, murió en los brazos de muchos amigos, á quienes habia dado parte de su ventura. Me enviaron, prosiguió el criado, á Madrid á dar esa triste nueva á los padres de doña Sofía, quienes escribieron al instante á la abadesa del convento en que estaba, que don Carlos acababa de morir de gozo, y que su hija podia permanecer con ella. Se supo que doña Sofía habia recibido con mucha indiferencia la noticia de que iba á casarse con don Carlos, porque gustaba bastante, decia ella, del retiro. Con todo eso, de allí á algunos dias de saber la muerte de don Carlos, la cogió un desmayo que la tuvo privada de sentido ocho dias. Tenia los ojos vueltos hácia el cielo, y se la oian decir estas palabras: ¡Oh cielos! ¿qué es esto? ¿ya no vive? y los suspiros que daba y lágrimas que vertia en abundancia, la impedian continuar. En este estado murió sin querer tomar ningun alimento.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

22



Mucho nos affligieron semejantes noticias , y no pudimos menos de compadecer con lágrimas el infortunio de don Cárlos y de doña Sofía , y lo que nos distrajo, fué la visita de mi cuñado don Gregorio y mi hermana. Estuvieron con nosotros un mes , y se lastimaron en gran manera de la historia trágica de don Cárlos de que les hicimos relacion. Nosotros les procuramos todas las diversiones de que gozabamos antes. De esta suerte manteniamos con nuestras visitas recíprocas la amistad que reinaba entre nosotros.

FIN DE LA PARTE TERCERA.



---

---

## PARTE CUARTA.

---

### CAPITULO PRIMERO.

*Don Querubin de la Ronda llega á ser despues de quince meses de casado , el marido mas infeliz. Llévale Don Gabriel robada á su mujer , y aunque don Querubin le persigue , es en vano. Conversacion que tuvo con su criado. Deja de buscar á la que huye de él , y determina marchar á Méjico.*

De esta suerte, pues, vivíamos con nuestras esposas mis cuñados y yo. Don Gregorio y don Manuel me daban cada dia alguna nueva señal de su amistad, y de mi parte yo les manifestaba la mayor atencion. Lo que hay que admirar es, que nuestras mujeres estaban tambien unidas como nosotros. Sin embargo que de tres casas no componíamos mas que una, se avenian perfectamente las mujeres unas con otras. Casi nunca tenian entre ellas un sí ni un no; y si llegaba esto á suceder, era sin enfadarse. Sus alteraciones paraban siempre en risa.

Para colmo de fortuna, el cielo nos dió bien pronto á conocer que bendecia nuestros matrimonios. Ismenia parió á los diez meses un muchacho, doña Paula una muchacha, y doña Francisca, mi hermana, dió á luz dos niños de una vez, como para reparar con este doble parto una larga esterilidad; ó si se quiere, para mostrar á Clevillente, que él solo tenia el privilegio de hacerla fecunda.

Llena de regocijo nuestra compañía por estos felices alumbramientos, los celebró con fiestas que fueron para el pueblo otros tantos dias de diversion. Finalmente, no teníamos mas que pedir. En cualquier parte que estuviésemos, reinaba siempre la alegría entre nosotros; y



bien que nuestras diversiones tuviesen en nuestra sola familia un manantial inagotable, habia asimismo muchos amigos que iban á aumentarlas y participar de ellas. Si estábamos en el alcázar de Clevillente, los hidalgos de aquellas cercanías venian á visitarnos; y cuando habitábamos en Alcaráz, la casa de don Manuel era el paraje de la concurrencia de los nobles jóvenes del pueblo, y tambien de los forasteros distinguidos que alli se hallaban.

Gozábamos de las dulzuras de la felicidad mas completa, y por lo que á mí toca, estaba contentísimo con mi suerte, experimentando en compañía de doña Paula un gozo puro é inexplicable. Yo, aunque casado, la queria mas que nunca; ¡y ojalá que mi dicha hubiese durado mas tiempo! Discurria haber llegado al término de mis desgracias; pero me engañaba, pues todavía no se habia cumplido mi destino, el cual me guardaba para otros trabajos mayores que los que habia pasado.

Entre los muchos caballeros que asistian á nuestros festejos, habia uno que decia llamarse don Gabriel de Monchique, ser del reino de Algarve, y pariente del conde de Vivallano. Viajando por España por curiosidad, se habia detenido en Alcaráz, y habiamos hecho conocimiento con él. Además de traer una comitiva de señor, le acompañaba un personal tan bello, y eran sus modales tan nobles, que no se podia presumir fuese un hombre ordinario; antes bien le hubieran tenido por un príncipe joven que recorria incógnito las provincias de la monarquía española, y no por un simple caballero. Jamás he visto sugeto que tuviese mejor presencia, ni rostro mas galan. Además de eso su ingenio correspondia con su buena cara. Agradónos por extremo á mis cuñados y á mí desde la primera vez que le vimos, y no omitimos nada para hacer amistad con él. Tuvimos gusto en presentarle á nuestras mujeres, quienes tal vez allá para sí nos censuraron de imprudentes en darlas á conocer una persona tan peligrosa. Nosotros por nuestra parte, en lugar de temer las consecuencias, nada recelamos, recibiendo con buena voluntad sus visitas á nuestro riesgo, peligro y fortuna.



En breve nos dió á conocer que habíamos metido al lobo en el redil , y por mi desgracia mi mujer fué la oveja, á quien le dió la gana de comerse. Bien observé yo que ella no le disgustaba , pero semejante advertencia no me asustó; antes bien me causó risa , y aun algunas veces daba yo por chanza la enhorabuena á doña Paula de haber cazado un tan lindo mozo , y ella me respondia en el mismo tono , que se alegraba mucho de tener un sacrificio tan precioso que hacerme. Diré además , que yo miraba el amor de Monchique como cosa de juguete , y me regocijaba interiormente de ver á un galan tan bello suspirar inútilmente , lo cual lisonjeaba mi vanidad. En una palabra , reputaba por tan honesta á la hermana de don Manuel , que no pensaba faltaria á la fidelidad ; pero yo contaba demasiado sobre su recato. El amante que habia formado el designio de seducirla , lo consiguió , valiéndose de una criada vieja , cuyo influjo en el ánimo de mi mujer era grande , y de la cual halló prontamente medio de corromper la lealtad.

Lo mas particular que hubo en este engaño , fué el haberse urdido con tanto secreto , que no tuve la menor sospecha de ello. Ya estaba mi mujer léjos de Alcaráz , cuando supe que habia desaparecido con Antonia , su criada , como tambien don Gabriel , y que verosímilmente este caballero las habia robado.

Yo no dí crédito alguno á la primer noticia que me dieron de este rapto , pues no me pareció cosa verosímil. No , no es posible , decia yo , que mi mujer , cuya virtud se ha mantenido intacta hasta ahora , empiece por dar en tal extremo. Seria , á la verdad , para principio un hecho bien extraordinario. Menos me hubiera admirado el lance , si hubiese sucedido con las mujeres de mis cuñados. Esto seria mas propio de ellas que de doña Paula , cuya vida ha sido siempre irrepreensible. Con todo eso , veo que á pesar de la buena crianza que ha tenido , acaba de cometer una accion infame. ¿Cómo ha podido ser esto? Es preciso que don Gabriel se haya valido de la fuerza para llevársela. ¿Pero con qué maña ha podido desasirla del seno de su familia y de los brazos de su esposo? ¿De qué encanto habrá usado para ejecutar



este delito sin dejar ningun rastro de él? Semejante caso me aturde.

Clevillente y Pedrilla, no sabiendo qué pensar de este suceso, no estaban menos atónitos que yo; pero no contentándonos con solo las reflexiones que acerca de ello hicimos, practicamos todos tres grandes diligencias para descubrir el camino que el robador podia haber tomado con su presa. Hicimos, tanto por el lado de Murcia como por el de Valencia, las mas esquisitas averiguaciones, pero sin sacar fruto alguno. Discurrimos que Monchique se habia encaminado á la costa de Cartagena, y embarcándose allí en un bastimento dispuesto por su orden para conducirle á Portugal con su Elena. Atúveme á esta conjetura, y determinado á seguir á este segundo París, me dispuse á ir á buscarle al reino de Algarve, donde yo me prometia encontrarle.

Don Manuel, que creia le importaba tanto como á mí el tomar satisfaccion del mal proceder de don Gabriel, queria absolutamente ir conmigo, por mas que yo le dijese para quitárselo de la cabeza, pues no deseaba sino manifestarme que un hermano como él, no sentia menos que un marido la afrenta hecha á la familia. No me costó poco trabajo el persuadirle á que dejase á mi cargo nuestra comun venganza. Rindióse no obstante á las porfiadas instancias que le hice, á lo que coadyuvaron los lloros de su esposa. Preparéme, pues, á marchar en seguimiento de Monchique; pero antes de ejecutarlo, encargué á don Manuel la crianza de mi hija y sobrina suya, y la administracion de mis bienes. Habiéndome luego provisto bien de dinero y alhajas, como quien preveía que iba á ausentarse de Alcaráz por largo tiempo, me despedí de mis cuñados y sus mujeres, derramando unos y otros copiosas lágrimas. Las mujeres especialmente se enternecieron mucho de mi partida, ya fuese esto de veras, ó ya fuese porque no hubiesen olvidado el ser buenas cómicas.

Caminé al puerto de Vera, donde me embarqué con un criado, cuyo valor y fidelidad tenia experimentado, en un navío fletado para Lagos, ciudad situada á la punta del reino de Algarve, á la orilla del mar. Al instante



que llegué, pregunté por don Gabriel de Monchique, y habiéndome dicho que allí no le conocían, fuí de ciudad en ciudad adquiriendo noticias. Anduve por Tavira, Faro, Sagres, en una palabra, por todo el reino de Algarve, sin sacar otro fruto de mis averiguaciones, que el pesar de haberlas hecho inútilmente. Estaba desesperado de no encontrar á mi enemigo, pues no respiraba sino venganza.

¡Qué baladronada! podrán exclamar aquí los lectores que tengan presente el lance de don Ambrosio de Lorca, y lo que me costó determinarme á pelear dos contra dos. Sin embargo, es constante que hubiera querido encontrar á don Gabriel para matarme con él. Es preciso, ó que yo me hubiese hecho guapo desde entonces, ó que la ofensa de mi honra me inspirase un espíritu de venganza que supliese por el valor.

Como quiera que sea, empezando ya Toston mi criado á cansarse de hacer viajes en valde, me dijo un día: señor, los dos nos fatigamos sin provecho; dejémonos de andar por Portugal detras de un hombre que puede haber tomado el camino de Flandes ó el rumbo de Italia. Fuera de eso, ¿sabeis si la dama robada merece que arriesgueis vuestra vida por ella? Yo por mí, si me dais licencia de decir lo que pienso, dudo que la pese viajar con su don Gabriel, ó para hablar con mas propiedad, con un tunante, porque, ó yo me engaño mucho, ó este galan es un segundo Guzman de Alfarache, ó cosa que se le parece. Si esto fuese así, prosiguió, ¿no hariais mucho mejor en abandonar á su mala suerte á una esposa desleal, que en querer vivir todavía con ella? Así es, le respondí, y no creas que pienso distintamente que tú. Si supiera que se habia dejado robar voluntariamente, el desprecio que concebiria contra ella, seria motivo para impedirme el buscarla mas tiempo. ¿Qué digo? En vez de andar mas en busca suya, la miraria como una infame, de la cual no me pareceria irme bastante lejos; pero no puedo considerarla tan culpada.

¡Qué preocupacion! replicó mi confidente. ¿Es posible, señor, que un sugeto de vuestra capacidad se figure que una mujer honesta no puede dejar de serlo,



cuando se ve perseguida estrechamente por un galan lindo mozo? !Qué error! Yo no juzgo tan favorablemente como vos de doña Paula, y tengo particularmente causa para dudar de su recato. Me es preciso declararos haber visto un dia á don Gabriel y á la vieja Antonia hablar á solas con misterio, y estoy cierto de que se trataba de vos en la conversacion, ó mas bien, que concertaban el modo de ejecutar el lance que tenian pensado, y finalmente que la señora estaba de acuerdo con ellos.

Este fiel criado me dijo además otras muchas cosas, y las repitió tanto, que consiguió persuadirme á que una mujer hipócrita me habia engañado. No me quedó ya ninguna duda, y pasando inmediatamente de un extremo á otro: Toston, exclamé, tú me has abierto los ojos. Cierto es que me ha engañado una fingida honestidad. Sobrado lo conozco por algunas circunstancias que me has contado. ¡Oh cielos, que ceguedad ha sido la mia! Doña Paula es una falsa, de quien no quiero acordarme sino para aborrecerla. Me alegro muchísimo, me dijo Toston, de veros pensar de ese modo. ¡El cielo sea alabado! Vamos, mi querido amo, y dejémonos de ir en busca de una persona que se ha hecho merecedora de vuestro enojo; volvámosnos á Alcaráz, en donde los señores don Manuel y don Gregorio vuestros cuñados, y lo que es mas, vuestros amigos, os ayudarán á desterrarla de la memoria.

¡Ah! Toston, le respondí, ¿qué te atreves á proponerme? Mas bien debias aconsejarme el pasar las columnas de Hércules, é ir á lo mas remoto del Africa á ocultar mi afrenta y mi nombre. Tengo una repugnancia invencible á volver á Alcaráz despues de la herida mortal que ha recibido allí mi estimacion, y mas quiero alejarme de aquel sitio para siempre, ó á lo menos por algunos años. Pues bien, replicó, ya que tan grande pena os causa el volver á ver á vuestros amigos, tomemos otro partido. Hagamos el viaje de las Indias occidentales. En vista de todas las maravillas que he oido contar de Méjico, tendria mucho gusto en que quisierais ver este pais delicioso, que merece ser preferido á todos los climas del mundo; una tierra donde reina, se-



gun dicen , una primavera continúa , donde casi no se ven enfermos , donde las entrañas de la tierra son de plata , y donde en mil parajes corren los rios por arenas de oro. Allí es , querido amo mio , adonde habeis de ir. Tú me inspiras el deseo de emprenderlo , hijo , le dije : pronto estoy ; marchemos á la nueva España ; ya está resuelto ; y me determino á hacer este viaje , el que quizá me hará olvidar mas fácilmente á la indigna hermana de don Manuel.

Asi que abracé esta determinacion , la que en la realidad era preferible á la de obstinarme en buscar á una mujer que huia de mí , marché á Cádiz , donde antes de ocho dias se presentó la ocasion de embarcarme para Méjico. Encontré un navío mercante que iba á hacerse á la vela para Veracruz , y no quise malograr esta buena proporcion.

## CAPITULO II.

*Sale de Cádiz don Querubin , y arriba á Veracruz , donde toma mulas de alquiler para ir por tierra á Méjico. De la curiosa conversacion que tuvo en la primera jornada con el arriero. Historias singulares que le contó Tobias. Lo que sabe de Méjico , le da muchas esperanzas.*

Para evitar al lector la molestia de oir el diario de mi pasaje á Indias , me contentaré con decir , que despues de haber corrido algun riesgo en el mar , llegué felizmente á San Juan de Ulúa , por otro nombre la Veracruz : y como desde esta ciudad á Méjico se va en mulas , supliqué al amo de la posada donde estaba , me buscasse un arriero de su satisfaccion. Con efecto , me presentó uno , y me dijo : caballero , aquí teneis el mejor arriero sin disputa alguna de esta tierra , el cual os dará mulas muy buenas , y tendrá particular cuidado con vuestro equipaje. Además de eso , es un mozo discreto y de buen humor , que os divertirá con sus canciones , y con la relacion de muchas historietas de que tiene atestada la memoria. ¿No es asi , Tobias ? añadió , hablando con él.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

23



Sí, señor Gutierrez, le respondió el arriero; tengo gracias á Dios una provision tan abundante de ese género, que no le faltará á este caballero desde aquí á Méjico, aunque hay ochenta leguas buenas que andar. Dos meses liace que llevé á un fraile gordo, y le conté por el camino varios casos que le hicieron reir tanto, que por poco no revienta.

Por esta respuesta juzgué, que Tobías era un charlatan, de lo que no me pesó. Podrá muchas veces aturdirme los oidos con sus canciones y cuentos; pero en recompensa me divertirá otros ratos, y aun estoy persuadido á que me contará pasajes que me alegraré saber. Toston por su parte recibió otro tanto mayor contento, cuanto esperó que un hombre de aquel carácter le ayudaria á librarme de una negra melancolía que me entraba de cuando en cuando contra mi voluntad, pues continuamente se me ponía delante la imágen de doña Paula en poder de Monchique.

Al amanecer del dia siguiente, entró Tobías segun habiamos ajustado, en el patio de la posada con cuatro mulas, una para mí, otra para él, la tercera para mi criado, y la cuarta para portear un cofre y una maleta en que iba mi equipaje. Pusímonos en camino, y apenas habiamos andado un cuarto de legua, cuando el bueno de Tobías se pone á cantar en voz gruesa, de que hubiera hecho vanidad un sochantre de catedral, varias coplas compuestas en tiempo de Cárlos V sobre la conquista de Méjico. El grande amor que yo tenia á la gloria de mi nacion, me hizo escuchar con gusto las heroicas hazañas del valeroso Hernan Cortés y de sus compañeros; pero además de que yo habia oido referir mil veces la historia increíble de esta conquista, los versos que cantaba el arriero, no hacian muy agradable la relacion al oido, pues la poesía no correspondia á la dignidad del asunto.

Despues de haber aguantado veinte coplas por el mismo tono, interrumpí al cantor que ya me fastidiaba, no obstante que las tales coplas eran bastante ridículas para divertirme. Dióme la gana por mis pecados de decirle: Tobías, veo que cantais de pasmo; pero amigo,



por esta vez basta. Ya sabeis que el señor Gutierrez, mi huésped, me ha dicho que teneis en la memoria un almacén de casos divertidos; y así, si gustais, contadnos algunos. Con muchísimo gusto, respondió, y antes diez que uno, para manifestaros que Gutierrez no os ha mentado; y aun quiero, añadió con una risa socarona, ya que os ha celebrado los pasajes que sé, empezar por el suyo que tal vez os parecerá bastante entretenido. Al mismo tiempo se puso á contar lo que sigue.

El tio Gutierrez es natural de Zamora, y habiendo hecho un viaje al reino de Portugal, se casó en él con la hija de un vecino de Santarén, moza y bonita. Al mes de casado se embarcó con ella en el puerto de Lisboa para Veracruz con ánimo de establecerse allí. Prometiéndose que en esta ciudad haria fortuna, alquiló la casa en que vive, y puso en ella una hostería. En breve echó de ver, que habia hecho un negocio muy bueno en haber ido á aquel pueblo. Su casa estaba siempre llena de gente atraida por la gracia de su mujer, y no se hablaba en la ciudad sino de la hermosa portuguesa, (porque así dieron en llamarla) y puede decirse que conquistaba la voluntad de cuantos mocitos acudian allí. Gutierrez, que era de genio celoso, se asustó al ver semejante concurso de galanes, y para esconder á su mujer de la vista de los hombres, la encerró en un cuarto, adonde la hacía llevar la comida por un esclavo negro, en quien tenia confianza. Ya podeis discurrir, que un marido que trataba de esta suerte á su mujer sin tener mas motivo para quejarse de ella que sus propios zelos, le hizo odioso á todos los que sabian su tiranía, esto es, á todo el pueblo, pues nadie habia que lo ignorase; y lastimándose cada uno de por sí de la bella portuguesa, pedia al cielo la librase prontamente de su tirano, y estos ruegos fueron oidos. El negro, que era el único que tenia licencia de entrar en el cuarto del encierro, como la oia sienpre suspirar y lamentarse, se movió á piedad; de manera que una noche la sacó del cautiverio desapareciendo con ella de Veracruz, y hasta ahora no se les ha visto ni á uno, ni á otro, ni se ha tenido noticia alguna de ellos.

:



Habiéndose detenido en este punto el arriero , se puso á reir á carcajadas á costa de Gutierrez ; y viéndome bastante serio , creyó que aquella aventura no me habia gustado ; y para alegrarme el humor , empezó á contar-nos un sueño que habia tenido últimamente un buen vecino de Vera-Cruz , cuya mujer era sumamente ahor-rativa. Ella manejaba al marido y gobernaba enteramen-te la casa : y en verdad que tenia razon , dijo el arriero , porque el tal hombre era un jugador de profesion , que asi que se veia con dinero , iba á jugarlo y perderlo , y cuando volvía á casa , no era persona humana sino un demonio , por lo que su mujer habia tomado el medio de mandar y de administrar la hacienda , lo que desempe-ñaba muy bien. Si todas las mujeres casadas imitaran este ejemplo , ¡qué de matrimonios dichosos hubiera! mas hay muchos en que si el marido es holgazan , la mujer por su parte tambien se está ociosa : ¿y en qué consi-sten las razones que dan para esto las mas de ellas? Consisten en decir , que se casan solo con el fin de ase-gurar el tener que comer , y aun se vanaglorían á las claras neciamente de ello. En este retrato vemos á mu-chas ; pero se me va la mula , dijo el arriero , y prosi-guió así : una de las prendas de que estaba adornada la que digo , era la limpieza que mantenía en su casa des-de la cueva hasta el desvan.

Una noche su marido se retiró muy tarde de la casa de juego adonde acostumbraba ir á jugar , y no teniendo un cuarto , pidió dinero á su mujer para el dia siguien-te , diciendo que lo debía , y tenia dada su palabra de ho-nor de pagárselo al que se lo habia ganado , pero la mu-jer no quiso tampoco en aquella ocasion darle nada. Viendo esto aquel hombre , se encolerizó de suerte , que cogiendo las sillas , las tiró unas sobre otras , llenó de desvergüenzas á su mujer y no cesó de darsela al diablo , de modo que creo que si el diablo se hubiese aparecido entonces por allí , le hubiera dejado cargar con su mu-jer , pues tan grande era su furia. Quería irse de casa con intencion de no volver á pisarla jamás. La mujer enseñada á aquel método de vida , no atendía mas que á disponer la cena , y dejaba á su señor marido , que gru-



ñese cuanto le diese la gana. Puesta la mesa, cenó con su mujer; y sea que se le hubiese pasado la cólera, ó que el vino disipase su ira, se quedó sosegado, y después se fue á acostar rumiando siempre como tener dinero. Durmióse ocupada la imaginacion en los proyectos que traia. La mujer que le oyó roncar, se metió tambien en la cama lo mas quedo que pudo, temiendo despertarle; pero nuestro hombre, á quien la codicia de la ganancia y la pérdida que habia experimentado, tenían acalorada la cabeza, tuvo un sueño el mas gracioso que he oido en los dias de mi vida. Voy á contarlo, y vos mismo direis que lo es. Soñó que salia muy de mañana de casa, y que no sabiendo que partido tomar, se determinó á ir á pedir prestado dinero de parte de su mujer. En el camino encontró á un hombrecillo de mala figura, corcobado, y con tres piernas, la una natural, y las dos de palo, el cual deteniéndole, le dijo: Zador (este era su nombre), ¿adónde vas tan temprano? Vengo de tu casa, y no habiéndote encontrado, me alegro muchísimo de haberte hallado, para saber si estás del mismo parecer que ayer. ¿Qué es esto? respondió Zador; ¿y quién sois vos? pues no os conozco, ni jamas os he visto. Es verdad, dijo el otro, que no me conoces; pero puedes haber oido hablar de mí, pues he hecho bastante ruido en España, y en muchas cortes extranjeras, donde luzco todavía. Yo soy el *Diablo Cojuelo*, y me llamo *Asmodeo*. ¿Con que tú eres, replicó Zador, el que tantos servicios hiciste al licenciado don Cleofas? El mismo, respondió Asmodeo; y como quiero hacerte tambien varios muy importantes, dime si quieres darme tu mujer, como hiciste ayer, dándola al Diablo. Bien merezco ser preferido, y te regalaré si me la das, un tesoro inagotable que está fuera de la ciudad, y del que sacarás cuanto oro y plata te haga falta para saciar tu vicio dominante del juego. Me parece que no tienes porque detenerte en hacer el cambio que te propongo; y como yo soy un buen Diablo, tu mujer no puede estar en mejores manos que las mias. ¡Qué! respondió Zador, espantado de lo que acababa de oir. ¿Me dareis un tesoro semejante por mi mujer? ¿Pero la conoceis bien para



hacerme igual propuesta? ; Si la conozco me preguntas! replicó el Diablo, ya se ve; daca la mano en seguridad de tu palabra: mi tesoro es tuyo, como tu mujer es mia. Bien está, dijo Zador; tuya es mi mujer, y te la doy á ese precio; no se puede adquirir un tesoro mas barato, y tal vez te la hubiera dado de balde. Con el tesoro que me regalas, encontraré no una sola. Estoy persuadido de tu generosidad, replicó el Diablo. Enséñame el tesoro, dijo Zador, y hazme ahora el único dueño de él. Pídes con razon; sígueme, le dijo Asmodeo, quien le llevó fuera de las puertas de la ciudad hasta un deleitoso é inmenso prado, cuya verde yerba hechizaba la vista. Luego que estuvieron en medio de él, hizo el Diablo parar á Zador, el cual miraba á todos lados por ver si veia su tesoro. Aqui es, le dijo Asmodeo, donde está el tesoro que te doy; todo cuanto ves cubierto de yerba, está lleno de plata y oro; pero solo por este paraje es por donde puedes sacarlo. Atiende bien, prosiguió el Diablo, á lo que voy á hacer. Bajóse este, y despues de haber arrancado muchos puñados de yerba, descubrió la tierra, ayudado de Zador que no quitaba ojo al Diablo. Hízole ver oro y plata en toda especie de monedas, y le dijo: lo que ves es tuyo, y te lo regalo. A Dios, ya no necesito de tí, y ahora voy á desembarazarte de tu mujer. Harás bien, dijo Zador; que no la encuentre yo cuando vuelva á mi casa, porque se apoderaria tambien de este tesoro. Basta, dijo Asmodeo, y voy á complacerte. Si acaso necesitas de mí, no tienes mas que llamarme tres veces echado boca abajo, diciendo: *Asmodeo, el mejor de los Diablos, ven á mí*, y al instante me verás parecer. Inmediatamente desapareció. Zador, al ver su tesoro, estaba fuera de sí de alegría; llenóse las faltriqueras de oro y plata, cargándose como un macho. Hecho esto, y temiendo que otro viesse el tesoro que poseía, tapó el agujero que el diablo habia hecho, y volvió á poner los puñados de yerba encima de la tierra para que no se conociese nada. Al tiempo de marcharse, hizo reflexion, que si volvía le costaria mucho trabajo el dar con el agujero del tesoro, lo que le inquietó tanto, que volvió allá y ya no conocia el lugar que el Diablo le habia señalado; an-



duvo mucho por el prado para volver á encontrar su tesoro , pero no pudo conseguirlo. Acordóse de lo que el Diablo le habia dicho antes de separarse de él , y asi se echó boca abajo , y por tres veces dijo : *Asmodeo , el mejor de los Diablos , ven á mí.* El diablo se le apareció al instante , y le preguntó qué queria. ¡ Ah ! respondió Zador , me hallo en una gran confusion , el prado es tan espacioso que jamás podré encontrar el tesoro que me has dado á causa de la yerba que le cubre y aun ya le he perdido. Entonces Asmodeo le llevó al paraje donde estaba el tesoro , y habiéndolo conocido , Zador manifestaba al diablo su alegría , dando varios saltos. Pero esto no basta , dijo el mismo Zador , es preciso que me enseñes como he de hacer para hallar mi tesoro. Si solo esto te inquieta , dijo Asmodeo , te voy á decir el modo mas seguro de encontrar este sitio. Mi parecer es , que hagas tus menesteres dentro del mismo agujero. Tu consejo es muy bueno , respondió Zador , y nadie se atreverá de esta suerte á meter allí la mano , y las narices todavía menos. Ya no te hago falta , le dijo Asmodeo , á Dios. Zador viéndose solo , se puso en disposicion de ejecutar el parecer del Diablo , y despues de algunos esfuerzos , depuso lo bastante para reconocer su tesoro. Ya se daba la enhorabuena de su fortuna presente , cuando sintió que le empujaban con tal fuerza , que le hicieron caer ; y el susto que recibió , le hizo despertar despavorido , pero fue mayor su espanto al oir á su mujer que le decia : ¿ Qué es lo que acabas de hacer ; miserable ? quítate , que me apestas , y no puedo aguantarlo. ¿ Pues qué , dijo Zador medio dormido , estoy en mi cama ? ¿ Y dónde quieres estar ? replicó su mujer. Soy bien desgraciado , dijo Zador , he tenido el sueño mas gustoso que jamás pueda tener hombre. Tambien es , le respondió la mujer , el de mas mal olor. Sí , le dijo Zador ; pero mira en mis bolsillos todo el dinero que poseo , y he sacado de mi tesoro. Anda , anda , dijo ella , levántate y mira la cama. Quedóse atónito en extremo al ver que lo que habia hecho en un prado para encontrar su tesoro , lo acababa de hacer en su cama.

Lo demas no me lo han contado , dijo el arriero , que



no pudiendo contenerse , empezó á dar tales carcajadas de risa que creí se ahogaba. Yo en la disposicion de ánimo en que me hallaba , no tuve gana de imitarle, pues el suceso de una mujer robada y un sueño , no eran lances bastante del caso entonces para divertirme. Toston , que adivinó por qué no me reia , y aun comprendiendo , que hubiera dado á Satanás á Tobías y sus cuentos, le dijo á este para mudar de conversacion: lo que acabais de contarnos , es bastante gracioso: pero si os parece, hablemos algo de Méjico: ya conoceis perfectamente esta gran ciudad, podeis decirnos las cosas mas notables que hay en ella. Cinco hay , respondió Tobías, que son las mujeres , los vestidos , los caballos , las calles y los coches de la nobleza , que exceden en magnificencia y en hermosura á los de todas las córtes de Europa sin exceptuar ninguna. Es verdad que para adornarlos, no escasean el oro ni la plata, y aun emplean las piedras preciosas con las mas hermosas telas de seda de la China. Las bridas de los caballos están embutidas de perlas finas , las herraduras son de plata, y al ver la arrogancia con que andan, parece pudiera decirse, que conocen la superioridad que tienen de ser los mas perfectos animales de su especie.

Hablando de las calles , continuó, casi todas son de una anchura prodigiosa , lo que es preciso en una ciudad en donde andan quince mil coches todos los dias. Y al mismo tiempo son de una riqueza admirable , de suerte que no hay pueblo en todo el mundo, en que estén con igual aseo ; y verdaderamente seria lástima lo contrario á causa de las tiendas , las cuales ofrecen á la vista de los que pasan, un aspecto de opulencia que no se encuentra fuera de allí. Las de la calle de los Plateros sin hablar de otras , estan llenas de inmensas riquezas y de obras maravillosas.

Estoy esperando, qué es lo que nos cuenta el tio Tobías acerca de las mujeres. Lo que puedo decir de ellas es ciertamente digno de oirse. Las damas de Méjico son bellas por lo general , y se visten de un modo que realza su hermosura. A fuerza de tantas piedras preciosas como llevan , relucen mas que las estrellas. ¡Qué lujo! ¡qué



magnificencia! Es menester verlas á la caída de la tarde en el campo de la Alameda, que es el paseo de los caballeros y de los principales vecinos. Allí es donde podreis hacer cargo del gasto excesivo que hacen en vestir. No obstante, por mas lindas que sean naturalmente y ricamente compuestas que vayan, lo mas que las sucede, es llevarse solo la mitad de la atención de los hombres, porque la otra mitad la emplean estos en las muchachas indianas de su comitiva, que hacen ellas ir junto á los estribos de los coches. Son tan bonitas y chuscas estas negras, que muchas veces son mas queridas que sus amas.

Eso es cuento, tío Tobías, exclamó mi criado, haciendo un gesto: hablemos de veras. ¿Cómo es creíble que agraden á nadie aquellos rostros atezados? ¿Cómo que no! le replicó muy formal el arriero: bien se conoce que venis de España, y jamás habeis visto á estas morenitas. Andad, andad, que despues de haberlas mirado con atención, no os parecerán tan asquerosas. Los caballeros, añadió, y los empleados de la audiencia las hacen mas justicia; y aun el virey las festeja, recibiendo tanto gusto S. E. de su conversacion, que los burlones dicen, que el negro es ahora su color favorito.

No pude menos de reirme de oírle decir al tío Tobías estas últimas palabras; y para moverle á que me contase cuanto sabia del conde de Velges que era entonces virey de Nueva-España, le hice muchas preguntas acerca de este señor, á las cuales respondió de un modo, por donde conocí, que los vicios y virtudes de los sugetos constituidos en empleo, no se le conceden al público. El conde de Velges, nos dijo el arriero, ama con alguna demasía el dinero, y á las negras de que he hablado. Aunque todos los años tiene cien mil ducados de sueldo, y saca por lo menos un millon de los regalos que le hacen los del pais, y de lo que comercia en España y en las Islas Filipinas, todo este dinero no basta para saciar su apetito á las riquezas. Quitado eso, es un virey cabal; y sabe mejor que sus antecesores hacer respetar las leyes y la autoridad real. Es tan riguroso, que le llaman por excelencia *el azote de los ladrones*.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

24



En realidad bien merece este título , prosiguió Tobías, por el cuidado que ha tenido y tiene todavía de limpiar de ladrones los caminos reales, porque despues que es virey , ha hecho ajusticiar mas malhechores y asesinos, que los que se han visto castigar desde que los dominios del gran Montezuma mudaron de señor. Pero es preciso no callar nada: si este caballero procede tan honradamente en su gobierno, creo aqui para entre nosotros, que contribuye un poco á ello el señor don Juan de Salcedo, primer secretario suyo , que es un sugeto de mérito , y en el cual tiene fundamento para descansar de las ocupaciones mas penosas del vireinato.

Aquí interrumpí á Tobías, para preguntarle si el don Juan de Salcedo de quien hablaba, habia estado empleado en las secretarías del duque de Cueda. Si señor, me respondió, y aun se mantendria allí todavía, si despues de la muerte de nuestro buen rey Felipe III, no hubiera sido desterrado el duque ; pero inmediatamente despues de la desgracia de este ministro , D. Juan dejó la córte por venir á Méjico á buscar al conde de Velges que es uno de sus amigos antiguos, y de quien mas bien es compañero que no secretario.

Me alegré infinito de saber por esta noticia , que tendria en Méjico quien me conociera, pues D. Juan de Salcedo era aquel mismo secretario que habia hablado en mi favor para que llevase á Nápoles pliegos importantes al duque de Nuaso , y tenia la mala costumbre de citar sobre cualquier cosa textos de autores latinos. Díjele al arriero, que yo conocia á aquel D. Juan de Salcedo , y asimismo , que podia alabarme de haber sido amigo suyo en otro tiempo. ¡Oh señor, exclamó con mucha viveza al oír esto Tobías, y qué feliz sois de tener un amigo de esa importancia! Yo no sé el motivo que os trae á Méjico , pero con cualquier mira que vengais , estad seguro de que la lograreis , pues conoceis á un sugeto que dispone de todos los empleos que el virey puede dar, y que digámoslo así , es la clavija maestra del gobierno.

Despues de haber hablado de esta suerte el arriero Tobías del conde de Velges y de su secretario , volvió á tratar sobre las bellas cosas de Méjico. Cuando hayais



visto, nos dijo, esta ciudad y sus alrededores, con-  
dreis en que si hay algun pais en el mundo que sea com-  
parable con el Paraiso terrestre; es este. La Andalucía  
y la Lombardía tan alabadas de los viajantes, no le lle-  
gan: y en seguida Tobías se nos puso á hacer una des-  
cripcion bastante curiosa, pero al mismo tiempo tan lar-  
ga, que todavía no la habia acabado, cuando llegamos á  
Jalapa, primer pueblo que se encuentra en el camino, en  
el cual hay una posada regularmente bien abastecida de  
todo género de provisiones.

### CAPITULO III.

*De la llegada de D. Querubin á Méjico. Adonde fué á  
hospedarse. Se prenda de la mujer del mesonero, aun-  
que era mulata.*

Hice noche en Jalapa, y por la mañana me despertó  
el ruido de la voz sonora de Tobías. Ya estaba en pie, y  
cantando á mas y mejor mientras aparejaba las mulas.  
Levantéme inmediatamente, y al acabar de vestirme, me  
trajeron el chocolate, y despues monté otra vez en la  
mula para continuar mi viaje.

El arriero, que era enemigo del silencio, en breve lo  
rompió. Cantó aquel dia varios romances sobre las guer-  
ras de Granada, y luego nos contó varias novelas, con  
las que tampoco me pudo hacer reir, antes bien me fasti-  
diaron de modo, que el camino me pareció mas largo de lo  
que era. Por eso no cansaré con ellas al lector, ni con las  
que nos hizo aguantar los dias siguientes. Démonos pri-  
sa por llegar á Méjico.

Al entrar en esta célebre ciudad, pregunté á Tobías, á  
qué paraje queria llevarnos. Al barrio de la nobleza, me  
respondió, á una posada en donde se hospedan comun-  
mente los caballeros que vienen de España, de la que es  
dueño un español, natural de Carmona junto á Sevilla,  
y se llama el Maestro Gerónimo Juan de Morales. Vién-  
dose pobre en su tierra, la dejó por venir á Méjico, don-  
de tiene esta posada con una indiana jóven con quien se  
ha casado, y que hace llover oro en su casa. ¡Guarda  
Pablo! exclamó Toston, dando una carcajada de risa.



Aquí no hay nada que temer, le replicó el arriero, porque Morales, lejos de parecerse á vuestro huésped de Vera-Cruz, no es nada zeloso, aunque su mujer sea de las mas graciosas. Y cuando la veais, direis que hay caras atezadas que se pueden mirar sin horror.

De ese modo, le dije al arriero, no dejarán de acudir parroquianos á su casa. No os engaÑais, me respondió, pues á ella concurren todos los dias personas decentes, mas por verla, que por otra cosa, porque los recibe con un agrado, de que quedan prendados; y las conversaciones que tienen con ella, no dejan de seguirse á veces sus ciertos regalos, lo que es muy del gusto de Morales que está hechizado de tener una mujer bonita, y de ver que la festejen.

Esta narracion me dió golpe, y movió á deseo de verme en la posada para cerciorarme de ello por mis mismos ojos, no pudiendo persuadirme á que una indiana fuese capaz de inspirar amor á un europeo; y viendo el tio Tobías la impaciencia que yo mostraba por llegar á casa de Morales, dobló el paso. Nos llevó á la calle del Aguila, donde solo viven caballeros y empleados de la audiencia. Apeámonos á la puerta de una posada que tenia por insignia un basilisco, y debajo este rótulo: *Posada del Basilisco para caballeros*. Voto á tantos, dije para mí, que esta insignia me parece harto graciosa, pues hace discurrir que se ha puesto para advertir á los forasteros, que corren riesgo en alojarse en ella; pero como consideré por muy gustoso el peligro, no me espantó. A pesar de cuanto Tobías me habia contado de la huésped, en vez de temer á este basilisco, me expuse sin reparo á sus miradas.

Sufrílas desde luego sin que me causasen impresion alguna, y antes bien diré, que su color atezado me desagradó. Con todo, en breve me acostumbré á él. ¿Qué digo? me ofuscó la vista insensiblemente con modales sencillos y del todo agradables, en términos que, al cabo de un cuarto de hora de conversacion, conocí que las voluntades estaban tan expuestas con semejantes indianas como con las hermosuras mas temibles de Madrid. Se daba un remedo á la gitanilla de quien hablé en el



primer tomo de esta historia ; digo un remedo , porque la indiana era todavía mas chusca.

Es verdad que cuando la ví, estaba vestida de un modo que daba un gran realce á sus atractivos. Llevaba un guardapiés de lienzo de la China galoneado de oro , con una cinta de color de fuego, cuyas puntas adornadas de una franja de oro , caian hasta abajo por delante y por la espalda. Encima tenia puesto un jubon del mismo lienzo con mangas anchas, bordado de seda encarnada y plata y atacado con cordones de oro. Añádase á esto un ceñidor de seda azul sembrado de piedras preciosas, un collar y brazaletes de perlas , y pendientes de diamantes finos.

Es constante que era difícil mirarla en aquel atavío sin sentir impresion , ó mas bien sin quererla. Yo pensé caer en la red , á lo menos aseguro que el primer dia no hice mas que contemplar en sus gracias, las que porfiaron toda la noche en representármeme á la imaginacion ; pero mi juicio , mas porfiado aun que su imágen , me impidió rendirme á mis tiernos impulsos. Y pues , amigo, le dije á Toston el dia siguiente , ¿qué dices de nuestra huéspedea? ¿Te ha reconciliado algo con las indianas? Enteramente , me respondió. Bien tenia razon Tobías en decirme que juzgaría de ellas distintamente que antes. Los ojos me duelen de tanto haberlos estirado ayer tarde por mirar á la mujer de Morales. ¡Qué despierta que es! No podia hartarme de estarla mirando , y se puede decir que ha mudado mi gusto de blanco en negro.

#### CAPITULO IV.

*Va don Querubin á ver el palacio del Virey , en el que encuentra á don Juan de Salcedo, quien le conoció. De lo bien que le recibió este secretario y de la primera conversacion entre ellos , de la que quedó muy pagado don Querubin.*

Era tanto lo que me punzaba el deseo de ver la ciudad y principalmente el palacio del virey , que para satisfacer mi gusto, salí por la mañana acompañado de mi criado. Morales quiso absolutamente ir conmigo , para



responder, decia él, á las preguntas que pudiera darme gana de hacerle por curiosidad, y yo me dejé dirigir por una tan buena guia. Hízome atravesar la plaza del Mercado que es el paraje mas grande de Méjico; y en uno de cuyos lados hay soportales, dentro de los cuales se ven tiendas surtidas de toda clase de mercaderías.

Como yo miraba á todas partes, advertí una casa grande, y habiendo preguntado quién vivia en ella, me respondió mi huésped que el virey, y que aquel era el palacio, tal cual Cortés le habia hecho edificar sobre las ruinas del de Motezuma. ¿Es posible, exclamé yo suspenso, que este es el palacio de que tantas veces he oido alabar la magnificencia? En todas las grandes ciudades de España hay casas igualmente hermosas: yo esperaba ver un edificio mas soberbio. Os engañais, replicó Morales; no es de este palacio del que hacen tan bellas descripciones los viajantes, sino del que quedó reducido á cenizas, y del cual se afirma que podia contarse por una nueva maravilla del mundo.

¡Qué ponderacion! exclamé otra vez. Bien creo que las paredes eran, como refieren esos caballeros, de una mampostería mezclada de jaspe y de otra piedra negra, en la que se veian vetas encarnadas, y tan resplandecientes como rubíes. Tambien creo que los techos serian de cedro y ciprés, pero no puedo dar crédito á las cosas extraordinarias que cuentan del emperador Motezuma, para divertir á la cuenta á los lectores. Dicen, por ejemplo, que tenia en su serrallo mas de dos mil mujeres, de las cuales habia siempre doscientas por lo menos en cinta á un mismo tiempo. ¡Qué decís! exclamó Toston soltando la risa: es buen exagerar. Nada os debe admirar de eso, dijo entonces Morales, pues Motezuma podia tener mas de tres mil, gozando como gozaba, del derecho de robar las hijas de los principales indios, si le gustaban.

Entretenidos en esta conversacion llegamos al palacio, á cuya puerta habia algunos soldados que dejaban pasar libremente á cualquiera. Entramos en un patio espacioso y cuadrado, para ir á tomar una escalera ancha que conducia á la habitacion del virey. Fuimos siguiendo á mu-



chos caballeros que iban á hacer la corte á S. E. Atravesamos con ellos tres ó cuatro piezas adornadas de ricos muebles , y llegamos hasta aquella en que los ayudas de cámara le estaban vistiendo. Colocámonos los tres en un rincon , desde el cual podíamos observarlo todo.

Yo me dediqué desde luego á examinar al amo , que me pareció un hombre de cincuenta años y muy grave. Llevaba el pelo echado atrás ; tenia cejas negras y muy pobladas , y un semblante agreste y terrible. Sin embargo , hice una observacion bastante particular , mientras hablaba él con los caballeros que acudian á obsequiarle ; y fué , que se sonreia de cuando en cuando ; y siempre que esto le sucedia , se volvía repentinamente tan distinto de sí propio , que parecia tener dos caras. Finalmente , cuando estaba sério daba miedo , y cuando ponía un semblante risueño , mostraba ser del todo agradable.

La conversacion que tenia con aquellos caballeros cesó , porque entró su secretario que ví era don Juan de Salcedo , mi amigo antiguo , trayendo en la mano un gran legajo de papeles. No bien le hubo visto el virey , cuando se adelantó á recibirle. Retiráronse los dos juntos á un balcon , y estuvieron hablando á solas cerca de un cuarto de hora. Entretanto advertí yo lo mismo que me habia dicho Tobías , y que manifestaba bien el influjo que Salcedo tenia en el ánimo del conde. Yo no sé de qué trataban los dos ; pero me pareció que S. E. escuchaba con gusto á su secretario , y que aplaudia lo que decia.

No quise salir de palacio sin haber saludado antes á don Juan. Con este fin fuí á la ante-cámara á esperar que saliese , muy deseoso de saber el recibimiento que me haria. Dudaba que acogiese afectuosamente á un hombre que no habia querido aprovecharse de sus favores en Madrid , y asimismo que se dignase conocerme. Con todo eso , al instante que me divisó entre la multitud , se llegó á mí , y dirigiéndome la palabra con aire risueño : Me parece que no me engaño , me dijo , vos sois don Querubin de la Ronda. Respondíle cuan grande era mi placer al ver que se acordaba tanto de mí. No os he



desterrado de mi memoria , me replicó : *tantum abest*. Por vuestra parte no debeis haber olvidado que yo os estimaba en España. Me acuerdo con gusto de aquel tiempo , y siento renacer en mí , volviéndoos á ver , la amistad que os profesaba.

Enternecido yo y reconocido al afecto que me manifestaba , quise extenderme en respuestas de agradecimiento ; pero cortándome la palabra y apartándome á un lado : don Querubin , prosiguió en voz baja , dejémonos de cumplimientos ; bien sabeis que soy un hombre sencillo , aunque he estado toda mi vida en la córte ; habladme con confianza. ¿Qué habeis venido á hacer en Méjico? Me parece que lo adivino : *Auri sacra fames* : ¿no es verdad? Confesádmelo sin temor , porque me hallo en estado de reconciliaros con la fortuna , si estais reñido con ella. Iba otra vez á abrir la boca para dar gracias al secretario de su generosidad , pero me la cerró otra vez , diciéndome : No puedo detenerme con vos mas tiempo , pues tengo asuntos urgentes que me ocuparán el resto de la mañana. Venidme á ver despues , y hablaremos despacio. *Vale*.

Dicha esta palabra latina que acompañó con un estrecho abrazo , se fué á su tarea , dejándome lleno de gozo de lo bien que me habia recibido. Todas las personas que lo presenciaron , y que miraban á Salcedo como á un segundo virey , envidiaron mi fortuna , y pensaron que yo era algun español distinguido , pues don Juan me habia hecho la honra de abrazarme. Mi huésped me dió la enhorabuena , é hizo en adelante mas caso de mí.

En cuanto á Toston , estaba fuera de sí de regocijo. Señor , me dijo , cuando estuvimos de vuelta en la posada : ¿no se alegra vd. ahora de haber venido á Indias? ¿Qué no podeis prometeros de la amistad del señor don Juan? Os podeis lisonjear de que con su valimiento.... ¿Qué esperanzas , interrumpí yo , quieres que conciba? Sabes que con los bienes que poseo , debo contentarme , y no apetecer mas. No , no , me replicó , la abundancia de haberes no daña ; fuera de eso , pensad en que teneis una hija , y que no podreis acumular sobradas riquezas para dejarla una grande herencia.



CAPITULO V.

*De la visita que hizo despues de comer á don Juan de Salcedo, y de su segunda conversacion con él. Cual fué el fruto de ella. Entra don Querubin de la Ronda por ayo de don Alejo, hijo del virey. Gozo de Toston, quando supo esta gustosa noticia.*

No falté en ir despues de medio dia al palacio del virey. Enseñáronme donde era el alojamiento del señor de Salcedo, y fuí á presentarme á la puerta, á la que estaba un ayuda de cámara, quien al instante que oyó mi nombre, me dijo con semblante respetuoso: señor, mi amo os espera en su despacho, al que voy á acompañaros. En esto me hizo pasar por cinco ó seis cuartos por lo menos á cual mas magníficos, porque la habitacion del secretario estaba tan ricamente amueblada como la del virey, y puede ser mas. En ellos habia un sin fin de pinturas de los mejores pintores de Italia, y las obras mas primorosas de pluma de Mechoacán y de pelo de conejo.

Finalmente mi guia me abrió la puerta del despacho, en que el señor don Juan estaba solo en un canapé de seda de la China. Se levantó al verme para venir á darme un abrazo, y me dijo: mi querido don Querubin, os estaba esperando con impaciencia á fin de saber de vos el motivo de vuestra venida á esta tierra, y aseguraros de nuevo, que si os hallais escaso de medios, eso no os durará mucho; en una palabra, yo me encargo de procuraros en Méjico un destino agradable. Agradezco tanto como me corresponde, le dije, vuestros favores; pero seria abusar de ellos, si os dijese que el deseo de enriquecerme es el que me ha traído á Méjico. No señor, aunque tengo un mediano pasar, estoy contento con él, y solo la curiosidad de ver la Nueva-España, es lo que me ha movido á emprender el viaje.

Vuestros pensamientos son algo demasiado filosóficos, replicó don Juan, porque el tener solo lo que basta precisamente para mantenerse, no procura una vida cómoda; y el estar sujeto á no gastar mas que cierta canti-



dad, es triste para un hombre del mundo, por poco generoso que sea. Creedme, conservad lo que poseeis, y no despreciéis los nuevos favores que la fortuna se dispone á derramar sobre vos por mi medio. Me ha ocurrido una idea, añadió, que os será de muchísimo provecho. Quiero emplearos.... No me propongais, interrumpí yo con bastante despejo, el colocarme en vuestras oficinas. Mi viveza hizo reir á Salcedo. No, no, prosiguió, bien sé que no gustais de tales empleos. Os tengo buscado otro que os convendrá mejor, y es el de ayo del jóven don Alejo, hijo único del virey. Dejadme á mí manejar este asunto. Hoy mismo hablaré á S. E., y me atreveria á responderos de que lo conseguiré.

Como yo me habia acostumbrado á vivir sin depender de nadie, y me veia en estado de no necesitar del miserable empleo de ayo, no me deslumbró el pensamiento de Salcedo; antes bien iba á decirle con lisura cuál era el mio sobre lo mismo, pero lo que añadió, me hizo callar, y pareció merecia alguna atencion. No os imaginéis, me dijo, que yo os proponga un mal partido; yo sé como vos, que en Madrid y en las demas ciudades de España no es un oficio muy bueno el de ayo, y que estos caballeros apenas ganan para mantenerse, especialmente cuando dan en la locura de querer llevar ricos vestidos. ¡No quiera Dios que yo intente procuraros aquí un puesto semejante! porque no os haría en esto un gran servicio; pero dignaos escucharme hasta el fin. Confiando á vuestra direccion la conducta de don Alejo, es mi ánimo que esteis sobre otro pie en casa del virey. Quiero que os miren como á un mentor, y os traten con distincion; en una palabra, allí sereis atendido, amado y respetado, y tendreis un gran sueldo, sin contar los provechos que yo cuidaré os toquen todos los años.

El secretario Salcedo fué tanto lo que me habló sobre ello, que me persuadió, y así le dije: no puedo resistir á ofertas tan gustosas, y lo que me place mas que todo es el ver lo mucho que os interesais por mi bien. Solo falta saber si tendré la dicha de parecer bien á S. E. Eso no lo dudo, interrumpió don Juan. El informe que



yo le daré de vos, no dejará de inclinarse á favor vuestro; y vuestra presencia no echará á perder nada. Volved, añadió, volved aquí mañana, y os presentaré á S. E. despues de comer.

Esta fué la segunda conversacion que tuve con mi amigo Salcedo, quien al dia siguiente, así que me vió, me dijo: vuestro asunto está conseguido; ya sois ayo de don Alejo. El conde de Velges os da cuarto en palacio, y mil y doscientos doblones de sueldo al año. Fuera de eso, cuando querais ir á visitar á alguno ó á pasearos, tendreis siempre coche, y dos lacayos á vuestra disposicion.

En verdad, señor don Juan, exclamé al oírle hablar de esta suerte, que estoy atónito de las pruebas de amistad que me dais. ¡Oh! no está ahí el todo, replicó; no estaré contento conmigo mismo, si redujese á eso el deseo que tengo de servirlos. Cuento con añadir cada año á vuestro sueldo dos mil ducados lo menos, que os tocarán del comercio que S. E. y yo hacemos, tanto en España, como en Filipinas, y en el cual os daré parte. ¡Eso es demasiado! le dije: ¿qué he hecho yo para merecer tantos favores, y cómo podré agradecerlos? Yo no os pido otro reconocimiento, me dijo, sino que me querais en el mismo grado que yo os quiero. Mudando en esto de conversacion, vamos, continuó, á ver á S. E. que está en su despacho, donde debe de haber dormido la siesta. Aprovechémonos de este rato.

Acompañóme inmediatamente hasta la puerta, y luego que estuvimos allí, me dijo: Aguardad aquí un poco, y luego se entró solo en aquella pieza donde estuvo cerca de un cuarto de hora, y saliendo despues me agarró de la mano y me hizo pasar adelante. El virey me miró desde los pies á la cabeza, y aquella ligera mirada me fue favorable. Yo creo, me dijo S. E. con semblante afable, que Salcedo no me ha dicho nada demas. Vuestra fisonomía confirma el elogio que de vos me ha hecho, y así pongo á vuestro cuidado á don Alejo, persuadido á que no puede estar en mejores manos. En cuanto á vuestros intereses, añadió, creo que don Juan os habrá dicho mi voluntad, y en qué términos queria yo que estuvieseis





en mi casa. Respondí á este señor , que yo pondria toda mi atencion en desempeñar el encargo con que me honraba.

Dicho esto , me retiré con mi Mecenaz , quien me llevó á la habitacion de don Alejo , al que encontramos poniendo en latin una composicion castellana á presencia de su preceptor , que era un sacerdote gallego , ya anciano. Señorito , dijo Salcedo á don Alejo , el señor es el ayo que S. E. vuestro padre , ha escogido para gobernaros en el mundo , y enseñaros á ser virtuoso: puedo aseguraros que estareis contento con él , y espero que él lo estará con vos. La única respuesta que dió don Alejo , fue el abrir bien los ojos para contemplarme. Dirigíle la palabra para moverle á hablar , y tomar el pulso á su entendimiento , que me pareció bien romo. Mientras estábamos en nuestra conversacion , su preceptor que era un hombre atestado de latin , citaba lugares de Virgilio y de Horacio ; y don Juan que no queria sino hacer otro tanto , refería tambien en abundancia pasajes de autores latinos ; y despues que los dos satisficieron este gusto , Salcedo me dijo : señor don Querubin , volved á la posada á disponer las cosas , para venir mañana á tomar posesion del empleo. Aqui encontrareis una habitacion correspondiente al puesto que habeis de ocupar. Saludé á los circunstantes , y volví al Basilisco , donde mi criado me estaba esperando con la mayor impaciencia para saber las resultas de mi visita. Toston , le dije , es preciso ir á vivir al palacio del virey , pues soy ayo de don Alejo. No bien lo acabé de decir , cuando dejándose llevar de un gozo inmoderado , empezó á saltar y brincar delante de mi como un loco. Cansado ya de este ejercicio , se paró para tomar aliento , y me dijo : Ya estamos , pues , á Dios gracias , en camino , vos para aumentar vuestra fortuna , y yo para empezar la mia , porque cuento con que lo uno es consiguiente á lo otro. Tienes razon , le respondí , amigo : si hago caudal en esta tierra , te doy mi palabra que te daré parte de él. Esta oferta renovó en Toston la gana de saltar , á cuyo tiempo , entrando Morales , preguntó de qué nacia tanta alegria. Expliquéle el motivo y le conté punto por punto las ventajas anejas á



mi empleo , de lo que se quedó atónito; y mirándome ya como un alto y poderoso señor, me suplicó le concediese mi proteccion. Lo mas gracioso del caso fue , que yo se lo concedí con aire de gravedad , protestándole sinceramente el servirle si se presentaba la ocasion. Al dia siguiente, despues de haber encargado á Toston hiciese llevar mi equipaje á mi nueva vivienda, me despedí de mi bella posadera , la que me pareció estaba algo sentida de nuestra separacion , aunque no tenia gran motivo para ello , pues en mí no perdía sino á un hombre , que no queria rendir obsequios á sus atractivos.

### CAPITULO VI.

*Don Querubin, ayo de don Alejo de Gelves hijo único del virey, hace una visita á la vireina. Conversacion que tuvo con el preceptor de don Alejo. Retrato de este último.*

Volví á palacio , donde fuí desde luego á buscar á Salcedo , quien para darme la posesion de mi empleo , me llevó él mismo á mi alojamiento , el cual se componia de tres piezas pequeñas á un piso , muebladas muy decentemente, y de otro cuarto para dormir mi criado. No estareis mal alojado, como veis, me dijo don Juan , y comereis con el doctor don Gaspar de Aldaña , preceptor de don Alejo, si gustais mas de eso que de comer solo en vuestra habitacion. Este doctor es un eclesiástico de bonísimo carácter, que no carece de talento , y habla latin que es una maravilla. Respondí que me alegraría mucho de comer y cenar con un compañero semejante , y así quedó dispuesto.

La primera diligencia que creí me correspondia hacer para cumplir con mi obligacion , fué el ir á saludar á la vireina, á lo cual me acompañó Salcedo. Yo aguardaba á que me recibiera con semblante altivo , imaginándome que la condesa era una mujer orgullosa , y pagada de su grandeza. Pues no fué así; antes bien la buena señora me recibió con tanto mayor agrado , quanto don Juan la habia hecho ya un grandioso elogio de mi mérito. Hízome muchas preguntas, á fin de colegir de mis respues-



tas, si la habian exagerado mi entendimiento; pero fue tal mi fortuna, que la gustó tanto mi conversacion, que dijo en mi presencia á Salcedo: agradezcoos, don Juan, el haber hecho tan buena eleccion. Este caballero me parece apto para educar á un señorito. Esta es la persona que se necesita para pulir á mi hijo, el que confieso tiene poca disposicion para llegar á ser un caballero perfecto. Eso lo hará el tiempo, señora, dijo entonces don Juan, pues con ayuda de un buen ayo, la comprension tardía de don Alejo irá poco á poco adelantando.

Acabada la conversacion con la vireina, pasé á estar con don Alejo, con quien tuve otra que me dió pesadumbre. Advertí tenía que hacer con un discípulo que me daría mucho que trabajar, con uno de los mas lerdos, con un pedazo de palo. Manifesté mi pesar al doctor Aldaña, quien, á mi entender, lo sentia tanto como yo, aunque me pareció habia tomado el partido de conformarse. Convengo, me dijo, en que es sensible así para vos como para mí, el tener un discípulo tonto, porque don Alejo lo es de veras. Ya ha cumplido quince años, y aun no sabe hacer por sí solo una oracion primera de activa, sin embargo de que en los diez y ocho meses que hace que soy su maestro, he sudado gotas de sangre para enseñarle la gramática. Cansado de machacar en hierro frio, he perdido algunas veces la paciencia, y pedido mi licencia al señor conde; pero nunca ha querido darme: señor doctor, me ha dicho siempre, os suplico no desampareis á mi hijo; bien veo que no es culpa vuestra si hasta ahora no se ha aprovechado de vuestras lecciones: no importa, continuad; á fuerza de oir repetir unas mismas cosas, podrá bien retener alguna, y con esto tendrá bastante, porque no es mi ánimo que sea ningun sabio. Por obedecer á S. E. prosiguió el doctor, me mantengo aquí, y sigo siempre mi camino. Le dicto á mi señorito pasajes latinos para que los traduzca en castellano, ó bien composiciones en este idioma para que las vierta en latin; pero uno y otro lo hace como Dios quiere.

Entretanto como regaladamente en esta casa; me pagan puntualmente el sueldo que es bastante bueno; y



quizá al fin pillaré algun buen beneficio, porque cuando uno sirve á grandes, no siempre sale mal recompensado. Seguid mi ejemplo, señor don Querubin, prosiguió: ¿y para qué tomar las cosas tan á pechos? Acompañad por ahí á don Alejo, reprendedle cuando haga alguna mala accion ó diga algun disparate, y reios de lo demás. Si nuestro discípulo es un bestia naturalmente, nosotros no podemos remediarlo. Mirad los otros maestros que tiene: ¿han adelantado acaso mas que nosotros? No por cierto; el uno no puede hacerle aprender la música, ni el otro las reglas del baile, aunque ya van quince meses que le están enseñando. ¿Y pensais que esto les afflige? Nada. Le dan la leccion á salga lo que saliere, y maman la cabra.

De este modo me exhortaba el gallego á que me consolase de la rudeza de don Alejo, y con efecto yo conocia que llevaba razon. Empecé, pues, á ejercer mi ministerio para los efectos que hubiese lugar. Me dediqué ante todas cosas á ganarle la voluntad con modos suaves y persuasivos, y lo conseguí en pocos dias. Es verdad que le tenia conversaciones mas propias para divertirle que para doctrinarle, temiendo que la enseñanza le disgustase.

## CAPÍTULO VII.

*Va don Querubin á pasearse con su discípulo al campo llamado la Alameda, que es el principal paseo de Méjico. Cosas que allí notó, y la grande admiración que le causaron. Suceso trágico que presenció.*

Tres días estuve sin salir de casa, ocupado en arreglar mi habitacion; pero el cuarto, á eso de las cinco de la tarde, entré en un coche magnífico con don Alejo, y fuimos al paseo de la Alameda, causándome gran diversion el verlo, despues de lo que acerca de él me habia contado el arriero Tobías. Es un campo muy espacioso, en el que hay un gran número de calles de árboles, por las que se puede andar sin que incomode el sol. La plaza de Zocodover de Toledo y aun el Prado mismo de Madrid no llegan á aquel paseo, el cual ofrece una vista que encanta. Acuden á él infinitos coches, llenos de caballeros, de



ciudadanos y de damas de todas clases. Los caballeros, principalmente aquellos que, segun ellos dicen, descien- den de los capitanes de Cortés, llevan por lo regular unos trenes soberbios, y en su seguimiento esclavos ne- gros, vestidos de ricas libreas con medias de seda y la- zos de pedrería en los zapatos. Fuera de eso estos esclavos traen espada, de modo que sus orgullosos amos pueden alabarse de tener guardias como los reyes.

Las señoras se pasean con igual pompa que los hom- bres. Hacen ir á los estribos de los coches su acompa- ñamiento, que se compone de aquellas graciosas negras de que ya he hecho mencion, las cuales visten de mane- ra, que usurpan muchas veces á sus amas la atencion de los hombres, no obstante que estas nada omiten por pa- recer hermosas. Realzan su adorno con todo lo que pue- den tomar del arte, y usan de piedras preciosas, ponién- doselas á la moda mas graciosa de América.

A cualquier lado que volvia los ojos, no veia sino per- las y diamantes que las sentaban tan bien á las damas, que me parecian todas á cual mas hermosas. ¿Dónde es- toy? decia yo para mí: al ver tantos objetos hechiceros, poco me falta para creer, que me hallo en el paraiso de Mahoma.

Con efecto, yo estaba deslumbrado con las brillantes hermosuras que por todas partes se me ofrecian á la vis- ta, pero ninguna de estas damas hacía en mí mas impre- sion una que otra, pues al punto que veia á alguna que me suspendia, otra que pasaba, me llevaba la atencion, y así ví sin riesgo muchas caras, que vistas cada una de por sí, las hubiera temido.

Pero el placer que yo recibía de mirar á derecha é iz- quierda, vino á turbarlo un suceso que acontece harto comunmente en aquel paseo, donde no pudiendo los amantes zelosos aguantar que sus competidores hablen con sus queridas, ni tampoco que se acerquen demasia- do á ellas, los acometen con puñal ó espada. A doscien- tos ó trescientos pasos de mí, advertí que al lado de un estribo de un coche, estaban riñendo con tal corage dos caballeros, que de allí á poco cayó muerto uno de ellos. Inmediatamente ví desnudar veinte espadas, unas en



venganza del vencido , y otras en defensa del vencedor. Los amigos de este último fueron los mas fuertes , y así le libertaron de las manos de sus enemigos , y lo condujeron á la iglesia mas cercana para que le sirviese de asilo.

Despues de haber presenciado este triste lance , seguí paseándome y mirando á las dâmas , hasta que la noche vino á esconder de la vista su gracia y hermosura. Volví con mi discípulo á palacio , muy ocupado el pensamiento de lo que habia visto , y sin poder admirar bastante la magnificencia de los moradores de Méjico. Cuando los ponía en paralelo con los de Madrid , estos últimos nada ganaban en la comparacion.

### CAPITULO VIII.

*De qué modo logró tener entendimiento don Alejo. Conversacion de don Querubin con su criado. Admirase de lo que le cuentan de su discípulo. Consejos prudentes que da á Toston , de los cuales se aprovecha este.*

En medio de ser negado mi discípulo , era dócil y obediente. Si no hacia bien lo que yo queria , procuraba á lo menos desempeñarlo bien , de modo que su buena voluntad suplió poco á poco por el talento que le faltaba. Al cabo de nueve ó diez meses , el conde su padre , notando en él una mudanza que á mí mismo me paró , me dió la enhorabuena , como tambien la condesa. *Macte animo* , me dijo una mañana mi amigo el secretario ; á todos teneis muy contentos : *Perge* , y no os dé pena lo demas , porque eso me toca á mí.

Ufano de un principio tan venturoso , me dediqué mas que nunca á la enseñanza de mi discípulo ; y ayudándome á ello los demas maestros , cada uno por su parte , sacamos en menos de dos años un caballero que podia igualarse con el mejor. Sabia presentarse con garbo , y seguir una conversacion en el estilo de las concurrencias de forma de Méjico. Ello fué una verdadera trasformacion , con la que gané mucho crédito , y lo mismo el doctor Aldaña , el cual á fuerza de machacarle á don Ale-



jo unas mismas cosas , habia en fin llegado á conseguir el encajarle algo de latin en la cabeza.

Estábamos satisfecho uno y otro del feliz fruto de nuestro trabajo; mas con todo , por mucho motivo que tuviésemos de alabarnos de haber desbastado á nuestro discípulo , no se si Toston tuvo en ello la mayor parte: á lo menos contribuyó á este fin tanto como nosotros, segun me manifestó un dia que yo me preciaba delante de él de haber sacado de mi discipulo un gran mozo. Señor , me dijo él sonriendo socarronamente , sin duda que sois digno de aplausos , y no tendria razon para negarlos ; pero si me dais licencia , os diré que el señor doctor Aldaña , y vos , no podeis llevaros la palma , pues yo he trabajado en lo mismo , ó por mejor decir , sabed que yo soy quien he limado á nuestro señorito, ó si que-reis que os lo diga en una palabra , esta obra es un prodigio del amor.

Háblame , le dije , con mas claridad , explícate. Asi lo haré en pocas palabras. Entre las criadas de la vireina hay una criolla de diez y siete años , discreta y hermosa. Esta personita es la causa principal de la trasformacion de que os atribuís la gloria.

¿Qué es lo que dices , Toston ? exclamé. Me das una noticia que me deja suspenso sobre manera. ¡Cómo! ¿Don Alejo se ha enamorado de esa criolla? ¿la ha declarado su afecto? Por último , ¿en qué estado está con ella? Al fin de la comedia , me respondió mi criado. No puedo , le dije acelerado , recobrarne de mi espanto; cuentame , te suplico , como se ha armado este enredo. Os lo referiré puntualmente , me dijo : hacedme el favor de escucharme.

Ya sabeis , continuó , que yo hago á menudo la corte á don Alejo , y que nos tratamos con bastante familiaridad. Soy tan ayuda de cámara suyo como vuestro , y además de eso dueño de su confianza. Se ha apasionado de Blandina , la criada mas linda de la vireina. Me ha descubierto su amor , y suplicado emplee mi maña para que pueda hablar á solas con su ninfa , lo que hago por la noche tan felizmente , que ninguno sospecha la mas leve cosa. Esto es lo que tenia que contaros. Ahora pen-



sad, si son estas conversaciones nocturnas ó vuestras lecciones las que han dado entendimiento á nuestro señorito.

De este modo habló el oficioso y secreto agente don Alejo, lo que oido por mí, le dije meneando la cabeza: Señor Toston, si aguardais á que yo os alabe de haber contribuido de esa suerte á la mutacion de mi discípulo, os engañais. No quiera Dios que yo abone el medio reprobado de que os habeis valido, para quitarle su tontería, y mejor hubiera sido que la hubiese conservado siempre. Fuera de eso, ¿estais bien seguro de que no os arrepentireis de haber sido tan servicial? Ya conocéis la severidad del virey; quizá se enojará con vos de que hagais semejantes servicios á su hijo si por vuestra desgracia llega á saberlo, y á la condesa tambien podrá no parecerla bien el que corrompais á sus doncellas. Finalmente, amigo mio, tú te expones á que te encierren en un calabozo, y á mi á que me echen á la calle, para enseñarme á escoger criados menos viciosos que tú. Mira á que riesgo nos pones á los dos.

Toston me dejó decir cuanto quise, pero en vez de hacerle mella lo que yo le hacía presente, me escuchaba distraido; y luego que acabé, me respondió en estos términos sonriéndose: nada puede decirse de mas cuerdo que eso; sois un hombre lleno de prudencia, pero no sabeis el todo. Mi señora la condesa no ignora lo que pasa, y aun os diré que he manejado de orden suya esta aventura.

¡Qué oigo! exclamé al oir tales palabras. ¿Me engaños? ¿Puedo dar crédito á tu relacion? No lo dudeis, señor, replicó. Es hecho cierto. Si á veces me acontece escapárseme alguna mentira, á lo menos no es delante de vos. La vireina, prosiguió, me envió un dia á buscar, y me dijo á solas: amigo, quiero valerme de tu ministerio, pero sé callado. Observo que don Alejo ya no tiene aquella traza de simple que antes tenia; va despuntando de dia en dia. Para perfeccionarle, ya no falta mas que el que trate algo con mujeres. Me ha ocurrido un pensamiento; hazle hacer secretamente conocimiento con Blandina, que es la mas bonita y entendida



de mis criadas. Ella no dejará de infundirle cariño, el cual producirá dos buenos efectos, pues le perfeccionará, y le impedirá aficionarse á las negras como su padre, gusto aborrecible de que quisiera preservar á mi hijo, y que no puedo perdonar á los españoles. Finalmente, añadió la condesa haciendo la recatada; si te doy este encargo que quizá te parece un poco delicado, es por estar persuadida á que Blandina no corre ningun riesgo, pues es honesta, y mi hijo tan contenido, que no será capaz de asustar su honestidad.

No quise, prosiguió Toston, decirla á mi señora la condesa, que me habia anticipado á S. E., y que ya por mi mediacion las dos personas interesadas vivian en la mas dulce union. Para que ella se llevase la gloria de la empresa, la prometí poner en ejecucion su proyecto, como si estuviera por empezar. Esto es lo que ignorabais, y asi no debeis tener miedo ni por vos ni por mí. Eso no me aquieta, le dije, porque si el virey llega á saber que procuras á su hijo conversaciones con Blandina, una triste recompensa podrá tal vez ser el premio de tus servicios; y la vireina aunque cómplice, en vez de sacarte del berengenal, te dejará en él y asi reflexiona sobre ello.

Pareció importante el aviso al caballero oficioso, y queriendo aprovecharse de él, determinó medir sus pasos, de manera que pudiese sin peligro continuar sirviendo á don Alejo, lo que hizo en efecto con tanta maña y fortuna, que por espacio de dos años enteros nadie en el palacio supo cosa alguna.

## CAPITULO IX.

*Don Querubin de la Ronda nada en el oro y en la plata. Gasta su dinero en diversiones con señoras conocidas suyas. Va á ver representar una comedia. Cual era esta, é impresion que le causó.*

Por otra parte gozoso el conde de Velges de ver que su hijo se pulia sensiblemente y discurriendo que esto se me debia á mi, no sabia como pagármelo. No se contentaba, sin embargo de su avaricia, con hacer que me



satisfaciesen puntualmente mi sueldo , sino que me llenaba de regalos. Añádase á esto , que Salcedo era exactísimo en cumplir las palabras que me habia dado , de suerte que empecé á manar en doblones. Por poco inclinado que yo hubiese sido á la codicia , hubiera dado infaliblemente en ser avaro en un puesto tan lucrativo; pero no era este mi vicio , y muy lejos de atesorar , expendia mi dinero como lo ganaba.

Muchas veces gastaba yo en varias partidas de campo , y tenia diversiones para las damas con quienes habia hecho conocimiento. Iba á su casa á pasar la tarde en jugar , lo que se hace con libertad en Méjico en donde el juego es la ocupacion principal de las mujeres. En otras ocasiones las convidaba tambien á la comedia que mantenía el virey , ó por mejor decir , el público , porque la pension que S. E. daba á los cómicos era tan corta , que no hubieran podido vivir con ella. La compañía que se componia de naturales de Méjico , era bastante buena ; habia entre ellos cinco ó seis papeles excelentes , lo que es hacer un elogio de una compañía cómica , quien las mas veces no tiene sino tres que sean dignos de aplauso.

Un dia en que aquellos comediantes representaban por tercera vez una comedia nueva que habia sido muy bien recibida , fui á verla con don Juan y dos señoras conocidas suyas. Era de un autor afamado. La alababan en la ciudad , y su título era: *La Novia sonsacada*. Me dejé llevar á ella por complacencia , ó mejor diré contra mi gusto , teniendo poca curiosidad de oír lo que me parecia me daria mas pesadumbre que contento. La conexion que el título tenia con lo que á mí propio me habia sucedido , me asustaba ; y no dudaba que en esta comedia hubiese lances que hiciesen reír á costa mia.

Con todo , aunque poseido de tan justo temor , fui como uno de tantos con ánimo , pues no sabian mi historia , de no mostrar nada en el semblante , y de ser el primero que aplaudiese las expresiones burlescas que se dijese contra los maridos desdichados , pero no fue necesario mortificarme con disimular contra mi voluntad hasta aquel punto , pues sin embargo de ser come-



dia la que se representaba , no oí cosa que hiciese reir. El autor no era de aquellos que toman por modelos á los Plautos , ni á los Terencios ; antes sí , enemigo declarado de la gracia y del chiste , usando solo de suspiros y llantos en sus comedias y cargándolas de sentencias y trozos largos de moralidad puesta en verso , que agradaban infinito á mis señores los americanos.

Pero si no hirió mis oídos ninguna sátira que pudiese yo aplicarme , no por eso salí mejor librado. Como allí se hablaba del robo de una casada , se me ofreció de improviso y vivamente á la memoria el de doña Paula , el cual ya empezaba yo á olvidar , y causó en mí una alteracion inexplicable. Aunque me reprimí , é hice todos mis esfuerzos para dominar los movimientos interiores que me agitaban , me fue imposible ocultárselos á Salcedo , quien , viendo la turbacion de mi semblante , me dijo sonriéndose : ¡ola , ola! parece que la comedia os hace impresion. Tanta , le respondí , poniéndome colorado , que no puede ser mas. ¡Qué bien posee su autor el arte de mover los afectos! pero tambien es menester confesar , que los actores son admirables. Me embelesa principalmente el que hace el papel de marido , porque representa con tal propiedad á un tierno esposo , al cual han robado su mujer , que me comunica su pena ; y poniéndome yo en su lugar , me imagino que me han llevado la mia á quien yo amaba , y padezco igual sentimiento que él.

Esta respuesta excitó la risa en el secretario y en las dos señoras que habian ido en nuestra compañía ; y todos tres se burlaron de mi excesiva sensibilidad. Yo dejé que se divirtiesen á mi costa cuanto les dió la gana , queriendo mas aguantar sus chanzas , que contarles lo que me alegraba mucho ignorasen. Recobrado mi espíritu de la agitacion que habia padecido , le dije á Salcedo , luego de acabada la funcion : me ha gustado el desenlace de la comedia. El marido , en vez de desesperarse totalmente , como creí desde luego que iba á hacerlo , toma el partido prudente de consolarse. Hace bien , respondió don Juan , pues parece que la mujer está de acuerdo con su robador. Si igual desgracia me aconte-



ciese, os aseguro no seria tan majadero que me dejase morir de pesadumbre de la ausencia de una mujer que me hubiese sido desleal.

Como mi modo de pensar en el asunto era conforme con el de Salcedo, la impresion que acababa de causarme la *Novia sonsacada*, se me borró en breve de la imaginacion, ó por mejor decir, me aproveché de esta comedia, siguiendo la opinion del marido, y resolviéndome de nuevo á olvidar á doña Paula.

### CAPITULO X.

*Del mayor apuro en que se vió jamás D. Querubin, y cómo salió de él. Salcedo le propone su hija en casamiento, y él no lo admite. Admiracion de su amigo.*

En aquel tiempo Salcedo que era viudo algunos años habia, sacó á Blanca su hija del convento donde la puso á su llegada á Méjico. Como esta ya tenia diez y ocho años, pensaba en casarla; pero queria antes, que tomase un poco el aire del mundo. Era pequeña, despierta, de muy lindo parecer, y manifestaba bastante comprension para que se juzgase que con el tiempo llegaria á tener mucha.

Para contribuir por mi parte á su enseñanza, ó mas bien para obsequiar á su padre que me rogaba la visitase y conversase con ella lo mas á menudo que pudiese, no dejé pasar un dia sin hacerlo así, dándola en mis conversaciones lecciones de virtud, mezcladas de expresiones divertidas para que no la fuesen molestas.

Las cosas no podian ir mejor, pero ocurrió un acaso que lo echó todo á perder. El preceptor no pudo resistirse á amar á su discípula, aunque luego que conocí mi afecto á ella, me le reprendí: ¿qué intentas hacer? me dije á mí mismo: ¿con que para agradecer á D. Juan los favores que te hace, quieres seducir á su hija? No contento con desaprobar una inclinacion tan desatinada, quise batallar con ella para vencerla, lo que hice desde luego; pero en vano, porque siguiendo en visitar á Blanca, su vista desbarataba mis reflexiones de tal manera, que me ví precisado á usar del remedio que Ovidio nos



aconseja se tome en semejante caso, esto es, de la ausencia.

Dejé, pues, de visitar con tanta frecuencia á la señorita, y aun cuando iba á verla, duraba poco la conversacion. Sentida de la mudanza que notaba en mi modo de proceder, me dijo un dia: yo os enfado, bien lo veo: vos me mirais como á una niña que no es digna de divertirlos. Yo no sabia qué responderla, no pudiendo resolverme á declararla la causa que lo motivaba, temiendo que la disculpa me hiciese mas reo.

Finalmente, echando de ver Blanca que cada dia ponía yo mas cuidado en huir de ella, dió las quejas á su padre, quien no dejó de censurármelo. ¡Cómo es eso me dijo sonriéndose, que Blanca se queja de su maestro! ¿Os cansais de enseñarla? ¿Es posible que conforme va creciendo, os agrada menos su compañía? Es cosa que me admira. Con efecto, seria muy de extrañar, le respondí en igual tono; ¿pero no puede al contrario suceder el que la suspension de mis lecciones nazca del peligro grande á que me exponga su presencia? ¡Ojalá Dios! replicó D. Juan, que tal fuese la causa de desamparar á vuestra discípula. ¿Pues qué otra sino esa, le repliqué, pudiera privarme de ver á la amable doña Blanca? Si señor, si huyo de ella, es porque corro riesgo en mirarla. En vista de una declaracion á que me habeis precisado, creo alabareis mi cuidado en oponerme en su principio á un amor que pudiera, aumentándose, hacerme perder vuestra amistad.

Salcedo se sonrió de oirme, no obstante que yo discurría que mis palabras eran muy propias para que se pusiese sério conmigo. Don Querubin, me dijo, eso es hacer demasiada desconfianza de vuestra honestidad; fiad mas en ella y seguid las lecciones. Volved á visitar todos los dias á mi hija, pues no os creo capaz de abusar del permiso que os doy de conversar con ella. Sobre este punto no tengo el mas leve recelo, y no quiero deciros mas.

Esto último me dió mucho en que cavilar. ¿Qué intencion llevará Salcedo? dije para mí, así que me separé de él. ¿Si querrá casarme con Blanca? Eso significa, á mi



entender, la última expresion que acaba de soltar. ¿Llegará á tanto conmigo su amistad, que quiera darme una prueba semejante de ella? pero es locura en mí el pensar de tal modo. Sus grandes riquezas le harán poner la mira en cosa mas alta; y su hija única no está destinada para un hombre como yo. Sin embargo, sea el que fuere el fin que tenga en querer que vuelva yo á visitar á Blanca, es preciso contentarle.

Determiné, pues, obedecerle; pero con el firme propósito de estar alerta contra los atractivos de su hija, propósito que era mas fácil de hacer que de cumplir, porque cada dia se hacia mas temible mi discípula, la cual, como sabia lo mucho que me queria su padre, me recibia con tal familiaridad y agasajo, que tanto tenia yo que temer de las muestras de amistad que me daba, como del poder de sus ojos. Yo me hallaba en una situacion enteramente embarazosa.

Mi confusion se aumentó con decirme despues don Juan: ya es tiempo D. Querubin, que os comunique un pensamiento que tengo, por el que conoceréis todo el cariño que os profeso. Mi hija es ya *matura viro*, y vos sois á quien he escogido para yerno mio.

No pude menos de turbarme al oir pronunciar estas palabras, lo que Salcedo creyó nacia de alegría, y en esta equivocada inteligencia me dijo: sí, mi querido D. Querubin, yo tengo sumo gusto en aliar vuestra suerte con la de mi hija para uniros todavía mas estrechamente conmigo, y dicho esto, me dió un abrazo que me atravesó el corazon. La pena que sentí entonces de no poder ser su yerno, me hizo prorumpir en un triste suspiro, cuya causa tampoco supo conocer, imaginándose que Blanca no me gustaba, y finalmente, que yo repugnaba casarme con ella. Resintióse vivamente de ello, y mostrándome en sus ojos su enfado, me dijo en tono irónico: señor bachiller, siento que mi hija no haya podido hallar entrada en vuestro corazon; vos solamente quereis las hermosuras visabuelas; y asi para agradaros se necesita una doña Luisa de Padilla.

Al oir esta expresion picante, miré á D. Juan con semblante tan afligido, que juzgando este secretario que me



sucedía entonces alguna cosa extraordinaria, se puso á examíname atentamente. ¡Ah! señor, le dije, ¿juzgais que no conozco lo mucho que vale la honra que quereis hacerme? Pensad mejor de mí. Es cierto que el casamiento con doña Blanca me sería gustosísimo; pero la lástima es que me está prohibido, pues estoy casado. ¡Vos casado! exclamó admirado Salcedo. ¿Por qué no me lo habeis dicho? Si os lo he callado, le respondí, es porque hablandoos de mi matrimonio, me hubiera sido preciso contaros la desgracia que me sucedió poco despues de él, la que quisiera sepultar en un eterno silencio. Pues no me oculteis mas esta desgracia, replicó, que quizá os ayudaré yo á remediarla. Ya que es forzoso revelaros este secreto, repliqué, perdonadme de no habéroslo dicho antes. En esto le confié enteramente el suceso, y noté que al oirlo se compadecía de mis trabajos.

D. Querubin, me dijo luego que acabé, lo que me habeis contado me aflige entrañablemente. Ya no me admiro de que os turbárais tanto al ver representar la *No-  
via sonsacada*, la cual comedia os renovó la memoria de vuestra desventura; pero desechad del ánimo esas melancólicas imágenes. Respecto á mi hija, no se hable mas de ello; dejando de visitarla, pronto se os acabará el amor. Muchísima complacencia hubiera tenido en ser vuestro suegro, como lo sería infaliblemente, á no haber la suerte puesto un obstáculo invencible; y así contentémonos con vivir unidos con los lazos de la mas tierna amistad.

## CAPITULO XI.

*Historia de D. Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Parecer de D. Querubin que agrada á don Andrés, quien se determina á seguirle.*

Para olvidar mas fácilmente á la hija de Salcedo, me dediqué como nunca, á obsequiar á las damas mas lindas de Méjico. Tambien trataba con varios caballeritos; y todos los dias los destinábamos á alguna diversion. Tomé estrecho conocimiento con diferentes sugetos, y entre ellos con D. Andrés de Alvarado, viznieto de aquel fa-



moso Alvarado , de quien hace una mencion tan honorífica la historia de la conquista de Méjico , y nos hicimos muy amigos.

Habiendo ido un dia á verle , le hallé tendido en su cuarto en un canapé de seda de la China , y tan pensativo que entré sin que me sintiese. Estuve un poco delante de él; pero le tenian tan absorto sus pensamientos , que no me veía , y discurriendo estar solo , pronunciaba en voz alta estas palabras : sí , yo creo que aquella criatura me ha de hacer perder el juicio. Dicho esto , volvió en sí de su distraccion , y se puso á reir al verme. ¡Oh amigo! me dijo , ¿ahí estais? me hallais sepultado en mis reflexiones ; y pues me habeis oido , no os callaré lo que me pasa. Yo amo , ó por mejor decir , adoro á una dama , que no correspondiendo á mi cariño , me tiene fuera de mí.

¿Y quién es esa cruel , le dije , esa ingrata de quien os quejais ? Es , me respondió , doña Cintia de la Carrera , hija de D. Joaquin de la Carrera , oidor de la audiencia. Vos nunca la habeis visto , y es un nuevo conocimiento que he hecho por mi desgracia. Es una dama hermosa por extremo ; pero no tengo esperanza de agradarla , porque la pretenden D. Bernardo de Orozco y D. Julian de Mortara , que son dos caballeros jóvenes que se merecen mucho.

Ya os entiendo , le dije , amigo , estos competidores os dan pesadumbre , y su pretension os asusta. Poquísimo , replicó ; aunque son tan temibles , no los temo tanto á ellos como el genio extraño de Cintia , que es tan altiva y desdeñosa , que cree no hay hombre en el mundo que sea digno de su atencion. Se pone hecha una fiera cuando la hablan de amor. D. Joaquin , su padre , que quisiera casarla pero no obligarla á ello , la ve tan contraria á su intencion , que no se atreve ya á instarla en el asunto. ¿Podreis creer que en el cuarto de esta inhumana todo anuncia que es enemiga del amor ? En él no vereis sino pinturas de mujeres á quienes este Dios no pudo vencer. Una es Dafne que huye de las caricias de Apolo ; otra Aretusa que mas quiso ser convertida en fuente , que rendirse al amor de Alfeo ; en una palabra , cuantos cua-

:



dros se ofrecen allí á la vista , manifiestan que desdeña á los hombres.

Ahí me haceis , le dije , el retrato de una dama muy extraordinaria , porque me admira bastante el saber que la haya de semejante genio en Méjico , donde las mujeres son naturalmente menos crueles que en ningun paraje del mundo. ¿Con qué segun parece , recibió muy mal el que la declaraseis vuestra pasion? Todavía no se la he declarado , me respondió , y aqui entre nosotros no sé lo que he de hacer. Si rompo el silencio , me tapará la boca con palabras llenas de altivez , y si doy en callar , se mantendrá siempre incierta mi suerte.

Ya veis cuan perplejo me hallo , prosiguió don Andrés : si estuviérais en mi lugar , ¿qué hariais ? Daria en un extremo , le respondí , pues en vez de incensar al ídolo y alimentar su soberbia con palabras alhagüeñas y atenciones presurosas , procuraria vencer su orgullo con una indiferencia fingida , usaria del desden contra el desden , mostraria mayor aversion de la que ella manifestase al tierno vinculo del matrimonio. Asi es como me manejaría con una persona de genio tan particular. ¿Que decis de mi modo de pensar? puede ser que os parezca extravagante. No lo creais , exclamó don Andrés , antes bien le apruebo en gran manera , y en prueba de ello hago ánimo de representar este papel con Cintia. Me parece que no lo desempeñaré mal , aunque me abraso en el mas vivo fuego de ella. Veremos lo que da de sí este ardid. Iré hoy á verla , y mañana os contaré lo que haya pasado entre nosotros.

Dicho esto nos despedimos , y al dia siguiente vino muy de madrugada Alvarado á buscarme. Tan impaciente estaba yo por saber lo que habia hecho , como él de contármelo. D. Querubin , me dijo con semblante alegre , muchísimo me engañaré , si no sale bien nuestra stratagema. Ayer , entrando en casa de Cintia , encontré á Laura su criada , á quien yo he sabido ganar en mi favor : confiéla nuestro pensamiento , y la dije el papel que yo queria hacer con su ama , lo que la ha parecido la idea mas ingeniosa que pueda discurrirse ; y no contenta con aplaudir mi designio , me ha pro-



metido ayudarme en él, promesa de que hago gran caudal, pues es una muchacha de entendimiento, y que puede servirme. Pero, le dije yo á don Andrés, ¿no visteis ayer á Cintia? ¿no la hablasteis? Si la hablé, me respondió: entré en su cuarto donde estaba con algunas señoras amigas suyas y don Bernardo de Orozco. Mezcléme en la conversacion, que era acerca del matrimonio. D. Bernardo alababa las conveniencias de este estado, y hacia consistir la felicidad de la vida en la union de dos casados que se quieren bien; pero la hija de don Joaquin defendia al contrario, que no habia condicion mas infeliz que la de dos personas sujetas al yugo de himenéo. Del parecer de esta señora soy yo, exclamé al oirla, pues no creo, añadí, que haya una suerte mas desdichada que la de dos esposos; y asi desde que tengo uso de razon, miro con horror el casamiento, como igualmente el amor, siendo esta peligrosa pasion la que nos conduce muchas veces á casarnos.

Los circunstantes se echaron todos á reir al oirme explicar en aquellos términos. ¿Con qué, señor don Andrés, me dijo una señora, sepamos que sois enemigo declarado de nuestro sexo? No señora, la respondí: no me hagais mas culpado de lo que soy. ¡No quiera Dios que yo aborrezca á las mujeres! Las respeto y venero en sumo grado, que es todo lo que pueden esperar de mí, mas no quiero ni amarlas ni que me amen. Pues qué, dijo entonces la hija de don Joaquin, ¿si alguna linda dama pusiese en vos los ojos, podia correr riesgo de dar con un ingrato? Si señora, no lo dudeis: tendria el disgusto de amar sin ser correspondida, aunque fuese tan amable como lo sois vos.

Volvieron las señoras á reirse de oirme estas expresiones que yo dije con mucha seriedad, y las cuales me pareció habian causado alguna turbacion en Cintia. Señoras, dijo esta, dirigiendo la palabra á sus amigas: ya ven vds. que Alvarado no quiere engañarnos una vez que nos confiesa su sentir en términos tan claros. Don Andrés; exclamó otra señora que hasta entonces habia estado callando: poneos de acuerdo con vos mismo.



Os han visto hacer varios festejos para divertir á las damas, lo cual supone, que no sois tan insensible á sus atractivos como decis. Esto no prueba, señora, la respondí, que yo las quiera; y solo sí manifiesta que soy atento con ellas, como todo caballero ha de serlo. No lo niego, pero miro á las mujeres sin dejarme cautivar de ellas, y no tengo deseo alguno de que me quieran.

Esto es lo que pasó ayer en casa de la hija de don Joaquin, prosiguió don Andrés de Alvarado, y para deciros lo que pienso, creí advertir en los ojos de Cintia un secreto despecho de dar con un hombre que parecia apostárselas á que no le sujetaba á su imperio. Al cabo, yo no sé si me he engañado en imaginarlo así; no quisiera asegurarlo; y quien sabe si la fingida indiferencia que muestro á esta presumida, no servirá sino para que me mire con mayor desprecio. No, amigo mio, le dije; ntes bien estoy en que para desagraviar su vanidad ofendida, querrá ver como sujetaros con sus prisiones.

## CAPITULO XII.

*Prosigue la historia de don Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Feliz éxito de los consejos de don Querubin, á quien da gracias don Andrés.*

Con efecto, habiendo ido Alvarado á buscar aquel mismo dia á Laura á una casa adonde ella le habia citado, le informó esta, que su ama habia caido en la red. No hay duda, señor don Andrés, le dijo la criada, que habeis excitado contra vos la arrogancia de la soberbia Cintia. No puede, dice, perdonaros vuestra insensibilidad, y os aviso de que está resuelta á valerse de todos los medios para vencerla. En toda la noche ha dormido, y no ha hecho sino gemir y suspirar de rabia, de ver que no temiais el poder de sus ojos; pero señora, la dije, ¿qué motivo tiene vd. de quejarse de don Andrés de Alvarado? ¿Por qué ha de llevar vd. á mal que él en su estado de hombre sea lo que vd. es en el suyo de mujer? Porque no le hagan impresion los hechizos de las damas, no es mas reprehensible, que lo



es vd. en desdeñar el afecto de los caballeros mas perfectos. No saques la cara por él, Laura, me respondió; no procures disculparle. Le aborrezco, y no estaré contenta hasta que vea caer muerta de amor á mis pies á esta fiera. Daria cuanto hay en el mundo] si fuese mio, por tener este gusto.

Ya veis por lo que acabo de decir, añadió la sirvienta, que la hija de don Joaquin se dispone á ponerlo todo en obra para apasionaros. Sirvaos esto de gobierno, y creed que podeis tener esperanza de conseguir vuestro intento, si continuais en fingir como habeis empezado. Quedaos con Dios, señor don Andrés, que voy adonde está mi ama. Volved despues á cosa de las seis, pues quizá tendré algo de nuevo que deciros. Con efecto, habiendo Alvarado ido á la hora señalada, encontró á la criada, quien le dijo: esté vd. bien alerta, porque mi ama se prepara á acometeros con sus mas poderosas armas. Como estamos en el carnaval, quiere dar mañana á la noche un sarao, en el que lo dispondrán de modo, que á los dos os toquen cintas de un mismo color, y ella cuenta formalmente con que os ha de hechizar dándoos muchas miradas alhagüeñas. Desconfiaos de esa Sirena, cuyo fin no es otro en embelesaros, que el de haceros mil desprecios, si teneis la flaqueza de no manteneros firme. Me recelo, que enagenado de gozo, y demasiado poseido de vuestro cariño, no os perdais. No, no, querida Laura, la respondió don Andrés, no paseis cuidado, pues para evitar el peligro, me basta estar advertido de él. Dejadlo por mi cuenta, que tal vez la misma altiva Cintia será la que caiga en el lazo.

Alvarado, despues de esta segunda conversacion con Laura, fué á contármela, de lo que uno y otro nos alegramos. La hija de don Joaquin por su lado, pensando como rendir á un hombre que estaba demasiado prendado de su belleza, se ocupaba en dar disposiciones para el baile de la noche siguiente. Convidó por esquelas á las señoras que gustaba concurriesen á la diversion, y como don Bernardo y don Julian eran de los caballeros que habian sido tambien convidados, agradó esto mucho á don Joaquin, quien se lisonjeó con la esperanza de que



alguno de estos tres galanes podria gustar á su hija. Ya se deja entender, que no fue echado en olvido don Andrés, quien recibió igualmente su esquila de convite, y al otro dia, cuando ya fue hora de concurrir á la funcion, fué á ella en un disfraz muy airoso, y con ánimo de desempeñar bien su papel.

Así que entró en la sala, la señora que tenia las cintas destinadas para los caballeros, le entregó una verde. Púsosele él en un ojal inmediatamente, y buscando despues con la vista á la dama, á quien tocaba tener otra del mismo color, vió era la hija de don Joaquin. Llegóse entonces á ella, y cortesantemente la dijo: Señora, yo considero este dia como el mas venturoso de mi vida, ya que la hermosa Cintia me ha tocado en suerte. No os prometais tanto de vuestra felicidad, le respondió ella, antes bien el peligro en que estais, os debe hacer temblar. Quejaos de la suerte, la cual os hubiera sido mas favorable, haciéndoos caer con otra señora. Hubierais podido agradecerla; pero conmigo ningun fruto sacareis de vuestra conversacion, previniéndoos tambien por atencion, que si os coge la desgracia de aficionaros á mí, os trataré con el mayor rigor: sobre eso podeis contar.

Vos creeis amedrentarme, señora, replicó mi amigo: pues temed vos misma, que vuestra altivez se rinda á la mia, porque en fin, prosiguió con voz afectuosa, ¿no serán capaces de enterneceros mis penas, cuando aprovechándome de la libertad que este festejo me permite de hablaros, os manifieste el estado deplorable á que me habeis reducido? Sí, hermosa Cintia, mi pecho se abrasa de amor. Alvarado, le dijo entonces la dama apartándole de sí suavemente, vos os contradecís, pues os explicais de manera y en unos términos, que me hacen creer que me amais de veras, aunque os imagineis que no es así. Ya no os acordais de que os dije que pagaría vuestros suspiros con desden y con rigor. Señora, respondió don Andres, vos os habeis olvidado de que estamos en un sarao; cuanto he dicho, ha sido fingido. ¿Pues qué, replico la dama, no sentís interiormente lo que acabais de decirme? No lo permita el cielo, respondió el caballero mudando de tono. ¿Habia de aumentar yo el



número de vuestros esclavos? No por cierto, señora, pues aun cuando fuese capaz de amaros, la vergüenza me obligaría á ocultaroslo.

¿Con que sabeis fingir bien? dijo Cintia. Primorosamente, respondió Alvarado: sé, cuando quiero, usar del lenguaje, y remedar el semblante del amante mas ciego. Si quisiera, por ejemplo, manifestaros que estoy enamorado de vos, os hablaria de esta suerte: preciosa Cintia, no es por urbanidad, ni por cumplir con las leyes del sarao; que yo os declaro, que mi voluntad ha quedado rendida á vuestras primeras miradas, sino para descubrir lo que siento en lo íntimo del pecho, pues hoy me es permitido hacéroslo saber sin que os enfadeis de mi osadía. ¿Y eso no es de veras? respondió acelerada la dama; no me digais mas, Alvarado. Ya empiezo á conocer vuestro ardid. Fingís que la hermosura de las damas no os hace impresion, lisonjeándoos de que con semejante medio podreis ablandarme mas. He penetrado vuestra intencion, ¿no es verdad? Confesadmelo sin rebozo, que no os pesará; podeis fiar en esta palabra que os doy.

Don Andrés estuvo perplejo por un breve espacio antes de responderla; pero determinándose por último á satisfacerla á costa de quien correspondiese, la confesó todo, y despues la dijo: Señora, ahora aguardo mi sentencia, dignaos pronunciarla, y decidid de mi suerte. Yo pudiera, respondió Cintia, darme por ofendida de la astucia que habeis usado conmigo, y trataros en castigo como á los demas amantes míos; pero os la perdono á causa de lo ingenioso de la invencion, y os prefiero á todos vuestros rivales.

Dejo pensar al lector el gozo que estas últimas palabras causaron en mi amigo, el cual todo el tiempo que duró el baile, esto es, hasta el amanecer, no cesó de dar muestras de agradecido á la hija de don Joaquin. Apenas dejó á aquella dama, cuando vino á mi casa á darme parte de su regocijo. Díome un millon de gracias por el consejo que le habia dado, y me dijo que yo era el autor de su dicha. Finalmente, de allí á quince dias se casó con su querida en perjuicio de sus dos rivales, que en la realidad merecian quizá mejor la preferencia.



CAPITULO XIII.

*Don Querubin va por curiosidad á oír predicar á un religioso. Quien era este. Su admiracion cuando le reconoció, y de la conversacion que pasó entre los dos.*

Poco tiempo despues de esta boda sucedió, que un religioso pasó de Guatemala á vivir á Méjico. Predicó desde luego en la catedral, y causó tanto ruido desde su primer sermon, que vino á ser el asunto de todas las conversaciones de la ciudad. A cualquiera casa que fuese, yo no oía hablar sino del P. Fr. Cirilo. Las mujeres especialmente le alababan, y preferian á los mas famosos predicadores, que los habia entonces muy célebres. Si iba á predicar á alguna parte, toda la nobleza acudia de tropel á oírle, y era difícil hallar lugar. Se oia á veces en el auditorio un murmullo nacido de admiracion, y salian los oyentes de la iglesia ensalzando hasta las nubes la elocuencia del predicador.

No pude resistir al deseo que de oírle me dió la fama de Fr. Cirilo, y quise juzgar de su mérito por mí mismo. Habiendo sabido que predicaba el dia de la Asuncion en su convento, no dejé de ir, y me encontré allí con un numeroso y lucido concurso, aunque el tal convento está bastante distante de Méjico. Sentéme en un banco con otros oyentes, y mientras empezaba el sermon, pregunté á un caballero que estaba junto á mí, si habia oido ya al P. Fr. Cirilo. Dos veces, me respondió, y aseguro á vd. que hasta ahora ningun predicador me ha llenado tanto como él.

Os vais á quedar parado, prosiguió, de oír la brillantez de su estilo y la belleza de sus pinturas. Tiene una eleccion de voces y una elegancia que suspenden, usa de metáforas felices, de alegorías exactas y que embelesan, de un modo precioso de explicar los conceptos, de unas construcciones que le son propias, y especialmente de transiciones sumamente delicadas. No le digo á vd. mas por no privarle del gusto de la novedad; solo os advierto, que es necesario le escucheis con cuanta atencion podais, pues tiene una volubilidad de lengua, que



apenas se puede seguir. En el último sermón que predicó en el convento de los PP. Mercenarios, tuve la desgracia de estornudar, y mi estornudo me hizo perder un periodo. Yo le respondí que había ciertos predicadores que hablaban tan de prisa, que ni siquiera se podía apartar de ellos la vista, á menos de querer perder el hilo de sus sermones.

Sin embargo, su informe aumentó en mí la gana que tenía de oír á este famoso sugeto. Vile parecer en el púlpito, é inmediatamente resonó la iglesia con una aclamacion general, por donde vine en conocimiento hasta qué punto estaba preocupado el público en su favor. El P. Fr. Cirilo me pareció tan chico como un enano, y con efecto era tan pequeño, que únicamente se le veía la cabeza. Miréle con cuidado, y su fisonomía me paró; y no bien pronunció el texto del sermón, cuando le conocí por la voz. El es, dije yo para mí, sí, no hay duda, es el licenciado Carambola. El lance es gracioso. Parece que nos seguimos uno á otro. Nos despedimos en Toledo, y nos volvimos á ver en Madrid, y habiéndonos separado de allí, nos encontramos otra vez en Barcelona. Cualquiera diría que la fortuna se complace en separarnos para juntarnos de nuevo. Despues, dudando del informe de mis ojos y de mis oídos, ¿no me engañaré tambien? decia yo, volviendo sobre mí. Es cierto que es el mismo en la voz y en la cara; ¿pero no estamos viendo todos los dias personas que se asemejan enteramente unas á otras? Fuera de eso, ¿es posible que Carambola haya tomado el hábito, y lo que no alcanzó, haya llegado á ser un grande predicador? Esto es lo que no puedo entender. Con todo, cuanto mas escuchaba y miraba al P. Fr. Cirilo, tanto mas queria yo que fuese mi licenciado vizcaino.

Entre tanto que pudiese yo salir de mi duda, apliqué atentamente el oído al religioso, para juzgar si el público tenia razon en admirar su elocuencia; pero predicó su sermón tan velozmente, que perdí mas de la mitad sin estornudar. Sin embargo, lo que oí bastó para consolar-me de lo perdido, y aun hice una reflexion que no favorecia en nada á la fama del predicador. Noté que al au-



ditorio le movia solamente la hermosura del estilo, y que el orador hablaba menos al corazon que al entendimiento.

Acabado el sermón hice que me acompañasen hasta la celda del P. Fr. Cirilo, quien al volverme á ver, experimentó igual admiración á la que él me habia causado cuando subió al púlpito. Abrazámonos uno y otro cariñosamente. Señor licenciado, le dije, gracias al cielo nos volvemos, pues, á encontrar todavía otra vez; pero confesad que este último encuentro es mas de admirar que los demás; yo nunca hubiera discurrido hallaros de nuevo con el hábito de religioso. Mi suspensión es igual á la vuestra, me respondió, y bien podeis pensar que no es poca mi curiosidad por saber lo que os ha traído á Méjico. Creo que no es menos la vuestra de informaros como he venido á ser fraile, y lo que es mas, un predicador de primer orden. Es preciso contentarnos uno á otro; pero dejemos, si gustais, la partida para mañana por dos razones, pues además de estar fatigado, es larga la relacion que he de haceros; y yo por mi parte, le dije, son infinitas las cosas que tengo que contaros. A Dios, P. Fr. Cirilo, descansad, y mañana nos veremos.

Con esto dejé á mi predicador, y habiendo ido á buscarle el dia siguiente por la tarde, nos encerramos en su cuarto, donde nos dispusimos á confiarnos recíprocamente lo que nos habia sucedido despues de nuestra última separacion. Yo hablé el primero; y persuadido á que podia decírsele todo á mi amigo Carambola, no le oculté nada. Asi que acabé de hablar, tomó él la palabra, y me refirió la historia de su metamorfosis con la misma sinceridad.

FIN DE LA CUARTA PARTE.



---

---

## PARTE QUINTA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Empieza á contar el licenciado Carambola la historia de su viaje á las Indias Occidentales. Encuentra á uno de sus concólegas, y quién era éste. Determina ir con él, y se mete religioso.*

Bien sabeis , dijo , que me dejásteis en Barcelona siendo preceptor de un señorito mimado. Yo os manifesté , si os acordais , que me hallaba muy contento en mi destino ; que en él gozaba de todas las comodidades que un pedagogo puede hallar en una casa ; y que segun todas las señales , permanecería en él por largo tiempo. Con todo eso , me ví obligado á dejarlo. Diéronme las gracias , qué digo , me despidieron , y aun con bastante grosería , y vereis por qué. Habiéndome un dia disgustado muchísimo mi señorito , á quien yo no podia encajar en la cabeza una regla de gramática , me aconteció el olvidarme de que me habian prohibido el castigarle , de miedo de que se afligiese y cayese malo , y así le tiré de las orejas , es verdad que algo fuerte. Dió unos chillidos como si le hubieran desollado vivo. Su madre , que los oyó , vino , y viendo á su hijo llorar á lágrima viva , me trató de inhumano ; y aunque el padre que no era amo en su casa , se puso á hablar en mi favor , le hicieron callar como á un pobrete , y me plantaron en la calle sin mas ceremonia.

Algunos dias despues de haber sido echado del modo que he dicho , estándome paseando solo en el muelle , y cavilando sobre el infeliz estado de mis cosas , encontré á dos frailes , á uno de los cuales conocí , por haber sido condiscípulo mio en la Universidad de Alcalá , y él cayó



tambien al instante en quien yo era. Llegamos uno á otro, y abrazándonos cordialmente, comenzamos á hablar de aquellos lancecillos que habiamos jugado los dos en el colegio á nuestros maestros. Despues me instruyó que iba desde la ciudad de Solsona con su compañero á embarcarse en Barcelona en un navio que al otro dia salia para Cádiz, en donde estaban esperando á los dos en aquel convento, para ser el uno lector de artes y el otro de teología. Envidio vuestra felicidad, padres míos, les dije dando un suspiro, y me pesa muchísimo de no haber abrazado vuestro estado, en vez del de forzado de galera, porque así llamo á un pobre desdichado preceptor.

Echóse á reir mi condiscípulo de oirme hablar de aquella manera. No sabia yo, me dijo, que la condicion de un preceptor fuese una galera. Pues yo os lo digo, le respondí, y podeis sobre ello fiaros en mí. Confieso que no hay regla sin excepcion, y que se encuentran casas en que la esclavitud de los pedagogos es suave, ó á lo menos llevadera. Cuando se vive con una vieja gazmoña, y que afecta recato, es cierto que á un preceptor hipócrita no le va mal, porque es el dueño de las confianzas de la señora que se gobierna por él, y ademas, en recompensa de las atenciones interesadas que tiene con ella, hace algunas veces una generosa mencion de él en su testamento; pero semejantes plazas son rarísimas; y por mi parte todas las que he hallado hasta ahora, han sido infelices.

Siento, replicó el mismo fraile, que no esteis contento con vuestra suerte, y desearia que lo estuvieseis tanto como yo lo estoy con la mia. Si todo el mundo supiera hasta qué grado somos dichosos nosotros, no cabrian en nuestros claustros los que se apresurarian á venirlos á habitar. ¡Ay padre! exclamé, con esas palabras aumentais el pesar de no haber tomado vuestro hábito venturoso. Si hablais seriamente, me dijo, os lo haré dar cuando querais. Todavía es tiempo, aprovechaos de la ocasion. Venid con nosotros á Cádiz; yo os presentaré al reverendo P. Fr. Isidoro, superior de nuestro convento, y estoy seguro de que os recibirá gustoso entre nosotros, luego que sepa que habeis hecho ruido en las escuelas de



Alcalá, donde yo he sido testigo de vuestro lucimiento en los estudios. Todavía me acuerdo de que os llamaban por excelencia: *Aquila Theologiae*.

Sí, mi querido licenciado, prosiguió, el P. Fr. Isidoro os mirará como una preciosa adquisicion para nuestra Orden, y me agradecerá el que se la haya procurado. Determinaos; mirad lo que quereis hacer. Yo os cogeria la palabra, le respondí, y marcharia en vuestra compañía á Cádiz si me hallase bastante provisto de moneda para hacer los gastos del viaje y de la toma de hábito; pero os confieso ingenuamente que todo mi caudal se reduce á un doblon, y aun de él debo las tres cuartas partes en la posada, donde como desde que estoy desacomodado.

No os dé cuidado eso, dijo entonces el otro religioso, pues os haremos el gasto por el camino, y os costearemos tambien la toma de hábito en atencion á vuestro mérito. Ahora bien; ¿hay todavía algunas dificultades que allanar? No por cierto, le repliqué, ninguna queda. En verdad, padres míos, que me inspirais vocacion, y así estoy pronto á seguiros.

Parecióme haberles causado á mis compañeros futuros gran contento el verme dispuesto á ir en su compañía. No me despido, hermano, me dijo mi condiscípulo; tendremos cuanto tiempo queramos para hablar. Os dejamos, añadió, enseñándome con el dedo un bastimento que estaba en el puerto, para ir á disponer lo necesario para nuestro viaje; venid esta noche á buscarnos, y mañana partiremos antes de amanecer.

## CAPITULO II.

*Embárcase el licenciado Carambola con los buenos religiosos. Entra de novicio. Recibe las órdenes sagradas. De qué modo predicó su primer sermón. Sube segunda vez al púlpito, y lo bien que se portó. Marcha á Indias. De su admiracion cuando llegó allá.*

No queriendo yo salir de Barcelona como un picaron, volví á la posada á pagarle al huésped lo que le debia; y despues volviendo á tomar el camino del puerto para



acudir á la cita, llegué á él con una maletilla debajo del brazo, en la cual iba mi ropa. Los religiosos se habian embarcado ya y me estaban esperando con impaciencia. Al dia siguiente alzaron el áncora los marineros antes de amanecer y nuestro bajel se alejó del puerto de Barcelona. Durante la navegacion, que á Dios gracias fué muy feliz, estuvieron tan contentos mis religiosos, que lejos de arrepentirme de haberme alistado en su compañía, no cesé de darme el parabien, conociendo la felicidad de su estado, y asi lo pienso aun en el dia de hoy.

Habiendo llegado á Cádiz, fuimos á parar á su convento. El prelado recibió con distincion á mis dos compañeros, y como sugetos de que necesitaba su casa. Tambien me acogió á mí con agrado, y le dijeron que yo era un licenciado que pedia el hábito de novicio, el que me concedió sin dificultad en atencion al buen informe que le dieron de mi instruccion y costumbres.

Entré, pues, en el Noviciado, y gracias á Dios no me disgusté de la vida religiosa. Hecha profesion, me dieron el nombre de Fr. Cirilo. Apliquéme al estudio de la Teología, recibí despues las órdenes sagradas, y conociendo interiormente tenía á mi parecer habilidad para el púlpito, compuse un sermon que me atreví á predicar en la catedral de Cádiz en presencia del obispo y del gobernador. ¿Pero sabeis de qué modo salí? Ahora os lo diré, pues mi sinceridad es preciso sea igual á la vuestra, y ambos debemos mutuamente contarnos nuestros desgraciados sucesos con la misma franqueza que los felices. Habia un auditorio numeroso, y estaban presentes muchos frailes de todas religiones. Al ver un concurso tan docto, y que por lo mismo habia de conocer cualquier defecto que tuviese mi sermon, me turbé de suerte que me corté en medio de la salutacion. Aunque fatigué mi memoria para volver á coger el hilo, esta rebelde me negó tenazmente su auxilio, y así me ví precisado á eclipsarme; pero antes de desaparecer les dije á mis oyentes: Señores, os tengo lástima porque perdeis de oír un gran sermon.

Bien os haceis cargo, prosiguió, de que estas palabras pronunciadas por un vizcaino, no dejaron de mover á ri-



sa. El obispo y el gobernador perdieron su gravedad ; y todos los frailes excepto los de nuestra orden , salieron de la Iglesia reventando de risa , y mas satisfechos que si yo hubiera predicado primorosamente.

Sin embargo , un extremo tan desgraciado no me desanimó , antes bien , queriendo yo volver por mi crédito , me armé de valor ; y tres meses despues subí de nuevo al mismo púlpito de donde habia bajado con tanto sinsabor. Aquellos oyentes que habian sido testigos del chasco que mi memoria me habia pegado la primera vez , quizá temian que me volveria á suceder otro tanto ; pero no fue así. Mi memoria fué fiel , y yo generalmente aplaudido. ¿Qué digo ? Dijeron que concurrían en mí todas las circunstancias de un orador , y desde aquel dia me pusieron en paralelo con los mas célebres predicadores españoles. Con esto redoblé mis esfuerzos para merecer los elogios que hacían de mí , y de los que á pesar de mi amor propio conocia yo no ser digno. Compuse otros sermones que agradaron tanto á mis oyentes , que mi nombre fue cada dia adquiriendo mayor fama.

Yo lograba en Cádiz de la estimacion general de sus habitantes , cuando mi prelado recibió una carta de la América. El superior del convento de Santiago de Guatemala le suplicaba le enviase dos predicadores buenos , que correspondiesen á la fama que tenían los de nuestra orden en aquella tierra. Yo deseé ser uno de los santos operarios que pedían , moviéndome á esto , á la verdad , no tanto un celo apostólico , como la curiosidad de ver aquellas hermosas regiones conquistadas por las armas españolas. Puedo decir , que no sin alguna repugnancia me dejó marchar á Indias el P. Fr. Isidoro , por no tener entonces en su comunidad persona que pudiese competir conmigo. Sin embargo , me hizo el favor de rendirse á mi súplica , con tal que diese la vuelta á España al cabo de algunos años.

Salí , pues , del puerto de Cádiz con el P. Fr. Bonifacio de Tabara , que me dieron por compañero. Tuvimos siempre favorable el viento hasta la Habana , desde donde tomamos el rumbo de Cartagena ; de allí aportamos á Porto-Belo en tiempo de la feria , la cual debe sin dis-



puta alguna considerarse como la mas hermosa de cuantas se celebran en el mundo. La concurrencia prodigiosa de mercaderes de España y del Perú, de los cuales, unos van á comprar y otros á vender géneros, ofrece á la vista un espectáculo muy divertido. En cuanto á mí, lo que me pareció mas digno de atencion, fue el crecido número de acémilas que ví llegar de Panamá cargadas de barras de plata y oro. En un dia solamente conté hasta doscientas, cuyas cargas se pusieron en la plaza pública, lo que formaba varios montones de barras de aquellos metales, que alegraban los ojos de los dueños de ellos.

No nos detuvimos largo tiempo en Porto-Belo. Volvimos á ponernos á la vela para ir á Venta de Cruzez, y de allí á Panamá, de donde fuimos al puerto de las Salinas, y luego á Cartago. Caminamos despues á la ciudad de Granada, llamada por otro nombre el Jardin de Mahoma, y no tardamos mucho en arribar al puerto de Realejo en la costa del mar del sur, y al cabo de pocos dias nos hallamos en el puerto de la trinidad.

Aquí llegaba con su conversacion Carambola, cuando de repente le interrumpí, diciéndole con cierto despejo: Qué diantre, señor licenciado, vos me haceis una relacion de viajero. No me nombreis por ahora uno por uno todos los sitios por donde habeis pasado, pues os dispense de ello. Mi curiosidad se reduce á oiros contar vuestras aventuras; y así, si gustais, no hagais mas que dar un salto desde el puerto de la Trinidad hasta Santiago de Guatemala, porque segun todas las apariencias, esta última ciudad es el teatro de las principales proezas que os quedan que contarme. Señor bachiller, me respondió sonriéndose, no teneis razon de quejaros. Por no ser prólijo, y abreviar mi narracion, he suprimido las tempestades y demas peligros que he experimentado; y aun os he hecho la gracia de omitir las descripciones que pudiera haberos hecho de los pueblos de que únicamente os he dicho los nombres, y que quizá serian mas curiosas que mis propias aventuras. Andad, andad, que me habeis cortado el hilo sin fundamento; pero en fin, pues lo quereis absolutamente, voy á haceros dar



un brinco de veinte y cinco leguas , trasmontandoos en un instante á Guatemala , y solo os pido que me dejeis referiros antes una cosa de las mas singulares, y es, que cerca de la ciudad de la Trinidad hay un paraje muy profundo , que está exhalando continuamente un humo negro y espeso , mezclado algunas veces de azufre y bocanadas de fuego. Cuentan que habiendo algunos viajeros , deseosos de descubrir la causa, tenido la imprudencia de acercarse demasiado á aquel sitio , habian caido en el suelo medio muertos. Los moradores de la tierra aseguran que á cierta distancia se oyen gritos como de personas atormentadas, y al mismo tiempo ruido de cadenas, por lo que dan el nombre de boca de infierno á aquel abismo.

Vamos ahora á Guatemala , prosiguió Fr. Cirilo , no quiero molestaros mas tiempo. Llegamos , pues, allá Fr. Bonifacio , y yo ; pero lo gracioso es , que buscamos desde luego la ciudad dentro de la ciudad misma. No vimos al entrar ninguna muralla ni puerta, sino únicamente algunas casas cubiertas de paja ó de teja. Atónito de ver una ciudad que correspondia tan mal al concepto que yo habia formado de ella, le dije á mi compañero : Padre , ¿no os parece que hemos hecho un buen negocio en haber dejado la ciudad de Cádiz , donde estábamos tan bien, por venir á predicar aquí? Si se ha de juzgar de sus habitantes por sus casas, no vamos á tener por oyentes sino gentualla. ¿Es esta la ciudad celebrada de Guatemala , la capital de un distrito de trescientas leguas de extension , y donde nos han dicho hay una real audiencia, independiente de la de Méjico, con un regente que sin tener el título de virey , goza de toda la autoridad de este empleo , como si lo fuese? En verdad que no alcanzo como es esto. Ni yo tampoco , decia Fr. Bonifacio. Poco me falta para creer que se han burlado de nosotros.

Sin embargo , no duró mucho nuestra admiracion. Despues de haber pasado las casas cubiertas de paja, vimos otras mas hermosas, y asimismo dos edificios suntuosos que están en un arrabal , esto es, el convento de religiosos de nuestra orden, y el de las monjas de la





Concepcion. Este último, sobre todo, cercado de altas paredes, las cuales encierran un terreno de inmensa extensión, entretuvo largo rato nuestra vista. Se nos figuraba ver una ciudad particular encerrada en la de Guatemala. Con efecto, en aquella casa hay hasta mil mujeres entre monjas, pensionistas y negras que las sirven.

Conforme íbamos entrando en aquella capital, descubríamos casas que la honraban mas que las primeras. Finalmente, llegamos á la portería del convento de nuestros padres, quienes nos recibieron como á personas de cuya llegada se alegraban mucho. El P. Fr. Valentin Tiraquello, que era entonces prelado, luego que leyó la carta que le entregué de parte del P. Fr. Isidoro, tuvo mil atenciones con nosotros, y especialmente conmigo, porque el pliego contenia un elogio magnífico del P. Fr. Cirilo. Nos dieron muy bien de comer, y dejaron descansar algunos dias.

Entre tanto se esparció por la ciudad el rumor, que acababan de llegar de España dos grandes predicadores. No fue necesario mas para poner en movimiento á todas las familias españolas, y principalmente á las mujeres. ¿Cuándo los veremos? decia una. ¡Qué impaciencia tengo de oír á estos nuevos apóstoles! Fr. Cirilo, me dijo un dia el prelado, yo no puedo resistir mas tiempo á la curiosidad del público. Los caballeros, los empleados de la audiencia, los particulares, toda la ciudad desean con ansia veros en el púlpito, para juzgar si vuestro talento corresponde á vuestra celebridad. Me estrechan á que les conceda esta satisfaccion, y yo no he podido escusarme á ofrecerles que la lograrán sin pérdida de tiempo. Cumpliré vuestra palabra, mi reverendo padre, le respondí. Mañana mismo predicaré, si quereis, en nuestra iglesia para contentarlos.



CAPITULO III.

*Predica Fr. Cirilo á gusto de un numeroso auditorio. Come el dia siguiente con el obispo de Guatemala, quien le hace varias honras. Danle un curato, y lo que hizo en él.*

Viéndome el superior en esta disposicion, envió inmediatamente á avisar á las casas principales que al otro dia el reverendo P. Fr. Cirilo predicaria el primer sermón en su convento. Esta noticia se extendió al instante por Guatemala, de manera que el dia inmediato se halló llena nuestra iglesia de todas las personas decentes que habia en la ciudad. Por una parte honraba el concurso la venerable presencia de don Francisco de Castro, obispo de Guatemala, y por otra la de todas las personas de la audiencia desde el presidente hasta el escribano de cámara, sin hablar de las señoras principales de la ciudad, que se habian compuesto magníficamente. Así que me vieron en el púlpito, se levantó en el auditorio un murmullo que contemplé naceria de ver mi figura de pigmeo, porque todo se observa; mas no bien hubé concluido la salutacion, cuando á aquel susurro desapacible siguió otro mas suave, y olvidando cada uno, digámoslo así, que me veia, me prestó atencion.

Si en Cádiz tuve la fortuna de agradar mas gusté aun en Guatemala. Para decirlo todo en una palabra, yo conseguí la aprobacion de mis oyentes, y me granjeé la estimacion del obispo, quien á la mañana siguiente me envió á convidar á comer en compañía del prelado en el palacio episcopal.

Este afable obispo que aunque ya sesenton, no mostraba todavía un aspecto de antigüedad, me hizo mil agasajos. Dió la enhorabuena al P. Fr. Valentin de tener un sugeto tan capaz como yo lo era, de dar honra á su órden. Pensad si las alabanzas de su Illma. harian cosquillas en un corazon vizcaino. Yo me saboreaba con ellas interiormente; pero quanto mas lisonjeada conocia yo mi vanidad, tanto mas afectaba el mostrarme modesto, asi como lo hacen todos los autores á quienes se alaba en su cara.



Además de la estimacion de este prelado capté la de los ministros de la audiencia, quienes me elogiaron todos unánimemente, de manera que quedó resuelto, que el pequeño Fr. Cirilo era el corifeo de los predicadores en las Indias. No solamente agradé á las personas del siglo, sino que noticiosas las monjas del convento de la Concepcion, quisieron tambien oirme, y habiéndolo conseguido, quedaron muy contentas de mi modo de predicar. Continué predicando en diversas festividades, logrando siempre de igual aceptacion y aplausos; pero fuese por la fatiga y trabajo preciso en este ministerio, fuese por la calidad del clima de aquella tierra ó por otra causa, empecé á quebrar de salud, y para restablecerla, me pareció seria bueno mudar de aires.

Comuniqué este parecer á mi superior, quien juzgando del mismo modo que yo, me dijo: Fr. Cirilo, soy de vuestro dictámen. Hareis bien en eso; y durante vuestra ausencia, Fr. Bonifacio que es despues de vos el mejor predicador de nuestra órden, predicará los sermones que se ofrezcan. Tengo, prosiguió, un acomodo seguro que proponeros. Ya sabeis que somos los que damos casi todos los curatos de las cercanías de Guatemala; yo os ofrezco el mayor que es el de Petapa, lugar grande á seis leguas de aquí. Fr. Esteban, religioso nuestro, que hace mas de treinta años que está en él, necesita descansar y pide un sucesor. Id allá á servirle de coadjutor hasta que os deje la plaza, lo que pienso hará inmediatamente que os enseñe la lengua de los indios, y os prometo que os irá allí muy bien, por ser aquel pais uno de los mas amenos de América.

Partí, pues, de Guatemala con una carta que me dió Fr. Valentin para el cura antiguo de Petapa. Iba caballero en una mula del convento, y llevaba por mozo de espuela un indio. A efecto de seguir puntualmente las instrucciones que me habia dado el prelado, me detuve en Mixco, lugar vecino de Petapa, donde me mantuve hasta el dia siguiente á fin de dar tiempo á los alcaldes y á los regidores, á quienes hice avisar de mi llegada, para que se dispusiesen á recibirme del modo con que reciben comunmente á los sacerdotes seculares ó regu-



lares, que van á ser sus pastores, quiero decir, con una pompa en que manifiestan el gran respeto y atención con que los miran. Salieron, pues, al dia siguiente á recibirme á una legua del pueblo con clarines, trompetas y cantores. Además de eso me encontré á la entrada con arcos triunfales formados de ramas de árboles, y las calles por donde yo habia de pasar, sembradas de flores.

De esta suerte fui conducido ceremonialmente al presbiterio, donde despues de haber leído Fr. Esteban mi carta credencial, me hizo un acogimiento tal cual se podia apetecer. Aunque era de edad abanzada este religioso, con todo parecia robusto, y lograba de una vejez exenta de achaques. Conservaba además del buen juicio que habia gozado en la flor de su vida, un humor festivo con que se hacia querer de las gentes. Veo bien por esta carta, me dijo, que Fr. Valentin me ha nombrado un sucesor que hará olvidar dentro de poco mi pérdida á los vecinos de Petapa.

Me alegro mucho, prosiguió, y mañana marcharia de aquí para ir á acabar mis dias en alguno de nuestros conventos, si no necesitareis de mí; pero os hago falta para enseñaros el *Proconchi*, que es la lengua de los indios, y que el cura de este pueblo es preciso que sepa, pues en él apenas se habla castellano, siendo casi todos los empleados y nobles de casta de indios. Vuestro talento para predicar de nada os servirá aquí, si no aprendeis el *Proconchi*. ¿Pues qué, Fr. Valentin no os lo ha advertido? Por cierto que sí, le respondí, me ha hecho ver la necesidad de saberlo; pero al mismo tiempo me ha dicho que me lo enseñariais en menos de tres meses. Asi es la verdad, respondió Fr. Esteban, yo lo se de raiz, y tanto, que he compuesto una gramática y un diccionario en lengua indiana, y ambas obras han logrado la honra de que las apruebe la academia de Petapa.

Al oír yo la palabra academia, dí una carcajada de risa. Cómo es eso, exclamé; ¿pues qué hay en este pueblo una academia? ¿Con que ahora ya no hay ciudad, por pequeña que sea que no la tenga? Esta es muy cé-



lebre, me replicó Fr. Esteban con gran seriedad, por señas de que yo soy un individuo antiguo de este respetable cuerpo, en el cual entrareis pronto tambien, siendo mi ánimo ponerlos sin perder tiempo en estado de predicar á los indios en *Proconchi*; y asi que esteis bien instruido de esta lengua, los académicos de Petapa diputarán á dos de sus miembros para que vengan á ofreceros una plaza entre ellos, de lo que os puedo asegurar.

En fuerza de una esperanza tan gustosa, manifesté á Fr. Esteban tal ansia por aprender el *Proconchi*, que sin la menor dilacion me enseñó sus primeros rudimentos. Aprovechéme tan bien de sus lecciones, y me dediqué con tal conato al estudio, que en tres meses pude ya componer en aquella lengua una plática, la que aprendí de memoria, y tuve aliento para predicar en público, y tan felizmente, que los indios eruditos ya me empezaron á mirar desde entonces como á un sujeto que llamaba á la puerta de la academia.

Si me preguntais qué cosa es el idioma *Proconchi*, os responderé que es una lengua que tiene sus declinaciones y conjugaciones, y se puede aprender con tanta facilidad como la griega y la latina, y aun con mayor, por ser una lengua viva que en breve tiempo se conseguirá el poseer, conversando con los indios cultos. Finalmente, es armoniosa, y está mas cargada de metáforas y figuras hiperbólicas, que la nuestra misma. Si un indio, preciado de hablar bien *Proconchi*, os cumplimenta con algun motivo, no usará sino de pensamientos extraños, peregrinos y de expresiones alambicadas. El estilo es obscuro, hinchado, una verbosidad relumbrante, un retumbante guirigay; pero ahí está el primor, y ese es el tono de la academia de Petapa.

Poco me costó el conformarme, por ser el carácter vizcaino amigo de la obscuridad. Hice tan rápidos progresos en la lengua de los indios, que viéndome el cura antiguo capaz ya de ocupar dignamente su lugar, me puso en posesion de su curato, y se marchó á Guatemala á pasar allí lo que le quedaba de vida.

Despues de su ausencia empecé á arreglar á mi gusto



el trato de mi casa , porque á la verdad , hasta entonces habia tenido que aguantar el de Fr. Esteban , que me daba unas comidas casi todas guisadas con manteca de cacao , y unas bebidas de tan mal sabor que me daban ganas de vomitar.

Recibí para que me hiciese la comida á un negro llamado Zamor que estando de marmiton del presidente de Guatemala , habia aprendido de cocina. Cada dia me ponía un nuevo guisado. Unas veces me servía morcillas rellenas de maiz y carne , ó gallina , ó de tocino fresco , y aderezadas con pimenton ó pimienta larga , y otras me presentaba á la mesa estofado de erizo , ó bien con otro guiso una especie de lagarto que llaman *Iguana* , que tiene cubierto el lomo de unas escamas verdes y negras y es parecido al escorpion.

Viendo mi amigo Fr. Cirilo el gesto que yo hacia al oírle decir esto , no pudo menos de echarse á reír. Señor bachiller , me dijo , me parece que los manjares de que os hablo , no os excitan el apetito. No , á la verdad le respondí , porque mas sirven para hacer reventar á un hombre honrado , que para halagarle el paladar. Seguro está Zamor de ser nunca mi cocinero. Con todo , replicó Fr. Cirilo , os puedo asegurar que no son tan malos como pensais , y estoy persuadido á que si una vez los probaseis , les hariais mas favor. Un erizo y un iguana bien cocidos y sazonados con bastantes especias , son un manjar regalado , porque tienen el mismo sabor que conejo. Los españoles á semejanza de los indios los comen de buena gana en el pais de Guatemala , y los empleados principales de la audiencia dejan por ellos las codornices , las perdices y los faisanes. Sea en hora buena , le repliqué ; con razon dicen que sobre gustos no hay disputa.

Cuerpo de tal , exclamó el padre , como si no hubiera alabado aun bastante sus erizos y lagartos : yo os confieso que para mi eran un bocado sabrosísimo estas viandas. Sabíanme asimismo muy bien las tortugas , asi de agua como de tierra ; y era para mi un banquete de los Dioses , cuando con esta ambrosía bebía nectar , quiero decir , una bebida que los indios llamaban *chicha* ,



la cual se compone de agua, zumo de cañas de azúcar, y de un poco de miel. Sin embargo, por mas exquisito que sea este brebaje, le cobré repugnancia cuando supe que para darle fuerza, echaban en la vasija en donde se hacia, ojas de tabaco y á veces un sapo vivo, y que de beberlo con alguna demasía habian muerto muchos. Me dejé, pues, de beber chicha, luego que supe el modo de hacerla, y usé de otras bebidas, que á la verdad no igualaban á los vinos que se beben en España; pero gracias al cielo, el hombre se hace á todo.

Además de mi cocinero Zamor tenia otros cuatro criados, uno para servirme á la mesa y hacer los recados, otro para ir á recoger mis diezmos que consistian en huevos, aves, y en cierta cantidad de dinero que todos los meses me pagaban puntualmente los regidores, un hortelano, y un mozo de caballeriza que cuidaba de una mula en que iba yo á predicar á un lugarcito llamado Mixco, dependiente de mi parroquia á tres leguas de Petapa. Iba á él con frecuencia, y aunque tenia que hacer con unos oyentes poco capaces de sacar fruto alguno de mi doctrina, no por eso dejaba de subir al púlpito, y de predicarles segun lo pedia mi obligacion, á fin de que viviesen como Dios manda.

Como cada lugar está dedicado á algun Santo, cuya fiesta celebran sus vecinos durante la octava; al patron de Mixco le hacen grandes funciones en los dias de ésta, y al cura algunas ofrendas. La cofradía de San Jacinto celebra en aquel tiempo unas fiestas, que juzgo son dignas de que os las refiera sucintamente. El primer dia, los cofrades junto con las mozas mas hermosas del lugar, se visten de telas de seda ó de lienzo fino, se engalanan con plumas y cintas, y forman entre sí varias danzas bien concertadas, las cuales ejecutan maravillosamente; pero lo que no apruebo de ningun modo por ser cosa de indios idólatras, es el que empiezan el baile en la Iglesia, y van á continuarlo en el cementerio. Des pues de esto, el resto de la octava lo pasan en banquetes, en los que se consume chicha sin consuelo, y otras exquisitas bebidas de que todos los concurrentes beben hasta reventar.



CAPITULO IV.

*El P. Fr. Cirilo se hace estimar de los indios é indias. Historia curiosa de dos hermanos y una hermana. Predica en lengua Proconchi, y por la excelencia de sus sermones consigue ser individuo de la academia de Petapa.*

No me iba, pues, mal así en Mixco como en Petapa. Sin embargo de estar obligado á dar trescientos escudos al año á nuestro convento de Guatemala, me quedaba todavía bastante dinero para mantenerme bien.

Los indios de las inmediaciones de Guatemala son de genio dócil y apacible. No apetecen mas que vivir en paz, y agradecen el que se les trate con humanidad. Es necesario no obstante exceptuar una especie de negros esclavos, que viven en las caserías de Indigo. Estos últimos son unas gentes feroces y temibles, y aunque no tienen mas armas que una lanza corta, se atreven á arremeter á un toro cerril y bravío, ó á perseguir en los rios á los cocodrilos, sin parar hasta que los matan. Semejantes esclavos hacen á veces temblar á sus amos. En cuanto á los indios de Petapa os puedo decir, que son los mejores de América. Lo que los otros tienen de groseros, ellos tienen de atentos, y forman entre sí una agradable sociedad, en la que reina un espíritu de concordia y un cariño fraternal; pero lo que mas admira es su buena fé y su integridad, y en prueba de ello os contaré un lance sucedido.

Un indio noble y rico de Petapa murió dejando una cuantiosa herencia á dos hijos y una hija que tenia. El mayor de los dos hermanos se encargó de dividirla en tres partes iguales, y luego que lo hubo ejecutado, le dijo á su hermano menor y á su hermana: escoged; tú eres nuestro hermano mayor, le respondieron; á tí te toca escoger. No, replicó éste, pues yo he hecho las divisiones, es justo que tomeis las que gustéis. El hermano menor y la hermana eligieron, pues, cada uno la suya, y la tercera quedó para el hermano mayor. En la parte que tocó á éste se comprendia una arca fuerte, en que habia un secreto, donde se encontraron casual-



mente mil monedas de oro. El hermano mayor que lo descubrió, convidó á comer á su hermano y hermana, y al fin de la comida les hizo servir de postres todo aquel dinero, diciéndoles: mirad lo que habia escondido sin que yo lo supiese en la arca que me ha tocado; es preciso que lo partamos entre nosotros, porque así lo pide la justicia.

Yo vivia en una union perfecta con aquellos indios, los cuales me habian cobrado mucha aficion. Todos los dias me divertia con ellos. Yo hablaba familiarmente y jugaba á los naipes con sus mujeres, de quienes no son zelosos, y las mas de ellas son tan discretas, que es un gusto oirlas hablar *Proconchi*. De ahí es que los académicos de Petapa las consultan con bastante frecuencia, y cuando en las conferencias de estos señores se hallan divididas las opiniones sobre alguna voz, dicen que es menester preguntar acerca de ella el parecer de las mujeres, lo que prueba que la academia trata con grandísimo obsequio á las damas.

Estas señoras indias son, pues, las que deciden, y sus decisiones se respetan, y á veces aun con desprecio de la gramática de Fr. Esteban. Yo he conocido entre otras á una señora, en cuya casa se juntaban los eruditos del pueblo, y á la cual escuchaban como si fuera un oráculo. Se explicaba con maravillosa elegancia, y juzgaba tan sanamente de las obras de ingenio, que los juicios que pronunciaba, no se encontraba ninguno que los contradijese. Era esta dama viuda de un indiano ilustre que la habia dejado bastantes riquezas con que vivir con el decoro conveniente á su distincion. Iba yo muchas veces á visitarla, y siempre hallaba con ella académicos, de cuya conversacion sacaba provecho. Retenia en mi memoria aquello singular que les oia decir. Ponia cuidado en las construcciones de sus frases, en sus expresiones, y advertia que aquellos hombres pensaban de un modo superior al del comun de las gentes. Finalmente, con oirlas acabé de aprender todos los primores del lenguaje *Proconchi*.

Luego que ya me pareció que poseia el espíritu y delicadeza de este idioma, llegó á tanto mi temeridad, que



quise predicar delante de la academia congregada ; pero para estar mas seguro de agradar á aquellos maestros de la lengua India , me valí de un medio con que salió feliz mi osadía. Entre los libros que Fr. Esteban al volverse á Guatemala me habia dejado para que me perfeccionase en el *Proconchi* , encontré además de su diccionario y gramática , una coleccion de discursos recién pronunciados en la academia de Petapa ; anduve ojeándola y pescando , digámoslo así , en agua turbia , saqué de ella las frases mas relumbronas y las locuciones mas modernas , y con ellas compuse un sermón que dejó atónitos á todos los académicos. Esta oracion contiene primores , se decian unos á otros. Este predicador dice cosas excelentes , y su estilo está señalado con nuestra marca.

¿Qué podré decir mas? Aquellos caballeros quedaron tan satisfechos de mi dición , ó si quereis , de la suya , que en la primera junta que tuvieron , acordaron asociarme á sus gloriosas tareas. Enviaron dos diputados á anunciarme esta honra. Recurrí otra vez á mi coleccion para componer un discurso , y llegado que fue el dia de mi admision , di las gracias á mis nuevos compañeros , recitando sin reparo á sus barbas sus propias frases.

#### CAPITULO V.

*De las damas indianas de Petapa , y de la grande y santa empresa que ideó Fr. Cirilo , y como salió de ella.*

El P. Fr. Cirilo iba á continuar su relacion , pero antes que pasase adelante , le dije : Vos acabais de alabarme la discrecion de las indias de Petapa , pero nada me decis acerca de su hermosura. Esto á la verdad no me hace discurrir cosa favorable á sus atractivos. No son menos bien parecidas , respondió Fr. Cirilo , ni van vestidas con menos aseo que las mejicanas , aunque su traje es diferente.

Llevan en lugar de camisa una especie de túnica que ellas llaman guepil , que desde encima de los hombros baja hasta las rodillas , con unas mangas muy anchas y tan cortas que solo cubren la mitad del brazo. Este gue-



pil está adornado en la parte que cae sobre el estómago de alguna obra de plumas ó de algodón, que sirve mas para engalanar el pecho, que para cubrirlo. Gastan ademas de eso brazaletes y pendientes. Traen la cabeza descubierta, y solo levantan el pelo con unos listones de seda. Andan con las piernas desnudas, y usan de zapatos atados con una cinta ancha.

Esto se entiende únicamente de las mujeres ricas y de distincion, porque las demás van á pies descalzos, y sin mas que una simple manta de lana que se atan al rededor del cuerpo, lo que por supuesto nada tiene de vistoso. Sin embargo, aunque la vista de estas últimas no sea atractiva, no falta por eso quien las quiera. Hay algunos indios nobles y españoles de un gusto extravagante que las siguen y van de oculto á verlas á sus chozas cubiertas de paja, donde no hay mas vivienda que una estancia baja, en medio de la cual aquellas indias encienden lumbre para cocer la comida, y como no hay abertura alguna en el techo de la choza, todo el cuarto se llena precisamente de humo, de manera que puede decirse que aquellos galanes hallándose allí como en un horno, se ahogan de amor y de humo.

Volvamos á las mujeres de los indios principales. Estas viven en casas mejor construidas y bien alhajadas. Para ir á la iglesia ó á visita, van cubiertas con una mantilla de lienzo de Olanda, de España, ó de la China, que llega hasta los pies; pero así que vuelven á casa se quitan sin reparo el guepil por arriba, de suerte que quedan con el pecho y hombros descubiertos. Es verdad que por decencia, ó por melindre se echan otra vez el guepil, si algun hombre va entonces á visitarlas. Digo por melindre, pues no aborrecen el que las quieran. Muy lejos de armarse de severidad contra los jóvenes que las obsequian, les favorecen en su empresa. Finalmente, ellas son enamoradas como las demás indias; pero al mismo tiempo muy supersticiosas. Por mucha inclinacion que tengan á alguno que las enamore, no corresponderán á su afecto sin consultar antes el vuelo y canto de las aves, ú observar bien el encuentro de los animales que atraviesan los caminos. Si sacan de esto algun agüero favo-



rable, el galan puede concebir esperanzas; pero si es desgraciado el presagio, entonces no tiene mas que ir á probar fortuna á otra parte.

Algunas de estas indias son todavia mas supersticiosas porque se valen de medios aun mas ridículos é inútiles para lograr sus intentos. Oí contar que una de ellas, queriendo inspirar amor á un indio jóven que tenia puesta la voluntad en otra, creyó néciamente que con cierta bebida que le diese, conseguiría el que dejase á esta.

Para acabar de pintaros á las indias de Petapa, prosiguió el religioso, debo deciros, que no profesan sino en apariencia la religion católica. Son incrédulas en todo lo que escede su comprension. Mis esfuerzos para convertir las han sido inútiles, aunque á fin de conseguirlo he apurado las expresiones mas enérgicas de la lengua *Proconchi*. Estos ánimos indóciles y supersticiosos adoran á escondidas ídolos de madera y de piedra, y conservan con religioso cuidado en sus casas un sapo ú otro animal semejante, de cuya vida creen firmemente que depende la suya.

El adorar secretamente á sus ídolos es porque no se atreven á darles culto público. Los españoles se lo impiden justamente y dan mal trato á sus falsas deidades, cuando tienen la desgracia de caer entre sus manos, lo cual procuran mucho precaver los idólatras. Ocultan comunmente estos ídolos en alguna cueva cuya entrada tapan, y en la cual se juntan de noche como en un templo para adorarlos. Si desgraciadamente para ellos, el cura párroco llega á saber estas juntas nocturnas, á él le toca poner remedio, lo que puede hacer pidiendo auxilio á los alcaldes y regidores, los cuales como celosos católicos no dejan de acudirles con tropa que los escolte y destruya los ídolos; pero esta clase de expediciones no carece de riesgo para un párroco, pues se expone en ellas á ganar la corona del martirio dejándose hacer pedazos por los indios.

No todos los curas se determinan á tener un fin tan glorioso. El P. Fr. Estéban habia tenido siempre cuidado de evitarlo, contentándose solamente con predicar la palabra de Dios á sus feligreses, sin ir á echar por tierra



sus ídolos ; pero yo mas valeroso, me animé á llevar al cabo esta santa empresa. Habiendo sabido que al pie de un monte entre Mixco y Petapa habia una cueva en donde habian escondido un ídolo , y se tenian frecuentes asambleas furtivas, dí parte á los alcaldes , ofreciéndome esforzadamente á destruir aquel ídolo. Alabaron mi celo y valor aquellos jueces y me suministraron una escolta de veinte españoles bien armados, al frente de los cuales marché con denuedo á la caverna en medio de las tinieblas de la noche.

Hallamos alumbrada la cueva con un número prodigioso de cirios, y como unas cincuenta personas entre indios é indias, de los cuales algunos incensaban al ídolo mientras los otros bailaban cantando sus alabanzas. Aquel ídolo no era otra cosa que un sol grande de madera pintada puesto en un altar de piedra. Nuestra llegada turbó la fiesta ; y al ver á nuestros soldados que todos entraron con espada en mano, se asustaron tanto los idólatras que lejos de prepararse para defender á su deidad , no pensaron sino en huir de nosotros.

Mandé que no les impidiesen la fuga , ni les hiciesen mal alguno. Entregué despues el ídolo á mi escolta, quien lo hizo añicos , con lo cual volví triunfante á Petapa, contento de haber ejecutado este servicio tan importante á la iglesia.

## CAPITULO VI.

*Resulta de esta gloriosa expedicion. Del peligro que corrió Fr. Cirilo , y del medio acertado que tomó para libertarse de él. Retírase á su convento. Recibe órden de su provincial para pasar á Méjico.*

Una ejecucion tan esforzada hizo gran ruido en aquella tierra. Los indios verdaderamente conversos no la desaprobaban ; pero los demas que eran en mucho mayor número , mirándola como un sacrilegio que no debian dejar sin castigo , celebraron entre sí un gran consejo, en el que quedó resuelto asesinarme una noche en mi casa.

Ya estaban tomadas todas las medidas para ejecutar el golpe , y mi muerte era infalible , si el cielo no hu-



biese puesto la mano en ello ; pero como lo que tenia determinado acerca de mí no dejaba á su bondad el desampararme , prometió que la víspera del dia del insulto proyectado , recibiese yo un papel anónimo , en que me avisaban del peligro que me amenazaba , sin callarme la mas leve circunstancia de él. Esta caritativa noticia me la daba una india , á quien uno de los conjurados habia revelado la conspiracion , y que con todo de ser idólatra , habia antepuesto la vida de un hombre de bien al desagravio de su ídolo.

Luego que leí el papel que me pareció merecia atencion , formé un lio de mi ropa y recogí mi dinero , y sin decir una palabra á mis criados , por donde pudiesen entrar en sospecha de mi designio , monté en mi mula , y tomé el camino de Guatemala , no queriendo que me acompañase mas que el ángel de mi guarda , el cual aunque me preservó del fatal suceso que me amenazaba , no me libertó del miedo. Volveria mil veces la cabeza por ver si alguno venia en mi seguimiento , y tuve en fin tal dicha , que llegué sano y salvo á nuestro convento.

Conté al prelado mi santa proeza , la cual despues de haber alabado : Fr. Cirilo , me dijo , ya que no habeis logrado la corona del martirio que los idólatras os tenían destinada , pasareis á Méjico , donde hace falta un religioso de nuestra órden , dotado del talento de predicar. Noticioso nuestro provincial de los aplausos que le he contado habeis recibido en Guatemala por vuestros sermones , ha resuelto enviaros á Méjico. Ya estaba yo para escribiros de órden suya , y deciros os restituyéseis de Petapa. No podiais haber venido mas á tiempo.

Esta noticia me agradó mucho. Preparéme en consecuencia á obedecer al P. Provincial , el cual en una conversacion que tuvimos antes de marcharme , me exhortó á que continuase con el mismo esmero y celo que hasta entonces habia manifestado , asegurándome que con el tiempo serian premiadas mis tareas , y me dió tambien una carta en que me recomendaba al P. Superior de nuestro convento de Méjico. Echóme su bendicion , con la cual me puse en marcha para esta gran



ciudad. Servíame de guia un indio que tenia medido á palmos el camino, y que tuvo maña para hacerme evitar el encuentro de los negros zimarrones, que habitan en los montes y roban á los caminantes. A no ser por él, aquellas gentes honradas se hubieran apoderado tal vez de mis diezmos, y de un reloj que me habia regalado el señor obispo. Tambien le pagué su cuidado grandemente.

Habiendo llegado á Méjico fui á saludar al prelado que se llamaba Fr. Atanasio, y le entregué la obediencia del provincial. Antes de abrirla, la besó con mucho respeto. Leyóla para sí atentamente y le noté sorprendido, y contento al leerla. Fr. Cirilo, me dijo despues de haberla leído, aun cuando este permiso no viniese de parte del P. Provincial, él por sí contiene un elogio an bello de vuestro mérito, que no me seria posible negarme á recibiros como á un sugeto enviado del cielo para conservar la gloria de nuestra órden. No podemos alegrarnos bastante de vuestra llegada.

Yo respondí á un cumplimiento tan atento y lisonjero con la modestia correspondiente; y despues de una conversacion bastante larga, en la cual el prelado me manifestó vivas ansias de oirme predicar, me dispuse á darle ese gusto. Subí al púlpito de allí á ocho dias, y desde mi primer sermon hice ya ruido en la ciudad. Mas os diré: este ruido va cada dia en aumento á pesar de los celosos, y he venido á ser el predicador mas afamado de esta capital.

## CAPITULO VII.

*Lo que hicieron don Querubin y Fr. Cirilo despues de haberse contado sus aventuras. Retrato que hace el último de su prelado. Don Querubin es recibido de él con agrado. Lo que pasó en esta visita.*

Asi que Fr. Cirilo acabó la relacion de su viaje, le manifesté la complacencia que me causaba el volverle á ver despues de nuestra larga ausencia, tan distinguido y estimado en la capital del reino de Méjico. Díle la enhorabuena del feliz éxito de sus sermones, sin declarar-



le lo que yo pensaba acerca de ellos, ó mas bien diciéndole lo que yo no pensaba, porque le alabé en términos de llamarle el *Orador* de Ciceron, proceder que algun lector podrá reprenderme. Señor bachiller, me dirá, no se debe adular á nadie, y especialmente á sus amigos. Asi es, pero yo responderé á eso que no es necesario ser sincero fuera de tiempo, y que mas vale celebrar los elogios que recibe un amigo nuestro, que el irle á decir secamente, que no los merece. Fuera de eso, el ánimo de Fr. Cirilo acostumbrado á las alabanzas, habia ya hecho pliegue, digámoslo así, de aquel lado, y mi franqueza además de inútil, hubiera sido imprudente, si me hubiese querido meter en darle consejos.

Despues de felicitarle de la fama de gran predicador que se habia adquirido, le pregunté si le iba bien con su prelado. ¿Aprecia mucho, le dije, la dicha de teneros? ¿Cómo se porta con vos? No puede ser mejor, respondió el vizcaino. No tengo motivo sino para hablar bien de Fr. Atanasio. Me honra con su confianza. Me consulta, y da noticia de mil menudencias, lo que prueba que me trata con amistad. Mas diré: no hay diversion á que no me llame; si convida á comer algunos seglares en su celda, yo asisto para ayudarle á hacer los honores de la mesa con mi conversacion, que sin vanidad no es de las mas pesadas. Si va á ver á algunas monjas, me lleva por compañero. En una palabra, yo participo de todos sus placeres.

Segun veo, le repliqué, ese P. Atanasio debe ser de humor festivo. Sin duda, respondió Carambola. Para haceros su retrato os diré, que no tiene aun cuarenta y dos años cumplidos, que es alto, robusto, de bella presencia y muy agradable en su conversacion, de manera, que es bien recibido en las casas adonde va, y que le acompaña el ser buen poeta, lo cual no se debe contar por nada. Es menester, prosiguió, que yo os haga conocer á su reverendísima. Me hareis favor en eso, le dije: un religioso semejante me parece un conocimiento muy bueno. Pues bien, replicó, voy á dároslo inmediatamente. Al mismo tiempo me cogió de

:



mano, y me condujo á la celda de Fr. Atanasio. Al ir, decia yo entre mí mismo: veamos si este prelado tiene tan bien mueblada la celda, como los religiosos de Jalapa.

Con efecto, Fr. Atanasio tenia ocho ó nueve piezas á un mismo piso, adornadas todas de pinturas y ricos muebles. Por todas partes lucian las obras mas exquisitas, hechas de pluma de Mechoacán. Habia mesas cubiertas con tapetes de seda, y escaparates llenos de vasijas de la mas preciosa porcelana de la China y del Japon. Finalmente, quedé deslumbrado de ver las bellezas de las cosas que me suspendieron, las cuales ciertamente hubieran hecho honor al palacio de un cardenal. Encontramos al P. Superior que estaba entretenido en tocar un laud. Mi reverendo P., le dijo mi conductor, ¿permite V. Rma. que yo le presente uno de mis mayores amigos, al señor don Querubin de la Ronda, ilustre ayo del señorito don Alejo de Velges, hijo del virrey? Fr. Atanasio por atencion á mi amigo Carambola usó conmigo de cuantas son imaginables. Me festejó tambien con una merienda, y mientras duró, no habló sino de música á la cual era sumamente aficionado.

Por allí conocí en donde le apretaba el zapato. Celebré lo que dijo, y cogiéndole por su flaco: Mi reverendo P., le dije, mi amigo me ha alabado vuestra voz en tal grado, que me ha inspirado un vivo deseo de oiros cantar; temo que tal vez ha exagerado un poco. Vos lo vais á juzgar por vos mismo, me respondió modestamente. Teneis razon para desconfiaros de Fr. Cirilo, pues además de la mucha amistad que me profesa, no tiene el oido delicado. Dicho esto, se levantó para ir á coger el laud, y sin detencion se puso á tocar y á cantar una tonadilla, de que él mismo nos dijo, habia compuesto la música y la letra. En ella se quejaba un amante de una dama cruel, y procuraba moverla con expresiones amorosas. Era menester ver como el religioso se revestia del afecto y hacia pasos tiernos con la garganta, moviendo los ojos como un enamorado derretido, lo cual hacia con sus hábitos un juego opuesto muy divertido.



Señor don Querubin, me dijo Fr. Cirilo, despues que dejó de cantar el prelado, ya veis las inocentes recreaciones de su Rma. ¿Qué os parece su voz? ¿No la hallais muy suave, y no seria delito el no ejercitarla? Yo me guardé bien de responderle, que la voz de un sacerdote y de un religioso debia estar únicamente consagrada á alabar al Señor. Al contrario, aplaudí en gran manera los pasatiempos del Padre, y aun le hice repetir la tonadilla, diciéndole que su voz, su música y su poesia me habian embelesado. Sin embargo, no dejé de decir aparte á Fr. Cirilo mi modo de pensar sobre ello; pero él tomó el partido de su superior, y para hacer al mismo tiempo, en dos palabras, la apología de los frailes americanos, me dijo: si los religiosos de esta tierra no tienen un semblante que predique mortificacion, no os preocupeis contra ellos; aunque su aspecto no es melancólico, no son por eso menos virtuosos.

Despues de haber pasado lo demas del dia con aquellos dos religiosos, me despedí de ellos, ofreciéndole volver á verlos algunas veces, y rogándoles me honrasen con sus visitas cuando sus ocupaciones se lo permitiesen.

#### CAPITULO VIII.

*Va don Querubin á ver los penitentes del desierto, y conoce entre ellos á don Gabriel de Monchique, el robador de doña Paula su mujer. De la conversacion que hubo entre estos dos caballeros enemigos, y como se separaron. Impresion que hizo en el corazon de don Querubin la relacion del robo de su esposa.*

Hallándome una tarde en una concurrencia en que se hablaba de la hermosura de los alrededores de Méjico, oí decir, y todos convenian en ello, que el sitio mas divertido era el que llaman el Yermo ó el Desierto.

Como yo no habia estado nunca en aquel paraje, aunque muchas veces habia oido alabar su amenidad, determiné ir allá al dia siguiente con Toston, que no tenia menos curiosidad que yo de ver aquel lugar. Enderezamos hácia él, montados ambos en caballos de las caballerizas del virey, y en poco tiempo anduvimos las



tres leguas que hay desde la ciudad hasta llegar á aquella morada solitaria, que merece bien se haga una descripción de ella. Es un monte cercado de peñas, y sobre el cual hay un convento que los PP. Carmelitas Descalzos han hecho edificar para retirarse á él como á una hermita.

Al pie, y por toda la circunferencia de aquel monte, se ven muchas capillas, y en cada una de ellas un huerto lleno de frutas y flores. Salen asimismo de las peñas en mas de un paraje, fuentes que juntas con la sombra de las palmas, hacen muy deleitoso aquel sitio. Las hermitas estan interiormente adornadas de pinturas al fresco, que representan los diferentes linajes de tormentos que padecieron los mártires, y además están puestas á la vista disciplinas, cilicios, y otros instrumentos de mortificación, para mostrar la vida penitente y austera que se lleva en aquel desierto, y en cada capilla hay una especie de hermitaño que se deshace el pellejo con disciplinas de hierro.

Aquellos penitentes están tenidos por santos. Yo los miraba con admiracion, y habiendo observado que algunos de los espectadores les daban limosna para tener parte en sus oraciones, quise imitarlos, y con esta intencion me llegué á una hermita á dar un doblon al santo personaje que se estaba azotando de un modo extraño; pero imaginaos cual fué mi espanto al ver en aquel pobre hermitaño, por mas desfigurado que estaba, á don Gabriel de Monchique, el robador de doña Paula. Yo dudé al principio de lo que me decian mis ojos, y dijele á Toston: mira con cuidado á ese penitente. ¿No distingues en él las facciones del pérfido don Gabriel? ¿Será acaso esta una ilusion? No señor, me respondió, no se engaña Vd., es vuestro enemigo en persona; no se me puede despintar por cubierto que esté de sangre y casi desconocido.

Mientras yo andaba recorriendo con la vista á este mal hombre, cuya presencia, despertando mi enojo, parecia prohibirme el satisfacerlo, él por su parte me conoció. Luego que cayó en mí, arrojó las disciplinas con que se azotaba cruelmente, y vino á presentarme el pecho to-



do ensangrentado diciéndome: Don Querubin, hiere, venga la afrenta que te he hecho; muy lejos de querer huir de tus golpes, imploro el favor de ellos; con atravesarme el corazon me librarás de los remordimientos que me despedazan continuamente, ó por mejor decir, de las furias que me persiguen sin cesar ya hace dos años. ¿Y qué has hecho de mi esposa? le dije con aceleracion. ¿En qué ha parado? habla, malvado, explícame qué es de su suerte. Doña Paula no vive, respondió; la muerte me la arrebató un mes despues que la robé. Apenas gozé de mi delito, cuando el cielo me envió el castigo. Si quieres saber mas, prosiguió, entra en mi hermita, te informaré de cuanto deseas saber, y tambien yo debo hacerte esta relacion para sincerar la conducta de doña Paula que no tuvo culpa. Dichas estas palabras, nos habló á Toston y á mí de esta manera.

Estame atento don Querubin, voy á hacerte una relacion verdadera de la seduccion y del robo de tu esposa. Luego que me propuse agradarla, gané con regalos á la vieja Antonia su criada, la cual me enteró de que doña Paula te amaba tanto, que no era capaz de faltarte á la fidelidad. Con esto, en vez de dejarme de mi loca aficion como hubiera debido hacerlo, me entregué á ella de tal manera, que no me detuve en usar de cuantos medios me sugirió mi infame pasion para seducirla, y estimulándola, viendo que estos habian sido inútiles: por último, la incliné á que acompañada de su criada saliese una tarde á cierta diversion fuera del pueblo, en la que yo tuve cuidado de hallarme prevenido ya para robarla; y así á la caida de la tarde, sin que nadie lo echase de ver, conseguí mi depravado intento.

Llegamos en breve al lugar de Villaverde que dista de allí solo dos leguas. Estuvimos ocultos en la quinta de un caballero con quien yo habia trabado amistad, que era pariente de don Ambrosio de Lorca, y por consiguiente enemigo de don Manuel, y tuyo. Este caballero se alegró de darnos asilo, y favorecer una accion que os deshonoraba á los dos. Permanecimos cerca de quince dias en nuestro retiro, sin temer vuestras pesqui-



sas , porque estábamos en casa de un caballero que no tenia sino criados callados y fieles. Despues de esto, continuando nuestro camino de noche para acercarnos á la costa de Cartagena , llegamos á un puerto pequeño, en el que nos aguardaba un barco que nos habia de conducir á Ibisá. Aquí nos embarcamos en un bajel que habia hecho yo fletar para Génova mi patria, á donde hacia ánimo de ir á esconder mi presa; pero cansado el cielo de los desórdenes de mi vida, no quiso permitirlo. Doña Paula cayó enferma y murió en la travesía , por mas remedios que se hicieron para curarla.

Este funesto acontecimiento , prosiguió Monchique, me hizo entrar en mí mismo. Reprendíme mi delito del cual vi entonces toda la enormidad, y tomé la resolucion de expiarle, si era posible, consagrando lo que me restaba de vida á la mas rigorosa penitencia. Habiendo arribado con este propósito á Génova, vendí todos mis bienes, y su precio lo empleé en dar algo á la vieja Antonia para que fuese á llorar á un convento de recogidas la culpa que en parte habia tenido del robo de su ama. Pagué y despedí á mis criados, y repartiendo entre los pobres lo que me quedaba, salí de Génova en hábito de hermitaño, determinado á hacer asiento en algun bosque ú otro sitio que me pareciese acomodado para servir de morada á un anacoreta, lo que hallé dentro de poco.

Pero don Querubin, prosiguió, creo que no es necesario decirte mas , ni que te cuente como vine de Italia á Méjico, porque eso no te es del caso. Me basta haberte referido los pasajes que te importan , y me parece te he dicho lo suficiente para excitarte á la venganza. Esconde, pues, añadió, presentándome otra vez el pecho , esconde tu espada en el corazon de un indigno que á tus ojos debe parecer un mónstruo. No , no , le respondí ; sea la que quiera la ofensa que me hayas hecho , no puedo resolverme á vengarla con un homicidio, y prefiero el dejarte en el desierto á fin de que alcances con una larga y áspera penitencia que el cielo se apiade de tí.

Dicho esto, salí de allí y tomé otra vez el camino de Méjico haciendo en él varias reflexiones sobre aquel suceso. Eran tristes las que hacia cuando me representa-



ba que doña Paula, no habiendo faltado á su deber sino en fuerza de un engaño, era disculpable; y nacia en mi alma un gozo secreto de pensar que con su muerte ya podia aspirar á casarme con doña Blanca. Toston, que por su lado no encontraba en aquel lance sino motivo de divertirse, iba con el ánimo risueño. Si veia que me enternecia de considerar la suerte que habia tenido doña Paula, me hablaba de la hija de Salcedo de tal manera que, todo bien reflexionado, la alegría venció al pesar.

### CAPITULO IX.

*Como don Querubin, volviendo del desierto, se detuvo en un lugar, y encuentro inopinado que le sucedió en él. Historia de un cura y de una peregrina. Admirables efectos de la semejanza, y singular generosidad de aquel cura.*

Yo me volvía del desierto con mi criado, ocupado el espíritu todavía de lo que don Gabriel de Monchique me habia referido, cuando me sucedió un encuentro bastante singular que desvaneció por algun tiempo la tristeza en que me sepultaba de nuevo el contemplar en el fin trágico de mi desventurada esposa, cuya muerte me pesaba en el alma.

Habiendo hecho parada en un lugar, ó mas bien villa, para que descansasen los caballos, me causó grandísima novedad el ver mucho populacho junto á la puerta de la casa del señor cura. Envié á Toston á saber lo que era, y la causa de aquella bulla. Fué y volvió en un momento, exclamando como fuera de sí: ¡ah señor, qué graciosa aventura sucede aqui! El cura de este pueblo, al dar limosna á una peregrina, ha conocido que era su mujer, y la gente con el deseo de verla está aguardando á que salga de esa casa. Mi criado, riéndose á carcajadas de este caso, me pidió nos detuviésemos hasta saber el fin de aquella aventura. No obstante, le hice callar, disgustándome hiciese locuras en medio de un pueblo donde podian conocerme. Esta catástrofe me hizo reflexionar sobre la situacion de aquel cura que yo cotejaba con la mia. Yo decia entre mí mismo: ¿cuánta diferencia no



hay entre la suerte de este hombre y la mia? Yo he perdido para siempre á mi mujer sin esperanza de verla mas, y el cura vuelve á encontrar la suya cuando menos lo esperaba. Deseoso de saber esta historia mas por menor, atravesé por la multitud, y dije que queria hablar con el cura. Al principio tuvieron alguna dificultad para dejarme entrar; pero viendo mi porte y equipaje, me abrieron inmediatamente la puerta. Entré, diciendo á Toston se fuese á la posada. Observé en una sala bastante grande congregados los sugetos principales del pueblo al rededor de su venerable pastor, á quien procuraban persuadir que la peregrina no era su mujer, y que aun ésta no le conocia ni le habia visto en los dias de su vida. El cura que se afligia porque la peregrina no queria conocerle, se levantó al verme, y agradándole sin duda mi fisonomía, me suplicó le hiciese el favor de escucharle, lo que le ofrecí, diciéndole algunas palabras para consolarle y darle esperanza. Recibió mi cortesanía con las lágrimas en los ojos y me dijo: Señor, oireis cuál es mi desgracia. Quince años habrá que viajando por mar con esa mujer que veis rodeada de mis amigos, y que ahora me desconoce, tuvimos la fatalidad de experimentar una horrible tormenta. Nuestra embarcacion se hizo mil pedazos, y yo mismo hubiera quedado rendido á la violencia de las olas y de las corrientes impetuosas sin un socorro especial del cielo. Despues de haber luchado mucho tiempo con las aguas agitadas, que ya me hacian ver lo profundo de los mares, y ya me levantaban hasta lo alto de las nubes, tuve la fortuna de divisar un barco vacío que flotaba como yo al arbitrio de los vientos. Metíme en él, y aunque hacia obscuro, me hallé por casualidad con dos remos, los que al instante así, dando á Dios mil gracias; y sin saber á donde iba, anduve remando dos ó tres horas, hasta que advertí que el mar estaba sereno y el barco detenido. Esperando el dia, hacia al cielo mil plegarias por mi esposa y dos hijos que se habian embarcado conmigo. Apenas se dejó ver la aurora, cuando me quedé atónito de hallarme en un puerto cubierto de navíos; sin duda que Dios habia conducido allí mi barco y cuidado de mi vida. Algunos marineros que



me vieron de lejos acudieron á socorrerme y se quedaron muy espantados de ver que me habia salvado en la borrasca deshecha que acababa de padecer. Lastimáronse de mi estado, y me prestaron con que mudarme de pies á cabeza, porque mis vestidos estaban chorreando agua. Libre de aquel tremendo peligro, me fuí á una iglesia á encomendarme al Señor. Hice propósito de no volver jamás á embarcarme, pero no obstante, me causaba sentimiento haber perdido una esposa tan querida, y dos hijos á quienes yo amaba tiernamente. Habiendo preguntado á varios pasajeros, si tenian noticia de un navio llamado la *Estrella del Pastor*, y sabido de ellos que habia perecido enteramente, y que yo era el único que se habia salvado de aquel horroroso naufragio, anduve corriendo de puerto en puerto con el dinero que hice de algunas alhajas que llevaba sobre mí, y de dos sortijas que me habian quedado en los dedos. No oyendo hablar nada de mi mujer, tomé la determinacion de consagrar mi vida al servicio de Dios, no pudiendo darle sobradas gracias del favor que me habia hecho. Volví á seguir mis estudios que no se me habian olvidado todavia; entré en breve en un seminario; al cabo de cuatro años recibí muy contento las órdenes sagradas, y despues de haber sido algun tiempo cura ecónomo de esta parroquia, me dieron el curato en propiedad. Mas hace de seis años que estoy en él, y esta mañana dando limosna á la peregrina que veis, me pareció que sus facciones eran las de mi mujer, y me sobresalté tanto, que dí un grito, al cual acudieron todas las gentes de mi casa. Atónita la peregrina de ver mi accidente, y sin saber su causa, entró conmigo para socorrerme. Vuelto en mi acuerdo, y mirándola con mas cuidado, hice retirar á los circunstantes, y hallándome solo con ella, la pregunté si era la hija de don Blasco Nise de Mendoza, á lo que dijo que sí al instante, preguntándome por su parte de dónde la conocia yo. Mi respuesta fué darla un abrazo, y decirle que en mí veia á su desventurado marido don Andrés de Rojas, que se habia libertado con el favor de Dios del furor del mar; pero juzgad cuál seria mi admiracion, cuando retirándose de mis brazos, me dijo que yo deliraba, que

:



ella nunca habia sido casada , y que no podia por menos que yo estuviese loco. Quiso , dicho esto , salir ; pero yo la hice detener , y sus gritos repetidos son los que han atraido á mi puerta toda la gente de este pueblo. ¿No soy bien desdichado , prosiguió aquel buen sacerdote , de que no me conozca la persona á quien mas queria en esta vida? Nombro á vds , señores , por jueces de esto que me sucede. Por lo que mira á mí , con la curiosidad de saber lo demás de la aventura , le dije era propio de su prudencia el no divulgar semejante historia , atendiendo al decoro de su carácter , y que debia caminar con pies de plomo en un lance de aquella naturaleza : que si me lo permitia , yo hablaria á solas con la peregrina , y que por este medio podria descubrir quién era. Condescendió en ello , y mandó que me dejasen solo con ella. Lleguéme con efecto á hablarla , ¡pero cuál fue , cielos , mi suspension al conocer en traje de peregrina á Nise , aquella con quien tuve mis primeros amores! No se quedó ella menos turbada de verme , y preguntándome por qué accidente me hallaba yo allí , la conté lo que decian de ella , y que la curiosidad era la que me habia movido á entrar en casa de aquel cura. Exhortéla á que me dijese la verdad , y causa de hallarse en aquella tierra y traje ; y luego me satisfizo diciendo : era cierto no haber sido nunca casada , y que verdaderamente era la hija de don Blasco Nise de Mendoza , que habia pasado á aquellas tierras en compañía del señor D. Antonio Oleaga , que con su esposa fué á servir un [gobierno. Preguntéla su nombre de bautismo , y me dijo se llamaba Teresa , y que teniendo ya años , y no pudiendo seguir sirviendo por un achaque que padecia mucho tiempo hacia , y la iba acabando , que era reliquia de su licenciosa vida pasada , se habia echado á pedir limosna en aquei traje de peregrina , con lo que lo pasaba bastante bien. ¿Pero no teniais una hermana? la dije. ¡Ay! si señor , me respondió ; pero habiendo sido separada de ella en mi niñez porque la casaron , no sé si vive todavía , ni donde para. ¿Cómo se llamaba ? proseguí. Doña Francisca , me respondió. Bien está , la dije dejándola ; no queria saber mas. Con esto volví á buscar al señor cura , quien luego que me



vió quiso al instante saber si aquella peregrina era su esposa, como no lo dudaba. Respondíle que yo no creía que lo fuese, y que la semejanza de aquella mujer con su esposa era la que le habia sobresaltado y agitado la imaginacion. ¿Cómo, le pregunté, se llamaba tu mujer? Doña Francisca, respondió el cura. Pues bien, le dije entonces, dándole la mano, venid conmigo, y en esta peregrina abrazad á Doña Teresa, vuestra cuñada. ¡Mi cuñada! ¿es posible, dijo el cura, arrojándose á ella, que vos seais la Teresa de que me hablaba tantas veces mi esposa? La peregrina le aseguró ser asi, y yo por mi parte confirmé que lo era, y que la habia conocido. A este efecto le conté donde la habia visto, callándole haber sido el objeto de mi primera inclinacion; pero lo que acabó de convencerle fué el que nuestra peregrina sacó de una caja de hoja de lata que llevaba pendiente á un lado, su fé de bautismo, y enseñándosela al señor cura, este no pudo ya dudar de la verdad y abrazó otra vez á su cuñada. Despues de enterarse del estado en que se hallaba, la aseguró que en adelante vivirian juntos, y solo los separaria la muerte. Esparcióse inmediatamente por el pueblo el rumor de que la peregrina era cuñada del señor cura, y que era tan parecida á su mujer, que no era extraña la equivocacion

Me ha parecido tan singular esta aventura, que he querido referirla menudamente en esta historia, y discurre que mis lectores no lo llevarán á mal. Despedíme del señor cura, quien no me dejó marchar sin que admitiese antes una merienda frugal que me dió, haciéndome por este medio testigo de la alegría que le causaba el ver á una hermana, á quien no conocia. Derramaba tiernas lágrimas, y mirando á Nise, no cesaba de suspirar, acordándose de su esposa. Un espectáculo como este me enternecia; y si muy gustoso quedé de ver el fin de aquel suceso, todavía me agradó mas la generosidad de que usó aquel buen pastor. ¡Cuántos hay mas ricos, que no él, pues solo gozaba quinientos pesos al año, que dejan pasar á sus parientes una extrema miseria, pudiendo socorrerlos con traerlos á su casa, ó á lo menos ayudando á su manutencion!



El cura deseoso de saber quien era yo, me lo preguntó. Yo no se lo callé, y desde entonces me manifestó mas respeto. Me pidió le permitiese irme á visitar, á lo que consentí gustoso. La acción loable de recibir en su compañía á su cuñada, me pareció tan bella, que de allí á poco le hice dar por medio de mi amigo D. Juan de Salcedo, á algunas leguas de Méjico del lado de Petapa, un buen beneficio que pasaba de dos mil pesos al año.

El cura no cesa de darme las gracias todos los dias, y demostrarme su agradecimiento. He puesto aqui la conclusion de esta historia, porque no se hará mas mencion de ella en la continuacion de la mia. Separéme de él y eché bien de ver, que la ama del señor cura miraba con malos ojos á su nueva huésped, siendo ella la única persona á quien ví pesarosa de aquel suceso.

Volví á Méjico con Toston, tan ocupada la imaginacion de aquella aventura, que á mi llegada se la referí á D. Juan de Salcedo, olvidándome enteramente de contarle la que mas me importaba, y de que me propuse de veras hacerle relacion el dia siguiente.

**FIN DE LA QUINTA PARTE.**



---

---

PARTE SESTA.

---

CAPITULO PRIMERO.

*Restituido á Méjico D. Querubin da cuenta de su viaje á D. Juan de Salcedo. De la alegría que causó á este secretario el verle en estado de ser su yerno. Del nuevo empleo que le proporcionó y de los buenos consejos que le dió.*

Fuí con ánsia á buscar á Salcedo para informarle del encuentro impensado que habia tenido, y se me habia olvidado contarle la víspera. Llegué á él con tal turbacion, que conoció de antemano, que yo tenia alguna nueva importante que participarle. ¿Qué os sucede, don Querubin, me dijo, para estar tan agitado? ¿Os ha pasado algun lance extraordinario? Si señor, le respondí, y vos no discurriréis la narracion estupenda que tengo que haceros. En seguida le referí punto por punto lo que me acababa de pasar con Monchique en el desierto.

Don Juan estuvo atento escuchándome sin interrumpirme, y al fin abrazándome lleno de gozo, me dijo: ¡Cuán gustosa me es esa noticia! ¿con qué ya está quitado el obstáculo que se oponia al descanso de mi vida? Nada es ya capaz de estorbar la union de los vínculos de la sangre con los de la amistad. Os hablo en estos términos, prosiguió, porque camino en el supuesto de que en cuanto á mi hija, *tuum semper sauciat pectus amor*; pero si despues que dejasteis de verla, habeis puesto los ojos en otra, seria cosa triste para ella vivir con un marido que no la quisiese.

Yo protesté á Salcedo que me mantenía en el mismo parecer, con lo cual me prometió de nuevo la mano de doña Blanca. Díle, como podeis, dar las gracias que



debía á un sugeto, que pudiendo casar á su hija con algun señor de la córte ó con algun consejero, no se desdeñaba de mi alianza, ó por mejor decir, que la deseaba con tanto ardor como si le hubiera traído grandísima ventaja.

Manifestéle mi gratitud con palabras que le hicieron comprender, que mas me movía el cariño que me mostraba, que no el dote de Blanca por grande que fuese. Estoy persuadido, me dijo, de la sinceridad de vuestros afectos; y si yo escuchase solo mis deseos, antes de ocho dias seriais el esposo de mi hija; pero una razon que os voy á decir, me precisa á diferir por algunos meses este casamiento. Don Alejo se pondrá pronto la ropa viril, quiero decir, que no necesitará ya de ayo. Estoy aguardando esta ocasion para procuraros un puesto mas importante que ese, y con vuestra licencia os diré, mas digno de un caballero que ha de ser mi yerno.

Entretanto, añadió, os permito volvais á visitar á mi hija para tratar con ella lo que conduce á dos personas que estan en víspera de unirse una á otra con lazos eternos. No desperdiicé el permiso; y asi fuí otra vez á visitar á Blanca, que recibíendome como á un amante, que tenia licencia de su padre, recobró un poco de amor hácia mí, inspirándome mucho para con ella.

Yo estaba inquieto por saber cual era el nuevo acomodo que deseaba procurarme mi suegro futuro, para merecer el honor que queria hacerme; cuando hé aquí que entra en mi cuarto una mañana, diciéndome con semblante alegre: ¡hijo mio, (porque ya no me llamaba de otro modo) *albo dies notanda lapillo!* Ya no sois ayo de D. Alejo. Este señorito es al presente dueño de sus acciones, y vos mi compañero. Para recompensar el virey vuestro cuidado en la educacion de su hijo, ha tenido á bien que os asocie á mis ocupaciones, y que dividais conmigo el título de primer secretario del vireinato. Esta es la gracia que le he pedido, y acabo de conseguir. No salgais ahora con decirme, que no sintiendóos capaz de desempeñar dignamente mi empleo, hallais reparo en encargaros de él. No os espanten mis quehaceres; creed que no son la mágia negra. Para cumplir con



mi encargo basta tener método y una sana comprensión. No os inquieteis por eso; en breve os impondré en el manejo de los negocios mas árdúos.

En esta seguridad perdí todo de un golpe la aversion que habia tenido hasta entonces á las oficinas, y respondí á Salcedo, que ciertamente mi incapacidad me tenia acobardado; pero que una vez que á él no le asustaba, haria cuanto él quisiese, en el supuesto seguro de que me ayudaria con sus consejos, ó por hablar con mas propiedad, me llevaria de los andadores. Luego que me vió dispuesto á cumplir con lo que deseaba, me llevó á presencia del virey, á quien me presentó en clase de compañero y yerno suyo. Aprobó S. E. el pensamiento de agregarme á su ministerio y casarme con Blanca, no creyendo, le dijo cortesmente aquel señor, que pudiese hallar una persona mas del caso que yo, para ser su yerno y su sustituto. Despues de unas palabras tan alhagüenas me dijo el conde que me exhortaba á tomar por modelo á mi suegro, lo que hubiera podido muy bien dejar de recomendarme, pues se hallaba enterado de que yo conocia todo el mérito de Salcedo.

Y asi es que, luego que nos despedimos del virey, le dije á aquel secretario: S. E. no necesitaba aconsejarme siguiese vuestras pisadas, pues ¿á quién sino á vos pudiera yo pensar en imitar? ¿qué guia puede mejor que vos conducirme por el camino que me abris, y en el cual no entro sino temblando? Ay de mí, que temo es muy limitado mi entendimiento, é incapaz de llenar vuestras esperanzas! Os vuelvo á decir, me replicó D. Juan, que este oficio es mas fácil de lo que pensais. Solo os daré un aviso de la mayor consecuencia, y es que seais accesible, atento, y recibais con agrado á todo el mundo. No hay duda de que un aire circunspecto cae bien en el gefe de una oficina, pero ha de ser sin nada de orgullo. La gravedad y la necia altanería, dice un autor castellano, son dos hermanas muy parecidas, pero con todo se pueden distinguir; la una corresponde atenta á la urbanidad con que se le trata, y la otra cobra con ella mas insolencia.



CAPITULO II.

*D. Querubin de la Ronda ejerce á medias las funciones de Salcedo, y las desempeña pasmosamente. Cásase con doña Blanca. Historia trágica de tres hermanos indios.*

Así que me declararon por acompañado de D. Juan de Salcedo, todos los oficiales de las oficinas del vireinato, fueron solícitos á felicitar-me como á gefe suyo, y además de eso los mas de los caballeros y vecinos principales de Méjico pasaron á darme la enhorabuena, á fin de hacer conocimiento con un sugeto que sabian que era el mayor amigo de Salcedo, y su yerno futuro.

Á los principios fuí paso á paso sin hacer nada que no consultase antes con mi oráculo, quiero decir, con mi amigo, que recibiendo en enseñarme un placer que me encantaba, me inspiraba cada dia mayor inclinacion á los negocios. Apliquéme á ellos con tanta eficacia, que dentro de poco no necesité de director. Al cabo de tres meses de práctica cualquiera hubiera dicho que yo no habia en toda mi vida hecho mas oficio que aquel. Es verdad, que ponía todo mi conato en imitar mi modelo, lo que logré de tan buena manera, que en la ciudad me llamaban por excelencia el mono de Salcedo. Yo no sé tambien si excedia á mi original en el arte de recibir con afabilidad á los que recurrian á nuestro ministerio; pero lo que no admite duda es, que D. Juan nada tuvo que reprehender-me sobre este punto, antes bien habiendo advertido un dia el agasajo con que traté á un simple particular, me dijo: muy bien, hijo mio, muy bien, ese es el modo de acoger á todos los ciudadanos que acuden á nosotros. Concédaseles ó niégueseles lo que pretenden, debemos siempre dejarlos ir alabando nuestros buenos modales.

Yo no padecia, pues, el defecto que se nota con frecuencia en los secretarios, y algunas veces en los últimos empleados de las secretarías, que es decir, que no ostentaba ser un pequeño gefe. Mas diré: unía con un semblante apacible y cortés, un corazon amigo de hacer



bien. Hacia cuantos servicios dependian de mí, con especialidad á los miserables que llegaban á implorar mi favor. De este modo cobré fama de hombre de bien, y me granjeé la estimacion y afecto de toda la ciudad.

Mi compañero se daba el parabien de lo que habia hecho. Estaba muy gozoso de ver cuán bien acreditaba yo de acertada su eleccion; y llegado el tiempo de darme su hija, dispuso que nos casásemos solemnemente en la Iglesia Catedral de Méjico, en presencia del conde y de la condesa de Velges, y de todos los dependientes de la chancillería. Los caballeros principales de la ciudad asistieron tambien á aquella ceremonia, y entre ellos D. Andrés de Alvarado, mi amigo, y D. José de Sandoval, descendientes ambos de aquellos esforzados capitanes de Hernan Cortés, cuyos nombres celebra la fama. Concurrió asimismo D. Cristóbal, nieto del insigne García Holguin, que se apoderó de la canoa y de la persona del Rey Guatimozin, sucesor de Motezuma. En una palabra, allí se hallaron con sus mujeres los caballeros mas ilustres, lo que hizo muy lucido el concurso. Blanca y yo, despues que fuimos desposados por mano del arzobispo, nos restituimos al palacio, en donde se celebraron con esplendor nuestras bodas por espacio de tres dias. Banquetes, bailes, conciertos y comedias todo se empleó para que fuesen magníficas.

Acabados los regocijos, me apliqué á los negocios aun mas que antes; y en breve se pagó tanto de mí S. E. que casi no hacía ya diferencia entre el suegro y el yerno. Nos consultaba á los dos acerca de las órdenes importantes que recibia de la corte; y á veces sucedia que mi parecer era mas atendido que el de don Juan, que lejos de concebir envidia, mostraba alegrarse en extremo de ello.

El conde hacía mucho aprecio de nuestros dictámenes; pero no siempre los seguia, y cuando se le ponía alguna cosa en la cabeza, no podiamos ni uno ni otro apearle de su opinion. Me es preciso contar un ejemplo de su terquedad, por el que se vendrá en conocimiento de lo que era aquel señor. Supo en cierta ocasion, que en la provincia de Mechoacán habia tres caballeros indianos,



hermanos, que vivian á la orilla de un rio, donde en algunos parajes se encontraba oro, los cuales no ignoraban ellos, pues habian traficado en polvo de este metal con un mercader de Sevilla. El conde de Velges, pronto á pillar las ocasiones de aumentar sus riquezas, destacó al pais de Mechoacán una tropa de soldados españoles con órden de prender á aquellos tres hermanos, y conducirlos á Méjico, lo que ejecutaron con igual puntualidad que presteza. Metiéronlos en la cárcel del palacio, y el virey mismo les tomó la declaracion. Negaron ellos tener noticia alguna de los parajes del rio, donde se pensaba hubiese oro. Para obligarles á que los descubriesen, se les trató desde luego con blandura, y usó de grandes promesas, y despues de amenazas y tormentos: pero todo en vano, porque no fué posible arrancarles el secreto.

Si S. E. hubiera querido creernos á Salcedo y á mí, el asunto hubiera quedado en tal estado; enviando á aquellos infelices á su tierra, y contentándose con haberlos tratado inhumanamente. Este fué nuestro parecer, que sin embargo no se siguió, aunque era tan juicioso. No pudiendo el virey perder la esperanza de sacar oro de aquellos presos, tomó el partido de escribir á la corte para informar de lo ocurrido al primer ministro, y preguntarle lo que debia hacer con aquellos tres caballeros indianos. El duque de Vailores, imaginándose ya tener veinte toneles de oro, respondió prontamente al conde, mandando hiciese sin mas ceremonias cortar la cabeza á los tres hermanos, si se obstinaban en guardar silencio.

Bien que esta órden le pareció cruel al virey, con todo eso no dejó de dar disposiciones para que se ejecutase aquella sangrienta sentencia, por mas que mi compañero y yo le representamos, para impedirle se cubriese de la sangre de tres hombres que acaso persistian en callar, porque no tenian nada que decir. Oponia á nuestras reflexiones dos motivos, á los cuales nos vimos obligados á ceder. El primero, que él conocia el carácter del duque, ministro altivo, y amigo de que le obediesen sin réplica; y el segundo, que le contemplaba



para que le continuase en su empleo algunos años despues de acabada la comision, la cual estaba para espirar, porque habia ya cuatro años que gobernaba el reino de Méjico, cuyo vireinato no dura mas que cinco años, bien que algunas veces se proroga hasta diez.

Cuando yo ví amenazadas de una muerte cercana las tres víctimas de la avaricia del duque y del virey, tuve lástima de ellas, y así le dije á S. E. : señor, antes de derramar la sangre de estos indios, valgámonos de la maña, ya que el tormento ha sido inútil. Yo conozco un religioso que es muy elocuente, y habla perfectamente la lengua indiana. Creo que si viese á los presos, y conversase con ellos muchas veces, llegaría á conseguir que le revelasen lo que callan con tanta tenacidad. Apruebo el pensamiento, respondió el conde, y así nada os debe estorbar el ponerlo en práctica. Id desde ahora á buscar á ese religioso, y traédmele aquí; si sale bien de la empresa que cuente con que le haré dar un obispado. Tomé al instante el coche, y fuí al convento del religioso, diciendo entre mí: ¡Voto á tantos! si mi amigo Carambola pudiese llegar á ser obispo, sería esto una cosa muy graciosa.

¿Qué os trae aquí? exclamó Fr. Cirilo, luego que me vió. ¿En qué puedo serviros? Mas bien se trata de serviros á vos, le respondí; pues se trata de una mitra que os quieren plantar en la cabeza. Hacedme el favor de explicaros, me dijo, porque no os entiendo. Yo no creo que soy de la masa de que hacen los obispos, aunque todos los dias elevan á esa dignidad á individuos de nuestra órden. Enteréle del motivo de mi visita, y de la condicion con que prometian hacerle príncipe de la Iglesia. ¡Oh! todavía no tengo la mitra, replicó él, meneando la cabeza. Lo que esperan de mí no es fácil de hacer. Vos os burlais, señor Carneades, le dije yo riendo. Vos que poseeis el feliz talento de persuadir; vos que hablais tan bien la lengua *Proconchi*; ¿temeis el no poder mover á los tres presos á que correspondan á las intenciones de la corte para librar su vida? Sí, respondió Fr. Cirilo, temo que no lo he de lograr. Vos no conoceis á los indios. Hay algunos tan firmes en las resoluciones que toman,



que los mas crueles suplicios no son capaces de amedrentarlos. Si estos se han convenido entre ellos en morir antes que descubrir lo que quieren ocultar, es en vano lisonjearse de que se les precisará á ello. Sin embargo, añadió, haré enhorabuena la experiencia por contentar al virey, pero dudo muchísimo que S. E. quede satisfecho de las resultas.

Conduje á palacio al religioso, y se lo presenté á S. E., el cual le dijo: padre, ya sabeis el asunto de que se trata. Don Querubin debe haberos enterado de él; y como me ha alabado en gran manera vuestra persuasiva, tengo pleno motivo para lisonjearme, de que movereis á los tres indios á romper un silencio que se obstinan en guardar, y que les será funesto, si no se rinden á vuestras amonestaciones. Pasad á verlos, os pido, habladles en su propia lengua, y haced de modo, si es posible, que obedezcan las órdenes del rey, señalando los parajes del rio, donde haya oro. Hacedles presente, que sin esta manifestacion es cierta su muerte; pero que si declaran de buena voluntad, se lo estimaré y les haré grandes beneficios. Por lo que á vos toca, padre, prosiguió, estad seguro, que si lo conseguís, la corte reconocerá este servicio. Señor, respondió Fr. Cirilo, yo estoy pronto á coadyuvar el celo de V. E. por el servicio del rey, y nada omitiré por complacerle; pero ya se lo he dicho á don Querubin, no sé si mis exhortaciones tendrán el éxito favorable que V. E. se promete.

Al mismo tiempo para mostrar nuestro religioso, que no queria otra cosa, que el contribuir al cumplimiento de los deseos del conde, hizo que le llevasen á la cárcel en que estaban presos los tres indios, y se mantuvo cuatro horas con ellos. S. E. y yo pronosticábamos favorablemente de una conferencia tan larga, y no podíamos imaginarnos, que los indios fuesen tan insensatos que quisiesen preferir la muerte á la vida.

Sin embargo, nos engañábamos, pues el académico de Petapa volvió á nosotros con semblante triste, diciéndonos: estos malvados no son capaces de hacerse cargo de la razon en la desesperacion de que estan poseidos. Yo les he exhortado inútilmente á que se conformen á



la voluntad de la corte, pero mis razones no han hecho otro efecto que irritar su furor. Se mantienen firmes en decir que no saben si hay oro en ese rio, donde se han empeñado en asegurar que se encuentra; y á ello añaden, que aun cuando lo supiesen, no lo confesarían por castigar la codicia de la corte y del virey. Pues bien, dijo entonces S. E. indignado de la constancia de los presos, morirán, ya que quieran apropiarse riquezas que corresponden al rey.

Despues de haber el conde dicho esto, dió un decreto de muerte contra ellos en conformidad de la órden sanguinaria de la corte, sin que lo contradijesen los jueces de la Chancillería, aunque estos magistrados tengan facultad de oponerse á los procederes injustos de los vireyes, lo que se debe sin duda atribuir al temor que tenían de desagradar al ministro cuyo espíritu vengativo conocían.

Levantaron, pues, en la plaza del mercado un cadalso al cual hicieron subir primero al hermano mayor de los tres. Acompañábale Fr. Cirilo, que iba exhortándole en *proconchi* á que contentase al virey; y por otro lado el verdugo llevaba en la mano un ancho alfange, haciendo relucir con estudio la hoja á fin de que la viesén los desdichados para cuyo suplicio habia de servir: pero aquel indio mirando con semblante intrépido todo el aparato de este; y mas cansado que movido de la exhortacion del religioso, se dió prisa á presentar la garganta al verdugo que le hirió con el golpe mortal.

Trajeron inmediatamente al hermano segundo, á quien el religioso queria persuadir, que no debia imitar el ejemplo de su hermano mayor. Palabras en valde, le dijo el indio que hablaba un poco el castellano. Amigo mio, prosiguió, hablando con el verdugo, haz pronto tu obligacion, consume la obra bárbara é injusta de tus superiores. En esto reclinó la cabeza sobre el tajo y el verdugo se la cortó.

Quedaba solo por ajusticiar el mas pequeño de los tres hermanos. No bien hubo este presentádose en el tablado, cuando se oyó entre los concurrentes que eran en muy crecido número, un rumor nacido de la compasion que



á todos les causaba el verle. Es constante, que no se le podia mirar sin lamentarse de su desgracia. Era un mozo de veinte años á lo mas, de bella estatura y buena fisonomía. Las damas, como naturalmente son piadosas, se lastimaban de ver su juventud, y deseaban no imitase á sus hermanos. Todos los circunstantes rogaban por él al cielo. Yo por mí esperaba, y S. E. se prometia tambien, que aquel jóven se horrorizaría cuando viese levantado el acero sobre su garganta, y los cadáveres de sus hermanos tendidos en el cadalso. El mismo Fr. Cirilo, á pesar del conocimiento que tenia de la tenacidad de los indios, no perdía las esperanzas de sacar á este de entre las garras de la muerte; y así aumentando sus esfuerzos, apuró los pasajes mas elocuentes de su coleccion académica: pero no salió con su empresa, pues habiendo el mancebo indio visto en tierra separadas de los cuerpos las cabezas de sus hermanos, las agarró con furia, y besándolas con ansia una despues de otra, exclamó en su lengua: esperad amados hermanos míos; esperad que voy á seguiros. No me asusta la muerte, antes me será deliciosa, pues vá á reunirme con vosotros. Juzgando el religioso por estas palabras, que aquel frenético apetecia la muerte, cesó de exhortarle á vivir, y le abandonó al verdugo, quien le separó la cabeza de los hombros.

Oyóse inmediatamente en la plaza del mercado un grito general de horror; todo el pueblo prorumpió en un murmullo confuso, y lastimado de aquellos tres indios, acusan de injustos á sus jueces. Es cierto que aquel suceso hizo poco honor al virey y al primer ministro, pero creo que estos dos señores no sintieron tanto el haber hecho quitar injustamente la vida á aquellos tres caballeros, como el haber cometido una accion tan [mala sin sacar fruto alguno de ella. A don Juan de Salcedo y á mí nos causó una verdadera pesadumbre, é igualmente al padre Fr. Cirilo, que se volvió triste y cabizbajo á su couvento, al ver que habia empleado en vano su retórica.



CAPITULO III.

*Por que accidente hizo Toston una fortuna rápida, y de la loable determinacion que tomó en breve despues. Don Alejo no siente ver marchar á su criolla, mujer de Toston.*

Al siguiente dia de este trágico acontecimiento, sucedió otro muy divertido en Palacio. Habiendo conocido Blandina, que don Alejo habia abusado de la inclinacion que le habia tenido, declaró en confianza á Toston el estado en que se hallaba, y este criado fué á decírselo al instante á la vireina.

Esta señora se admiró tanto de oirlo, como si no hubiese debido preveer semejante lance. ¡Ay, amigo! le dijo: ¿qué vienes á decirme? Esa noticia me atraviesa el corazon. Yo nunca hubiera creido capaz á Blandina de caer en igual deslíz. Señora, la respondió Toston, bien sabe V. E. que un tierno afecto va mas lejos de lo que se piensa. Cuando una mujer amada se muestra fina con quien la está ciegamente apasionado, entonces el juicio y la virtud pierden facilmente su mando sobre ellos.

¡Ay, fragil Blandina! continuó la condesa, ¿que es lo que has hecho? ¿por qué dejaste tomar á mi hijo unas libertades que solo le son lícitas á un esposo? Pero, ¿para qué es reprenderte, si mi imprudencia es la única causa á que se debe imputar tu desgracia? ¡ay de mí! yo soy la que te he perdido, exponiéndote á un riesgo en que ha quedado vencido tu recato. Despues de toda esta retaila de demostraciones de sentimiento, prosiguió mudando de tono: no habria consuelo para mí, si el mal careciese de remedio, pero por fortuna lo tiene; es constante que se halla un medio seguro de salvar la honra de Blandina. No hay mas que casarla, sin perder tiempo, con algun hombre honrado; contigo, por ejemplo: tú me pareces acomodado para ella. Señora, la replicó Toston, muchas gracias por la preferencia.

Tienes razon de dárme las, exclamó la vireina. Sabe, amigo, que no harás mal negocio en unirte con Blandina. Ademas de ser está criolla muy bonita, y de que la



daré un gran dote, te ofrezco un famoso empleo, y lo que no se debe contar por nada, mi proteccion. Hablando sencillamente, señora, dijo Toston con mucha prontitud, V. E. me llena de favores; era preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna para rehusar una proporción semejante. Delo V. E. por hecho; estoy enteramente dispuesto á conservar la honra de Blandina á costa de la mia.

Gozosa la vireina de oír pensar así á aquel mozo, se dió prisa á casarle con su criolla, cuya estimacion por medio de este matrimonio no padeció nada, porque á nadie le causó novedad el ver que un ayuda de cámara de don Alejo se casase con una criada de la condesa. Lo que hubo de bueno para el novio en aquella acelerada boda fué que percibió mil doblones que la vireina le mandó entregar. Añádase á esto tres mil escudos que yo le di en recompensa de los servicios que me habia hecho.

Despues de verse tan bien provisto de dinero, le entró el deseo de volverse á su tierra, y llevar consigo á su mujer, de quien estaba enamorado mucho tiempo hacia, y mas querido que don Alejo; de manera que podia lisonjearse tanto como este señorito de ser el verdadero padre del niño que habia de nacer de Blandina. Comunicóme su pensamiento, diciéndome: señor, aunque Méjico es quizá la mejor morada que hay sobre la tierra habitable, he determinado dejarla por volver á ver á mi patria y á mis padres. Mi padre, que como sabeis, es maestro de niños en Alcaráz, vive todavía y tambien mi madre, á no ser que despues de mi ausencia no me los haya llevado la muerte á los dos. No siendo ricos, os hareis cargo de que les será muy gustosa la vuelta de un hijo, que ha hecho fortuna y es generoso.

Además del contento que me causará, prosiguió, el aliviar en algo su pobreza, conozco que lo tendré igual en llevar noticias de vos al señor don Manuel de Pedrilla, vuestro cuñado y amigo, que debe de estar con una ansia mortal de saberlas. No hay que dudar de ello, le dije, porque es tanto lo que me quiere don Manuel, que no puedo menos de tenerle con cuidado; y



por mi parte seria indigno de su amistad, si tardase mas en informarle de la feliz situacion en que me hallo. Por eso mi ánimo es darle parte de ella lo mas pronto que pueda, escribiéndole una carta, y refiriéndole menudamente todo.

No hay necesidad de eso, señor, replicó Toston, que el informe queda á mi cargo. Yo le enteraré mejor de palabra, que pudierais vos hacerlo por escrito, de todo cuanto os ha sucedido desde vuestra partida de Alcaráz. Fuera de eso, yo estoy en estado de responderle á cuantas preguntas quiera hacerme, que bien conoceis no tendrán cuento. Es constante, le dije, que una relacion de tu parte es mas de apreciar que el mas prolijo escrito; pero temo una cosa, y es, que don Alejo no consentirá que se marche Blandina. Perded cuidado, dijo Toston, el amor de este señor se ha entibiado mucho. Empieza á desasirse de su criolla, y siguiendo los pasos de su padre, se va encaprichando á ojos vistas, á pesar de lo que hemos trabajado la vireina y yo para estorbárselo, de una india locuela, con quien un paje suyo le ha hecho hacer conocimiento. Yo me alegro en el alma de que haya dado en ser inconstante, porque Blandina me tiene mas cariño que no á él; y asi dejará gustosa á Méjico por ir conmigo á mi tierra, donde viviremos con comodidad, y criaremos honradamente los hijuelos que nos promete su fecundidad.

Asi sucedió, pues muy ageno don Alejo de impedir á su criolla que se marchase, la recibió muy sereno, cuando fué á despedirse de él; pero á falta del sentimiento que era natural tuviese de ver ir á una persona que habia comido el pan de su casa, y tanta inclinacion le habia tenido, la regaló algunas pedrerías.

Habiéndose encargado Toston de las cartas que le dí para don Manuel y mi hermana, se puso en camino con Blandina con los arrieros para Veracruz.



## CAPITULO IV.

*De la confianza que hizo don Juan de Salcedo á su yerno de un proyecto formado por el virey. Que proyecto era este y como se ejecutó. El arzobispo de Méjico abraza la defensa del pueblo, y excomulga al virey. Atentado violento cometido por éste para hacerle conducir á Veracruz.*

Por poco envidioso y celoso que hubiera sido mi suegro, no podria menos de desagradarle el ver lo solícitos que andaban los caballeros por granjearse mi amistad mas bien que no la suya; pero digamos que era un buen hombre que se complacia en que me estimase y honrase todo el mundo. Puede suceder tambien, que atribuyendo allá en su interior el respeto que me mostraban al que le tenian á él, su vanidad no perdía nada en su cuenta. Como quiera que sea, lo cierto es, que me queria tanto, como si fuese yo su hijo. No guardaba secreto conmigo, y á veces me confiaba asuntos de muchísima importancia. Referiré en prueba uno de ellos.

El conde de Velges, me dijo un dia, empieza á perder las esperanzas de que le proroguen en el gobierno. Un cortesano, amigo suyo, bien enterado de los pasos que dan muchos señores en la corte por lograr el vireinato de Méjico, le escribe que el duque de Vaillores parece tiene deseo de que recaiga la eleccion en el marqués de Cervoral. Otro que no fuese tan avaro como lo es nuestro virey, prosiguió, se consolaria, y volveria contento á Madrid con la pesca que ha cogido, pero no puede contenerse, y quiere sacar una buena redada. Es de opinion, que con encarecer la sal ganará sumas inmensas, y á fin de que el ódio público que causará precisamente semejante monopolio, no se dirija contra él, tiene á mano un hombre nacido para ejecutar empresas de esta clase. Llámase este don Pedro Mexío, uno de los caballeros mas ricos de Méjico, y quizá de los hombres mas audaces.

Queriendo yo bien á S. E., prosiguió don Juan, y



estimando tanto su gloria y reputacion, no he aplaudido su pensamiento cuando me lo ha comunicado. Le he contradicho como amigo sincero, y como criado celoso; pero aunque el conde regularmente escucha y sigue mis consejos, os diré, que hay ocasiones, en que á ejemplo de la presente, no quiere que se le opongan, de tal manera, que está resuelto á hacer poner por obra su designio, suceda lo que quiera. Asi se explicó mi suegro; y en seguida me preguntó, qué decia yo de semejante proyecto. Yo le respondí, que me horrorizaba, y que podia tener resultas muy pesadas, asi para S. E. como para nosotros. Eso es lo que temo, replicó, y me afflige mucho el no poderlas precaver. Nosotros, pues, Salcedo y yo desaprobamos aquella empresa, y sentíamos infinito ver que se daban disposiciones para ejecutarla. Voy á explicar por menor de que modo los proyectistas empezaron esta obra de iniquidad. El lector verá por lo que sucedió, verificado el proverbio: *La codicia rompe el saco.*

D. Pedro Mexío, segun el convenio que habia hecho con el conde, compró toda cuanta sal pudo encontrar en el pais, y llenó los almacenes que á este fin habia alquilado. Por este medio la sal fue escaseando, y encareciendo de dia en dia. Entonces vendiendo don Pedro la suya, aumentó poco á poco su precio, de suerte que los pobres empezaron á quejarse, y los ricos á murmurar, tanto mas, cuanto sabian bien unos y otros lo que debian pensar de aquella carestía. No quedó esto en quejas y murmuraciones, sino que hicieron recurso en nombre del pueblo en general á los jueces de la Audiencia, pidiendo se restituyese la sal á su precio ordinario; pero el virey, que como presidente se hallaba allí, expuso á aquellos señores oidores, de quienes la mayor parte no se atrevia á contradecirle, que aquel sobreprecio no duraria mucho tiempo, y que era menester tener paciencia; de modo que no teniendo nadie espíritu para resistir á su codicia, dejaron á Mexío que continuase robando, sin que ninguno se lo estorbase.

Finalmente, cansado el pueblo de ver que no cesaba aquel monopolio, acudió con un memorial á implorar



el auxilio del arzobispo, haciendo presente á S. I. que debia interponer su autoridad pastoral para libertar á sus ovejas de la tiranía de don Pedro. Compadecido de su miseria aquel pastor, determinó usar de las censuras de la iglesia contra Mejío, mandando fijarlas á las puertas de todas las iglesias; pero éste luego que lo supo, se burló del arzobispo, y para manifestarle el poco caso que hacía de su excomunion, siguió vendiendo la sal, y aun la puso mas cara.

Irritado el arzobispo de semejante osadía publicó un entredicho, con el cual, cesando la celebracion de los oficios divinos en los templos, cuyas puertas se cierran en aquel caso, el pueblo quedó consternado, y deseoso de ver removida la causa que habia dado lugar á una demostracion tan tremenda y pesarosa.

Conociendo bien don Pedro, que el pueblo, viendose así, le aborrecería, y notando que empezaban á insultarle en la calle, perdió parte de su firmeza, y se retiró al palacio del virey para suplicar á S. E. que le protegiese, pues en la realidad no habia hecho sino lo que le habia mandado. En vista de ello el conde dispuso que la mayor parte de sus criados fuesen á arrancar de las puertas de las iglesias los edictos de excomunion y entredicho. Envió luego á decir á los superiores de los conventos, que les mandaba abriesen sus iglesias, é hiciesen celebrar misa pena de desobediencia; pero estos respondieron, que en aquella ocasion les parecia debian antes obedecer á su pastor, que no á S. E. Vista por él aquella repugnancia, me llamó, y me dijo: don Querubin, id inmediatamente á decir de mi parte al arzobispo, que yo le mando revoque sus censuras.

Fui con diligencia al palacio Arzobispal, y expuse el asunto de mi comision al prelado, quien me dijo, que no podia condescender con la peticion del conde, sin que Mexío que era el perturbador de la tranquilidad pública, se humillase antes á la Iglesia, y satisfaciese á los sacerdotes los perjuicios que les habia causado. Hice presente á S. I. irritada, se hiciese cargo que era desobedecer al rey el negarse á obedecer las órdenes de su ministro, pero me respondió con enfado: Callad, ami-



go , yo no necesito de vuestras advertencias ; sé lo que debo á un virey que usa tan mal de su autoridad , y que mereceria ser tratado como don Pedro. No juzgué conveniente replicarle por mas gana que tenia de ello , y así bajé mis orejas , y me retiré.

El virey que era tambien de genio vivo , montó en cólera al oirme referir la respuesta de S. I. y dejándose arrebatado del primer movimiento , mandó llamar al capitán de su guardia , á quien dijo : Tirol , os doy orden de ir á prender la persona del arzobispo , esté donde estuviere , sin que os detenga el respeto á la inmunidad de las Iglesias. Llevareis despues á ese cura á Veracruz , y le pondreis custodiado en el castillo hasta que haya ocasion de embarcarlo para España.

En tanto que Tirol juntaba sus gentes para ir á ejecutar el mandato de S. E. , tuvo aviso el arzobispo de lo que pasaba , é inmediatamente se salió de la ciudad , y refugió en el arrabal de Guadalupe , acompañado de muchos eclesiásticos. Allí extendió él mismo una paulina contra el virey , encargando á un sacerdote familiar suyo , la hiciese fijar en la puerta de la catedral. Despues , con la noticia que le dieron de que le perseguian , se puso en salvo , retirándose á una iglesia , donde hizo encender luces en el altar mayor , y se revistió de sus ornamentos pontificales , persuadido sin la menor duda á que viéndole así , ninguno se atreveria á poner en él la mano. Sin embargo , en breve salió de su engaño , pues Tirol á la frente de sus gentes entró en la iglesia , y acercándose respetuosamente al prelado , le suplicó oyesse la lectura de una orden del rey que le traia , y la obedeciese sin resistencia por evitar el escándalo. El arzobispo que tal oyó , empezó á clamar , que violaban la inmunidad de la Iglesia , y dijo á los sacerdotes que estaban presentes , fuesen testigos de la violencia que se le hacia. No obstante , despues de haber declamado bastante contra el virey , se desnudó de sus vestiduras , y se dió dócilmente á Tirol , quien le condujo inmediatamente á Veracruz.



CAPITULO V.

*De las tristes y fatales consecuencias que tuvo la prision del arzobispo. El virey se ve obligado á retirarse al convento de los PP. Franciscos. Don Querubin, su mujer y su suegro se refugian en él tambien. Váse de Méjico don Querubin.*

Don Juan y yo sentimos aquel lance, porque preveíamos bien que tendria funestas resultas. Habíamos puesto espías, las cuales nos daban razon puntual de cuanto se hablaba en la ciudad, y por sus relaciones veníamos á conocer que sus vecinos no aprobaban el modo con que habia procedido el conde, y que asimismo le echaban la culpa.

Pronto supimos que habia quien infundia en el populacho ideas de sedicion, y excitaba á los criollos, á los indios y á los mulatos á que principiassen el alboroto. Fué creciendo insensiblemente en tales términos el número de los descontentos, que parecia que toda la ciudad habia tomado partido contra el virey. Sus criados no podian dejarse ver en público sin exponerse á ser insultados. El mismo Salcedo y yo fuimos tambien el objeto del enojo del pueblo, el cual se imaginaba sin duda que habíamos sido cómplices en el monopolio de la sal. Finalmente, todo anunciaba la próxima revolucion que el regreso de Tirol á Méjico hizo empezar. Viéndole uno pasar á caballo por la plaza del mercado, levantó el primer grito, diciendo: Mirad al que ha osado poner sus manos impías en el ministro del Señor.

A esta voz se conmueve el populacho, se junta, y persigue á pedradas hasta el palacio del virey á Tirol, quien temiendo una sublevacion general, hace cerrar las puertas. Esta precaucion no fué inutil, porque el asunto tomó un aspecto serio. En menos de un cuarto de hora habian ya acudido á la plaza mas de seis mil personas de todos estados, que llenando de oprobios á Tirol, se pusieron á gritar á cual mas podía, que era necesario acabar con él.

Hasta entonces los amotinados no habian hecho sino



meter ruido: y creyendo el virey que para aquietarlos bastaba enviarles á rogar de su parte, que se retirasen á sus casas, y asegurarles que Tirol habia huido del palacio por una puerta falsa, me dió á mí este encargo, del cual hubiera yo cedido gustoso el honor á otro, bien que con todo lo desempeñé con bastante valor para un hombre que se exponía á que le apedreasen, lo que estuvo por sucederme, porque habiendo salido á una ventana á hablar á los sublevados, empezaron á tirarme muchas piedras, de las cuales, por fortuna, ninguna me tocó. Como allí no habia que ganar mas que golpes, queriendo reducir á la razon á aquellos furiosos, me retiré prudentemente, y de ese modo me libré de padecer igual suerte, que el emperador Motezuma (1).

El asunto no paró aquí, pues irritado mas el furor de los mal contentos con las instigaciones de ciertas personas, los que llevaban escopetas, empezaron á tirar á las ventanas y hacer silvar las balas por el palacio, mientras otros con palancas intentaban derribar la pared para entrar dentro. En el discurso de cinco ó seis horas que duró el motin, un paje y dos guardias del conde que salieron con carabinas á las ventanas para oponerse á los que tiraban desde la calle, tuvieron la desgracia de perder la vida, despues de haber por su parte quitádosela á algunos sediciosos. Hubiéramos hecho una gran carnicería con haber tenido algunos cañones de artillería, pero no los habia ni en el palacio ni en la ciudad, porque los españoles no temen vayan á acometerlos las naciones extranjeras.

A falta de artillería, mandó el conde de Velges enarbolarse en el balcon el estandarte real, y tocar la trompeta para apellidar á los moradores al socorro de su rey, cuya persona representaba. Esto fué tambien inútil, pues ningun amigo suyo ni dependiente de la audiencia acudió en su defensa. Entretanto la noche se iba acercando, y

(1) Habiendo Motezuma, preso en su palacio por Hernan Cortés, salido á un balcon á arengar á sus vasallos que tenian sitiado el Palacio á fin de libertarle, fue desgraciadamente muerto de una pedrada en vez de Cortés que estaba á su lado, y á quien los mejicanos querian apedrear.



los descontentos la esperaban con impaciencia para aumentar el desorden. Como habian observado que la puerta de la cárcel era fácil de quebrantar, la echaron con efecto abajo, ó por mejor decir, el carcelero se la abrió. Pusieron en libertad á los presos, los cuales arrimándose á ellos, les ayudaron á pegar fuego á la cárcel y á quemar parte del palacio. Entonces los vecinos principales, temiendo que la ciudad fuese reducida á cenizas, salieron de sus casas, y por su propio interés apaciguaron al populacho. Hiciéronle apagar el fuego, sin lo cual Méjico hubiera experimentado la suerte de la ciudad de Troya.

Pero aunque tuvieron bastante autoridad para estorbar que la canalla abrasase el palacio del virey, no alcanzó su poder á preservar del pillaje todos los efectos de aquel señor. Cargaron con parte de sus muebles, y él mismo para poner en cobro su persona se vió obligado á refugiarse con su esposa é hijo en el convento de los padres Franciscos, que eran los únicos frailes que no fuesen enemigos suyos. Aquellos religiosos le dieron un alojamiento bastante cómodo. Era la celda del P. Provincial de la órden, ausente á la sazón de Méjico, la cual se componia de muchas piezas muy reducidas, y muy sencillamente muebladas.

Salcedo, Blanca y yo fuimos por la noche á buscar al conde. Sus principales sirvientes y los míos fueron tambien, y en fin, nos hallamos todos medianamente alojados en la hospederia de los frailes. Al amanecer del dia siguiente S. E. nos hizo llamar á mi suegro y á mí para resolver entre los tres lo que convenia practicar en tan triste coyuntura. No hay otro partido que tomar, dijo don Juan, que el despachar prontamente á un sugeto capaz y de confianza, que informe al duque de Vailores de esta revolucion, y creo que no se puede echar mano de ninguno mas á propósito para desempeñar esta comision, que de don Querubin. De este mismo parecer soy yo, Salcedo, dijo el conde; es preciso que don Querubin marche sin perder tiempo á Madrid. No sobra ninguna brevedad en el asunto.

El virey gastó todo aquel dia en escribir pliegos á la



córte, y en darme instrucciones, y al siguiente tomé el camino de Veracruz con un ayuda de cámara y un lacayo. Dejé, pues, á S. E., á mi señora la condesa, á don Juan y á mi mujer en la hospedería de los franciscos de Méjico, y haciendo toda la diligencia posible, llegué á Veracruz, donde supe que el arzobispo habia partido dos dias antes á España. Como siempre hay en el puerto de aquella ciudad un navío pronto para el servicio del virey, me embarqué en él y tomé el rumbo de Cádiz, adonde arribé despues de una corta y feliz navegacion.

### CAPITULO VI.

*Habiendo llegado á Madrid don Querubin, va á ver al duque de Vailores, y le hace relacion puntual del levantamiento de Méjico. Efecto que causó en este ministro el oír aquella novedad, y providencias que en consecuencia se tomaron en el consejo de S. M. El virey vuelve triunfante á su palacio. Su desgracia. Se restituye á Madrid, acompañado de don Querubin y de la familia de este.*

Apenas hube puesto el pie en tierra en Cádiz, cuando atravesando aceleradamente la Andalucía y Castilla la Nueva, llegué en breve á Madrid. Mi primera diligencia fué ir volando á casa del primer ministro, quien me hizo entrar asi que le hice noticiar mi llegada. Puse en sus manos los despachos de que venia encargado. Leyólos con toda la atencion que merecian, y viendo que el conde de Velges le decia, que yo podria enterarle de todas las particularidades de la sedicion, no dejó de pedirme una menuda relacion de ellas. Yo le obedecí como hombre que iba bien enterado del suceso. Confesaré de buena fé, que en mi narracion no hice ningun favor al arzobispo, pintándole con los colores mas feos, y concluí mi informe imputando á orgullo del prelado toda la culpa de aquel funesto acaecimiento.

El duque de Vailores leyó en consejo pleno el pliego del virey, y á todos les pareció de muchísima consideracion el asunto. Determinóse que era absolutamente necesario castigar á los mas culpados de entre los revoltosos,





para evitar con este escarmiento igual caso en adelante; y á este fin se dispuso enviar por comisionado á Méjico á don Martin Llocarri, presbítero é inquisidor, para que haciendo las pesquisas necesarias, castigase severamente á algunos de los vecinos principales por no haber acudido al son de la trompeta á ponerse bajo del estandarte real. Resolvióse asimismo mudar los empleados de la audiencia que habian dejado al virey en el peligro sin practicar la menor diligencia para librarle de él.

En cuanto al arzobispo, por mas que solicitó en la córte, ninguno del consejo quiso emprender su defensa: tan digna de censura les pareció su conducta. Pasáronle asimismo del arzobispado de Méjico al obispado de Zamora, que valia cuatro mil ducados de renta. Esto en algun modo era pasar de obispo á sacristan, pero aun pareció que la córte mostraba bastante atencion á la ilustre casa de aquel prelado.

El primer ministro, á quien la sedicion de los mejicanos traia inquieto, no me detuvo mucho tiempo en Madrid, volviéndome á enviar prontamente con un pliego para el virey. Restituíme á Méjico con don Martin, cuya llegada esparció terror por la ciudad. Los mas de los ciudadanos, conociéndose reos, temian ser castigados. Todo el mundo juzgaba que la córte queria hacer un ejemplar, y cada uno temblaba por sí ó por sus amigos, pero no les costó mas que el miedo. Don Martin les alentó, manifestándoles de parte del rey, que queriendo S. M. escuchar mas su clemencia que su justicia, les concedia un perdon general.

Semejante declaracion produjo un efecto maravilloso, porque el pueblo que en todas partes se muda como el viento, exclamó movido de la benignidad del soberano: *¡Viva nuestro buen rey Felipe! ¡Viva el conde de Velges, su virey!* Hubiérais visto entonces á aquellos mismos sediciosos que habian querido asesinar á este caballero, acudir de tropel á su alojamiento, y pedirle á voces, para acompañarle á su palacio con aclamaciones y demostraciones extremadas de gozo.

El virey que hasta entonces no habia salido de su asilo, conociendo que podia sin riesgo parecer en pú-



blico, se volvió á su casa, en donde lo que le suspendió con mucho gusto suyo, fué el hallar sus bienes conforme los habia dejado cuando huyó al convento, pues por la mayor fortuna del mundo, los caballeros que habian podido calmar el furor del pueblo y hacerle que apagasé el fuego, movieron á los mismos amotinados á que guardasen las puertas del palacio, prohibiéndoles robar cosa alguna de miedo que no fuesen órdenes de la corte que les hiciesen arrepentir de ello. De esta suerte todo en el palacio recobró su primer estado.

Se me ha olvidado decir, que á mi regreso de la corte, al dar cuenta de mi viaje al virey, me hizo S. E. esta pregunta: ¿Cómo os ha recibido el duque de Vallores? ¿En qué concepto os parece estoy con él? Me ha recibido, le respondí, con agrado; y segun puedo conjeturar, me ha parecido profesa grande estimacion y amistad á V. E., y aun diré que le he oido elogiar vuestra persona en términos..... Tanto peor, interrumpió acelerado el virey; eso me da en qué sospechar, como tambien la carta que me habeis traído de su parte, la cual, por ser demasiado lisonjera, no puede menos de darme recelo. No se que me diga; pero preveo, que quiere poner en mi lugar al marqués de Larvocer, y páreceme que no haga un pronóstico falso. V. E. quizá se engaña, le dije; antes bien el duque piensa prorogaros en el empleo. No me atrevería, respondió dando un suspiro que no pudo reprimir, no me atrevería á lisonjearme de semejante esperanza, y lo que sí aguardo son órdenes de restituirme á Madrid.

Con efecto tenia razon, pues al cabo de tres meses llegó un correo de la corte con un despacho para él de parte del ministro, en el que le hacia saber, que deseando S. M. tenerle cerca de su persona, le habia destinado para uno de los primeros empleos de su palacio; y que acababa de nombrar al marqués de Larvocer para sucederle en el vireinato de Nueva-España. Perdiendo entonces el conde toda esperanza de continuar en su puesto, se conformó de buena voluntad, y no pensó en mas que en volver á Madrid con todas sus riquezas, y en disponer su viaje. Salcedo y yo nos dispusimos tam-



bien para acompañarle con nuestros cortos efectos, que bien valian sus doscientos mil escudos. Inferid de aquí lo que podia traer S. E. Por último, partimos de Méjico, y puede decirse que aquel dia mostramos á los americanos un espectáculo que dió campo bastante para murmurar. Los chuzones, viendo desfilar cerca de cien acémilas cargadas de fardos, se divirtieron algo á costa nuestra; pero nosotros á buena cuenta llegamos con su moneda á Veracruz.

En esta ciudad estuvimos esperando el arribo del nuevo virey, para embarcarnos en el mismo navío que habia de conducirle. Este señor no tardó mucho en parecer. Luego que desembarcó, se avocaron uno con otro el conde y él, y tuvieron durante dos dias varias conferencias sobre el estado de los negocios de Nueva-España, con lo cual se despidieron con mas fingida que verdadera atencion, marchándose el uno muy flaco á Méjico, y volviéndose el otro muy gordo á Madrid.

## CAPITULO VII.

*Cómo fué recibido el conde en la corte. Su visita al primer ministro. El duque de Vailores le hace caballero mayor del rey. Rumbo que tomaron Salcedo y don Querubín. Llega el primero á ser director de la casa del conde, y secretario de éste el segundo.*

Hicímonos, pues, á la vela para Cádiz. Si en el viaje nos hubiera encontrado algun bajel grande de Argel, ó de Salé, como á veces sucede, habria encontrado un buen hallazgo; pero tuvimos la fortuna de empezar y acabar nuestra navegacion sin ver ningun navío de mal agüero. Llegamos á Cádiz, no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponernos á tomar el camino de Madrid, el que hicimos á cortas jornadas. Fuimos á apearnos á casa del conde de Velges, en la plazuela de la cebada, cerca de la iglesia de nuestra señora de Gracia. La casa, aunque no es la mas hermosa de Madrid, es cómoda, y nos hallamos allí mejor alojados, que lo habiamos estado en los Franciscos de Méjico.

Al dia siguiente de nuestra llegada fué el conde á visi-



tar al primer ministro, quien le recibió con distincion. Hízole entrar en su despacho, en donde abrazándole con semblante de mucho aprecio y afecto, le dijo: vos creéis sin duda que yo he sido el que he colocado en vuestro empleo al marqués de Larvocer; pues estais equivocado. El no haber seguido en vuestro vireinato no lo atribuyais sino á vos; ningun otro tiene la culpa. Todo el consejo á una vez ha censurado tanto vuestro proceder, como el del arzobispo, y habiéndose impuesto castigo á este prelado, se ha considerado por justo el castigaros á vos tambien, á fin de contentar á los mejicanos, que tienen clavado en el corazon el asunto de la sal.

Yo no me he atrevido, continuó el duque, á abrazar vuestra defensa, porque lejos de salir de ella con lucimiento, hubiera irritado al consejo queriendo disculparos; pero una vez que no he podido manteneros en vuestro gobierno, he logrado á lo menos el beneplácito del rey, para conferiros el empleo de caballero mayor, lo cual os debe servir de consuelo de la pérdida del vireinato que habeis ejercido, no sin fruto, durante cinco años bien cumplidos. El conde de Velges, no obstante lo desconfiado que era por naturaleza, creyó al ministro sobre su palabra, y discurriendo que no le tocaba otra cosa que darle gracias, le consagró una eterna inclinacion, y vino á ser uno de sus mas estrechos amigos.

El duque le condujo al cuarto del rey, á quien al presentárselo, le dijo: aquí teneis, señor, uno de vuestros mas celosos servidores, y quien entre todos los vireyes de V. M. ha sabido quizá mejor hacer respetar vuestra autoridad real en Indias. Viene á rendir gracias á V. M. de haberle distinguido dándole el empleo de caballero mayor, con el cual está tanto mas contento, quanto le procurará la dicha de ver todos los dias á su amo. El jóven monarca recibió al conde con la mayor afabilidad; y siendo de sí muy curioso, le hizo muchas preguntas acerca de los mejicanos, y entre otras la que voy á contar: conde, le dijo el rey, ¿es posible que entre las Indias haya algunas tan graciosas, que merezcan llevarse la atencion de los naturales de Europa? Púsose colorado nuestro virey al oír semejante pregunta, creyendo que



el soberano se la hacia con estudio, para afearle su afición á las negras. Señor, le respondió algo turbado, hay de ellas que se pueden mirar sin horror; pero bien reflexionado, la mas linda es un objeto desapacible á los ojos que estan acostumbrados á ver la hermosura de las damas de Madrid. Si la condesa de Velges hubiese oido entonces hablar de aquella manera á su esposo, creo que no hubiera salido por fiadora de su sinceridad.

Habiendo el conde tomado posesion del empleo de caballero mayor, recibió mas familia, aunque ya tenia mucha; y nada omitió para hacer en la corte una figura correspondiente á su estado. Don Juan Salcedo y yo le suplicamos nos diese su licencia para poner casa aparte en Madrid, ya que, gracias á sus beneficios, teniamos bastante con que pasarlo honradamente; pero S. E. no admitió nuestra súplica, y antes bien nos dijo: amigos, no nos separaremos; he contraido un hábito tan gustoso de estar en vuestra compañía, que no puedo consentir en que esta se deshaga. No me desamparéis: hacedme ambos á dos el favor de correr con mis negocios; os lo pido encarecidamente. Encargaos el uno de administrar mis rentas, y sea el otro mi secretario.

No fue posible resistirnos á ello, y asi nos rendimos á sus instancias. Mi suegro quedó por administrador, y yo por secretario. En verdad que estando yo tan rico como lo estaba, ninguna falta me hacia semejante empleo; pero lo admití por complacer á Salcedo que como era tan adicto á aquel señor, no podia negarle cosa alguna, y se alegraba al mismo tiempo de tener consigo á su hija y á su yerno.

### CAPITULO VIII.

*Encuentra don Querubin á Toston en Madrid. Conversacion que tuvieron, y lance fatal sucedido á Toston.*

*Don Querubin le hace un servicio importante.*

Además de la razon que he dicho, me obligó á seguir aquel partido el que Blanca habia sabido obsequiar tan bien á la condesa, que llegó á ser su favorita. La reina hubiera sentido amargamente el verse sin ella; y mi



esposa por su lado agradecida en extremo á las atenciones que debia á esta señora , se las pagaba con el mas fino y sincero afecto. Esta fue la causa principal de sacrificar yo al conde el gusto de volver á mi vida privada.

Como mi empleo no me daba mucho que hacer , pasaba el tiempo bastante divertido. Casi todas las mañanas iba á la hora de corte á Palacio á ver el concurso de señores que van á ella á rendir respetos al monarca , y por las tardes me bajaba al prado de San Gerónimo , donde me entretenia en contemplar á las damas, entre las cuales algunas me parecia igualaban en hermosura á las de Méjico. Una tarde al salir de casa para ir á aquel paseo , no fue poco lo suspenso que me quedé de encontrar en la calle á Toston. ¿Qué es eso? le dije, ¿eres tú? ¿Qué haces en Madrid? Yo te hacia en Alcaráz: amo de mi alma , me respondió , bien sabeis que los proyectos que uno hace , no siempre salen á medida de nuestro deseo. Yo habia hecho ánimo de volverme á mi pueblo , para pasar allí con Blandina los dias que me quedaban de vida , pero el cielo no quiso darme este contento. Me hallé en Cádiz con otro Gabriel de Monchique , el cual me robó mi mujer sin poder yo estorbárselo.

¿Es posible , exclamé , que te haya sucedido esa desgracia? Cuéntame , te ruego , de qué suerte te robaron á Blandina. Eso voy á hacer en pocas palabras , dijo Toston : al desembarcar en Cádiz quise por mis pecados ir á alojar á la calle de San Francisco , al meson del Pelicano. Hallábase en él tambien un capitán jóven , inglés , cuyo navío estaba en áncoras. Luego que el bribon vió á mi mujer , se prendó de ella , y formando el designio de soplársela , vereis como lo ejecutó. Se guardó bien de mostrarse apasionado , temiendo que yo llegase á conocer su intencion , y me mudase á otra parte , lo que sin duda hubiera hecho sin perder tiempo. Fingió un aire tan compuesto , que me causaba admiracion. ¿Cómo es , decia yo entre mí , que un oficial de marina de esta nacion tenga un semblante tan atento y apacible? El tal capitán , llamado Cope , me hizo mil agasajos , sin mos-



trar le causase la menor complacencia el ver á Blandina, y aun apenas mirándola. Yo caí en la trampa que me armó. Correspondí á sus atenciones, y cenamos juntos la primera noche, con tanta familiaridad, como si hubiésemos sido los mayores amigos del mundo.

Durante la cena me preguntó de que paraje era de España. De la ciudad de Alcaráz, le respondí, junto al reino de Murcia. Esta casualidad es feliz, replicó el capitán; de aquí á dos dias salgo de Cádiz para Alicante; si gustais, os dejaré al paso en Vera, que creo no está lejos de vuestro pueblo. Admití gustoso la oferta, creyendo no podia hacer cosa mejor, y dí gracias al cielo de haber encontrado una ocasion tan favorable de volver á ver en breve mi patria. Conduje, pues, al cabo de los dos dias á Blandina á bordo del navío de Cope, quien nos recibió con tanta cortesanía, que yo me daba á mí mismo el parabien de haber hecho un conocimiento tan bueno: vamos, nos dijo luego que estuvimos en alta mar, comamos y bebamos bien. Yo llevo conmigo un abundante repuesto de víveres y vinos exquisitos. Estemos siempre á la mesa, que ese es el modo para que no nos fastidie el viaje.

Vos que ya conoceis mi flaco, prosiguió Toston, que es ser gloton, discurriréis que no le costó dificultad al capitán el hacerme comer y beber, y ello fue que me embriagué como un aleman. Luego que me vió en aquella bella disposicion, dispuso que sus marineros me llevasen á tierra, lo que ejecutaron, dejándome en ella tendido cuan largo era. Dióme un sueño muy profundo, del que habiendo despertado al salir el sol, y no viendo navío alguno, tuve bastante lugar para reflexionar sobre las cortesánias del inglés; renegué de él con tanta mayor razon, quanto tenia en su poder, además de mi mujer, un cofre en que iba mi dinero, y por no quedarme mas recurso que algunos doblones que llevaba en el bolsillo; y aun fui sobrado dichoso en que los marineros no me los robasen en recompensa del trabajo de haberme conducido á tierra, y abandonádome á la Providencia.

No sabiendo donde me hallaba, ni hácia qué parte en-



caminar mis pasos , seguí á ciegas una senda que me condujo á Alcira , junto á Gibraltar , y de allí seguí andando hasta llegar á la ciudad de Ronda. Descansé en ella dos ó tres dias , y luego en lugar de volver á casa de mis padres , á quienes ya no me veia en estado de poder ser útil , marché en una mula de alquiler á Sevilla , con la determinacion de ponerme de nuevo á servir si encontraba algun amo que me conviniese. No se me proporcionó ninguno , y discurriendo que en Madrid era adonde necesitaba ir á buscarle , me vine á esta villa , en la que he vuelto á ser lacayo , despues de haber sido ayuda de cámara del hijo de un virey.

Lástima te tengo , amigo , le dije á Toston , luego que acabó su historia , y deploro aun mas la desgracia de Blandina. ¡Qué espantoso lance para ella ! Contemplo cuanta seria su pena , cuando el fementido Cope descubrió su traicion ; quizá este pesar la habrá quitado la vida. No lo creais , señor , me respondió ; Blandina no es mujer capaz de imitar á aquellas heroínas de quien nos cuentan las novelas , que viéndose entre las garras de los corsarios , mas querian morir , que no rendirse á sus deseos. O yo conozco mal á la criolla , ó Cope le ha costado poco trabajo el persuadirla ; y no creo , sea esto dicho entre nosotros , que haya necesitado para vencer su recato , valerse de ningun medio extraordinario.

¿Qué es lo que dices , hombre ? exclamé. Con que , segun esa cuenta , ¿Blandina es amiga de que la cortejen ? Así es , replicó Toston ; yo lo dudaba en Méjico , pero convirtió mi duda en certeza en el viaje de Veracruz á Cadiz. Entre los pasajeros venía un caballerito que la miraba con cuidado , y observé , no una vez sola , que ella correspondia á sus gestos con miradas alhagüeñas. Ahorrando de palabras , era una personita , cuya guarda me hubiera dado bastante que hacer en Alcaráz , donde los caballeretes son alegres y obsequiadores de las damas. En fin , me consuelo de haberla perdido ; lo que únicamente quisiera es , que Cope hubiera partido la diferencia por mitad , volviéndome mi cofre , y quedándose con mi mujer.

:



Me alegro mucho , querido Toston , le dije, de que no te cause mayor pesadumbre el robo de tu esposa , y en la realidad no tienes motivo para afligirte mas, si Blandina es como me pintas.

En cuanto á tu cofre , cuya pérdida sientes con mas razon, hablaré de ello á mi señora la condesa, y me atrevo á prometerte que se dolerá de tus trabajos. Por lo que toca á mí , puedes contar con que yo no me negaré á contribuir á remediarte , de suerte que puedas ir á Alcaráz del modo que desees ; y estoy tambien persuadido á que don Alejo no dejará de compadecerse de tu infortunio. Puede suceder asimismo que te vuelva á recibir de criado , aunque tal vez has tomado tanta ley al amo á quien sirves ahora que no querrás dejarle. Por eso no, exclamó riendo ; mi amo que se llama don Tomás Trasco , es un original sin copia. Es un extravagante que ha dado en un género de locura del todo graciosa. Dice y cree realmente, que tiene como Sócrates un genio familiar. El dia que entré en su casa, me dijo : amigo , sabe que tengo un espíritu que se ha dado á mí por predileccion , el cual me entera de cuanto quiero saber. Converso con él todas las mañanas , y te prevengo , que cuando nos oigas discurrir juntos, te retires, porque él gusta hablarme sin testigos.

Con efecto , una mañana , estando don Tomás en su cuarto, prosiguió Toston , le oi que hablaba récio. Yo pensé que estaba con alguno. Pues no era así, y él solo era el que se hablaba y respondia á sí mismo, creyendo de veras conversar con un Genio. Yo solté una carcajada de risa al oir esta pintura ridícula , y en seguida me despedí de Toston, diciéndole fuese al siguiente dia á casa á presentarse, lo que ejecutó , confiado en que le harian quedar en ella. Hizo desde luego entrar recado de estar allí á la condesa , quien no tuvo reparo en recibirle. Refirióla su desventura, de la que se mostró lastimada, aunque allá en su interior la hiciese poca impresion. Amigo , le dijo á Toston , haremos algo por tí; basta que hayas comido el pan de casa para que no te dejemos en la calle. Ve á ver á Alejo que no dudo esté dispuesto á favorecerte.



Don Alejo, á quien ya tenia yo prevenido y movido á que le recibiese otra vez sobre el pié de antes, le manifestó mucho agrado, Seais bien venido, señor Toston, le dijo en tono burlon: ¿cómo os vá con el capitan Cope? Os ha pegado, me parece, un chasco harto pesado; pero tened paciencia, que podrá volveros vuestra mujer y vuestro dinero. Quizá no os ha jugado esa mala pasada sino de mentirillas y por ver como lo tomabais. Contadme el lance que me gusta oiros referir casos graciosos, pues os dá el naipe para ello.

¡ Ay, señor! le respondió Toston, ¿á qué fin es querer que cuente una historia que ya sabeis y cuya narracion ha de renovar en mí el dolor? No importa, replicó don Alejo, yo lo quiero absolutamente, porque me divertirá oyéndola de tu boca.

Toston por complacerle, hizo lo que deseaba, y estuvo en extremo á aquel señorito, quien le cortó el hilo mas de una vez para reir sin suelo, como si el suceso de que se trataba, hubiese sido el mas divertido del mundo.

Luego que don Alejo se cansó de regocijarse á costo de Toston, recobró su seriedad, y le dijo: Anda, amigo, para consolarte del desastre que te ha sucedido, me servirás como antes de casarte. Vuelve á ser mi primer ayuda de cámara, y el archivo de mis secretos. En breve, añadió, te daré en que ocuparte; tengo empezados unos amores, y para acabarlos, necesito de tus consejos.

Estas palabras causaron gran gozo en Toston, quien desde aquel mismo dia dejó á don Tomas, y á su espíritu por ir á vivir en casa del conde de Velges.

### CAPITULO IX.

*Por qué accidente encontró Toston á su mujer, en la que ya no pensaba. Cuéntale esta la aventura de su robo, y le hace ver su inocencia. Mutacion que aquella relacion hizo en su ánimo. Sus asuntos van mejor.*

Al dia siguiente don Alejo, luego que se levantó de la cama, le dijo á Toston. Sabe, Toston, que he hecho conocimiento con una linda señorita. Andando una ma-



ñana paseándome solo por el prado, vi salir de un jardín una dama con manto, y cuyo garbo y magestad mostraban lo ilustre de su nacimiento. Dió unos cuantos pasos, y advirtiéndome, que yo me acercaba á ella para verla mejor, tomó hácia el jardín con ánimo de volverse á meter dentro, y engañar mi curiosidad; pero sea que mis pasos acelerados no la dejasen lugar para ello, ó sea que quisiese darme tiempo para alcanzarla, lo cierto es, que yo me hallé antes que no ella á la puerta del jardín.

Señora, la dije saludándola con respeto, era preciso que fuese yo muy poco cortés, si encontrando á una dama del todo hechicera, no la manifestase el placer que me causa el verla. Caballero, respondió la señora, no sois escaso de requiebros; lejos de negaros á echar incienso á las damas que son dignas de él, teneis bien traza de ofrecerlo á las que no lo merecen. Respondíla sobre esto; ella replicó, y de esta suerte nos separamos al cabo de una conversacion bastante larga.

¿Y la habeis vuelto á ver desde entonces? dijo Toston. No, respondió el condesito, aunque todas las mañanas voy al prado. Si no ha salido al jardín despues de aquel dia es á la cuenta porque quiere experimentarme, pues, sin vanidad, creo que la he parecido bien. No hay que dudarlo, replicó el criado; un caballero tan gallardo, como vos sois, está cierto de agradar. ¿Cómo se llama? Todavía no lo se, respondió don Alejo, habiéndome prohibido informarme de su persona; y yo de miedo de disgustarla no me he atrevido á hacer ninguna diligencia por conocerla. ¡Cuerpo de tal! exclamó Toston; vos sois un rígido observador de los preceptos de las damas; pero habeis de saber que ellas llevan á bien algunas veces que no los obedezcan.

Á fé, señor, prosiguió, que os falta mucho para vuestra cuenta. Yo veo claramente que es preciso me mezcle en este asunto, pues sin eso no sacaria nada en limpio. Vamos ahora mismo al prado, y me enseñareis el jardín de donde visteis salir á vuestra reina; no os pido mas. Don Alejo le cogió la palabra, y le llevó hasta la puerta del jardín.

Así que llegaron á ella, Toston le dijo á su amo: De-



¡adme aquí solo , y volveos á casa , que en breve voy allá , y estad cierto de que os diré que personas viven en esta ; y segun veamos , echaremos nuestras líneas. Con esta seguridad se retiró don Juan , y su confidente se sentó al lado de la puerta del jardin , aguardando á que saliese algun criado con quien tomar conversacion.

Mas habia de una hora que estaba allí , cuando abren de repente la puerta , y se ofrece á su vista una mujer moza que conoció era Blandina , como en la realidad ella misma fué la que se le puso delante. Conocióle ella al punto , y fué corriendo á él tan anegada de gozo , que cayó desmayada entre sus brazos. La mala opinion que tenia entonces de la fidelidad de su esposa , le impidió acompañarla en el júbilo que le causaba el encontrarla. No dejó con todo de socorrerla , y luego que ella se recobró de la congoja , le dijo : ¿ Eres tú , querido esposo , eres tú á quien veo ? ¡ Tú , que creía estabas en lo profundo del mar ! ¡ Tú , á quien contaba entre los muertos ! Al decir esto , abrazaba á su marido con muestras de cariño , que á tenerlas por sinceras , hubieran causado muchísima impresion en él ; mas en lugar de recibirlas con agrado , apartó de sí blandamente á su mujer , y con rostro serio la dijo : Déjate de zalamerías , Blandina . ¿ A qué vienen todos esos impulsos de alegría , ó mas bien , todas esas falsas demostraciones de afecto ? ¿ Me vas acaso á referir alguna ingeniosa novela para persuadirme que Cope soltó tontamente su presa ? No , no te lisonjées de que sea yo tan crédulo , que te crea sobre tu palabra. Una de dos ; ó tú te rendiste á las solicitudes de este capitan , ó cediste á su violencia.

Toston , respondió la criolla , escúchame hasta el fin. Yo puedo sin rubor parecer en tu presencia. Si mi honra se ha visto en un gran peligro , sabe que no ha quedado vencida. Voy á contarte fielmente lo ocurrido entre Cope y yo , por donde verás , que en vez de ofender-te , he llegado á rayar en la honestidad mas alto que Lucrecia.

Acuérdate , prosiguió , de aquella astuta cena que este inglés nos dió á bordo. Mientras tú estabas divirtiéndote en comer y beber bien con él , me retiré á un cama-



rote, que él decia haber hecho disponer para tí y para mí, y estuve durmiendo reposadamente hasta por la mañana. Cuando desperté y no te ví á mi lado, me levanté en busca tuya; pero á aquella sazón entró Cope en mi cuarto aparentando un aire triste, y diciéndome: Señora, estoy sin mí, pues ha sucedido esta noche una desgracia, de que no hallo consuelo. El señor Toston, vuestro esposo, habiendo ido, embriagado como estaba sobre la cubierta del navío, á algun menester, se ha caido en el mar, y se ha ahogado. No puedo volver en mí de este funesto suceso.

Al oír yo tan fatal nueva alboroté á gritos el navío. Arranquéme los cabellos, y estaba como una endiablada. En este tiempo, el bueno de mi capitan, haciendo el papel de un hombre apesadumbrado, suspiraba y gemia tanto, que parecia que su angustia excedia á la mia. Tuvo durante dos dias la paciencia de oirme lamentar, y de ver correr mis lágrimas sin atreverse á decirme cosa alguna para consolarme; antes al contrario, el traidor aumentaba mi pena con el sentimiento y disgusto que me manifestaba de haberte movido á embarcarte en su bastimento. Acusábase á sí propio de ser la causa de tu muerte, la que él no cesaba de reprenderse.

Pero al tercer dia ya no le pareció conveniente disimular, y representando otro personaje: Hermosa Blandina, me dijo con semblante afable, muy de sentir es sin duda el perder lo que se ama; con todo, por mucho motivo que haya para llorar su pérdida, vale mas esforzarse para consolarse de ella, que negarse á escuchar todo consuelo. Y bien mirado, ¿es en vuestra edad, cuando la muerte de un marido debe causar tanto pesar? Siendo como sois moza y bien parecida, no os puede faltar esposo; yo tengo uno que proponeros, y ese soy yo; y asi, si no mirais con repugnancia mi persona, os pido me prefirais á otro. Díle gracias á Cope de la honra que queria hacerme, y deseché sin parar su propuesta. Además de no gustarme nada su figura, mi ánimo estaba en una disposicion poco favorable para un amante.

El inglés gastó cinco ó seis dias en manifestarme cor-



tesanamente su inclinacion; pero discurriendo, que para lograr su fin, era aquel el camino mas largo, trocó de repente su cortesia por sus modales marinas; y confieso que necesité valerme entonces de toda la fuerza que el cielo me prestó para contrarestar su violencia. Quiso la fortuna que en vez de irritar con mi resistencia su frenesí, lo aplaqué, y en un instante se convirtió su amor en desprecio. Dejó de atormentarme, y mirándome con aire desdeñoso, me dijo: Cierto que para ser una criada, fingís bien el papel de cruel. No tengais miedo, querida, que yo no quiero deber á mis esfuerzos una victoria de que no hago caso. Al mismo tiempo mandó llevarme con mis efectos á tierra por dos marineros, previniéndoles me condujesen hasta el lugar inmediato, y allí me desajasen. Los marineros no cumplieron como hombres de bien la órden de su capitan, pues aunque á la verdad me acompañaron hasta el pueblo, y allí me desampararon, con todo, considerando que yo era una mujer, á quien verosimilmente no volverian á ver mas en toda su vida, me robaron el cofre en que iba nuestro dinero.

Yo tenia por fortuna en un bolsillo unos treinta doblones, y llevaba puesta una sortija de un grueso diamante. Con semejantes auxilios se encuentra asistencia en todas partes donde hay gentes. El huesped y la huespeda de la posada del lugar donde me hallaba, sintieron mis trabajos. Asi que les conté mi suceso, tuvieron lástima de mí, y me ofrecieron sus servicios, maldiciendo al capitan Cope y á sus marineros. Preguntéles que paraje de España era aquel. El lugar de Molina, me respondió el huesped, en la costa de Granada, entre Marbella y Granada á doce leguas de la ciudad de Antequera, á la que si gustais, os conduciré yo mismo. Me hareis favor en ello, le dije, pues siendo mi ánimo volver á ponerme á servir á alguna persona de título, podré hallar allí algun acomodo. No pongais duda en eso, replicó, porque Antequera es una ciudad populosa, en la que hay principalmente muchísima nobleza. Tengo allí muchísimos conocimientos, añadió, y entre ellos una buena señora que en lo pasado estuvo de dueña en una casa en que yo

EL BACHILLER DE SALAMANCA.



servia; os llevaré á verla, y no tardará en encontraros una conveniencia.

Partí, pues, con mi huesped á Antequera, en donde así que llegamos, pasó á ver á la dueña. Contóla mi desgracia, la que la enterneció de modo, que le dijo: Traedme á esa infeliz mujer, que yo la ofrezco alojar y mantenerla; abrazo sus intereses, y la recibo debajo de mi proteccion. Para suprimir las circunstancias superfluas, aquella señora me acomodó con doña Leonor de Pedrera, hija de un caballero de Antequera, con la que despues de la muerte de este, he venido á Madrid á casa de doña Elena de Torralba, su tia, de quien es heredera única.

No tengo mas que decirte, continuó Blandina. He acabado de darte cuenta de mi vida, y creo debes estar contento con tu esposa: lo estoy en extremo, exclamó Toston: y siendo las cosas así como acabas de referir, haria mal en no estarlo; pero tambien te confesaré, y perdona mi sinceridad, que no hubiera creido yo de ti tanta resistencia; y aquí que estamos solos, te digo, que el miramiento que guardó contigo Cope, me causó muchísima admiracion; por eso, si tu relacion es verdadera, no es del todo verosímil. No niego, replicó Blandina, que me escapé de una buena. Bien lo puedes decir, dijo el marido. Mientras has estado contándome el caso, me ha dado un sudor frio, que no se me ha quitado todavía. Además del riesgo en que estuviste con el capitan inglés, corraste tambien peligro con aquellos dos bribones de marineros que te llevaron á Molina, y tuviste fortuna de que no te pillasen mas que el dinero.

Ahora bien, querida esposa, no hablemos mas de eso. En fin, nos volvemos á ver, excepto en cuanto á nuestros bienes, en el mismo estado en que estábamos á nuestra salida de Cádiz. Loado sea el cielo. Lo que nos debe, hija, consolar, es, que vamos á hacer dentro de poco una nueva fortuna. El conde de Velges ha vuelto de Indias con inmenso caudad, y le han nombrado caballero mayor. Don Querubin de la Ronda, mi amo antiguo, es secretario suyo, y yo me hallo otra vez de



ayuda de cámara de don Alejo. Conforme va creciendo en edad este señorito, le suministran mas dinero para sus diversiones, y como yo soy el que gobierno su bolsillo, mi puesto irá mejorando cada dia.

¿Es todavía enamorado don Alejo? preguntó Blandina. Cual nunca, respondió Toston; ahora se ha apasionado de una dáma que dias pasados vió salir de ese jardin, la que quizá es tu ama Leonor. La misma, replicó la criolla, pues me ha dicho que una de estas mañanas un caballero se llegó á ella aquí en el prado, y que habian tenido una conversacion bastante larga. ¿Y qué efecto piensas que la ha causado esta? dijo Toston. No ha sido malo, replicó la criada; y puedo asegurarte, que si tuviera otras con ella, podria hacerse querer, y aun te diré que no sé si mi ama teme el volver á ver á ese caballero. No ha salido del jardin desde el dia en que le habló, de miedo quizá de encontrarse otra vez con él.

¡O qué buena noticia para mi amo! exclamó Toston. Voy á dársela al momento. ¡Con qué alegría la recibirá! Hasta otra vez, querida Blandina, esposa fiel mia, yanos veremos; mantente con Leonor, porque así lo pide el interés de don Alejo. Ayuda con tus buenos oficios los pasos que vamos á dar para agradarla. En seguida de esto los dos esposos se separaron protestando uno y otro, que perdonaban á la fortuna la pieza que les habia jugado, en recompensa del contento que les daba en volverlos á juntar.

## CAPITULO X.

*Prosigue el capitulo anterior. Blandina presenta su marido á sus amas; de qué hablaron, y de lo que determinaron hacer Toston y su mujer en favor del condesito.*

Antes de que Toston fuese á participar la noticia á don Alejo, pasó á contarme como habia encontrado á Blandina, y despues de relatarme menudamente su conversacion con ella: y bien, señor, me dijo, ¿qué pensais de todo eso? ¿Creeis que cuanto me ha dicho del capitan Cope sea cierto? Yo por mí, si he de decir lo que siento, no creo palabra.



Es verdad, le respondí, que sin que le tengan á uno por incrédulo, se puede dudar en ello; mas con todo, el mas acertado partido que un marido puede tomar en semejante caso, es imaginarse, que su mujer le ha dicho la verdad, y este dictámen abrazaría yo si me hallase en tu pellejo. Pero, amigo, proseguí, tu no has mentado en tu relacion á la criatura que Blandina daría á luz despues de tu salida de Méjico. Teneis cierta razon; ahora me haceis acordar, replicó Toston; á mi mujer se la olvidó decírmelo, y á mi preguntárselo. Cuando vuelva á verla no dejaré de informarme acerca de la tal criatura, aunque es verdad que la naturaleza me inspira solo un cariño á medias hácia ella.

Con esto se despidió de mí Toston, diciendo: dadme, señor, licencia de retirarme, para ir á ver á don Alejo, el que creo muy bien me está esperando con impaciencia. Se ha de quedar embelesado cuando le diga lo que Blandina me ha contado de su ama. Anda, corre, le dije, querido, pues nunca sobra la prisa en punto de llevar nuevas gustosas á los amantes. Yo no pongo duda en que don Alejo contará dentro de poco en el número de sus victorias la de doña Leonor de Pedrera, pues tiene en su ayuda á tí y á tu esposa.

Al instante que don Alejo vió venir á su confidente, se adelantó á él presuroso, y le dijo: ¿Qué es eso? ¿Has descubierto quiénes son las personas que viven en el jardin de donde ví salir aquella deidad mia? Mas he hecho, respondió el ayuda de cámara, pues he averiguado como se llama esa vuestra diosa, y su calidad. Doña Leonor de Pedrera es su nombre, y es hija de un caballero de Antequera, por muerte de quien ha venido á Madrid, y habita en la casa de aquel jardin en compañía de su tia doña Elena de Torralba, de quien es única heredera. A la verdad, que en poco tiempo has apurado muchísimo, le dijo el condesito. Pues aun no os he dicho todo lo que sé, replicó Toston; se de buena parte que Leonor os ha cobrado afecto.

¿Y cómo diablos, exclamó don Alejo, has podido averiguar hasta los pensamientos de esa dama? ¿Por donde has llegado á adquirir tantas noticias? Por una casuali-



dad, respondió el criado, la que me ha servido mas que no mi maña, si puede llamarse servicio el haberme presentado á la vista á mi mujer, cuando yo no lo pensaba. ¿Qué dices? replicó admirado don Alejo, ¿Has encontrado á Blandina? Sí, señor, el cielo me ha favorecido con volvermela sin pedirsela yo, respondió el confidente, y lo que hay de ventajoso en el caso para vos es, que está de criada de Leonor. Tú me llenas de gozo, replicó fuera de sí don Alejo, con decirme que Blandina tiene proporcion de complacerme. Estoy persuadido á que no se rehusará á entregar un papel mio á Leonor. Decís bien, yo os respondo de ello, dijo el ayuda de cámara, y os aseguro que podeis esperar de ella cuantos servicios dependan de su ministerio.

Entonces el condesito, queriendo aprovecharse de la ocasion que se le presentaba de declarar su pasion á Leonor, la escribió un billete, encargando á Toston lo hiciese dar á aquella dama. El confidente volvió, pues, la mañana inmediata al prado, donde halló á su esposa á la puerta del jardin, y llegándose á ella con un semblante rendido y afectuoso: Blandina, la dijo, antes de que hablemos de las cosas de mi amo, seame lícito, si no lo llevas á mal, el discurrir un instante acerca de las mias. Harás memoria de que ayer no me dijiste siquiera una palabra de la criatura que llevabas en el vientre al tiempo que la mala suerte nos separó á los dos cerca de Gibraltar. ¡Ay de mí! respondió ella, dando un suspiro, la pobre niña murió casi al nacer, y á poco que entré á servir á doña Leonor; y su muerte hubiera infaliblemente causado la mia, á no ser por el gran cuidado que tuvieron conmigo, pues mi ama que me habia tomado cariño, no dejó cosa por hacer para mi salud. A ella la debo la vida, y en agradecimiento la he consagrado el afecto mas verdadero.

Muy bien has hecho, replicó Toston, porque un ama semejante merece que la quieras. ¿Sabe que has vuelto á encontrar á tu esposo? Se lo he dicho, respondió Blandina, y me ha dado licencia para que os presente á ella, lo que quiero sea ahora mismo. Ven conmigo. Dicho esto, le hizo entrar en el jardin, y enseñándole las dos se-



ñoras que se andaban paseando en él: mira, le dijo, á doña Leonor y su tia. Acerquémonos á ellas, que deseo vean que no me he casado con ningun hombre mal dispuesto y sin mérito.

Yendo en esta conversacion, le cogió de la mano, y conduciéndole adonde estaban las señoras, con aire de chanza las dijo: señoras, aquí teneis al esposo á quien daba por muerto, y tanto he llorado. Miradle bien, ¿no os parece digno de las lágrimas que he vertido por él? Asi es, respondió doña Elena; á veces causan llantos maridos menos amables. Toston, oidas estas palabras, hizo una profunda cortesía á la señora que acababa de decir las, y bajó modestamente los ojos, guardando un respetuoso silencio. Buena pareja hacen los dos, dijo entonces doña Leonor, y me alegro mucho de que el cielo los haya juntado.

Doña Elena que deseaba oir hablar á Toston, le preguntó: ¿Con que estais en casa del conde de Velges? Sí, señora, le respondió, tengo la honra de ser primer ayuda de cámara de don Alejo, su único hijo. ¿Supongo que estais contento, replicó ella, con vuestra conveniencia? Contentisimo, señora, le respondió Toston. Mi amo es un caballero completo. No sé que tenga ningun pero; aunque mozo, es de una prudencia consumada, cuerdo sin hacer el papel de un Caton, vivo sin ser atolondrado, en fin, es un dechado de señoritos.

Además de mil buenas prendas que le acompañan, prosiguió, gozará con el tiempo de cuantiosos bienes, porque el conde su padre ha acumulado grandes riquezas en el vireinato de Nueva-España; y asi dichosa la señorita ilustre para quien esté destinada su mano.

Cuando estaba haciendo el astuto Toston este singular elogio de su amo, examinaba atentamente á Leonor, y le parecia, que la gustaba su conversacion, aunque fingia escucharle con indiferencia. Estimulado de esta observacion á proseguir alabando á don Alejo, hizo de él un retrato tan lisonjero, que doña Elena no pudo menos de decirle: amigo, vos ponderais, vos exagerais. No es posible que el condesito de Velges tenga todo el mérito que decís. Perdonad, señora, replicó Toston, es



un sugeto perfecto, un compendio de todas las virtudes.

Aqui llegaban con su conversacion, cuando les interrumpió un paje que entró á dar un billete á doña Elena. Leyólo ésta, y como pedia pronta respuesta, se marchó á su cuarto á escribirla. Doña Leonor la siguió, dejando á su criada con su marido en el jardin: Viéndose solos estos dos esposos, se pusieron á reir sin poderlo remediar; y Blandina le dijo á Toston: no se puede negar, que sabes hacer unos retratos primorosos; pero, aqui para los dos, apenas se parecen á su original. No negó, respondió él, que he favorecido á don Alejo; pero discurro que esto ha producido buen efecto; estoy cierto de que á la hora presente está tu ama preñada de mi amo, porque aunque tu no me has dicho palabra, apostaria algo de bueno á que la has avisado que don Alejo es el caballero que la habló una mañana en el Prado. Verdad es, replicó Blandina. Ahora haré yo á solas conversacion con ella de este caballerito, veré lo que hay en su pecho, y te lo diré mañana. Muy bien, dijo Toston, y si por casualidad encuentras dispuesto su ánimo á recibir favorablemente un papel de mi amo, ve aqui uno, mostrándole el billete de don Alejo, en el cual la declara su inclinacion con estilo muy elegante, pues yo he puesto en él la mano. Blandina cogió el papel, diciendo á su marido, que podia asegurar á su amo, que haria sus buenos oficios con doña Leonor, con lo cual se separaron marido y mujer, prometiéndose el hallarse en aquel mismo sitio la mañana siguiente.

Asi lo hicieron: ¡victoria! exclamó la criolla, viendo á Toston, ¡victoria! He hablado á mi ama, y la he hecho el retrato de don Alejo semejante casi al tuyo de ayer. Al pronto hizo la disimulada; pero la acometí por tantos lados, que no tuvo fuerzas para ocultarme su interior. Si, querida Blandina, me dijo, yo amo á don Alejo, sin que se me haya apartado del pensamiento desde que le vi á la puerta del jardin: y todo el bien que oigó decir de él, acaba de inflamar mi corazon.

Tratemos ahora del billete de mi amo, dijo Toston: ¿lo ha leído doña Leonor? Con ansia, respondió la cria-



da, y á las dos nos ha admirado. Bien me dijiste, que habias ayudado á componerlo; bien lo he conocido. El tal papel ha hecho una viva impresion en mi ama. ¡Viva! replicó el ayuda de cámara enagenado de gozo; las cosas no pueden ir mejor. Vamos adelante, y busquemos el modo de que nuestros amantes tengan un coloquio nocturno, que es el único que les falta para que queden ciegamente enamorados el uno del otro. Persuade á doña Leonor á que se pasee esta noche en el jardin; yo vendré con don Alejo, y podrán hablar largamente, de manera que despues no desearán sino casarse.

### CAPITULO XI.

*De la vista que tuvieron entre sí el condesito y doña Leonor. El conde de Velges propone una boda ventajosa á su hijo. Segunda vista de los dos amantes, y de lo que pasó en ella. Buen consejo que da Blandina, y sigue don Alejo. Con qué persona querian casarle.*

A Blandina la pareció bien la idea, y así se ejecutó. El condesito, acompañado de su confidente, llegó entre once y doce de la noche á la puerta del jardin, en el que les hicieron entrar doña Leonor y su criada que los estaban esperando ansiosamente. D. Alejo se acercó con respeto á la dama, la que le recibió del mismo modo, y pasados algunos cumplimientos de pura urbanidad que mediaron entre los dos, empezaron á usar del lenguaje de los enamorados; y como Toston y su criolla vieron que iban á meterse en una tierna conversacion, se retiraron á hablar á solas tambien de sus cosillas.

El amor, que tan largas hace parecer las horas á los amantes cuando no tienen presente la persona amada, se las representa bien cortas cuando se hallan juntos. Ya habia amanecido, y don Alejo y doña Leonor no pensaban aun en despedirse, por lo que fue preciso que los confidentes se lo advirtiesen, cuidado que tomó á su cargo voluntariamente Toston, á quien la noche no se le habia figurado tan corta como á su amo. Los dos ena-



morados se despidieron por último, quedando citados para la noche siguiente.

Aquella vista acrecentó la pasión de don Alejo, según lo había pronosticado el marido de la criolla. Luego que don Alejo salió del jardín se puso á alabar las gracias de doña Leonor, y con especialidad su discreción, machacando sobre lo mismo toda la mañana. Durante aquel día no pensó sino en el contento que tendría de volverla á ver, mas antes que pudiese gozar de tan gustosa conversacion, le fué preciso oír otra que le agradó poco. El conde su padre, despues de cena, cerrándose con él en su despacho, le habló de esta manera: hijo, tengo que comunicarte un asunto de la mayor importancia. El primer ministro, para acreditarme la sincera y verdadera amistad que me profesa, me ha dicho que queria casarte, y darte una mujer escogida por su mano.

Turbóse don Alejo al oír semejantes razones, y se quedó atónito. ¿Qué es eso, continuó su padre, te atemoriza el matrimonio? ¡Ah! cuando sepas la persona que propone, estoy persuadido á que no pondrás repugnancia en casarte con ella. Recobrado algo de su turbacion don Alejo, le dijo: padre, yo estoy siempre pronto á obedecer ciegamente lo que me mandeis; pero os ruego me dejéis decir que tengo al matrimonio una aversion.... Me engañas, replicó S. E. Veo que disimulas; yo bien se por qué te opones al matrimonio propuesto; eso es que tienes empleada la voluntad en otra parte. Te has apasionado locamente de alguna aventurera, y haces punto de honor el mantenerte fiel á ella.

No señor, respondió don Alejo, yo no he puesto los ojos en ninguna mujer ruin. Es cierto que estoy enamorado; pero el objeto de mi amor no es de un nacimiento que pueda hacerme avergonzar de la pasión que me ha inspirado. Si gustais, os diré cual es su familia... Te dispenso de ello, replicó segunda vez su padre; no me mueve la curiosidad á querer conocer á esa señora, y sí te mando que no pienses mas en ella. No quiero otra nuera sino la que me ofrece el ministro, la cual has de saber que une en sí la juventud y hermosura



con un esclarecido origen, y grandes bienes. Anda, añadió, y aconséjate sobre ello de don Querubin de la Ronda, tu ayo, que estoy cierto de que sus consejos no discreparán de mis intenciones.

El hijo salió al instante del despacho sin replicar; pero en vez de irme á buscar, le pareció mas del caso pasar á verse con Toston. Contóle la violencia que su padre queria hacer á su voluntad, y despues de haberse quejado de aquella tiranía: amigo, le dijo á su confidente, ¿cómo haré para ser esposo de Leonor? ¿cómo saldré de este atolladero? Señor, respondió Toston, la cosa no es fácil. S. E. vuestro padre es de un genio muy tenáz; y si ha resuelto casaros con la señora propuesta por el primer ministro, no desistirá de ello. Pero todavía no estamos en tiempo de desmayar. Usemos por ahora de maña. Fingid, aparentad que consentis en ese casamiento, mientras yo discuro un medio para desbaratarlo. ¡Ay! Toston, exclamó don Alejo, oyéndole decir aquellas palabras que parecian lisonjear su amor con alguna esperanza: como lo consigas, puedes prometerte cuanto quieras de mi agradecimiento. Corramos, vamos volando al lugar de la cita, prosiguió, que quiero participar á doña Leonor la fatalidad que nos amenaza, asegurarla que haré cuanto sea dable para precaverla, y finalmente renovarla mi palabra de no ser jamás de otra sino de ella.

Volvieron, pues, al jardin, en donde doña Leonor y su criada se entretenian, esperándoles, en hablar de las apreciables circunstancias de don Alejo; y Blandina que las sabia como nadie, ensalzaba hasta las nubes á aquel señorito. Los dos amantes se fueron á un cenador, donde habian pasado la noche antes; y retirados los criados á otro sitio, Toston comenzó á decir á Blandina: hija, esta vida es una sucesion continuada de bien y de mal, de alegria y de pesar. Ayer noche, por ejemplo, mi amo y yo vinimos aquí contentos como una pascua, y hoy venimos mas tristes que un entierro. ¿Pues qué motivo de tristeza es el vuestro? le dijo su mujer: ¿Os han dado alguna mala noticia? ¡La mas funesta que pudiéramos recibir! replicó él. Quieren apar-



tar para siempre á don Alejo de doña Leonor, y entonces la contó lo que acababa de pasar entre el conde y su hijo.

A Blandina la causó un fuerte sentimiento aquella relacion, y así le dijo á su marido: mucha razon tienes, no hay duda, para afligirte; no puede darse caso mas sensible que el que dices. ¡Oh desgraciada doña Leonor! prosiguió, como si hablase con su ama, ¡qué trago este tan amargo para vos! ¿pero no habrá modo de evitarlo? Toston que es astuto é ingenioso, ¿no hará alguna tentativa para preservar á nuestros amantes de la suerte espantosa que les está prevenida? No te dé eso cuidado, respondió él; ando buscando en mi cabeza algun medio de evitarla; pero te confieso, que no me ocurre ninguno que me cuadre. A mí se me ofrece en este instante uno, replicó la criolla, que creo no es de desechar. Ya sabes que la condesa ama entrañablemente á su hijo; ¿te parece que no hay nada que tocar por ese lado? Todo al contrario, por cierto, exclamó Toston; digo que me place esa ocurrencia. Mañana por la mañana iré á ver á la condesa, y haré que la digan que tengo que hablarla á solas. La expondré con expresiones patéticas la situacion de don Alejo, y podrá ser que la enterezca de manera, que abraze el interés de doña Leonor y de su hijo.

Mientras los confidentes estaban en esta conversacion, los dos amantes se prometian recíprocamente un amor capaz de resistir á cuantos obstáculos pudiese oponer la suerte para impedirlo, y con este pensamiento se despidieron el uno del otro. El señorito se volvió á casa con Toston, quien le contó la intencion que tenia de valerse de su elocuencia, para mover á la condesa su madre á que protegiese su inclinacion. Me parece bien tu designio, le dijo don Alejo, y para añadirle fuerza quiero ir contigo. Me echaré á los pies de mi madre, y me mantendré en aquella postura mientras tú peroras á mi favor. Estoy seguro de que la ganaremos la voluntad.

Fundados en este concepto determinaron dar aquel paso, como en efecto lo dieron al otro dia por la maña-

:



na. El hecho pasó de esta manera. Estaba la condesa sentada al tocador. Asi que vió entrar á don Alejo y á su confidente, mandó salir á todas las criadas, y dirigiéndose desde luego la palabra á Toston: amigo, le dijo, ¿con qué ánimo viene aqui mi hijo? ¿Conserva todavía su repugnancia á unir su suerte con la de una señorita amable que le ofrece el primer ministro? Señora, la respondió Toston, mi amo os ha consagrado una ciega obediencia, y está pronto á hacer cuanto le mandeis; pero si le haceis que se case con la persona que le proponen, no conteis mas con vuestro hijo único. Sí, madre mia, dijo entonces D. Alejo arrojándose á sus pies, y besándola la mano, Toston dice la verdad; si me caso contra mi voluntad, yo muero. ¡Cosa extraña! exclamó la condesa. ¿Es posible dejarse preocupar tanto contra quien aun no se ha visto? Vé primero la dama de que se habla, y si te pareciese fea, yo como buena madre no consentiré una union contraria á tu sosiego, bien que entre nuestros iguales la cara apenas es motivo de impedir los matrimonios. Pero, añadió, si me atengo á la pintura que me han hecho de la señorita, no hay duda que es una hermosura. Aunque fuese mas bella que la diosa Venus, señora, dijo Toston, no hay que hablar mas de ella. El amor le ha cogido la delantera al ministro, ofreciéndonos á la vista una que parece una deidad, y de que estamos hechizados por extremo.

Es preciso, á la verdad, replicó la condesa, que sea muy singular su belleza, para haberos causado tan grande impresion. ¿Y corresponde su nacimiento á sus gracias? pues temo tenga por ese lado motivo de quejarse de la naturaleza. No lo crea V. E. replicó Toston; antes bien es una señorita ilustre. Doña Leonor de Pedrera, que asi se llama, es hija de un caballero de Antequera, y ademas de eso sobrina de doña Elena de Torralba.

No bien acabó de oir estas últimas palabras la madre de don Alejo, cuando dando grandes carcajadas de risa, dejó confusos á su hijo y á Toston. Madre, la dijo aquel con semblante admirado, os ruego me digais los que os excita á tanta risa. ¿Sospechais acaso que os queremos engañar acerca de la condicion de doña Leonor? Dejadme



reir cuanto quiera , exclamó la condesa , y con esto volvió á dar nuevas carcajadas de risa , mientras el amo y el criado que no sabian que pensar de ellas , se miraban uno á otro guardando un estúpido silencio.

Finalmente , quiso el cielo que acabase de reir , y que recobrando su gravedad , dijese : hijo , depon tu temor. No te verás obligado á dejar á tu querida doña Leonor , pues esa misma dama es la que el ministro te destina para esposa. Doña Elena de Torralba es parienta de la mujer de este , y estas dos señoras son las que han hecho proponer por el duque este casamiento al conde de Velges. ¿No he tenido razon para reirme? ¿No te parece gracioso el lance? Dicho esto , soltó otra vez la risa , y á ejemplo suyo don Alejo y Toston dieron tambien en reir , marchándose luego rebotando de alegría , á casa de doña Elena , donde hallaron de buen humor á todos , porque ya se habia esparcido en ella el rumor de la boda inmediata de doña Leonor con don Alejo. Para decir lo demas en dos palabras , el casamiento se celebró de allí á poco con grandes regocijos asi en casa del conde , como en la de doña Elena de Torralba.

## CAPÍTULO XII.

*De lo que sucedió despues de casado D. Alejo. Del viaje de Toston á Alcaráz , y de su vuelta á Madrid. D. Querubin se alegra de las noticias que le da de don Manuel y de su familia.*

Doña Elena , en cuya morada se habian celebrado las bodas , amaba á su sobrina , como una madre ama á una hija única ; y asi , no queriendo apartarse de ella , cedió la mitad de su casa á los recién casados. El primer cuidado de don Alejo fué regalar á Toston por lo que habia contribuido á su felicidad. No se contentó con darle trescientos doblones , sino que le nombró por administrador de su casa , puesto apetecible , no tanto por lo que valia entonces , como por lo que podia valer mas adelante. No se portó con menos bizarría doña Leonor con Blandina , la cual mas agradecida al cariño que su ama la tenia , que



llevada del interés, la era afecta de veras y la profesaba inclinación, lo que es de admirar en una criada.

Una mañana que fué Toston á verme, me dijo: señor don Querubin, vengo á despedirme y á que vd. me mande. Dentro de dos dias marchó á Alcaráz para satisfacer el deseo de volver á ver á mis padres. Mi amo don Alejo me ha dado licencia de hacer este viaje con tal que esté de vuelta de aqui á dos meses. Hijo, le dije, el motivo que te estimula es loable, y puesto en razon que logres el fin; pero luego que pases algunos dias con personas tan amadas, no tardes en restituirte á Madrid. Ya conoces la inconstancia de los señores; pudieras tal vez perder tu acomodo que no dejará de encaminarte á una gran fortuna. No temais, replicó, que yo me entretenga en pasar el tiempo con mis antiguos amigos. Ya he tomado el sabor á la córte, y no podré acostumbrarme á vivir fuera de ella. ¿Y en qué haces ánimo de ir? le dije: en uno de los mejores caballos de nuestras caballerizas, me respondió, seguido de un lacayo de casa con librea de Velges que irá tambien montado como yo. El administrador de la casa de un grande no ha de viajar como un pelon. Cumplidos, pues, los dos dias partió Toston caballero en un arrogante caballo con un lacayo que llevaba una lucida librea, y encargado de los pliegos que le entregué para mis cuñados.

Durante su ausencia acaecieron felices novedades en casa de Velges, porque habiéndose dedicado don Alejo á hacer continuamente la córte al duque de Vailores, tuvo la fortuna de agradarle tanto, que este ministro le hizo nombrar gentil-hombre de cámara del rey, lo cual era la prueba mas verdadera de afecto que podia darle, siendo S. E. de un genio que no queria poner al lado del monarca, sino sugetos de su confianza. No paró en eso, pues doña Leonor fué al mismo tiempo nombrada dama de la reina por empeño de la duquesa de Vailores que era camarera mayor, de suerte que cuando volvió Toston halló á sus amos colocados en palacio en unos empleos que no gozaban á su partida.

El deseo que acosaba á este nuevo administrador de contarme su viaje, no le dió lugar para ir á ver desde luego ni



á su mujer, ni aun á don Alejo. Fué en derecho á mi cuarto con una celeridad que mostraba bien lo mucho que me queria. No dejé de asustarme al verle entrar, y no sabiendo lo que iba á anunciarme, le pregunté temblando, si lo que tenia que decirme era cosa triste ó alegre. No os traigo sino buenas noticias, me respondió. Don Manuel y don Gregorio gozan de cabal salud, y lo mismo sus esposas. Estas señoras que conservan siempre su muy buen parecer, han aumentado aun la prole desde que dejasteis á Alcaráz. Vuestra hermana ademas de Paquito, y las dos niñas que conoceis, tiene ahora otro niño dado á criar; y su buena amiga, sin contar el muchacho que tuvo al principio de su matrimonio, le ha producido á don Manuel dos hijas en menos de veinte meses. Todos estos hijos, tanto varones como hembras, son todos lindos y robustos. Vuestra hija entre otras es mas bonita que el Sol.

Todo eso me sirve de gusto, interrumpí yo, amigo; pero hazme el favor de decirme qué efecto causó en mi hermana y mis cuñados la relacion que sin duda les hiciste de mis sucesos. ¿Te parece que se alegraron mucho de mi fortuna? Seguramente que sí, respondió Toston; me hicieron infinitas preguntas, y no fué poco lo que tuve que hacer en contentar su curiosidad, preguntándome cada uno por su turno, y algunas veces todos juntos; pero cuando llegó el caso de referirles el encuentro de Monchique, y el medio de que nos dijo haberse valido para engañar á doña Paula, mis oyentes empezaron á derretirse en lágrimas, y con particularidad las damas, quienes viendo plenamente probada la inocencia de vuestra esposa, deploraron amargamente su desventura. Despues de esto me hablaron de doña Blanca, preguntándome cual era su genio, y con la descripcion que de él les hice, tuvieron bastante motivo para juzgar que de cuantos beneficios os ha hecho don Juan de Salcedo, no es el menos importante el haberos dado su hija.

No me falta mas ahora, añadió Toston, que entregarnos las cartas de vuestros parientes, y luego me dareis el permiso de dejaros para ir en casa de mi amo. Voy á saber, si acaso mi ausencia me ha hecho perjuicio en su



ánimo. No , hijo mio , le dije ; encontrarás á don Alejo conforme le dejaste. Mientras ha estado fuera he procurado mantenerte en su gracia, y aun me queda por darte la buena noticia de que el rey le ha hecho gentil-hombre de cámara , lo cual no es poco lo que realza el empleo que gozas en su casa.

Díjele tambien al señor administrador como doña Leonor era dama de la reina. ¡Lindo! exclamó Toston , ve ahí á mi mujer metida ya en la corte, y de ese modo me establezco en Madrid. Asi lo deseo, le dije, y que no te dé gana de volver á tu tierra. ¡Oh señor! me respondió, ese punto está ya resuelto ; me he despedido de ella para siempre. El haber ido allá fué , como vos sabeis , por ver á mi padre y á mi madre ; pero me sucedió encontrarlos muertos y enterrados á los dos. Vertí sobre su sepulcro las lágrimas propias de un hijo , y me desprendí de mi patria. Acabado esto, me entregó las cartas que traia y se marchó.

### CAPITULO XIII.

*De la secreta y curiosa conversacion que tuvo cierto dia don Querubin con el conde de Velges. Descripcion de la entrada que hizo en Madrid el duque de Nuaso, y de lo que le perdió.*

Aunque el conde de Velges trajo, como va dicho , de Indias grandes riquezas, afectó por avaricia y disimulo el no imitar á los vireyes que vuelven de sus gobiernos. No se presentaba en la calle sino acompañado de pocos criados, y volvia las visitas sin ostentacion y en un tren harto modesto para un gobernador de Méjico. En cuanto á los presentes que hizo asi á S. M. como á los Serenísimos Infantes, no hay para qué mencionarlos, pues solo consistieron en obras hechas de plumas y otras frioleras á este tenor. Y asi el público, que á veces todo lo censura sin exámen , no le alababa por hombre liberal.

No ignoraba este señor lo que pensaban de él las gentes, y un dia me dijo : mas quiero que me tengan por codicioso que no exponerme á perder con gastar fausto, que solo sirve para excitar la envidia. El ejemplar del duque de Nuaso que acaba de morir en una prision, es



una leccion para los vireyes. Este insigne sugeto viviria quizá todavia si no hubiera tenido la imprudencia de hacer su entrada en Madrid con una pompa mas propia de un monarca que de un gobernador que habia sido llamado á dar cuenta de su administracion ; si no hubiera hecho tan ricos presentes , y finalmente, si no hubiera ostentado sus riquezas á los ojos de sus enemigos y envidiosos. Puede que no tengas noticia de esta soberbia entrada. Es preciso que te la describa, no tanto para que te admires de la grandeza de ella, como para manifestarte la magnificencia de este virey de Sicilia y de Nápoles.

Iban delante cuatro clarineros con doce guardias napolitanos y otros tantos sicilianos. Seguian el despensero del duque á caballo y veinte y cuatro acémilas cubiertas de reposteros bordados de oro y conducidas por veinte palafreneros ; luego tres literas y tres suntuosas carrozas de la duquesa su esposa, y detras el despensero de ésta y el de su hijo y varios caballos de mano que llevaban otros veinte palafreneros. Iba despues el mayordomo del virey acompañado de doce pajes á caballo, vestido á la española, y de doce alabarderos en traje italiano. Don Juan Elzetel caminaba en seguida á la cabeza de treinta caballeros españoles, napolitanos ó sicilianos, todos con ricos vestidos á la úngara y montados en caballos de gran precio. Venia despues el duque vestido de la misma manera en una carroza del mayor coste con doña Isabel su nuera, y al lado de cada estribo se veian cuatro estaferos y veinte alabarderos seguidos de treinta coches , y dentro los amigos y parientes, sin contar otros de respeto. Por último , cerraba esta imprudente y loca entrada una multitud de empleados , pajes y esclavos turcos.

Ahí verás, prosiguió, como entró aquel virey en Madrid en medio de las aclamaciones de un concurso prodigioso de gente que habia acudido de todas partes á verle. Ya discurrirás que una entrada semejante no disminuyó el número de los enemigos ocultos que tenia de antemano ; y para aumento de indiscrecion expuso en su casa por espacio de quince dias á la curiosidad pública las riquezas que habia traído de Italia, fundando un vano



placer en enseñárselas á los españoles, como despojos de los turcos y gloriosos monumentos de las victorias conseguidas por él contra los infieles. Yo no he hecho, pues, mal, añadió el caballero mayor, en observar una conducta opuesta á la suya: yo con especialidad que salgo de un gobierno en que todo el mundo sospecha he acumulado inmensos tesoros. Con mi entrada modesta he precavido la envidia que ostentando opulencia no hubiera dejado de despertar contra mí.

#### CAPITULO XIV.

*De la llegada de don Manuel á Madrid y extrema alegría que este caballero y don Querubin tuvieron de volverse á ver al cabo de tanto tiempo. Qué medios tomaron para no separarse jamas el uno del otro.*

No se habian pasado todavía ocho dias despues de la vuelta de Toston, cuando estando yo una mañana oculto os ha hecho un retrato fiel de ellos, os habrá dicho sin duda que doña Teresa vuestra hija es muy graciosa, y que don Ignacio mi hijo es un precioso chico. En cuanto á vuestro sobrino Paquito que ahora se llama don Francisco de Clevillente, ya no es niño sino un caballero de bella estatura, y se halla muy en estado de servir al rey.

Despues de haber hablado de los hijos, prosiguió don Manuel, trataremos de las madres. Ismenia y doña Francisca conservan su belleza. Yo estoy prendado mas que nunca de la una, y don Gregorio tiene á la otra un cariño que de dia en dia parece que va en aumento. Sumo placer me dais, amigo, le interrumpí, con informar-pado en mi despacho, me entraron un recado de que estaba allí don Manuel de Pedrilla. Levantéme inmediatamente para salir á recibir á una persona á quien yo estimaba tanto. Nos mantuvimos mucho tiempo abrazados los dos, y manifestamos con llantos mas que con palabras el gozo que nos daba el volvernos á ver. El acordarnos de doña Paula nos enterneció desde luego, sin que pudiésemos negar nuestras lágrimas á la memoria de esta adúltera inocente, á pesar de los sentimientos que nos habia causado á entrambos; pero en breve pasamos de



la tristeza á la alegría con hablar de nuestra familia. Tenemos unos lindos niños, me dijo don Manuel ; si Tome de que vivís todos cuatro en la mas estrecha union. ¡Cuánto me alegrara poder ir á participar con vosotros de las dulzuras de vuestra compañía. ¿Pues quién os lo impide? me dijo Pedrilla. ¿No sois dueño de vuestras acciones? No, le respondí, porque el conde de Velges no quiere que mi suegro le deje, y como este está obediente á su voluntad, tiene la complacencia de sacrificarle el deseo que tuviera de descansar despues de sus largas fatigas. Por lo que á mí toca, la gratitud y la amistad me enlazan tan fuertemente con Salcedo, que miro como obligacion el no desampararle. Yo os reconozco en ese modo de pensar, replicó don Manuel. De esa suerte, pues, aquellas damas y yo nos hemos lisonjeado en vano de vivir juntos con vos y vuestra esposa. No apeteceria yo otra cosa, le respondí, que el pasar con ellas y vos el resto de mi vida ; pero ya veís el inconveniente que hay por medio. Pues bien, dijo don Manuel despues de haber estado pensativo un poco, ya que no puedo arrancaros de Madrid, es menester que mueva yo á aquellas damas á que vengan á vivir aqui ; esto hago ánimo de proponerlas, y creo que admitirán gustosas la propuesta.

Celebro el pensamiento, le dije á don Manuel, y me alegraré de que las agrade el proyecto. Si vuestra elocuencia es bastante persuasiva para conseguirlo, yo me encargo de comprar una casa capaz de alojar toda nuestra familia. Tengo posibles para ello, y aun para costear todo el gasto doméstico. Volved, pues, cuanto antes á la ciudad de Alcaráz ; persuadid á las mujeres á que vengan á vivir á Madrid, y traedlas con vos. Pasaremos en nuestra morada una vida agradable ; en ella se verá reinar la alegría y lograremos de la concurrencia de gentes decentes.

Impaciente don Manuel con el deseo de ver llegar un tiempo tan dichoso, apresuró la vuelta á su tierra ; pero antes de marchar, se lo presenté á Salcedo, quien le recibió de un modo que le dejó encantado.

No menor contento le causó el agasajo con que le trató mi esposa, la cual, mirándole como mi mas íntimo



amigo, creyó no podía hacerle bastante acatamiento. Y así al partir, me dijo él: En verdad don Querubin que estoy admirado de vuestra felicidad. Habeis emparentado con una familia muy amable; teneis una mujer que se merece todas las atenciones con que la tratais.

Voy á hacer de estas dos personas unos retratos tan bellos á Clevillente y á nuestras mujeres, que esto no contribuirá poco á favorecerme en el logro de mi empresa.

## CAPITULO XV.

*Por qué accidente no tuvo efecto el designio de don Manuel y de don Querubin. Nombran á don Juan de Salcedo para el corregimiento de la ciudad de Alcaráz.*

Yo esperaba, ó por mejor decir, no dudaba de ningun modo que Pedrilla conseguiría convencer á las mujeres, y andaba ya buscando una hermosa casa que estuviese de venta; pero esto era tomarme un trabajo inútil, como se verá. Un dia que el conde de Velges habia ido á ver al primer ministro, se encerró en su despacho con Salcedo, á quien habló en estos términos: don Juan, os vais á quedar parado de lo que voy á deciros. Vengo de casa del primer ministro que me ha tenido acerca de vos esta conversacion: conde, me ha dicho, en vuestra compañía está un sugeto que no me agrada, que es don Juan de Salcedo. Ha sido secretario del duque de Remal, y despues del duque de Cueda; en una palabra, es hechura de la casa de Valdosan; creo que con esto os digo bastante para obligaros á apartarle de vuestro lado; pero como sé que le quereis, y que merece se le recompensen los servicios que ha hecho al Estado, el rey le ha nombrado corregidor de la ciudad de Alcaráz en Castilla la Nueva.

Vos conoceis á este ministro, prosiguió el caballero mayor. Sabeis que es de un carácter lleno de caprichos, y que quiere absolutamente se ejecute cuanto se le pone en la cabeza. Si no mirando mas que á la aficion que os tengo, me negase á contentarle, era preciso hacer ánimo á malquistarme con él para siempre, lo cual pudiera



acarrearne malas resultas, siendo peligroso tener por enemigo á un ministro que gobierna la monarquía y al monarca.

Siento el que nos separemos, añadió; pero es forzoso. Ya veis que no tiene remedio. Señor, le dijo Salcedo, nada tengo que replicar á eso. No es razon que por tan poca cosa se ponga V. E. mal con un hombre que lo puede todo.

En cuanto al empleo con que me honran, puedo pasar sin él, como sin otro cualquier puesto, pues gracias á V. E. me hallo en un estado en que nada tengo que desear. Con todo eso, me asisten motivos para no renunciarlo. Alcaráz es una ciudad muy conocida de mi yerno; allí habitan sus parientes y amigos, los cuales harán cuanto puedan para que me sea gustosa la estancia en ella. Ya que es fuerza irme de Madrid, y dejar á V. E., me sirve de consuelo el que me envian al paraje de España que yo escogería para mi retiro. Me alegro, replicó el conde; si experimento el pesar de no veros mas, á lo menos tendré la satisfaccion de creeros feliz.

Concluida esta conversacion, vino á buscarme don Juan. Muchas novedades hay, me dijo, y al mismo tiempo me contó lo que el caballero mayor acababa de decirle. Preguntóme despues cómo pensaba yo en aquel caso. Me parece, le respondí, que el conde teme fuertemente el caer de la gracia del primer ministro, y que sería hombre capaz de sacrificarlo todo á este temor. Finalmente, nosotros debemos alegrarnos de este suceso. Ya hace mucho tiempo que solo el deseo de complacer es el que nos tiene adictos á este señor; y una vez que él nos da ocasion de salir de su casa con estimacion, aprovechémosnos de ella al punto. Marchemos á Alcaráz lo mas pronto que podamos á unirnos con don Gregorio y don Manuel, mis cuñados, los cuales se alegrarán en el alma de ver aumentar su compañía con tres personas que no la harán mas molesta. Voy, si gustais, á enviar desde hoy un proprio á don Manuel, para avisarle, que habiéndoos recompensado S. M. con el cargo de corregidor de Alcaráz, os disponeis á partir á tomar su pose-



sion. Le agradará muchísimo la noticia, porque estoy cierto de que querrá mejor dar disposiciones para admitirnos en aquella ciudad, que no venir á vivir á Madrid.

No bien me hubo manifestado mi suegro su intencion de ponerse en camino, cuando despaché un expreso á Pedrilla á fin de enterarle de nuestro designio, y en la carta le advertí, que pasaríamos por Cuenca.

## CAPITULO XVI.

*Don Juan de Salcedo marcha de Madrid con su hija y don Querubin. Su llegada á Alcaráz, y cómo fueron recibidos. Fin de la historia del bachiller de Salamanca.*

Don Juan de Salcedo, despues de haber dado gracias al primer ministro, y prestado el juramento por su empleo de corregidor, dispuso su viaje en corto tiempo. Nuestra salida de Madrid no fué tan ostentosa como la entrada del duque de Nuaso; pero con todo no dejó de tener un ligero aspecto de opulencia que nos daba honor. A tres literas en una de las cuales iba el señor corregidor, *plena ipso*, en la otra mi mujer y yo, y en la tercera dos doncellas, seguian doce acémilas cargadas de nuestro bájaje, y adornadas de ruidosas campanillas: añádase á esto cinco ó seis criados, montados en hermosísimos caballos que el caballero mayor nos habia regalado. A la verdad nuestro equipaje se parecia al de un virey que va á tomar posesion de su vireinato.

Llegamos caminando á cortas jornadas á Cuenca, donde encontramos á don Manuel, que dos dias habia nos estaba esperando. Despues de mil abrazos de una y otra parte, este caballero nos dijo, que asi que tuvo mi carta habia salido á recibirnos hasta Cuenca, con ánimo de acompañarnos desde allí al lugar de Bonillo á una hacienda suya, en la que quedaba su esposa con mi hermana y don Gregorio. Para llegar mas pronto á aquella hacienda, apretamos el paso, y con efecto encontramos á Clevillente y á las dos damas que estaban tan ansiosas



de volverme á ver, como yo de abrazarlas. Allí fue donde no hubo tasa en los abrazos y en los cumplimientos. Señor don Juan, le dijo mi hermana á Salcedo, ¡qué alegría no es para mí el ver á un caballero, á quien mi hermano debe tantas obligaciones! Pero de cuantos favores le habeis hecho, el que mas os agradezco es, el de haber unido su suerte con esta amable señorita. Dicho esto, echó los brazos al cuello de Blanca, á quien mas de una vez habia ya abrazado. Ismenia acarició tambien á mi esposa, la cual por no quedarse atrás, volvió abrazo por abrazo á estas dos damas.

Por otra parte, don Gregorio, don Manuel, Salcedo y yo imitamos casi la misma escena. Una hora se nos pasó en hablar confusamente y en repetir de cuando en cuando nuestros abrazos.

Despues volvimos á nuestra seriedad, y el nuevo corregidor tuvo bastante motivo de estar satisfecho de las expresiones obsequiosas que le dijeron así las damas, como los caballeros; por eso, hablando conmigo á solas, me expresó algunas veces estaba hechizado de mis cuñados, y mas aun de sus mujeres que le parecia, decia, tenian modales de princesas. Yo me reí interiormente de este juicio, ó por mejor decir, de lo que me ocurrió en el asunto, porque al instante me acordé de las escuelas en que habian aprendido aquel aire de señorío. Descansamos algunos dias en la quinta, donde por el cuidado de don Manuel, no carecimos de nada, y llegamos por fin á la ciudad de Alcaráz, que dista de allí solo cinco ó seis leguas.

Nuestro equipaje deslumbró á los vecinos de Alcaráz. Uno decia: este no es como nuestro pobre corregidor difunto don Martin Chinchilla, que no tenia en su caballeriza mas que dos mulas viejas. Asi es, decia otro; nos han enviado, no un corregidor comun, sino un virey. El pueblo que se habia puesto sobre las armas para recibir con mas distincion á su nuevo magistrado, hizo una triple descarga de mosqueteria. Fuimos á apearnos á casa de Pedrilla, en la que apenas entramos, cuando todos los prelados de las órdenes religiosas vinieron á cumplimentar en latin á mi suegro, quien para hacerles ver con



quien trataban, les respondió á cada uno en el mismo idioma, lo que hizo formar en los oyentes un alto concepto del señor corregidor. Despues de los religiosos le cumplimentó la nobleza, á la que contestó como hombre de corte.

Para abreviar en lo demas, diré que tomó posesion de su empleo y que en breve tiempo con su prudencia, su vigilancia, su integridad, su desinterés, y con sus decisiones equitativas y grandes luces mostró á los moradores de Alcaráz que tenian por corregidor un sugeto capaz de gobernar un Estado. Como ademas de ser buen juez, trataba afablemente á las gentes, se granjeó con facilidad la estimacion y amistad de todo el mundo.

Con un suegro semejante es con quien tengo la dicha de vivir actualmente, unas veces en Alcaráz en casa de don Manuel, y otras en la quinta de Elche, distante tres leguas cortas de la ciudad, y la cual hemos comprado con el dinero de los mejicanos, ó bien en la de don Gregorio de Clevillente, cuya esposa se aviene maravillosamente con la mia, aunque son cuñadas.

FIN DE LA SEXTA PARTE Y DE LA OBRA.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

5720 S. UNIVERSITY AVE.

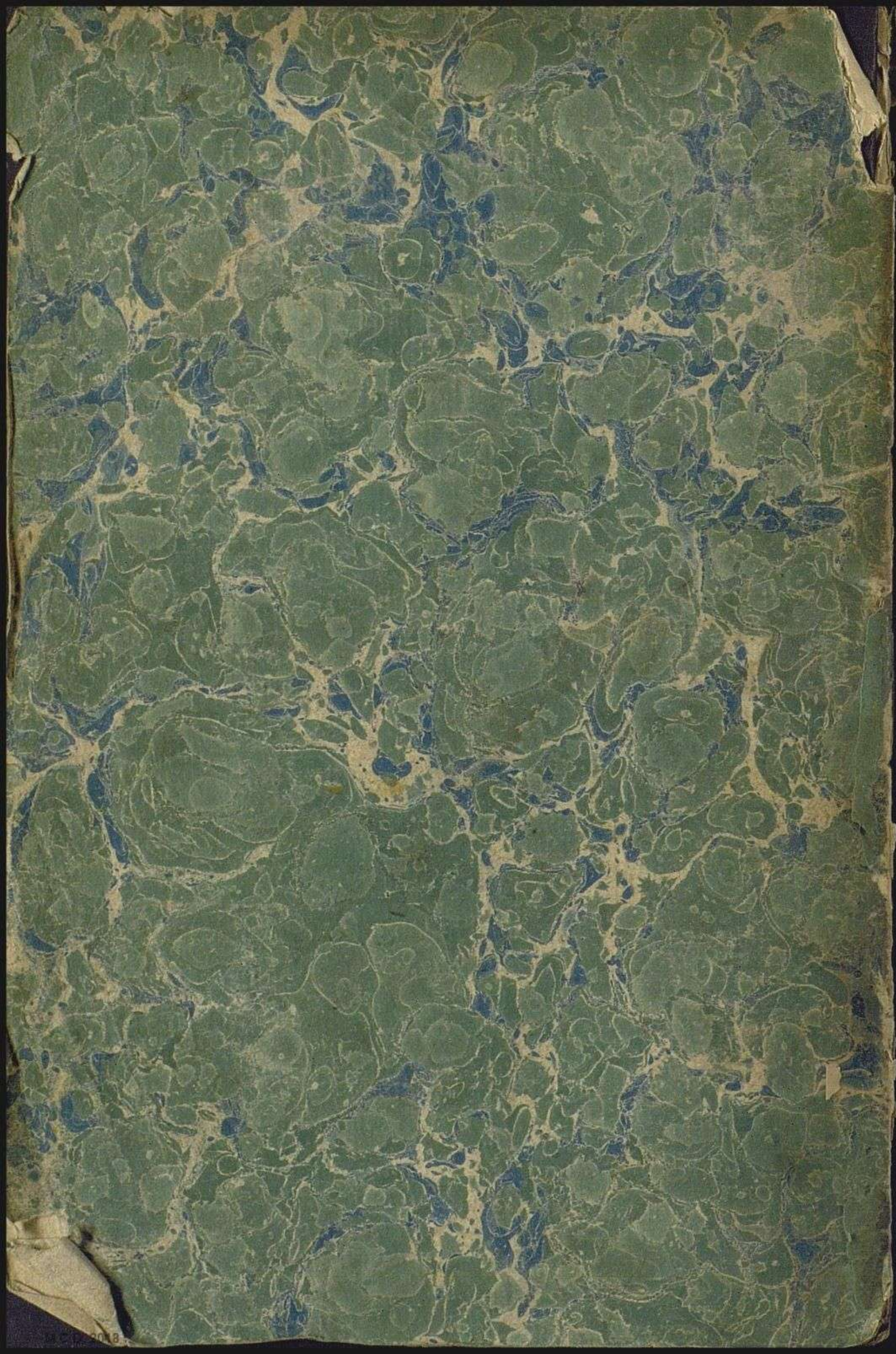
CHICAGO, ILL.

60637

1958

PHYSICS DEPARTMENT







ML

BAC

DE SALAMAINCA

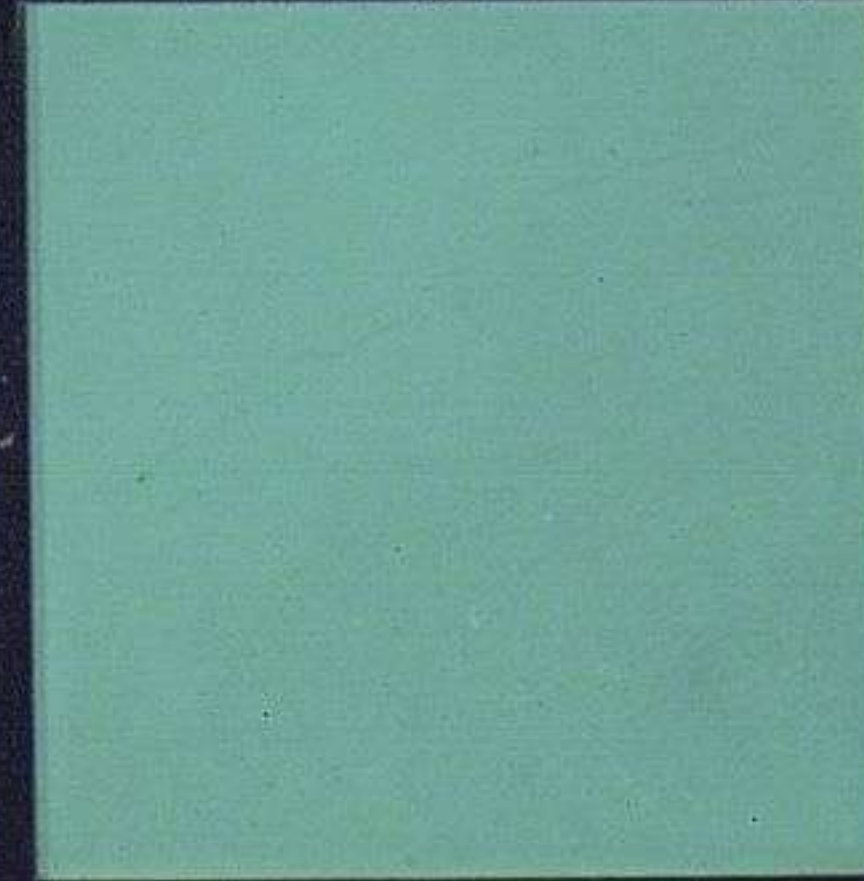
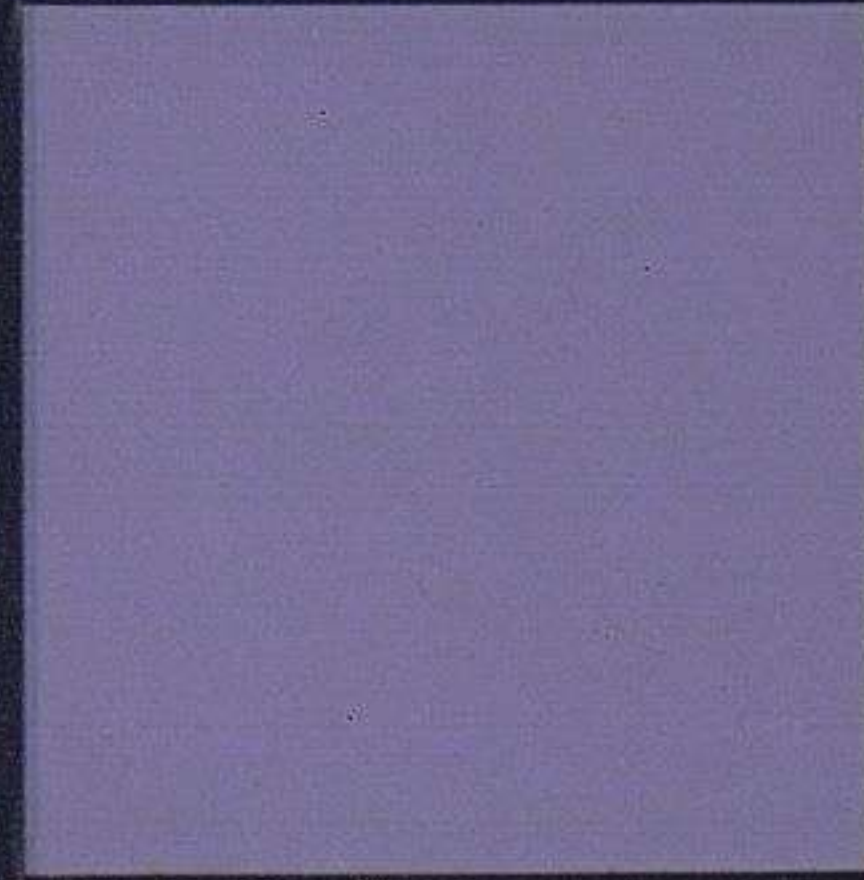
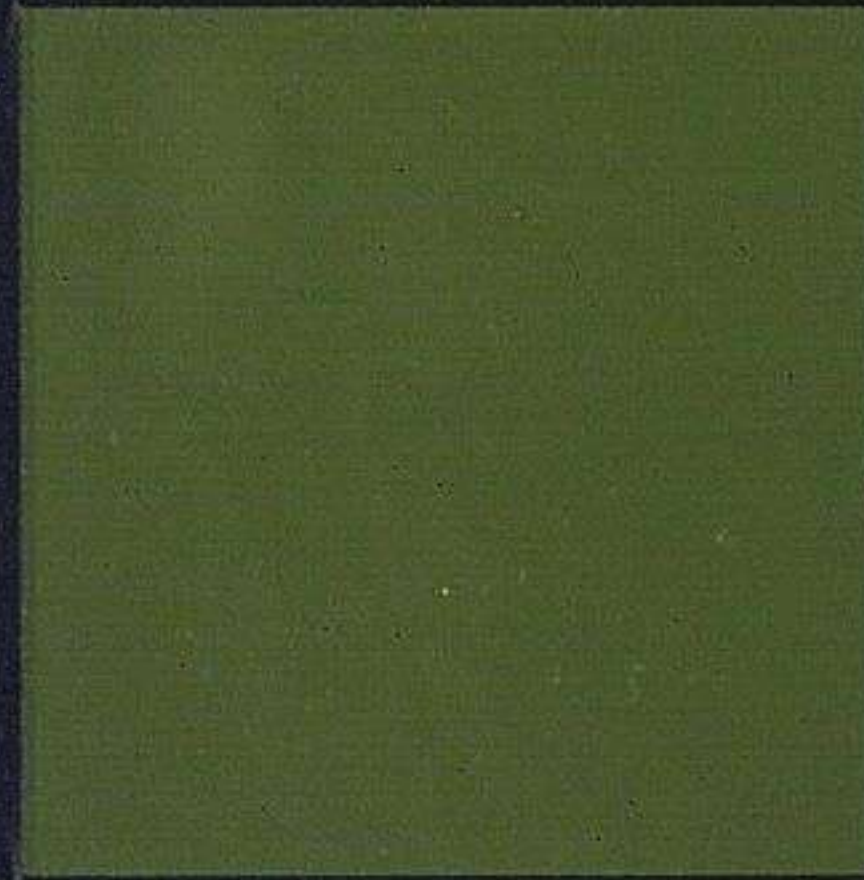
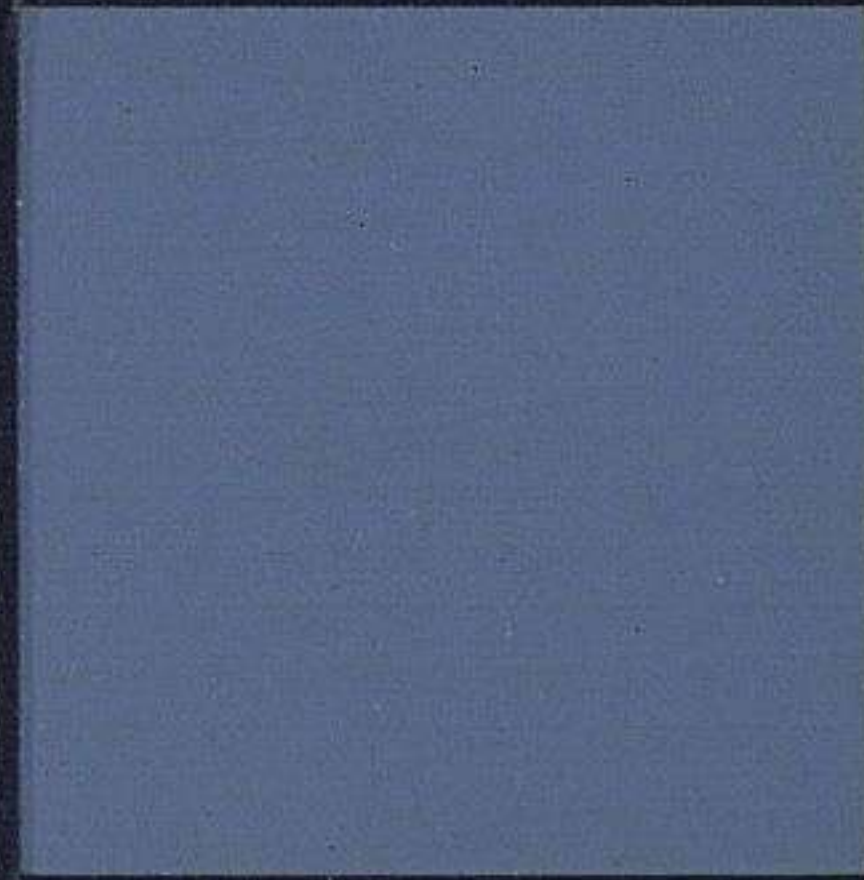
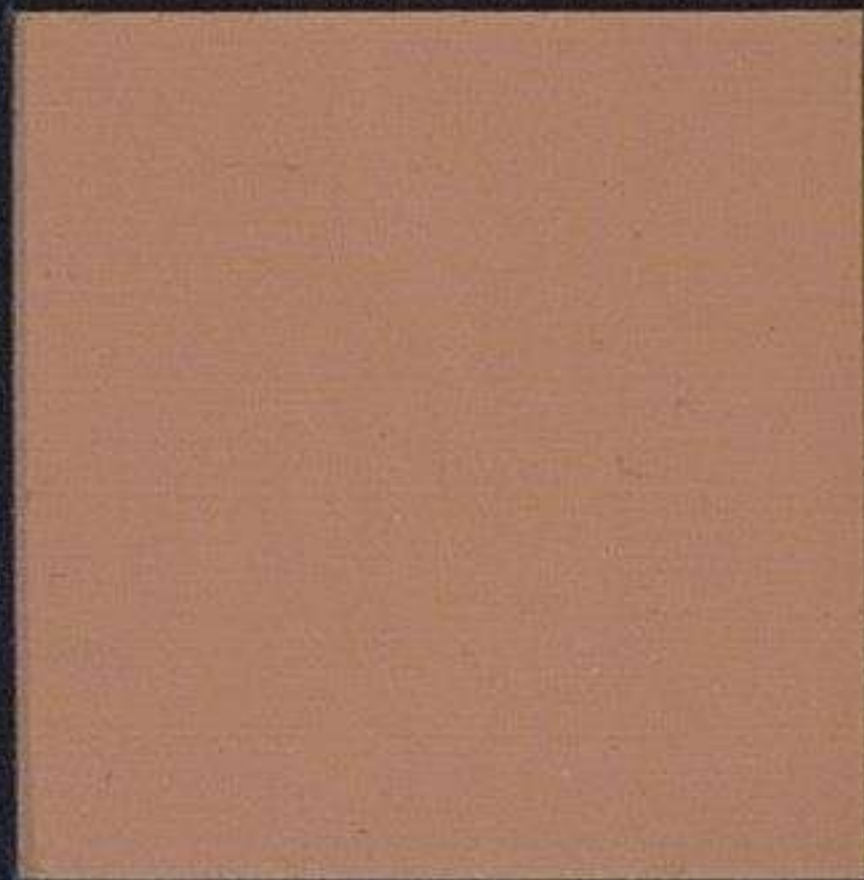
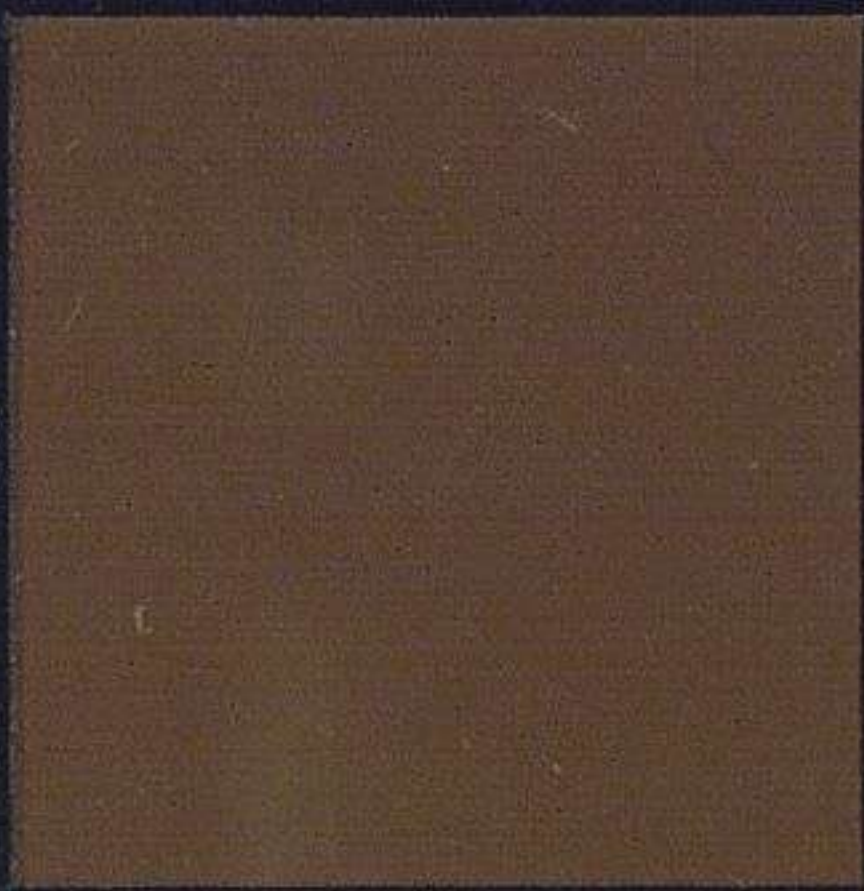
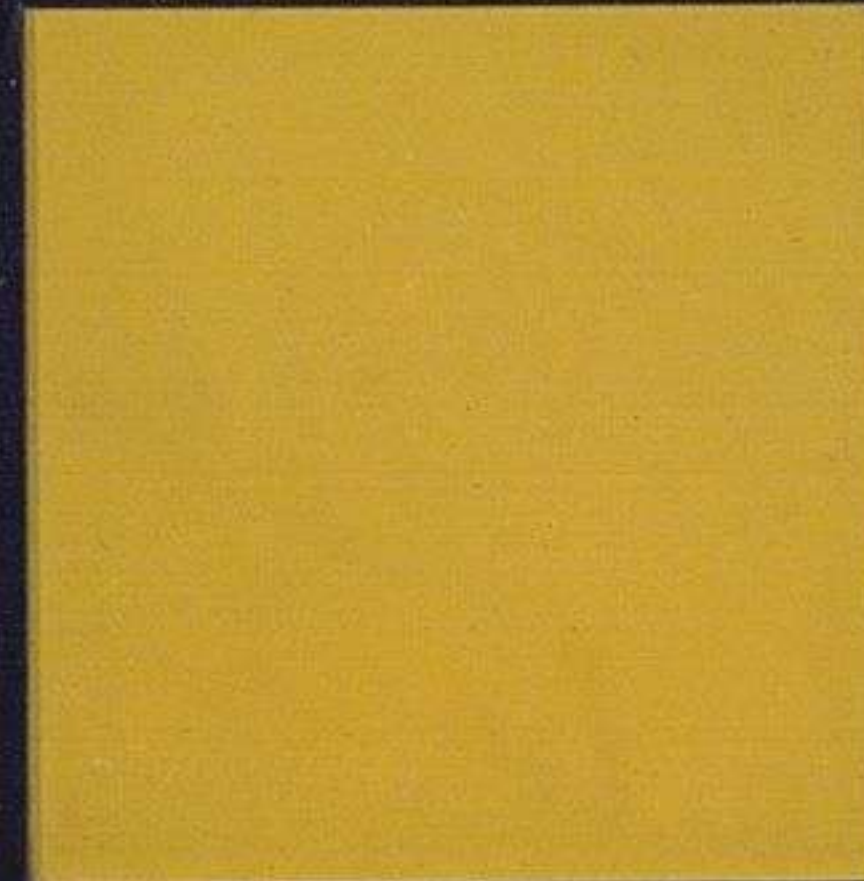
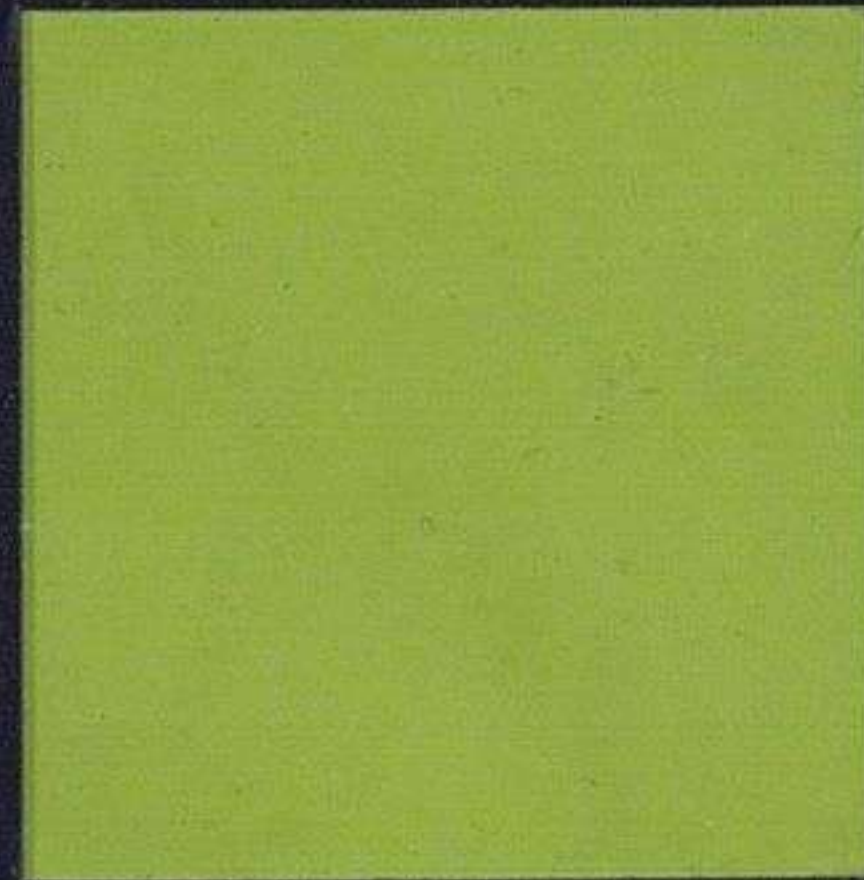
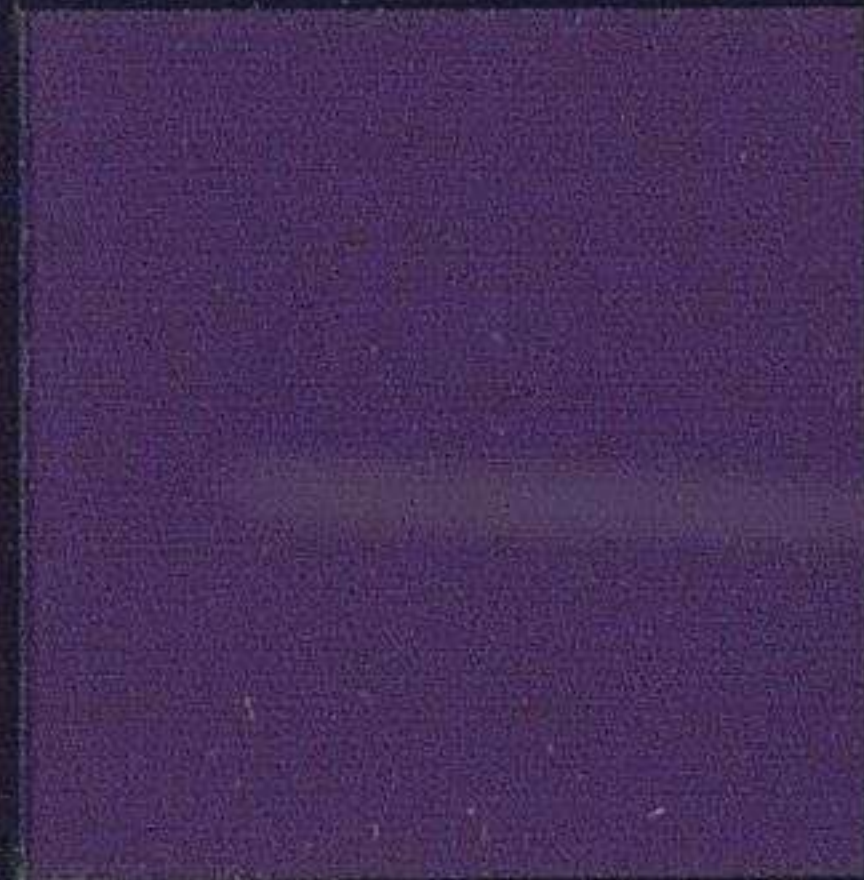
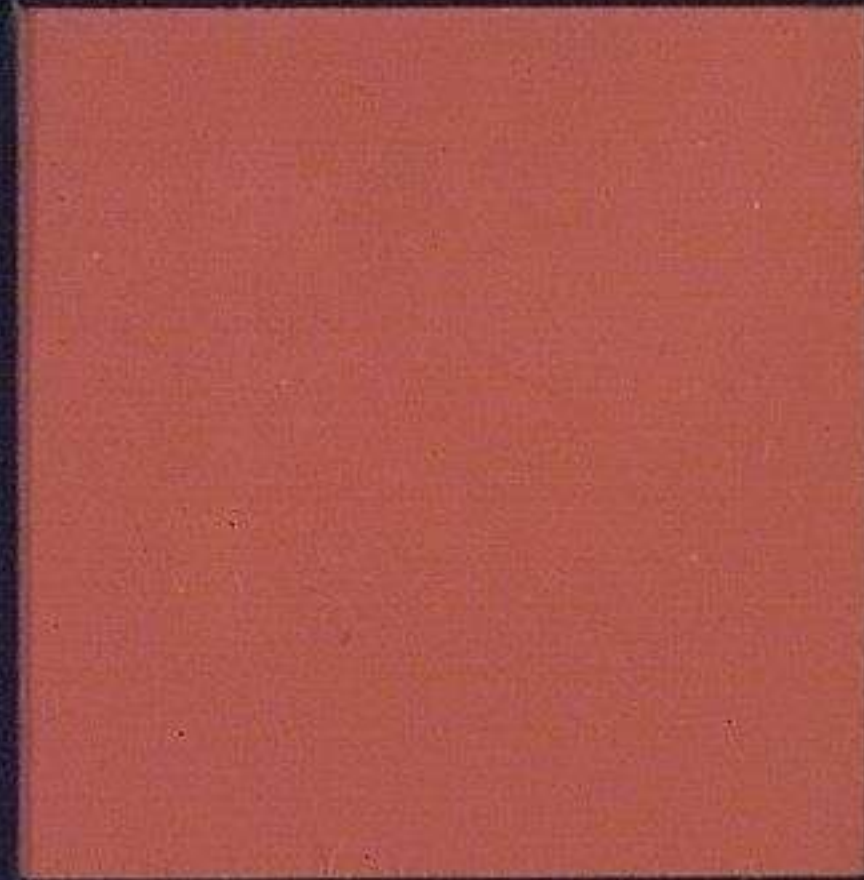
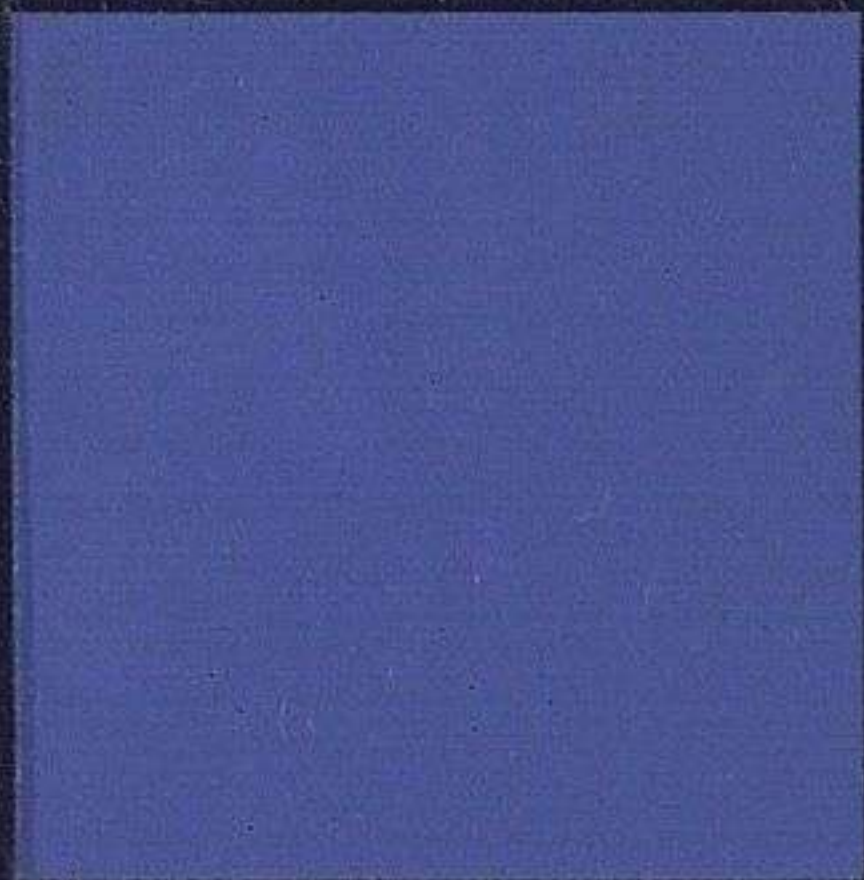
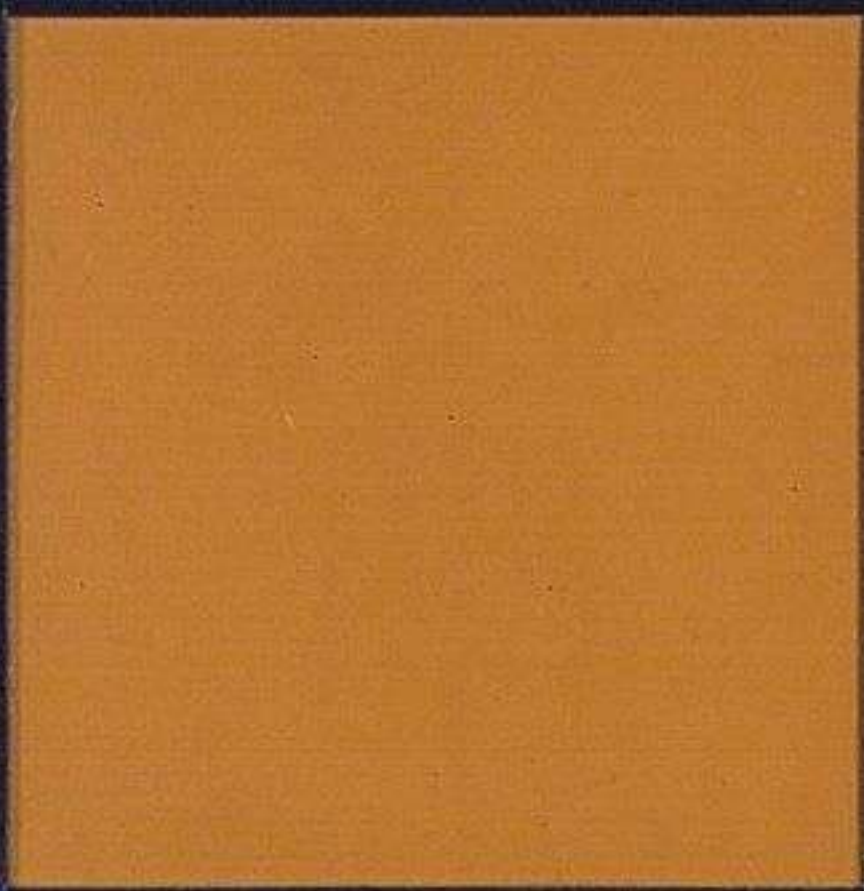
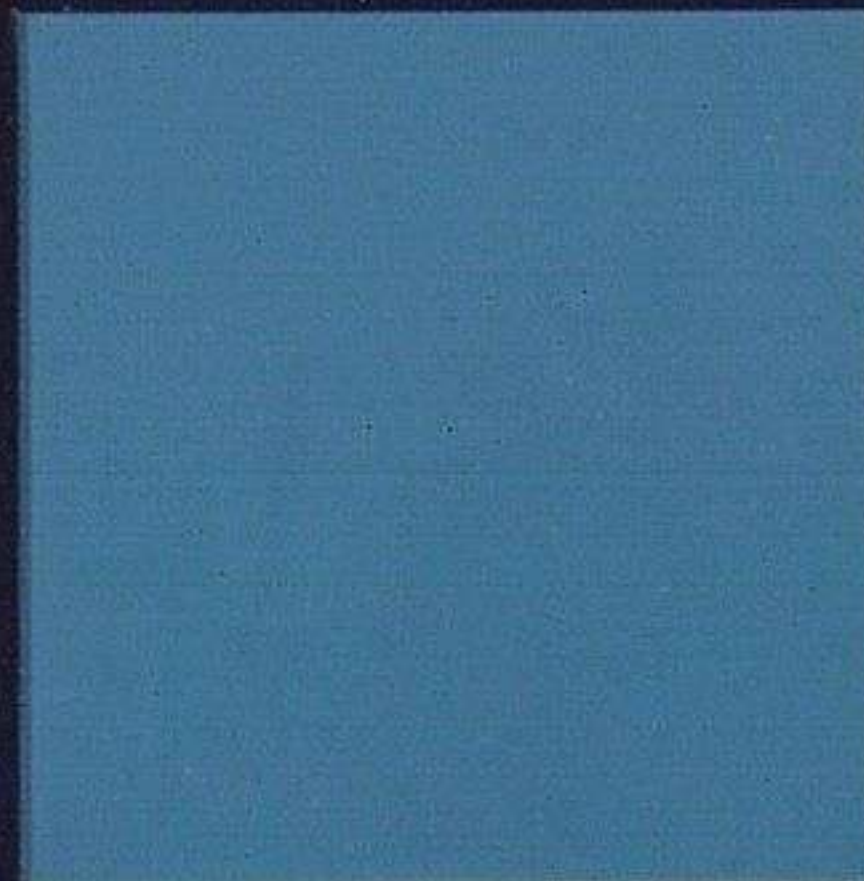
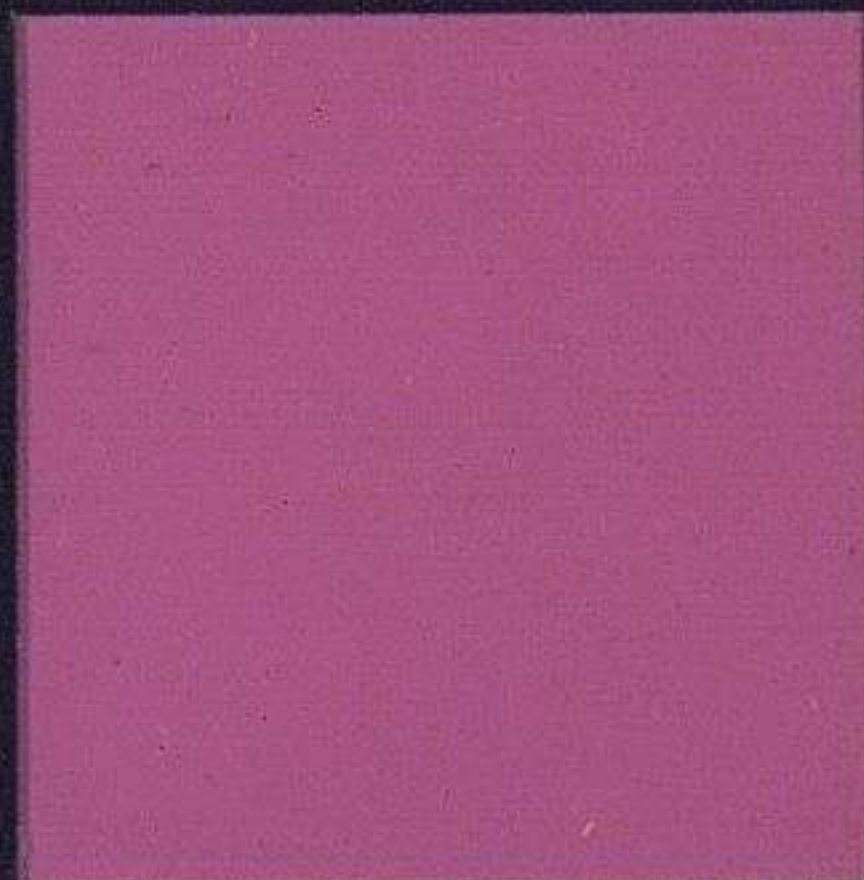
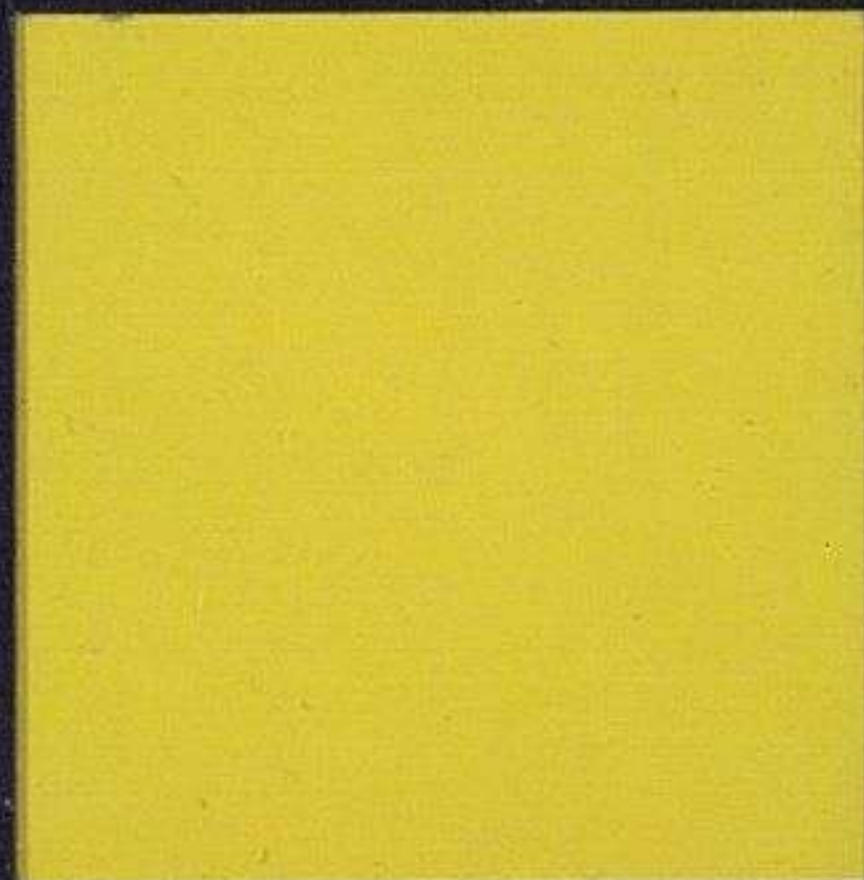
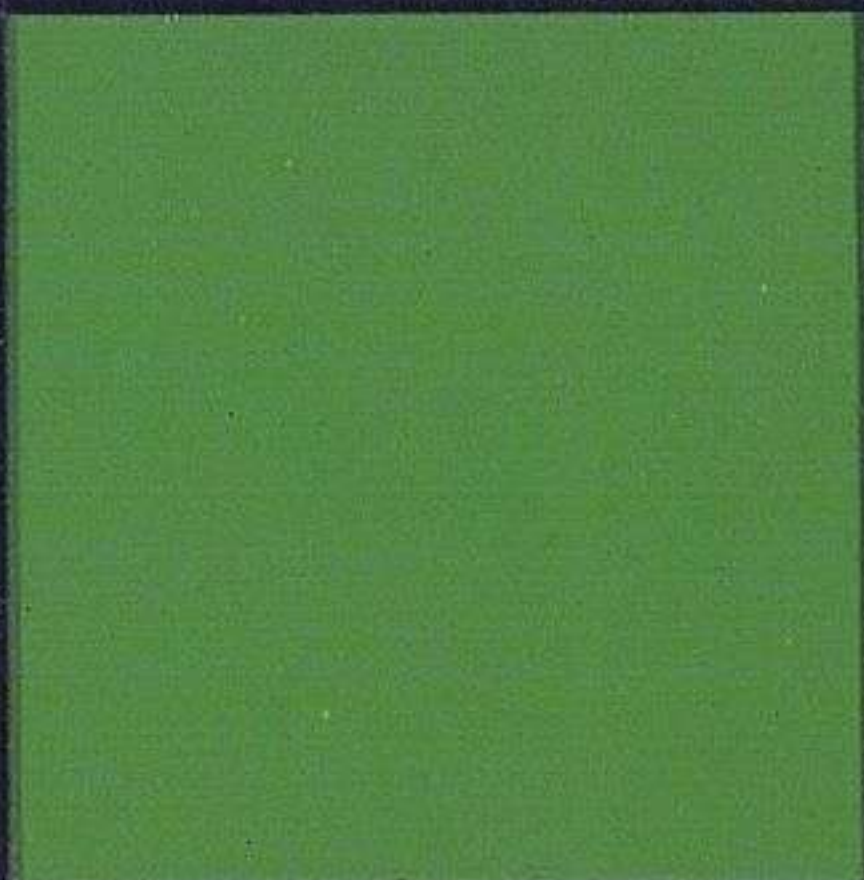
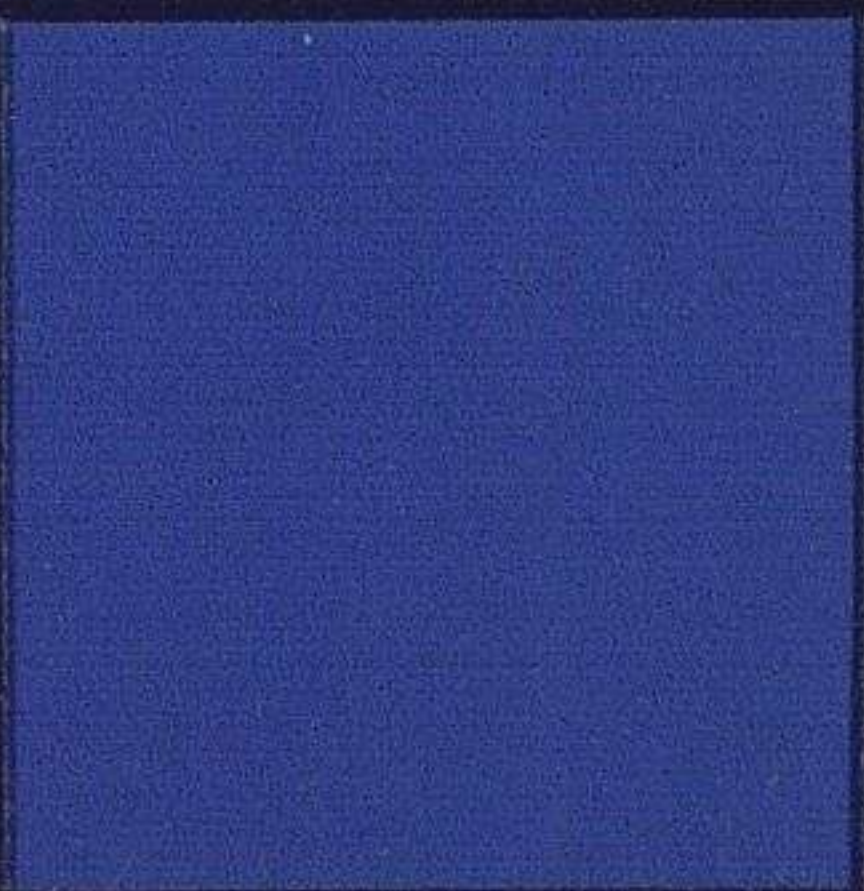
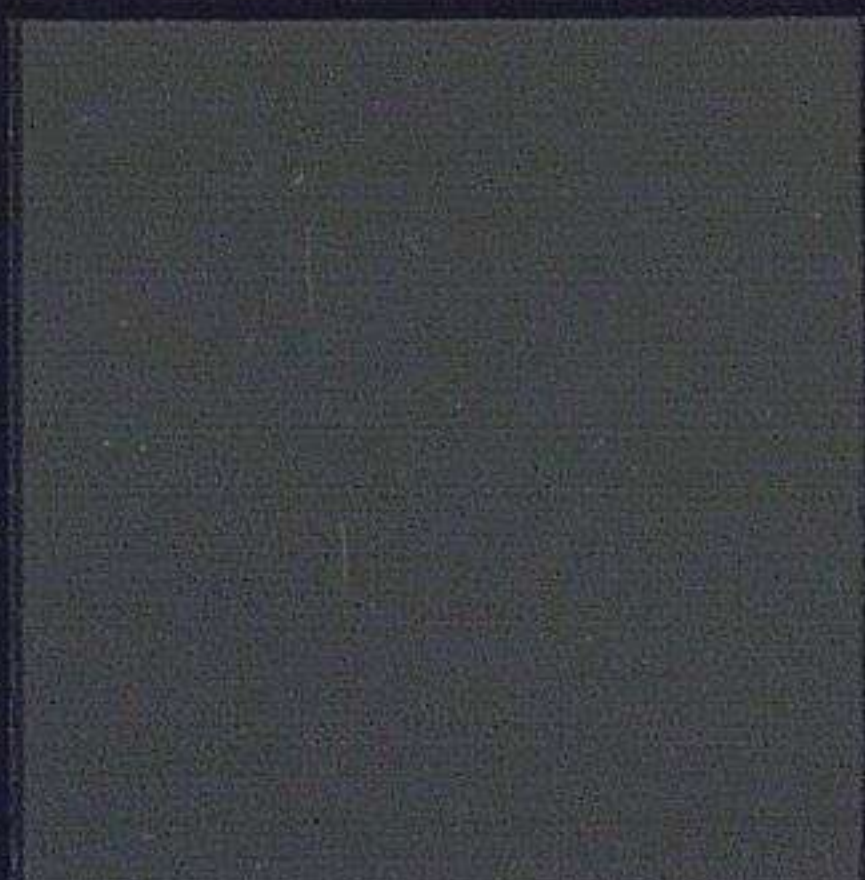
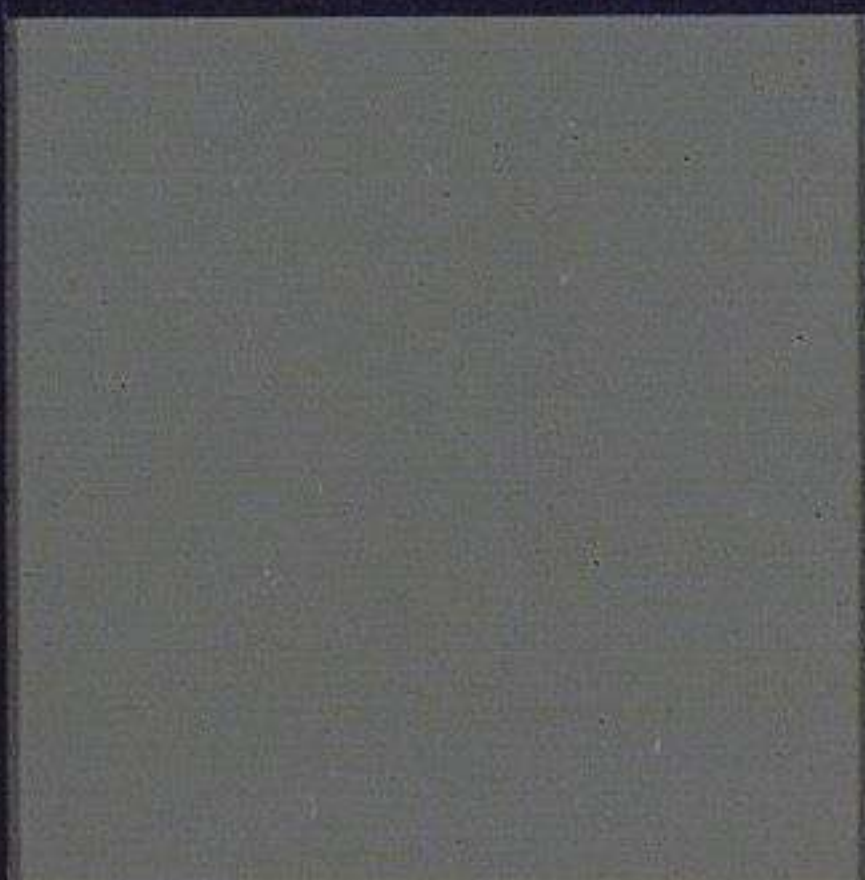
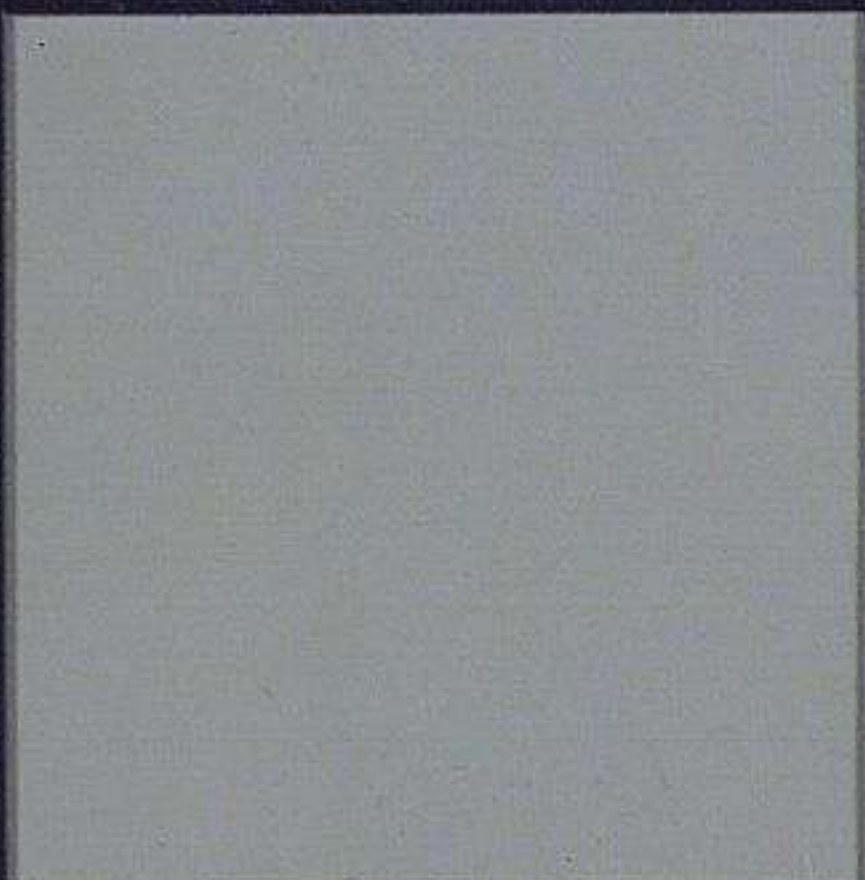
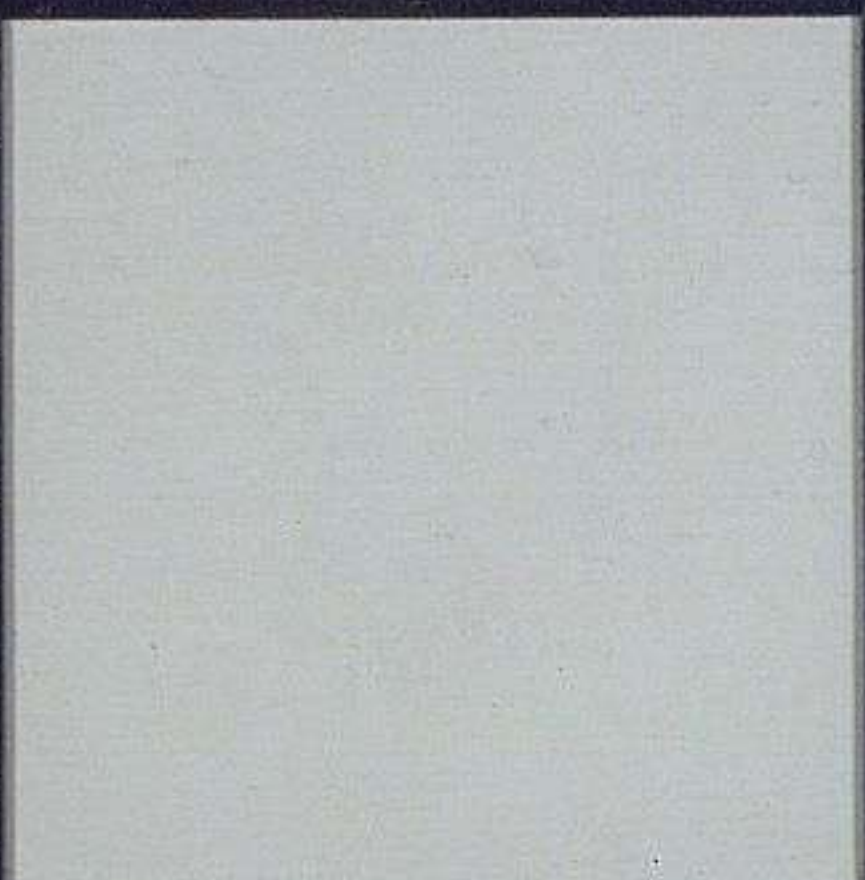
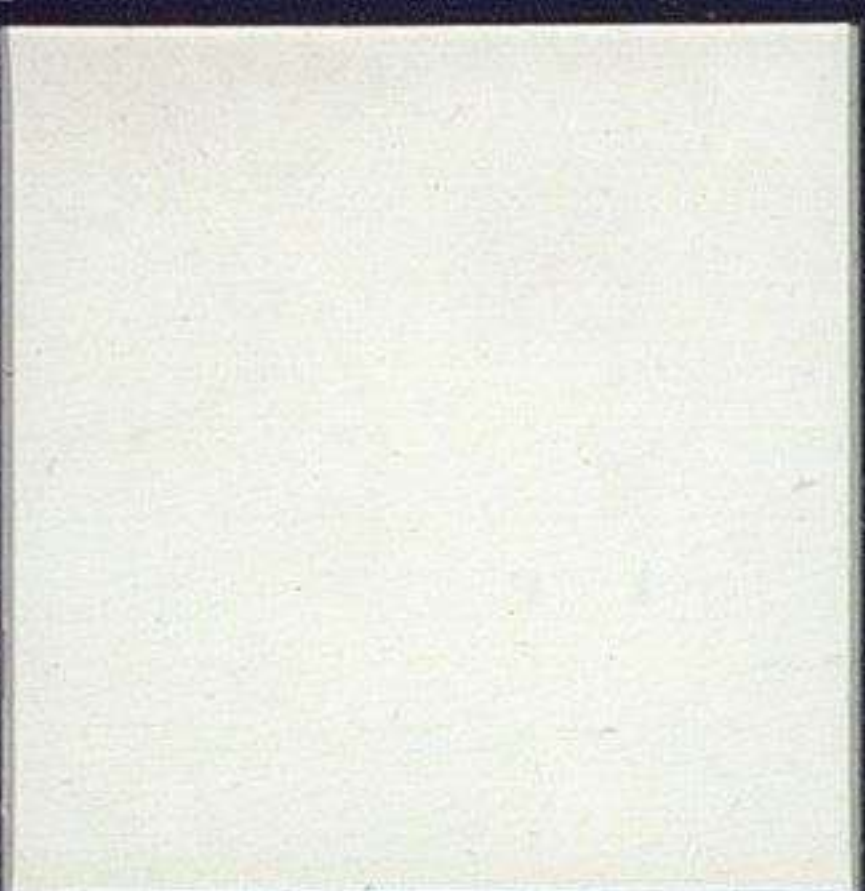


absolutamente ninguno. En poco tiempo conocí los genios, y este conocimiento me causó pesadumbre. El buen señor Isidoro era un pobre hombre, que queriendo parecer gracioso, siempre tenía algún dicho majadero que decir. Ufano de verse con diez mil ducados de renta, hinchaba de vanidad los carrillos, y hacía de persona. Finalmente, era grosero, extravagante, aspero y caprichoso. Sus hijos por otro lado tenían malísimas inclinaciones; y aunque según sus años no habían llegado todavía á ser hombres, lo eran ya por sus vicios, habiéndoles concedido la naturaleza dispensa de edad, digámoslo así, para ser viciosos. Serviales un lacayo favorito suyo, que era como ayuda de cámara, el cual lograba de su confianza, y les hacía iguales servicios, que si hubieran sido ya hombres barbados. Yo á lo menos así me lo discurrí; y los motivos que tuve para creerlo, me hicieron tanta fuerza, que no pude menos de decirselo á su padre.

Yo entendía, que dándole semejante noticia, conocería lo importante de ella, y se enardecería, como á cualquier otro padre le hubiera sucedido en igual caso. Sin embargo me engañé, pues en vez de mostrarse sentido al oírlo, se me puso á reír, y me dijo: Vaya vd., vaya vd., señor bachiller, déjelos vd. que ya se cansarán como yo. Cuando mozo, era yo vivo como una pimienta, y me tenían miedo los padres y maridos de mi vecindad; y no es mi ánimo que mis hijos vivan de otro modo que yo. No le doy á vd. los trescientos ducados para que los haga ningunos santos. Enseñeles vd. la Gramática y la Historia, y juntamente inspíreles vd. el espíritu del mundo, que es lo único que quiero.

Cuando ví que el señor Montanos tomaba con tanta frescura é indiferencia la mala crianza de sus hijos, dejé de cansarme en observar las acciones de estos, y contentándome dentro de los límites prescriptos, me contenté con desempeñar las demás obligaciones. Empleabame en hacer construir en castellano á mis discípulos los autores latinos, y poner en latin buenos autores castellanos. Lesales la historia de las guerras de Granada ú otras obras históricas; y además de eso, con el fin de instru-

x-rite



colorchecker CLASSIC

100mm